

HISPANIDADES TRASATLÁNTICAS O LA RECONQUISTA ESPIRITUAL DE
AMÉRICA: VICENTE BLASCO IBÁÑEZ Y EL NACIONALISMO ARGENTINO EN
TORNO AL CENTENARIO

By

María Victoria Sánchez Samblás

Dissertation

Submitted to the Faculty of the
Graduate School of Vanderbilt University
in partial fulfillment of the requirements

for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

Spanish

December, 2009

Nashville, Tennessee

Approved:

Cathy L. Jrade

Andrés Zamora

Edward H. Friedman

Marshall C. Eakin

Copyright© 2009 by María Victoria Sánchez Samblás
All Rights Reserved

Mi especial agradecimiento a:

Todos los miembros de mi comité, los profesores Jrade, Friedman, Zamora y Eakin. Gracias por su inestimable ayuda, apoyo e ilusión en la consecución de este proyecto. A pesar de la escritura en la distancia, siempre estuvieron ahí

A la profesora Jrade. Mi inmensa gratitud por toda su guía durante los años de doctorado y muy especialmente en el proceso de escritura de esta tesis. Su compromiso y agudeza intelectual me sostuvieron hasta el final.

A mis padres y a mi hermano, aunque al otro lado del Atlántico nunca dejaron de creer en que esto era posible y especialmente para ellos es este trabajo. Gracias a mi padre por compartir su pasión por Blasco.

A todos los compañeros de doctorado y amigos en Vanderbilt. Por las experiencias vividas juntos y la felicidad compartida.

A Sally, por el tesón académico y la fuerza que me inspiró en Nashville.

TABLE OF CONTENTS

	Page
DEDICATION.....	iii
Chapter	
I. NACIONALISMOS, HISPANISMOS E HISPANOAMERICANISMOS EN LA COYUNTURA DEL FIN DE SIGLO.....	1
II. ARGENTINA 1910 Y PROYECTOS DE NACION: ENTRE EL TRADICIONALISMO AUTOCTONO Y UNA MODERNIDAD EXTRANJERA.....	47
III. SINTONIAS TRASATLANTICAS: LAS CONFERENCIAS ARGENTINAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ Y EL HISPANISMO DE MANUEL GALVEZ Y RICARDO ROJAS.....	74
IV. <i>LOS ARGONAUTAS</i> : UN TRASATLANTICO PARA LA REFLEXION DE CONTROVERSIAS Y PROYECTOS NACIONALISTAS.....	118
V. LA TIERRA DE TODOS: UNA CONTRIBUCION PENINSULAR AL ENFRENTAMIENTO DE PROYECTOS NACIONALES EN LA PAMPA CRIOLLA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.....	165
CONCLUSION	203
BIBLIOGRAPHY.....	211

CAPITULO I

NACIONALISMOS, HISPANISMOS E HISPANOAMERICANISMOS EN LA COYUNTURA DEL FIN DE SIGLO

En 1909, el escritor, político y periodista valenciano Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) embarcaba rumbo a Argentina donde se conmemoraba el Centenario de su independencia. Con los auspicios de Emilio Mitre, director del periódico *La nación* y para quien había trabajado como corresponsal, viajaba para participar como conferenciante generosamente retribuido en las celebraciones. Su misión sería acercar España y su cultura a tierra argentina. En la orilla opuesta, donde el credo *arielista* gozaba de bastante predicamento y había sido superada parte de la animosidad propia de la Generación del 80 por la antigua metrópolis, emergía un tradicionalista nacionalismo criollo de estirpe hispánica que volvía su mirada a la Península como modelo nacional para la Argentina del siglo XX. El vocero literario de estas simpatías hispanistas sería la llamada Generación del Centenario. Con este contexto en Argentina y en medio de una campaña de propaganda orquestada entre influyentes grupos adyacentes al gobierno, Blasco fue recibido en Buenos Aires como hermano de raza y lengua. Posteriormente la elite blanca, fundamentalmente criollos, entre ellos el presidente de la nación José Figueroa Alcorta, llenaría aforos para escuchar las diletantes conferencias de encendido tono hispanista del otrora radical orador. Sin embargo, como veremos más adelante, Blasco no sería el único embajador español en tierras argentinas hacia 1909.

Dejaba España Blasco Ibáñez con un accidentado currículo como político y revolucionario a sus espaldas. Hasta la fecha, había provocado algaradas en la universidad de

Valencia, emigrado a Francia e Italia por motivos políticos, frecuentado el presidio y sufrido grandes fatigas físicas así como penurias económicas. Había sido elegido cuatro veces diputado por Valencia y fundado el diario republicano *El pueblo* donde sus soflamas contra la monarquía, la iglesia o los gobernantes eran una constante. Para esta fecha asimismo su fama literaria se iba abriendo paso en Madrid gracias fundamentalmente a sus novelas valencianas.¹ Éstas, las más aclamadas tanto por la crítica como por sus compañeros de generación y publicadas entre 1894 y 1902, le habían granjeado el título de *Zola español* y un destacado lugar dentro de la corriente naturalista peninsular. Entre ellas destacan *Arroz y tartana* (1894), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900) y *Cañas y barro* (1902). También había publicado con éxito una tetralogía de novelas sociales: *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La bodega* (1905) y *La horda* (1905). Por otra parte, en 1898 y como diputado había participado del acontecimiento que supondría la más importante crisis política e intelectual del *fin de siglo* peninsular: la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Islas Filipinas. Para Blasco, como para sus compañeros noventayochistas, “el problema de España” sería un tema recurrente dentro de su producción literaria de este periodo. Optando por la denuncia social frente a la búsqueda estética, el valenciano exploraría la realidad nacional tanto en las novelas costumbristas como en la tetralogía social.

Pero ahora en 1909 su situación era bien diferente. Desilusionado por los enfrentamientos y disensiones dentro de su partido entre sorianistas y blasquistas hacía cuatro años que Blasco se había desvinculado de la política. Con estas palabras recogidas por su biógrafo Vicente Alós en *Blasco Ibáñez. Biografía política*, el escritor había concluido un periodo marcado por el compromiso social y político: “Yo no he sido nunca un político: la política es oficio de gentes que no sirven para otra cosa; yo he sido un agitador; un

¹ Todas las obras citadas en este capítulo de Vicente Blasco Ibáñez, excepto *Argentina y sus grandezas*, pertenecen a la edición de sus *Obras Completas* publicadas por la editorial Aguilar entre 1967 y 1977.

revolucionario, un romántico, y como aquí no son posibles agitaciones, revoluciones, ni romanticismos, me he vuelto a casa a escribir: ¡Viva el arte! Es lo único serio y hermoso que nos consuela de la pena de vivir” (395). Por otra parte desde 1906 y con la publicación de sus novelas *La maja desnuda* (1906), *Oriente* (1907), *Sangre y arena* (1908) y *Los muertos mandan* (1908) había iniciado un camino creativo literario más cercano al espiritualismo y subjetivismo alejándose de la denuncia social.² *Los muertos mandan* según el propio autor en el prólogo marcaba el fin de un ciclo: “Esta fue la última novela del primer periodo de mi vida literaria” (283).³ Finalmente consideraba su viaje a Argentina como una posibilidad de remediar años de maltrecha economía familiar y abrir su obra al mercado editorial americano. De hecho, zarpó con gran cantidad de volúmenes impresos listos para vender.⁴

Ya en Buenos Aires, se presentó con una oratoria populista, una mezcla de *Quijote* y neo Conquistador. Llegaba con el fin de reconquistar los afectos de los antaño territorios como embajador de una prestigiosa identidad compartida. Sus conferencias constituyeron una defensa ardiente de la cultura e historia peninsulares, especialmente de la Conquista de América, a través de la reivindicación y sublimación de hitos y personajes del pasado histórico y artístico español. No olvidaría tampoco el escritor en sus disertaciones la defensa de la ciencia española así como ciertas figuras y momentos históricos de la tradición liberal española. No obstante dentro de su tan cacareada confraternidad hispanoamericanista no todos encajaban. Cuando fue interpelado por obreros y simpatizantes radicales, muchos de

2 José María Díez Borque al escribir sobre la trayectoria de Blasco en la *Historia de la literatura española* publicada por la editorial Taurus afirma: “Se puede asegurar que a partir de este momento (1906), el realismo-naturalista o el naturalismo-impresionista de Blasco Ibáñez ha desaparecido para siempre; en pleno siglo XX, Blasco comprende muy bien la quiebra general del objetivismo novelesco e intenta el subjetivismo” (434).

3 *Los muertos mandan* (1908) transcurre en las Islas Baleares y narra la historia de un joven

4 Es innegable que para Blasco la experiencia en América supuso un considerable enriquecimiento. Así lo atestiguaría el propio autor en una carta a su editor Francisco Sempere recogida en *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez-Francisco Sempere (1901-1917)*: “Esto es una vida vertiginosa, que agota las fuerzas, pero se gana dinero. Todos los días doy una conferencia de más de dos horas, y voy de pueblo en pueblo como un sacamuelas. Pero ya llevo ganados unos 30.000 duros y creo que llegaré a los 40.000. Todo esto es una bicoca ante lo otro, que bien pudiera ser” (64-65).

ellos inmigrantes de origen europeo y que conocían su pasado activista, para que apoyase públicamente sus causas les rechazó con rotundidad. Lejos había quedado el Blasco incendiario, el de la protesta social. Argüía sin cesar que estaba en Argentina meramente como literato. Tal conversión no le ha pasado desapercibida a su más señalado biógrafo Ramiro Reig. En su trabajo titulado *Vicente Blasco Ibáñez* señala: “Pues bien, todo esto cambió a partir de su llegada a Argentina. Le gustó el papel de representante de las letras españolas y lo interiorizó de tal modo que pasó a convertirse en ferviente hispanófilo, comparable en su entusiasmo al Maeztu de la *Defensa de la hispanidad*” (148-49). También lejos había quedado aquel Blasco de las penurias monetarias. Bien rentable le salió aquella propaganda del altruismo peninsular y sus hitos culturales a Blasco Ibáñez. Gracias a su patriótica oratoria cumplió con holgura las expectativas con las que había zarpado a Argentina: introducirse en el mercado literario latinoamericano y sanar su economía, aunque fuera temporalmente. Ciertamente, todo lo que rentaron conferencias y venta de libros se evaporaría dos años después en las frustradas colonias de la Patagonia: *Cervantes* y *Nueva Valencia*.

Sin embargo, las concesiones monetarias del talento, la comercialización de idearios patrióticos y las conversiones ideológicas en Argentina no carecieron de contradicciones para Blasco Ibáñez. Serían precisamente sus posteriores novelas basadas en el viaje y experiencias en este país, *Los argonautas* (1913) y *La tierra de todos* (1922), las que, a diferencia del género oratorio con fines propagandísticos de sus conferencias, le darían la posibilidad de explorar sus inseguridades respecto de sus metas, discurso y papel como intelectual propagandista allí.

Desafortunadamente ha sido una constante en el estudio de la etapa argentina de Blasco Ibáñez que texto se haya solapado con biografía. Ambas novelas han sido superficialmente tildadas por la crítica de insulsos y pésimos melodramas donde un Blasco,

defenestrado política y literariamente, mal narraba sus insustanciales aventuras personales en Argentina. Y la profunda paradoja discursiva, *idealismo versus materia*, que atraviesa a sus protagonistas y sus inseguridades han quedado reducidas a la autobiográfica expiación de culpas de un político radical venido a acaudalado burgués. No han corrido mejor suerte crítica sus conferencias. Aunque teñidas de un fuerte espíritu hispanoamericanista y escenarios donde Blasco publicitó un determinado concepto de identidad nacional peninsular, no obstante han sido tradicionalmente estudiadas desde un punto de vista biográfico, y catalogadas como intrascendente intento de enriquecimiento o una contribución a lo que vulgarmente se ha llamado *España de pandereta*.⁵ Estas banales aproximaciones han cercenado la posible conexión y contribución de estas novelas y conferencias a las ideas, discursos y corrientes culturales del *fin de siglo* en las dos orillas del Atlántico.

A mi juicio, estos simplistas análisis han dejado múltiples incógnitas críticas sin resolver y que mi tesis aborda: ¿Qué pulsiones ideológicas originaron en Blasco un discurso propagandístico tan marcadamente nacionalista e idealista en Argentina? ¿Qué llevó a Blasco a cambiar allí su tradicional posicionamiento respecto de militantes radicales y obreros? ¿Por qué unas conferencias que defendían la Conquista y los más rancios valores hispánicos eran aplaudidas ahora en la Argentina de 1910 cuando unos años antes la Generación del 80 anatematizaba el atraso y fanatismo español? ¿Por qué esa necesidad de enfatizar el carácter de sacrificio y altruismo de la Conquista? ¿Por qué conectó con el público criollo de estirpe hispánica una prédica basada en prestigios nacionales de cultura, raza o carácter? ¿Era el

5 Uno de los ataques más vitriólicos se lo debemos a Eugenio D'Ors: "Confesemos también otra cosa: que el fenómeno, para la posteridad tan sorprendente, del portentoso éxito excepcional, alcanzado por aquel novelista, fue debido en gran medida –aparte de alguna oportunidad ocasional, como la debida a los servicios de propaganda de la guerra del 14 – no, cierto, a la vigencia de las ideas que la obra aportase, sino a la vigencia de los lugares comunes característicos a la generación finisecular. En rápida caricatura, tal vigencia puede cifrarse en dos rasgos, a los cuales corresponden dos expresiones, también caricaturales. Uno, ideas avanzadas. Otro, nacionalismo pintoresco. Por color local valenciano se tragaron los españoles y nuestras colonias regionales de América a Blasco Ibáñez como quien se regala con una paella; por color local español se lo tragaron los norteamericanos y los holandeses como quien gusta un gazpacho." Este comentario fue publicado en el periódico *Arriba* de Madrid, en el número almanaque de 1950. La cita está específicamente tomada de la biografía escrita por E. Gascó Contell, *Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista* (211).

hispanismo de Blasco en Argentina un suceso aislado o participaba de una corriente hispanoamericanista peninsular de mayor alcance? ¿Sobre qué fuentes asentó Blasco el concepto de España divulgado en Argentina? En lo que respecta a las novelas, emergen adicionales interrogantes: El conflicto de sus protagonistas entre *idealismo versus materialismo* ¿se reducía a un conflicto de la clase intelectual o reflejaba ansiedades compartidas por la sociedad finisecular? ¿Tenía esta controversia alguna conexión con la emergencia de los modernos estados nación tanto en Europa como Latinoamérica, y particularmente con la dialéctica *latino versus sajón*? ¿Tenía alguna relación con la identidad española y su enfrentamiento con la modernidad? Y en este contexto, ¿qué influencia tenían nuevos y controvertidos fenómenos como el capitalismo, el desarrollo industrial, las luchas sociales, la mercantilización de las costumbres, el enfrentamiento urbe *versus* ciudad o la transformación de valores morales? Asimismo, ¿por qué elegiría Blasco sus novelas como el vehículo donde explorar sus ambigüedades, cuestionar los argumentos de su propaganda e interactuar con distintos modelos y/o proyectos de enfrentar la modernidad? Finalmente, ¿por qué seleccionaría el escritor valenciano a la mujer como la encarnación de las fascinaciones y aversiones respecto de las transformaciones del cambio de siglo?

Mi tesis responde a todas estas cuestiones enmarcando la producción argentina de Vicente Blasco Ibáñez en el fervor nacionalista surgido al calor de la creación de las modernas naciones europeas y latinoamericanas entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Más específicamente, mi estudio se enfocará en el papel de la clase intelectual dentro de estos procesos de conformación nacional. Ciertamente la llegada de Blasco Ibáñez a Argentina coincide con un periodo de exacerbados nacionalismos a ambas orillas del océano Atlántico. La necesidad de definir la identidad de las nuevas naciones y nacionalidades desató una febril obsesión por ciertos elementos como la raza, la lengua, la tradición o la historiografía. Estos fueron esgrimidos para particularizar comunidades. Esta

indefinida sociedad del cambio de siglo caracterizada por una completa reevaluación y reestructuración de proyectos e idearios nacionalistas requeriría y conllevaría una incesante propaganda y subsiguiente cuestionamiento de los mismos.

Ciertas oligarquías poderosas y tradicionales, en Latinoamérica aquellos linajes criollos herederos del antiguo aparato colonial y en Europa las supervivientes noblezas y otros grupos privilegiados dentro del Antiguo Régimen, percibirían este contexto de incertidumbre como una amenaza. Temerosas de perder inveteradas prerrogativas en medio de la gestación de las modernas naciones, la crisis de modelos culturales y una modernidad impredecible, propagarían para su beneficio modelos para idear/controlar la nación. Se apoyarían en los servicios de los medios de comunicación masivos, el manejo de la educación pública y particularmente de la creatividad intelectual. En muchos casos estos proyectos, bajo las elusivas etiquetas de idealismo, espiritualidad, esteticismo o restauración moral, encubrirían un elitista nacionalismo étnico, tradicionalista y excluyente, incluso xenófobo y racista. Como reacción ganaron fuerza en los centros urbanos ciertas ideologías internacionalistas y subversivas como el sindicalismo, feminismo o anarquismo asociadas a fenómenos como la industrialización, la circulación de capital y el influjo del pensamiento materialista. Particularmente enriquecidas con el flujo de inmigrantes, concienciadas y con mayor poder adquisitivo, las numerosas y conflictivas clases medias urbanas emergieron como una amenaza al *statu quo* heredado. En este escenario, grupos raciales económicamente emergentes, pujantes inmigrantes, obreros contestatarios o feministas así como cualquier otro elemento considerado subversivo o amenazante para la nación o la tradición se convertirían en diana del odio reaccionario. No obstante, tales chivos expiatorios sociales serían en realidad el instrumento donde una tensionada sociedad buscaría exorcizar y canalizar sus propias ambigüedades e inseguridades respecto de ciertos cambios ideológicos y avances

tecnológicos. Estos, si los bien temía y condenaba lanzando su reaccionaria propaganda, del mismo modo le fascinaban y seducían.

El intelectual del periodo y su producción emergen como espejo y vehículo de las antítesis del momento. Sintiéndose al mismo tiempo atraído por la prosperidad material, el dinamismo moderno y las transformaciones sociales, su ambigua producción también mostrará sus temores respecto de la modernidad. Mediante su arte protestará contra la pérdida de referentes culturales y espirituales, la crisis de las estructuras sociopolíticas heredadas, el materialismo vulgar o la ineludible profesionalización y comercialización de su creatividad. Por una parte contribuirá a la generación, manipulación y propagación de idearios nacionales y culturales poniéndose con ello al servicio e intereses de ciertos grupos de poder que tradicionalmente lo han sustentado. Por otra parte su escritura revelará las contradicciones y renuncias inherentes a estos discursos tradicionalistas e inmovilistas así como sus propias inseguridades como propagandista respecto del contenido y pretensiones de los mismos. Es tomando como punto de partida este polarizado marco ideológico finisecular que mi tesis analiza a continuación la producción textual argentina de Vicente Blasco Ibáñez.

En sus conferencias en aquel país ejecutaría el escritor una concienzuda explotación de algunas de las metáforas y temas de aquella *España inventada* que a partir de textos emblemáticos del 98 como *En torno al casticismo* de Miguel de Unamuno e *Idearium español* de Ángel Ganivet había surgido en un intento de redefinir y restaurar la autoestima patria en los años posteriores al desastre.⁶ La recuperación de monumentos, paisajes, la historia o las grandes figuras de las artes convergería en un conjunto de mitos patrios donde

6 El término España inventada lo tomo del estudioso Inman Fox en su análisis sobre la creación de la identidad española en su trabajo *La invención de España*: “En resumen, se entiende que el nacionalismo impone por voluntad al pueblo, o ‘nación’, la identificación de una cultura común o compartida; y que esta cultura compartida se construye sobre un armazón de artefactos culturales o productos culturales como la historia, la literatura o el arte” (23). El crítico asigna a la Generación del 98 el hecho de haber creado a través de sus textos un ideario cultural español; un conjunto de referentes que se tomaron en muchos contextos como representación de la esencia nacional.

Don Quijote, al igual que lo sería en las conferencias de Blasco en Argentina, emergería como el emblema indiscutible del ser español ante el desafío de la modernidad

Con todo este patriótico prurito de divulgación del prestigio nacional no se reducía a un fenómeno aislado de Blasco, aunque así haya pasado inadvertido para la crítica. Por esas mismas fechas en medio de un reverdecimiento del hispanoamericanismo en la Península, otros intelectuales protagonizaban también ciertas embajadas culturales a Latinoamérica, especialmente Argentina, para dar a conocer España. Particularmente alentadas por el hispanista Rafael Altamira, trataban de impulsar la fraternidad hispanoamericana y al tiempo reparar la maltrecha autoestima patria presentando España a América como una nación superior, cultural y moralmente frente a otras potencias emergentes. Bajo estas premisas, la Península estaba legitimada para reconquistar el perdido afecto de las repúblicas americanas, hijas de raza, lengua y cultura. Estas debían ser preservadas de la amenaza del intervencionismo *yankee* pero muy especialmente del voraz materialismo. A su juicio, la notoriedad de textos como *Ariel* confirmaba la necesaria intervención espiritual de la antigua metrópolis. Además de esto, este hispanoamericanismo trataba de combatir la leyenda negra en Latinoamérica. Para ello se recurriría a toda una tradición de mitificaciones y justificaciones de la Conquista que se remontaban hasta el propio tiempo de la misma. Precisamente a esta misma tradición apologética recurriría también Blasco al realizar a través de sus conferencias una defensa y propagación de aquel proceso y sus protagonistas.

Además de sus conexiones con el hispanoamericanismo, la exaltada propaganda nacionalista de Blasco respondía a unos claros objetivos crematísticos que el escritor se había marcado al dejar España. El escritor ejecutó en Buenos Aires una lucrativa y manipulada divulgación de populares figuras, textos, movimientos artísticos peninsulares o rasgos atribuidos tradicionalmente a España al servicio y con el fin de rentablemente beneficiarse de las desazones “espirituales,” en realidad de poder político y económico, de la conservadora y

tradicional elite criolla de raíz hispánica. Esta expresaba su frontal oposición al *Calibán yankee* pero especialmente a los numerosos y subversivos inmigrantes europeos que arribaban a Argentina. Los criollos, progresivamente arrumbados de los centros urbanos de poder por los inmigrantes, clamaban contra ellos como responsables de la, a su juicio, corrupción moral del país cuya raíz encontraban principalmente en las costumbres adoptadas de París. Culpaban a estos extranjeros del materialismo, utilitarismo y el virulento brote de comercio carnal que, según su percepción, amenazaba al país. Era ésta elite la que no solamente había posibilitado y sufragado el viaje de Blasco sino que ahora aplaudía el hispanismo de sus conferencias como un espacio de publicidad y exaltación de sus amenazadas señas de identidad.

Con todo, este grupo ya contaba en aquel momento con dos voceros excepcionales de sus causas, los escritores criollos Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, miembros señeros de la Generación del Centenario. Fervorosos admiradores de la Generación del 98 y de ilustre linaje español definirían su escritura como una causa en pro de la restauración moral de la patria. En realidad ésta enmascaraba la articulación de un modelo nacional a cuya cabeza se situaría el criollo hispánico. Este proyecto estaba anclado en un conservador nacionalismo cultural que privilegiaba la herencia indígena y colonial y donde el papel y control de la enseñanza pública era primordial. En este marco conceptual, el legado histórico y cultural de la Península se presentaría para ambos escritores como una herencia a partir de la cual regenerar y fijar la Argentina del siglo XX. La devoción de Gálvez por España se plasmaría en su ensayo de 1912 *El solar de la raza*. Es considerado el más señalado texto hispanista del periodo. Ricardo Rojas en *Blasón de plata* (1910) elaboraría un recorrido por la historia argentina desde Colón hasta la emancipación. No solamente ensalzaría la Conquista como un acto heroico y civilizador sino que cifraría la esencia argentina en la ley, lengua y religión aportada por los conquistadores.

Así pues, mi tesis, a partir de lo expuesto en las páginas introductorias anteriores, permite agrupar e insertar el conjunto de la producción argentina de Vicente Blasco Ibáñez dentro del marco de las estrategias de dispersión de proyectos nacionalistas que caracterizan al intelectual finisecular. Asimismo permite enmarcarla en el contexto del enfrentamiento que, con el advenimiento de la modernidad y todas sus asociadas transformaciones, surge entre ciertas oligarquías tradicionales y conservadoras frente a ideologías y colectivos subversivos. Pero además, mi análisis prueba la imbricación de todo ello en el debate argentino de la creación de la nación moderna y particularmente en el proyecto nacionalista de los criollos hispanistas. Todas estas revelaciones valdrían por sí mismas para rescatar la obra argentina de Blasco Ibáñez del inmerecido arrinconamiento al que la crítica la ha condenado. Sin embargo, este conjunto textual representa, en múltiples aspectos, valiosas, originales y más profundas implicaciones en las que es preciso ahondar a lo largo las páginas siguientes.

Por una parte, enriquece con nuevas dimensiones y perspectivas trasatlánticas la literatura peninsular del desastre y los debates finiseculares sobre la nacionalidad española. Por otra parte, arroja datos significativos acerca de la proyección peninsular de los mismos sobre Latinoamérica a la vez que sobre su interacción con la omnipresente polémica *raza latina* versus *raza sajona*. En lo que respecta al contexto literario de la Península, Blasco sería el único escritor noventayochista que divulgaría personalmente en suelo americano aquella España imaginada por las plumas de la Generación del 98. Pero además sería también el único en fusionarla al mismo tiempo con los postulados del hispanoamericanismo emergido en España en la primera década del siglo XX. Debido a estas singularidades, la reapropiación e internacionalización por parte del escritor de ambos movimientos constituye un material virgen y críticamente significativo para entender la emergencia y desenvolvimiento de los mismos. Pero la relevancia crítica de la producción argentina de

Blasco no se limita a este factor. Frente a la denigratoria etiqueta de inclasificable o dispersa, mi estudio reivindica estos textos como conjunto conectándolos con aquello que se ha dado en llamar la literatura regeneracionista o del desastre. De hecho, por partida doble reactualizan y divulgan los idearios y preocupaciones nacionalistas tanto de la Generación del 98 como del hispanoamericanismo. Ambos proyectos, interconectados en autores, temas y metáforas, habían surgido principalmente como una reacción patriótica en pro de la recuperación nacional y frente a la pérdida de autoestima post-98. Junto con esto, los propios textos argentinos del valenciano, ya sean sus conferencias o novelas, están atravesados, más allá de reapropiaciones, por una íntima y genuina necesidad regeneracionista de presentar una favorable imagen de la Península en sus personajes e historia.

Esta inclusión de la producción argentina en la literatura del *mal de España* conlleva asimismo importantes implicaciones respecto de la discutida inserción de su autor en la Generación del 98 así como sus conexiones y aportaciones al grupo. La crítica comúnmente señala su convergencia con éste en la denuncia, desde el activismo político, de la realidad social española en los primeros años del siglo XX. Sin embargo, el silencio y la negligencia crítica se ciernen sobre su producción posterior a la tetralogía social. Los posibles vínculos entre Blasco y esa búsqueda nacionalista y estética de España que genuinamente distingue a la Generación del 98 no han sido previamente considerados. No obstante, es precisamente en este contexto que la producción argentina resulta imprescindible y así por vez primera lo revela mi tesis. En realidad, sería tras poner pie en Argentina cuando el escritor puso en práctica un espiritualista y étnico nacionalismo de búsqueda de las esencias ibéricas. Si Blasco había sido un naturalista rezagado, de igual manera se entregaría en 1910 a la reflexión hispanista sobre emblemas nacionales como la mística, los Siglos de Oro o Cervantes. Esto ocurría cuando sus fundamentos ya se habían sentado en textos como *En torno al casticismo* (1875), *Idearium español* (1876) o *El alma castellana* (1900).

Pero a diferencia de la Generación del 98, cuya imaginada España había nacido prioritariamente dirigida al consumo nacional interno, Blasco vislumbró las posibilidades de este ideario como un producto cultural que podía trasplantarse en Latinoamérica al servicio e intereses de distintos grupos de poder y que además podía dar respuesta a la inevitable profesionalización de su quehacer literario. El valenciano fue un artista visionario respecto de las oportunidades que la modernidad gracias a la prensa masiva y la mejora de las comunicaciones trasatlánticas ofrecía para la manipulación, exportación y rentabilización de discursos y modelos nacionalistas. A pesar de todo ello, la crítica ha medido con un rasero desigual al escritor valenciano. La reivindicación unamuniana del alma castellana y las glorias del arte español se definen como hitos de la literatura peninsular del siglo XX. La reivindicación de Blasco en Argentina de la mística, la pintura o Castilla es generalmente ignorada o subestimada. Sin embargo, es innegable, y así lo defiende mi estudio, que ambos escritores respondían a un mismo llamado generacional y que a Blasco Ibáñez le debemos una de las más patrióticas y publicitadas *salidas de Don Quijote* en tierras argentinas. Es, sin duda, esta salida del nacionalismo cultural noventayochista la más destacada y original contribución de Blasco a las relaciones culturales y políticas hispanoamericanas. En particular me refiero a uno de los debates determinantes para la definición del estado moderno tanto en España como sus antiguas colonias: *raza latina versus raza sajona*.

En el contexto de esta polémica, tanto en sus derivadas y/o asociadas controversias como metamorfosis, es que debemos enmarcar la adscripción de Blasco Ibáñez a la causa del criollo argentino hispanista en sus novelas y conferencias en aquel país. Ciertamente, el *arielismo*, el hispanismo criollo de la Generación del Centenario, el hispanoamericanismo y el nacionalismo esteticista de la Generación del 98, corrientes culturales que comparten el amplio paraguas *latino* frente a *sajón*, convergieron como una conjunta y trasatlántica reacción intelectual frente a una supuesta amenaza o pérdida de valores identitarios que debía

ser recuperada en una tradición cultural y unos atributos raciales y espirituales. La excepcional contribución de la producción argentina de Blasco Ibáñez es haber fusionado *de facto* en sus textos los argumentos y contradicciones de todas estas corrientes de pensamiento creando un espacio discursivo único y multidimensional de reflexión sobre la identidad hispanoamericana en los albores del siglo veinte. Además de esto, los textos argentinos de Blasco Ibáñez serían doblemente excepcionales al asimismo presentar esta polémica dentro de las fronteras argentinas y en sintonía con la relectura nacionalista criolla de la misma. En Argentina, debemos al criollo hispanista, particularmente a Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, la identificación de lo criollo frente al Calibán *yankee* o europeo como la *civilización* así como el reconocimiento de la España ideada por el 98 como el modelo nacional para su patria. Blasco es posiblemente el único escritor noventayochista que conoció y experimentó *in situ* las grandes dialécticas nacionales argentinas en la época alrededor del Centenario: Buenos Aires frente a Pampa; civilización versus barbarie; tradición frente a modernidad; materia o espíritu; inmovilismo versus revolución social; extranjerización o argentinidad. Fue asimismo original al dejar con su producción argentina un testimonio literario peninsular de las mismas que además atestigua, en calidad de vaso comunicante, las concordancias ideológicas existentes entre el nacionalismo étnico-cultural de la Generación del 98 y el de los escritores Rojas y Gálvez. La existencia de este diálogo es crucial en la medida en que muestra que en una coyuntura de preocupación patriótica ciertos colectivos intelectuales tanto en España como Argentina no solamente apelaron a una misma tradición cultural peninsular como sostén de sus proyectos nacionalistas sino que adoptaron posiciones simétricas respecto de los debates sobre la nación moderna.

Por otro lado, el aplauso criollo frente al rechazo de obreros y militantes radicales del discurso de Blasco en Argentina, junto con los guiños del escritor a la causa criolla nos ofrecen una apreciable información sobre la dinámica de grupos y clases sociales en

Latinoamérica respecto de los discursos hispanistas de la ex-metrópolis. Confirman que el hispanoamericanismo post-98 se alineó junto a las elites criollas conservadoras, no en vano sus descendientes, que garantizaban el continuismo de la influencia peninsular tras las emancipaciones latinoamericanas. Revelan que los criollos veían en el hispanoamericanismo un discurso tradicionalista que apoyaba la pervivencia de su prestigio ante la modernidad.

Sin embargo, si algo distintivamente caracterizó al periodo finisecular no sólo fue la difusión ideológica sino la constante subversión de la misma en un tiempo de incesante confrontación de modelos. Serían precisamente las novelas fruto de sus experiencias en Argentina, *Los argonautas* (1913) y *La tierra de todos* (1922), las que, a diferencia del género oratorio de sus discursos, le ofrecerían la posibilidad a Blasco de explorar sus inseguridades respecto de unos propagados proyectos de *alta y arielista* restauración nacional, tanto la causa criolla como el hispanoamericanismo peninsular, de los que muchas voces habían sido excluidas y cuyos supuestos elevados principios eran cuestionables. Este cuestionamiento lo ejercería mediante dos estrategias discursivas. Por una parte, daría espacio en sus dos novelas a los argumentos y presencia de aquellos grupos que en el marco ideológico del Centenario argentino se enfrentaban al proyecto tradicionalista criollo y que amparaban modelos más modernos orientados a los avances tecnológicos, la subversión de la tradición, los usos sociales europeos y el pensamiento materialista. En consecuencia, en sus novelas aparecerían personajes anarquistas, europeos y especialmente mujeres feministas. Eran precisamente a estos mismos grupos sociales y corrientes ideológicas a los que solamente cinco años antes Blasco había defendido de unas oligarquías conservadoras españolas en ciertos aspectos similares a las argentinas criollas.

Dentro del grupo de estos personajes antagónicos el más fuerte y relevante para la acción es el femenino. En general se trata de una seductora y materialista mujer marcada por una liberada carnalidad en el límite con el comercio sexual. Normalmente es urbana y

europea o *europeizada*, particularmente *afrancesada*. Es irreducible en su deseo de subvertir los papeles y barreras que la tradición cultural y patriarcal le ha reservado. Se apoya en emergentes ideologías radicales como el feminismo y/o en una independencia económica y social adquirida gracias a la posesión de dinero y/o avances asociados con la modernidad. Si bien la reacción de los protagonistas de ambas novelas ante el discurso y acciones de estos personajes antagonistas es el rechazo y condena, no obstante provocan en el protagonista una combinación de seducción y repulsión. Por medio de ésta el texto profundiza, explora, incluso exorciza, la crisis de modelos interna de aquél.

El recurso de encarnar en la mujer las tentaciones, las transformaciones y retos de la modernidad no se trataba en absoluto de una originalidad *blasquista*. Participaba de una probada tendencia finisecular en las letras y las artes plásticas del periodo. Con todo, Blasco estaba específicamente reflejando la realidad argentina. Y en ese mismo momento también ciertos sectores intelectuales argentinos, tradicionalistas y criollos, habían elegido un determinado tipo femenino como representación y chivo expiatorio de las turbulencias sociales en la Buenos Aires del momento y más específicamente como símbolo de los peligros que acuciaban a su grupo. Y si había en aquel momento un criollo para quien los personajes femeninos representaban genuinamente la quintaesencia de los males pero también de los atractivos de la moderna Argentina era Manuel Gálvez. Obsesionado con la idea de la redención y purificación moral como camino para la restauración de la patria, poblaría su novelística de aquella que él mismo denominaba *nueva mujer o mujer moderna*. En la fructífera o nula regeneración de este tipo femenino, que no era sino similar al que Blasco había incluido en sus novelas, ensayaba ficcionalmente la viabilidad o fracaso de la restauración moral de la nación argentina. Pero si esta mujer era perniciosa en la urbe, más lo era su posible influencia en el campo cuya extranjerización y desnaturalización preocupaba sobremanera al tradicionalismo criollo. Esta aversión cristalizaría en un productivo *leit*

motive dentro de la novelística argentina pampeana de las dos primeras décadas del siglo XX. *La pampa y su pasión* (1926) de Manuel Gálvez o de Enrique Larreta *Zogoibi* (1926) constituyen ejemplos de esta tendencia literaria en cuyo canon mi estudio incluirá también *La tierra de todos* (1922) de Vicente Blasco Ibáñez.

Junto con la inserción de este tipo de personajes subversivos, Blasco utilizaría en sus novelas otro recurso adicional para cuestionar o interrogar los modelos nacionalistas que venía propalando en Argentina. Elegiría como protagonistas de sus novelas a personajes españoles *alter ego* que personifican en la ficción novelística aquella reconquista espiritual hispanoamericanista que el propio escritor decía encarnar en Argentina como conferenciante. Por una parte, estos se identifican y se sienten representantes de un prestigioso legado hispánico histórico y cultural. Asimismo definen sus experiencias y actividades en América completamente ajenas al lucro material. Se perciben a sí mismos en el continente como en una misión *quijotesca* continuadora de aquella heroica Conquista motivada, según su criterio, por la espiritualidad y el deseo civilizador. Además de esto confraternizan y sintonizan ideológicamente dentro de la ficción con personajes tradicionalistas de ascendencia criolla hispánica. Sin embargo, su divulgado idealismo discursivo y supuestas excelencias espirituales en realidad enmascaran deseos de enriquecimiento material y control sobre otras nacionalidades o grupos étnicos dentro de ambas novelas. A mi juicio, al desvelar este antagonismo interno, el valenciano no solamente estaba cuestionando su propio papel como interesado propagandista en Argentina a través de sus personajes sino una tendencia contemporánea de mayor trascendencia: la pugna *sajón* versus *latino*.

Efectivamente en un cambio de siglo marcado indeleblemente por la necesidad de reinventar una nación, la dualidad espíritu/materia cobraría especial protagonismo tanto en España como Latinoamérica. La pujante industrialización y la crisis de modelos tradicionales pondrían a ambos espacios en la tesitura de permanecer en su esencia tradicional o abrirse a

otros modelos económicamente e industrialmente más pujantes. En ambos contextos, ciertos colectivos coincidirían en acudir a figuras como *Ariel* o *Don Quijote* como emblemas de una esencia superior en la moral y el espíritu que les distinguía de otros modelos más orientados al progreso material e industrial. Bajo la laxa etiqueta de *sajón* se subestimó toda idea de nación o sociedad orientada a valores como el pragmatismo, el materialismo o el positivismo. En España, diferentes grupos de intelectuales se dedicarían a inspeccionar la nación recuperando de nuevo la pugna alma/materia y el concepto de quijotismo para el debate nacional. Del mismo modo, el hispanoamericanismo del periodo reformularía este discurso para justificar una reconquista espiritual de Latinoamérica, si bien al margen de las armas, pero con la misma fortaleza de espíritu y supuesto altruismo con el que se definió la Conquista. En Latinoamérica ciertas elites criollas herederas del discurso del conquistador recuperarían este discurso de la supuesta excelencia espiritual hispana en corrientes como el *arielismo* y dentro del contexto de la formación de las modernas repúblicas. En mi opinión al revelar Blasco la falsedad del espiritualismo y desinterés material de sus protagonistas, estaba interrogando el supuesto altruismo, legitimidad y honestidad de la reconquista espiritual de Latinoamérica argumentada por parte del hispanoamericanismo peninsular del momento. Por otra parte, estaba canalizando sus propias ambivalencias respecto de un modelo de identidad peninsular que ante el reto de la modernidad había optado por presentarse como una potencia superior moralmente dentro del concierto internacional. La salida de las fronteras peninsulares y la contemplación de la prosperidad argentina basada en un modelo material e industrial probablemente le llevaron a cuestionar unos prestigios espiritualistas y culturales nacidos en una desesperada coyuntura de postración nacional. A mi juicio, se trataba este hispanoamericanismo a todas luces de una reactualización de aquel mismo espíritu conquistador que amparándose en justificaciones paternalistas, en obligaciones morales, en caballerescas y altruistas máscaras había conquistado América cuatrocientos años antes.

Ahora una declinante metrópolis intentaba mantener su influencia y control con las únicas armas a su disposición: un legado cultural y una lengua común. Se trataba de un nacionalismo de ínfulas culturales que evidenciaba, aún más si cabe, las vacías entrañas de un imperio que llevaba mucho tiempo sostenido en la mentira y cuya muerte la debacle final colonial de 1898 había terminado de sentenciar.

También al encarnar y revivir en sus personajes novelescos la hipocresía y argüidos espiritualismos del hispanoamericanismo peninsular, el escritor exploraba sus propias ambigüedades respecto de uno de los pilares centrales sobre los que se ha asentado tradicionalmente la identidad peninsular y por ende, sus más importantes empresas históricas. Se trata de la atribución al nativo español por parte del imaginario cultural nacional de ciertos rasgos tales como una inveterada espiritualidad, un arraigado sentido del honor, un desprendimiento de lo material y finalmente un temperamento de inclinación mística y caballeresca. Ciertamente fueron en parte estas asumidas premisas las que excusaron una Conquista de América, bélica, materialista y predatoria como una nueva y civilizadora Cruzada llevada a cabo por idealistas paladines y hombres de fe. Debe añadirse que tales nobles justificaciones bien deben retrotraerse a las Cruzadas medievales y particularmente a la Reconquista donde el concepto de supremacía moral fue crucial frente al enemigo infiel. A partir de esa asunción, la conciencia nacional se ha asentado sobre una paradoja: la necesidad del español por enaltecer con objetivos espirituales aquellas empresas o proyectos sociales prioritariamente basados u orientados a lo material, comercial o monetario, estableciendo así una irresoluble dicotomía entre materia y espíritu. Esta percepción del carácter patrio se ha perpetuado determinando considerablemente el modo en el que el español se ha percibido a sí mismo y a la Península Ibérica. El arte de los Siglos de Oro, especialmente la literatura mística, contribuiría a cimentar aún más esta dicotómica contemplación nacional. Pero sería la interpretación de Don Quijote y Sancho como la encarnación de la dual esencia peninsular

lo que definitivamente influenciaría la psique nacional. Vicente Blasco Ibáñez al interrogar dentro de su producción argentina los propalados idealismos de sus personajes problematizaba todo un constructo nacional peninsular que desde tiempos medievales ha escindido irresolublemente la psique nacional entre lo material y lo espiritual. Además con ello, desenmascaraba la reactualización que de esta dualidad surge en Latinoamérica con la modernidad y la amenaza sajona. Allí ciertas oligarquías latinoamericanas recuperando el pensamiento del conquistador y bajo la máscara intelectual de *Ariel* esconderían la justificación de un proyecto de supremacía blanca, racial y económica para el continente. El origen del mismo no era otro que la eterna exculpación ibérica en la causa espiritual de todo proyecto expansionista y racista.

Después de todas estas revelaciones, es preciso concluir que mi tesis recupera la producción textual de Vicente Blasco Ibáñez en Argentina de ese pozo de injusto olvido crítico donde ha residido hasta la fecha como insustancial e intrascendente. Muy por el contrario juzgo de bastante trascendencia una producción que refleja en toda su complejidad la polarizada confrontación de idearios nacionales y culturales que singulariza el cambio de siglo tanto en España como sus antiguos territorios. Corrientes nacionalistas de carácter tradicionalista como la Generación del 98, el hispanoamericanismo o el hispanismo criollo argentino coincidirían en la necesidad de definir una identidad supranacional hispanoamericana que desde una estrategia común pudiese enfrentar esa elusiva amenaza, dispar pero al mismo tiempo compartida, denominada *sajonismo*. Al otro lado de la balanza, se situaban unas clases sociales y minorías étnicas marginadas de esta *latinidad* acomodada, xenófoba y blanqueada cuyas voces denunciarían los encubiertos deseos de poder político y social de la misma. Blasco abordaría en sus textos argentinos la lucha *Calibán* contra *Ariel* desde sus múltiples relecturas, adaptaciones localistas, propagandas, convergencias trasatlánticas, contrapuestos modelos y en la multiplicidad de sus derivadas discusiones.

Adicionalmente los textos argentinos de Vicente Blasco Ibáñez asimismo evidencian un importante diálogo con otras obras, autores, tendencias ideológicas y temas estrella del siglo XIX argentino. Sirva mencionar el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, el ensayo positivista del 80, la novela costumbrista argentina o el género gauchesco.

Para alcanzar una mejor comprensión de todo lo expuesto anteriormente, es preciso examinar en detalle tres factores: la emergencia del nacionalismo étnico-cultural en la Europa de fines del siglo XIX; sus reelaboraciones tanto en la España post-98 como la Argentina del Centenario; finalmente la presencia de la fusión de todos estos elementos en la producción argentina de Vicente Blasco Ibáñez. Esto lo desarrollaré a lo largo de los cinco capítulos que conforman mi tesis y que a continuación brevemente detallo. Tras la introducción preliminar mi primer capítulo continúa con la descripción de los nacionalismos étnicos que emergen en la Europa de entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. La relevancia para mi estudio de estas corrientes radica en que constituyen la principal base conceptual y argumentativa de los posteriores debates nacionales hispanoamericanos tras el fin del imperio colonial español. Después analizo el nacionalismo y sus conexiones con el determinismo racial y la teoría evolucionista. Posteriormente documento la influencia del mismo en disciplinas humanísticas como la historiografía, la literatura o la lingüística así como la crucial participación del intelectual de la época en la creación, dispersión pero también refutación de idearios nacionalistas amparándose en los medios de difusión masivos. En una segunda parte, concentro mi foco en España y en la corriente intelectual de preocupación y análisis nacional surgida en los años posteriores al desastre de 1898. Asimismo documento la reorientación favorable en las nacientes repúblicas latinoamericanas hacia la Península suscitada por hitos textuales como *Ariel* así como la intervencionista política exterior *yankee*. Con este marco ideológico, conecto la emergencia en España de un hispanoamericanismo que busca el reencuentro espiritual y cultural con las antiguas colonias. En la tercera y última

parte de este capítulo me sitúo en 1909 cuando este espíritu de confraternización trasatlántica se materializará en embajadas e intercambios intelectuales concentrándome particularmente en la figura de Rafael Altamira. Es precisamente en medio de este espíritu de reencuentro que debe contextualizarse la llegada de Vicente Blasco Ibáñez a Buenos Aires en el contexto de las celebraciones del Centenario.

El capítulo segundo se abre precisamente con una introducción general al contexto histórico y social argentino en el momento en el que Blasco Ibáñez desembarca en Buenos Aires y en las décadas previas. Posteriormente limito mi foco al nacionalismo tradicionalista surgido dentro del colectivo criollo de raigambre hispánica y especialmente en sus intelectuales señeros: Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. La segunda parte del capítulo desarrolla en extenso y a partir de los textos *La restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas y de Manuel Gálvez *El diario de Gabriel Quiroga: Opiniones de la vida argentina* (1910) los principales temas e ideas que definen esta patriótica corriente y que pueden sintetizarse en: la peyorativa percepción de Buenos Aires; la idealización de la Pampa y sus habitantes; la revalorización de la Península y su legado; la exaltación del criollo como garante de la salvación nacional y la importancia del control de la educación pública. La tercera parte del capítulo se concentra en exclusiva en una de las cuestiones principales del tradicionalismo criollo: la mujer como emblema y chivo expiatorio de los males sociales, especialmente la mercantilización y corrupción de las costumbres. Tomando como base la novelística de Manuel Gálvez de la primera y segunda década del siglo XX, concretamente sus novelas *La maestra normal* (1914), *Nacha Regules* (1919), *Historia de un arrabal* (1922), *La tragedia de un hombre fuerte* (1922) y *La pampa y su pasión* (1926) examino temas como la prostitución, el control de la sexualidad femenina o el fenómeno de la llamada *nueva mujer argentina* y su influencia en la Pampa.

El capítulo tercero se dedica al análisis de los textos de las conferencias de Blasco Ibáñez. Mi interpretación de las mismas por una parte las vincula con los temas e ideología de la Generación del 98 así como con el hispanoamericanismo peninsular del periodo y por otra parte con los ensayos *Blasón de plata* de Ricardo Rojas y muy especialmente *El solar de la raza* de Manuel Gálvez. Mi aproximación interconecta todos estos textos desvelándolos como productos culturales hispanistas al servicio de la causa nacionalista argentina criolla, y asimismo englobados dentro del amplio debate trasatlántico: *sajón* versus *latino*. Todos ellos comparten los tres argumentos básicos del hispanoamericanismo e hispanismo del momento: el reconocimiento de España como una nación prestigiosa por su cultura, historia y superioridad espiritual; la existencia *de facto* de una confraternidad hispanoamericana de cultura, carácter y particularmente lengua; el combate de la leyenda negra y la defensa de la Conquista frente al utilitarismo de otras potencias coloniales.

Los capítulos cuarto y quinto se dedican respectivamente a las dos novelas argentinas de Blasco, *Los Argonautas* (1913) y *La tierra de todos* (1922). Ambas novelas son examinadas mediante un ejercicio similar de análisis contrastivo que parte de sus protagonistas masculinos españoles como representación del combate *raza latina* versus *raza sajona* en la multiplicidad de sus proyecciones, contextos y metamorfosis. Por una parte se revela el hispanoamericanismo de carácter étnico-cultural e idealista instilado por el autor dentro de estas dos novelas y las estrategias textuales usadas para este fin. Por otra parte, se contrasta la inclusión en ambos textos de otros modelos de sociedad basados en la acumulación material, los avances científico-tecnológicos y la transformación de los valores morales y estéticos heredados. Es precisamente esta irresuelta exposición e interacción con modelos antagónicos lo que constituye la columna vertebral de estos textos y sus personajes. De hecho en medio de este inagotable diálogo entre proyectos, ambas novelas concluirán con sus protagonistas peninsulares en la perplejidad y la incapacidad de optar. Quedarán como

anti-héroes finiseculares, encarnación de la polémica *sajón* versus *latino*. Están atrapados entre el cambio o la permanencia. Seducidos por la modernidad, sus avances y su prosperidad económica al mismo tiempo sufren con insatisfacción la ola de mercantilismo y perturbación de las costumbres y papeles heredados.

En la novela *Los argonautas* asistimos a las conversaciones y peripecias amorosas de Fernando Ojeda, bohemio poeta español, y su compatriota Isidro Maltrana a bordo del trasatlántico que les lleva a Argentina. Ojeda, confeso admirador del Siglo de Oro, define su periplo como una quimera idealista y poética continuadora de los primeros Conquistadores. Sin embargo en la vida a bordo se filtra otra materialista realidad argentina que gira en torno al dinero y al sexo. El propio Fernando Ojeda, al margen de sus cacareados altruismos poéticos, se dirige a Buenos Aires para *hacer las Américas*. Pero además de esto, su pregonado idealismo será constantemente socavado por el pragmático Maltrana. Con todo no necesitará Ojeda un objetor a su discurso idealista, su propio comportamiento en el buque al ser seducido por la irresistible combinación del dinero y la carne evidenciará sus contradicciones e inseguridades. El supuesto bohemio sucumbirá a la tentación de la germano-argentina Nélide y la norteamericana Maud, ambas ejemplos de aquella *nueva mujer* que emergía con la modernidad y que tanto anatematizaban criollos como Manuel Gálvez. Zarandeado entre sus ideales y las urgencias de la carne y el dinero, Fernando de Ojeda culminará su travesía en la perplejidad y el desconcierto. Quedará al final de la novela como un deslegitimado poeta, un *quijote* sin discurso y perdido entre modelos. Será un retrato ejemplar de la crisis ideológica finisecular y más específicamente de la incapacidad de optar entre un modelo sajón y pragmático o una espiritualidad asociada con el talante hispanoamericano.

Años más tarde en 1922 escribiría Blasco Ibáñez la novela *La tierra de todos* con claras resonancias de su fracasada experiencia como hacendero en Argentina. El texto está

basado en muchos de los datos recogidos por el autor para su ensayo de propaganda nacionalista *Argentina y sus grandezas* (1910). En esta novela, tal y como lo hiciera antes en *Los argonautas*, volvía a escenificar Blasco, si bien ahora en la Pampa, la profunda crisis de modelos ideológicos propia del paso al siglo XX. Otra vez elegiría a un idealista protagonista español y una materialista mujer extranjera cómo principal vehículo de estas incertidumbres y contradicciones. *La tierra de todos* relata los avatares de la construcción de una presa en el Río Negro a cuyo frente está el ingeniero español Manuel Robledo. Aventurero y despreciativo del dinero, se describe como un continuador de los Conquistadores que convirtieron tierras pampeanas baldías, la *barbarie*, en huertas, *la civilización*. En esta tarea “civilizatoria” se suma al español el criollo de cuna hispánica Carlos Rojas quien preserva la paz en la zona frente a las incursiones de gauchos y las subversiones de indios. La novela comienza en un París adonde Robledo ha llegado oportunamente para salvar a su amigo italiano Federico Torrebianca. Su esposa Elena, seductora mujer materialista y voluble, le ha llevado a la bancarrota. Robledo conducirá a ambos a la Pampa concebida como un lugar para la regeneración moral y espiritual. La llegada a la presa del materialismo y las costumbres europeas de Elena desatará diversos conflictos que amenazarán las obras. El español Robledo será el único que junto con el criollo Rojas permanecerá indemne a esta mujer gracias su nobleza y fortaleza espiritual. Será la alianza de Rojas con Robledo la que acabe con el gaucho malo y salve heroicamente la presa frente al fracaso de europeos, norteamericanos y argentinos *europeizados*. Mi análisis contextualizará el texto de Blasco en diálogo con otras dos novelas argentinas del periodo: *La pampa y su pasión* de Manuel Gálvez y *Zogoibi* de Enrique Larreta. Las tres coinciden en abordar a través de la inculpación de la figura femenina el *drama del criollo* pampeano ante la irrupción de la modernidad y las costumbres urbanas.

Una vez terminada esta introducción y condensados los objetivos y contenido de los capítulos en los que está dividida mi tesis, es preciso ahora abordar el análisis del nacionalismo que se desarrolla a fines del siglo XIX y comienzos del XX a ambos lados del Atlántico. Sin éste es imposible comprender la significación e ímpetu nacionalista de la visita a Argentina de Vicente Blasco Ibáñez. La historia de este periodo aproximadamente empieza en Europa con el desmembramiento de los antiguos imperios multinacionales, en Latinoamérica con los procesos de independencia y en España particularmente con la crisis de identidad nacional que resulta de su derrota en 1898. En este contexto se produce a lo largo del continente europeo una verdadera obsesión por la identidad nacional.⁷ De hecho el propio Blasco en su novela *Los argonautas* se haría eco de la virulencia de este brote de patriotismo al describir el comedor donde se reúnen gentes de diversas nacionalidades: “El culto a los trapos de colores –religión de última hora, adorada por fanatismo por el público de hoteles cosmopolitas, trasatlánticos y trenes internacionales, gente que vive gustosa fuera de su patria –extendía por todo el comedor, como una primavera de percalina, la floración de sus diversos tonos”(550).

El término específico “nacionalismo,” tal y como se concibe en el universo discursivo contemporáneo, se relaciona directamente con la Revolución Francesa y especialmente con el nacimiento de los estados-nación europeos a lo largo del siglo XIX. En su libro *The Idea of National Superiority in Central Europe, 1880-1918*, Marius Turda ofrece una pertinente definición de “nacionalismo” para el contexto de este trabajo:

Nationalism refers to a political and cultural set of beliefs that appeared in the late eighteenth century during the time of the French Revolution. It operates within the domains of culture and politics. As a cultural principle, nationalism assembles a group of people whom consider to sharing common values such as language and historical past. It encourages an ethnic group to assert the uniqueness of its identity against the identities of other groups, thus

⁷ Ver E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1870*: “The growing significance of the national question in the forty years preceding 1914 is not measured simply by its intensification within the old multinational empires of Austro-Hungary and Turkey. It was now a significant issue in the domestic politics of virtually all European states” (104-05).

encouraging markers of cultural differentiation. As a cultural principle, nationalism impels the group it represents –the nation- to claim political rights (ultimately sovereignty or self-determination) and to acquire its own territory on the basis of its cultural uniqueness, reflecting the physical boundaries of a cultural space shared by the group. (24)

Pero es en las últimas décadas del siglo XIX cuando este nacionalismo cobra auge y el papel de la raza deviene crucial en la formulación de la esencia nacional. Las emergentes investigaciones del determinismo racial y la teoría evolucionista propiciaron la creación de jerarquías raciales, diferencias entre naciones y la justificación científica para las mismas. En los postulados científicos de la genética el racismo encontró explicación para cualquier tipo de acusación o rechazo a otras comunidades étnicas.

En poco tiempo el método de análisis científico darwinista se trasladó al estudio de la sociedad. Esta aplicación al estudio de la sociedad fue llamada específicamente darwinismo social. El concepto de “lucha natural” se aplicó a las relaciones entre comunidades como coadyuvante en el desarrollo social de los individuos. El nacionalismo político encontró un sustento teórico y se sirvió de las teorías del darwinismo social con el fin de justificar la gradación y segregación entre grupos sociales. Centros universitarios como Viena y Graz así como teóricos como Ludwig Gumplowicz y Houston Stewart Chamberlain contribuyeron de un modo importante a la difusión de estas teorías. Otras disciplinas como la arqueología, historia, lingüística, literatura se pusieron al servicio de la causa nacionalista.⁸ Si inicialmente *raza* señalaba características biológicas, progresivamente evolucionó hacia otras características inmateriales. Este tipo de nacionalismo es al que E. J. Hobsbawm se refiere como “nacionalismo transformado.” Lilia Ana Bertoni lo define con reseñable exactitud en su

⁸ Ver a este respecto el comentario de J. Christie Clive en su libro *Race and Nation*: “The search for the roots of identity, which is the main starting-point for the ideology of nationalism, was, therefore, generally drawn to areas other than of scientific racial study. The most fruitful areas were those of language, culture and history [...] In the first place, the retrieval of lost and dying languages and literatures necessarily involved the retrieval of the lost history of the communities that spoke those languages. Moreover, history was important in the broader search for the “roots” of identity” (37).

estudio *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX* al oponer en este contexto histórico los nacionalismos de respeto a la diversidad frente a los racialmente excluyentes:

A fines del XIX, en Europa y el mundo europeizado, los nacionalismos que buscaban la homogeneidad étnica, lingüística o religiosa y que alentados por las rivalidades nacionales procuraban asentarse en la diferencia, ganaron terreno sobre nacionalismos de integración y de respeto a la diversidad. La formulación de una nación esencial, con identidad entre el Estado y el grupo étnico, unidad lingüística y cultural seducía y arrastraba tras ella a los movimientos nacionales de otra matriz, aquéllos que en su origen habían nacido como nacionalismos de integración. (169)

En este contexto especialmente la lengua, con el florecimiento de los estudios filológicos, devino en factor decisivo para la declaración de un territorio como nación. Asociada con la lengua se apeló a aquella sustancia ideal, aquel *espíritu de la tradición de un pueblo* o “*volk*.” Al interés por la identidad lingüística y la tradición, se unió el considerable desarrollo de la historiografía como disciplina que podía ponerse al servicio de la transmisión, justificación y perpetuación de ciertos rasgos nacionales. Toda esta corriente de pensamiento nacionalista produjo una potente sinonimia entre las nociones de nación, de raza y carácter. Esta recuperación nacionalista del acervo e historia nacional simbolizaba por otro lado una cierta necesidad espiritual. El vértigo ante los novedosos avances tecnológicos, la deshumanización y el emergente materialismo alentaron una vuelta a una tradición inmutable donde fijar una identidad nacional cada vez más difusa en el contexto de la industrialización y otros movimientos de carácter internacionalista.

En *Nations and Nationalism since 1870*, E. J. Hobsbawm asocia también la emergencia de los nacionalismos en el siglo XIX con la dinámica de las clases sociales. Una nueva clase media burguesa, urbana y educada empezó a participar en política y por lo tanto a tener una mayor conciencia y preocupación por su identidad. La categoría racial y la identidad nacional se enarbolaron frente al miedo a los cambios causados por la modernidad

pero también frente a elementos como el proletariado o distintas ideologías de carácter subversivo y materialista. Se supuso que éstas podrían desestabilizar el orden y las jerarquías así como constituir una amenaza para los rasgos culturales propios del estado nación:

Whatever the nature of the nationalism which came to the fore in the fifty years before 1914, all versions of it appeared to have something in common: a rejection of the new proletarian socialist movements, not only because they were proletarian but also because they were, consciously and militantly *internationalist*, or at the very least non-nationalist. Nothing seems more logical, therefore, than to see the appeals of nationalism and socialism as mutually exclusive, and the advance of one as equivalent to the retreat of the other. (123)

Como exploraré más tarde en este trabajo, la inestabilidad obrera y la emergencia del sindicalismo en la era de la industrialización no eran fenómenos aislados en Europa. Mónica Quijada en su libro *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*, resume así el caso de Argentina: “Desde fines del siglo XIX y durante toda la primera década del XX la agitación obrera fue sistemáticamente reprimida por el Estado. Las numerosas huelgas planteaban reivindicaciones de jornales más justos y la disminución de las horas de trabajo” (14).

En este auge nacionalista del cambio de siglo, la figura del intelectual fue determinante. Corrientes como el darwinismo social o el pensamiento racial emergieron específicamente como productos de la creatividad intelectual.⁹ Por otro lado, no solamente reflexionaron acerca del nacionalismo aquellos intelectuales inmersos en la creación de la nación-estado sino que fue un fenómeno que afectó a la intelectualidad como cuerpo. Con todo, los intelectuales nunca podrían haber llevado a cabo esta tarea de difusión sin el desarrollo de la prensa masiva, en especial periódicos o libros. De acuerdo con Benedict Anderson en *Imagined Communities*, la palabra impresa creó una conciencia *imaginada*

⁹ Ver el comentario de Philip Yale Nicholson en su libro *Who do We Think We Are?: Race and Nation in the Modern World*: “The nineteenth century was an age of monumental achievements in science and technology. The legitimacy of both nation and race was reinforced by explanations from the highest and most revered intellectual authorities” (11).

nacional sostenida en un sistema de signos culturales, asociaciones y maneras de comportamiento comunes (6). Y el desarrollo de la impresión masiva fomentó la difusión del género novelístico. En *Culture and Imperialism*, Edward Said considera significativo el papel de la novela en la propagación e imposición de imaginarios nacionales y sociales. Las novelas tienen el poder, al narrar, de regular la sociedad porque constituyen un depósito de la tradición donde la sucesión de generaciones se sienten reflejadas: “The novel is an incorporative, quasi-encyclopedic cultural form. Packed into it are both a highly regulated plot mechanism and an entire system of social reference that depends on the existing institutions of bourgeois society, their authority and power” (71).

En el caso de España, la pérdida de las últimas colonias españolas, Cuba, Puerto Rico y Filipinas transformó en un “problema” intelectual la reformulación y definición de una identidad nacional. Junto con el desastre colonial, el desenvolvimiento de los nacionalismos catalán y vasco también puso en cuestión España como nación. Este escenario interno repercutió considerablemente en las relaciones con América, tanto Latinoamérica como Estados Unidos. Inman Fox ofrece en su trabajo *La invención de España* un sucinto panorama de la España del momento:

Hacia finales del siglo XIX, el país se encontraba en plena transición entre una estructura económica de índole pre-industrial y la industrialización, transición que traía consigo una cambiante estructura social definida por la consolidación de una burguesía adinerada, una emergente clase obrera organizada y la inestabilidad de la pequeña burguesía tradicional. Por otro lado, la estructura política, caracterizada por una administración ineficaz y un sistema electoral corrompido –el caciquismo y la oligarquía tan comentados-, no permitía que se desarrollase en España una democracia capitalista de nivel europeo. Al mismo tiempo, el país se veía involucrado en unas guerras coloniales que acabaron en la derrota de la metrópoli y la hacienda de la nación gravemente disminuida. (55)

El desastre del 98, entre otros factores, posibilitó la unión en una preocupación común a los intelectuales en España. Con actitudes y estilos diversos trataron de elaborar una exploración, con cierto espíritu terapéutico y nacionalista, del carácter, tradición e historia nacional para

llegar a la raíz y definición de aquello denominado carácter o *raza* española.¹⁰ Dentro de esa búsqueda del alma nacional en la tradición, latía la aporía intelectual española entre el progreso material que encarnaba el modelo positivista europeo y la exaltación de un carácter ancestral ibérico.¹¹ La disección de la tradición dio frutos diversos. Unos vieron en la tradición la salvación de la nación y lo que constituía su preciada idiosincrasia. Otros la concibieron como un lastre del que España se debía desembarazar poniendo rumbo al progreso europeo. En cualquier caso volverían su mirada al pasado con una actitud curativa e inquisitiva. En este celo investigativo influirían también el positivismo y la popularización del discurso científico propalados, entre otros cenáculos, en el Ateneo de Madrid.

Si bien el deseo de regeneración nacional afectó a todos los ámbitos intelectuales peninsulares, destacaron en esta tarea regeneradora dos movimientos: el *Regeneracionismo* y la llamada Generación del 98. En lo que respecta al movimiento *regeneracionista*, sus textos se caracterizaron por su naturaleza más reformadora y práctica en la búsqueda de soluciones efectivas a los problemas nacionales. Sin embargo, y a pesar de la búsqueda práctica de soluciones efectivas, los intelectuales *regeneracionistas* fusionarán el análisis científico y positivista de la realidad española con un componente espiritual.¹² Del diagnóstico nacional se pueden extrapolar los siguientes problemas que recorren la mayoría de estos textos: la corrupción del sistema político de la Restauración; el caciquismo y la oligarquía; la

10 José Luis Abellán en su trabajo *Visión de España en la generación del 98* comenta a este respecto: “La preocupación por España y su esencia, las causas de sus males, las posibles soluciones, el pasado y del destino histórico, etc., llenan las páginas de todos los escritores de la época” (10-11).

11 Ver en José M. de Pino “La tradición permanente: apuntes sobre casticismo y europeísmo en los fines de siglo”: “Una definición inclusiva de la modernidad debe estar profundamente insertada en el debate entre lo tradicional y lo moderno; sin esta relación antitética es difícil entender adecuadamente el fenómeno ideológico y estético del fin de siglo y, en particular, de la llamada Generación del 98” (161).

12 Sobre la espiritualidad del *regeneracionismo*, J. A. Díaz en su artículo titulado “La paradoja romántica del discurso regeneracionista” comenta: “Así el cientifismo de los autores regeneracionistas, que sin embargo suelen recurrir a datos estadísticos, a la sociología, a la geografía, viene a ser una forma inédita de esteticismo. La afición a las fórmulas, a cierta retórica, al tono patético, resulta ser su más clara expresión. Lo cierto es que el krausismo y más aún el krausopositivismo habían sido precursores al unir su interés por la ciencia y su preocupación por la espiritualidad” (302).

incapacidad de las clases dirigentes; la incapacidad abúlica de las masas del pueblo y los obreros para luchar contra las injusticias del poder.¹³

Pero si hay un grupo de intelectuales cuyos textos evidencian un hondo malestar por el destino nacional es la llamada Generación del 98. A juicio del intelectual Pedro Salinas en *Literatura española siglo XX*, fue esta preocupación la que permite unirlos sin fisuras en un mismo grupo más allá de afinidades estilísticas o cronológicas: “Todos entendemos por el “98” la catástrofe que supuso la derrota de España y la pérdida de su imperio colonial. No importa, ya lo sabemos, que la idea de la decadencia española sea muy anterior al 98, porque, conviene añadir, aunque sea de paso que lo que la generación tiene de común es el problema de su tiempo, la demanda y el quehacer de su tiempo” (31). La obra de la Generación del 98 indagó en la historia del país en busca del *genio* del pueblo y de lo que constituía lo propiamente español en la literatura y el arte. Esta búsqueda acabó, a menudo, en la mitificación. José Luis Abellán en su libro *Sociología del 98* describe con claridad esta aproximación noventayochista:

Esa ideología gira en torno al problema nacional y sus juicios sobre España y lo español se inspiran en una inicial rebeldía, un inconformismo de base, que busca la palingenesia de la patria mediante un conocimiento de su realidad y de sus problemas. Pero este conocimiento por el que se afanan, lo buscan mediante viajes por las tierras, los pueblos, las ciudades, los viejos monumentos, en un constante recorrer los caminos de España; lo buscan también mediante la lectura literaria e histórica de nuestros clásicos y la continua reviviscencia del pasado de nuestro pueblo, a través de una sensibilidad acerada para nuestros males, aguda ante los aspectos más desoladores de la realidad nacional. (17-18)

13 Estos pueden considerarse los textos más significativos del regeneracionismo: *Los males de la patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos* (1890) de Lucas Mallada; *El problema nacional y sus causas* (1899) de Ricardo Macías Picavea; *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España; urgencia y modo de cambiarla* (1901) de Joaquín Costa; *Del desastre nacional y sus causas* (1899) de Damián Isern; *Psicología del pueblo español* (1902) de Rafael Altamira; de Ramiro de Maeztu *Hacia otra España* (1899).

En torno al casticismo (1875) de Miguel de Unamuno, *Idearium español* de Ángel Ganivet (1876) y de José Martínez Ruiz Azorín *El alma castellana* (1900), *Los pueblos* (1905) o *La ruta de don Quijote* (1905) son textos emblemáticos y fundacionales del nacionalismo cultural noventayochista. *En torno al casticismo* supone un descenso a las entrañas de la historia viva, eterna y presente del hombre español, la *intrahistoria*, con el fin de encontrar las respuestas a la actual crisis nacional y definir lo *castizo* español.¹⁴ En su búsqueda, el escritor privilegiará un *casticismo* de valores eternos y universales. Por su parte, el *Idearium español* de Ángel Ganivet aboga a favor de que España concentre su energía en el interior y no la despilfarre. Indaga en la historia para encontrar en la mística, en la religión y en nuestro arte las claves interpretativas del ser nacional. *El alma castellana* (1900) incluye una serie de cuadros introspectivos de la España de entre 1600 y 1800. Estas estampas recorren los escenarios cotidianos de la decadencia del imperio español con la mirada minuciosa de un científico. La finalidad es quizás encontrar en el pasado una explicación al marasmo actual y unos puntos de referencia para la nación. A mi juicio, a pesar de la decadencia, Azorín encuentra en los Siglos de Oro y en la mística el heroísmo indómito del carácter español.¹⁵

Junto a la literatura, como ya se explicó para el caso europeo, la historiografía nacional desempeñó asimismo un papel importantísimo en la articulación del alma nacional. Para la labor de los historiadores fue fundamental la creación del Centro de Estudios Históricos cuya meta principal fue la comprensión del patrimonio español. Este centro propagó definitivamente una idea de España y un cierto concepto de cultura nacional. Por lo tanto fueron los intelectuales de la Generación del 98 y aquellos que cultivaron la

14 Ver *En torno al casticismo*: “Pero si hay un presente histórico, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intra-histórico, de lo inconsciente en la historia” (62).

15 En *El alma castellana* se lee: “Todo el genio de la raza está aquí. No es inactivo, silencioso y absorto en los grandes claustros solitarios el misticismo español; es religión batalladora, inquieta, andariega, proselitista; peregrina en largos viajes, predica en campos y ciudades, funda monasterios, reforma Órdenes, combate la herejía, mantiene perpetua batalla contra las pompas y lacerías del mundo” (153).

historiografía quienes en mayor medida recuperaron y recrearon un conjunto de imágenes, mitos y referentes nacionales que todavía hoy permanecen vigentes.¹⁶ Se trataba de una identidad nacional, sustentada sobre un centralista nacionalismo *volk* –término que enfatizaba la cultura y la historia del pueblo– no por todos compartida. Sin duda, era de cuño burgués, fundamentalmente tradicionalista, esteticista y con un marcado centralismo. A la Generación del 98, le debemos la adscripción a Castilla del centro de la identidad nacional y por ende, su más destacado icono. Sus rasgos característicos se extrapolarían con frecuencia para explicar la esencia del resto de la Península omitiendo otras tendencias e identidades periféricas.

Sin embargo, el debate de los hombres del 98 respecto del problema nacional no puede ser totalmente comprendido sin la presencia e influencia de América. Las páginas anteriores sobre el panorama peninsular noventayochista sobrarían en este estudio si no fuera porque estos intelectuales forjaron una cultura nacional sustrato de muchos de los postulados del hispanoamericanismo. Una corriente para la que, por otra parte, algunos de ellos fueron entregados embajadores. En realidad gran parte de las inquietudes ante la modernidad, gran parte de esa “España” inventada se proyectó sobre América en un intento de exorcismo nacional en los antiguos territorios coloniales. El desastre del 98, el intervencionismo transnacional estadounidense y la independencia de Cuba alteraron significativamente el escenario de las relaciones entre España, Latinoamérica y los Estados Unidos. Estos tres hechos potenciaron a su vez dos corrientes de opinión a un lado y otro del Atlántico. Estas son: por parte española, la crisis de fin de siglo que en su pretensión de reencontrar una identidad española descubre la importancia de América para definirse; por parte americana, el movimiento de solidaridad con España y el cambio de opinión sobre Estados Unidos, con el

16 Ver en José Luis Abellán, *Sociología del 98*: “Ahora bien esta tendencia a la evasión que corrió sobre todo por vía estética -si bien sea ese esteticismo teñido de ideología al que aludimos anteriormente -, se desarrolló en estos hombres de modo muy original, por el camino tan arraigado en el pensamiento español de la creación y elaboración de mitos. En esta perspectiva, sus aportaciones sobre los paisajes castellanos, la elaboración del mito de Castilla o de la Madre, y las reelaboraciones sobre Don Juan, don Quijote y la España ideal, constituyen quizá su aportación principal a nuestro acervo literario y cultural” (38).

crecimiento de la oposición a su política exterior. La agresiva actuación intervencionista *yankee* se plasmó en hechos capitales como la intromisión en Cuba, la incorporación de Puerto Rico o la política imperialista de Roosevelt.

Fue precisamente en el escenario post-98 cuando cobra auge un movimiento ideológico llamado *hispanoamericanismo*. Esta corriente intelectual abogaba por la creación de una nación panamericana incluyendo a la madre patria española. Isidro Sepúlveda en su libro *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo* define esta actitud:

Es el hispanoamericanismo, movimiento cuyo objetivo era la articulación de una comunidad transnacional sostenida en una identidad cultural basada en el idioma, la religión, la historia y las costumbres o usos sociales; comunidad imaginada que reunía a España con el conjunto de repúblicas americanas, otorgándole a la antigua metrópoli un puesto al menos de primogenitura, cuando no de ascendente, bajo la muy extendida expresión de *Madre Patria*. (13)

Escritores como Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet o, años más tarde, José Ortega y Gasset se convirtieron en figuras abanderadas del movimiento hispanoamericanista de ese periodo. En este sentido me remito a las palabras de Javier Pinedo en su artículo titulado “Ser otro sin dejar de ser uno mismo: España, identidad y modernidad en la Generación del 98”：“Un aporte fundamental de la Generación del 98 es el haber comprendido que España se salvaba en América Latina en la existencia de unos elementos culturales comunes, ante los cuales las angustias disminuían por efecto de pertenecer a un mundo mayor, heterogéneo y común al mismo tiempo” (191). La Generación del 98 tuvo especialmente en cuenta las relaciones con América y comprendió la importancia de pertenecer a una comunidad cultural que podría permitir enfrentar la modernidad desde una postura más amplia. En su trabajo *Unamuno y América*, Julio César Chaves abunda en esta idea:

La mayoría de los noventayochistas miró con interés y cariño a América, reaccionando contra la tendencia de sus antecesores [...] Varios de ellos trataron en sus libros temas americanos; Ramón del Valle Inclán lo hizo en *La niña Chole*, en su *Femeninas* y en su *Sonata de estío*. Ramiro de Maeztu tomó

también los caminos americanos para convertirse años después en un gran doctrinario del movimiento hispanista. (11)

Sin embargo con sus trabajos para *La nación* Unamuno se convirtió desde 1899 en el intelectual con más autoridad y conocimientos teóricos sobre lo americano en España. Influyó en la difusión de la literatura latinoamericana y contribuyó a la formación de una comunidad imaginada basada en una lengua e historia común. El propio Unamuno describe el sentimiento hispanoamericanista que emergió tras el 98: “Aquí apenas se hablaba de relaciones hispano-americanas hasta que perdimos nuestras últimas colonias de América y entonces nos entró de repente una especie de ternura maternal, o lo que ello sea, y dimos unos cuantos en cacarear lo de la hermandad de raza, o mejor de lengua.”¹⁷ Estableció por otra parte fecundos contactos con intelectuales latinoamericanos: el mexicano Alfonso Reyes; los argentinos Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Manuel Ugarte; el uruguayo José Enrique Rodó.

En el caso de Ángel Ganivet, preocupado ante la vacía búsqueda de los avances tecnológicos y del materialismo, instaba a llevar a Latinoamérica, concebida como una comunidad de pueblos hermanos, los valores espirituales hispánicos. Más tarde y en sintonía con este espíritu, para Ortega y Gasset, América ocupaba un lugar privilegiado para España. La independencia de las repúblicas no había constituido un perjuicio sino una amplificación y multiplicación de España, su raza y su campo de actuación. Para algunos intelectuales, la aparición del *Ariel* significó por otra parte un reconocimiento por parte de Hispanoamérica de la necesidad de educación humanística y espiritual y de la unión de fuerzas trasatlánticas para combatir el peligro del utilitarismo y el materialismo.

Es preciso ahora señalar cuáles eran los postulados o concepciones teóricas sobre las que se asentaba este hispanoamericanismo. Tuvo un papel importante en esta reconquista

17 Ver en Santos Rivero, Virginia, *Unamuno y el sueño colonial* (23).

espiritual la convicción de los intelectuales españoles en la existencia *de facto* de una *raza* o carácter propio e inviolable. Este carácter había podido preservarse y vigorizarse, según estos pensadores, en las jóvenes repúblicas latinoamericanas gracias a tres elementos: la historia común, el idioma y una cultura compartida. No obstante, fue el enfrentamiento contra el materialismo y el utilitarismo uno de los rasgos más definitorios de este hispanoamericanismo de principios del siglo XX. El filólogo Manuel Rodríguez Navas atribuía a la irrupción del materialismo la inestabilidad social en las recién creadas naciones: “In Spanish America the danger of social revolution is greater than elsewhere because of the materialism and lust for wealth of the peoples who have emigrated there”(Pike 141). Los intelectuales noventayochistas trasladaron a Latinoamérica, ante la creciente invasión del materialismo norteamericano, aquellas mismas inquietudes españolas respecto de la modernidad. Los intelectuales latinoamericanos se debatían, por su parte, en la misma paradoja noventayochista: tradición o progreso; materia o espíritu. Y esto era precisamente lo que definía el carácter español, su desinterés crematístico frente a otras potencias cuyos intereses eran marcadamente opuestos. En su libro *Los cien nombres de América: eso que descubrió Colón*, Miguel Rojas Mix al reflexionar sobre el hispanoamericanismo de los años alrededor del 98 sintetiza la relación de esta corriente con el materialismo:

El argumento es fácil. El materialismo de la riqueza, de la vida fácil es causa en Hispanoamérica de los peligros de una revolución. Para conjurarla es preciso compensar las tentaciones materialistas de la vida moderna con la espiritualidad. España puede proporcionarla porque continúa representando las bellas artes, la tradición humanística y el espíritu caballeresco. Valores, que difundidos, producirán la unión espiritual de Hispanoamérica. Sin España, América sería un mundo dedicado exclusivamente a lo material, sin ideales, sin arte y sin temperamento. (174)

Ángel Ganivet fue uno de los intelectuales que más claramente avisó del vacío materialista en su *Idearium*. Enarboló como contrafigura a Don Quijote y rechazó un programa basado exclusivamente en los avances tecnológicos: “Páreceme que la conservación de nuestra

supremacía ideal sobre los pueblos que por nosotros nacieron a la vida es algo más noble y trascendental que la construcción de una red de ferrocarriles” (104).

Sin embargo, no podemos comprender en su complejidad la emergencia de este *hispanoamericanismo* sin la otra orilla del Atlántico. Tras la guerra de Cuba y la situación de Estados Unidos como potencial agresor, la animosidad contra España se fue parcialmente aligerando en Hispanoamérica. Isidro Sepúlveda comenta en su libro *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*:

A partir del 1898, España perdió ante los ojos americanos su potencial peligrosidad y la respuesta autocrítica dada desde la Península al desastre hizo percibir al intelectual americano una identificación con sus propios problemas. Pero aún más importante, para amplios sectores intelectuales americanos (aunque persistieron numerosos casos contrarios) Estados Unidos dejó de ser considerado ejemplar modelo sociopolítico y comenzó a percibirse la potencial peligrosidad de su política exterior para la independencia efectiva de los países americanos. (77)

Este amenazante imperialismo junto con el vertiginoso proceso de modernización y urbanización había generado en ciertos sectores de la intelectualidad latinoamericana gran ansiedad por el futuro del continente. En medio de estas tribulaciones las recién emancipadas repúblicas trataban de modelar una identidad nacional latinoamericana.¹⁸ Como había sucedido en Europa y España, en opinión de Mónica Quijada también los intelectuales latinoamericanos se involucraron en la tarea de cuestionar y analizar imaginarios nacionales: “Ensayistas, historiadores, literatos compaginaron sus horas de reflexión y producción escrita con las más altas responsabilidades políticas. En esa doble capacidad, ellos imaginaron la nación que querían y a esa imaginación aplicaron sus posibilidades de acción pública.”¹⁹

18 Respecto de la creación de las identidades latinoamericanas recojo la opinión de Roberto Mesa en su introducción a la recopilación de artículos *El 98 iberoamericano*: “...en primer lugar recordar que también hubo 98s iberoamericanos, y no sólo en los parajes coloniales, sino también en aquellas otras naciones que, en los albores del siglo XIX, se emanciparon y todavía luchaban por forjar sus identidades nacionales. Aspiraciones en las que, sin evocaciones nostálgicas, estaba bien presente la componente ibérica, tanto en lo positivo como en lo negativo” (IX).

19 Ver en el artículo de Mónica Quijada “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX” (15-16).

En Latinoamérica este sentimiento defensivo *anti-yankee* se arropó con marcados tintes raciales. El conflicto intelectual se entendió como una pugna entre *raza latina* versus *sajona*.²⁰ El breve ensayo de Rubén Darío *El triunfo de Calibán* y la obra *Ariel* José Enrique Rodó constituyeron hitos textuales y culturales en la búsqueda de un identidad basada en la existencia de unos rasgos raciales y culturales hispánicos compartidos en la que no debía inmiscuirse Norteamérica y su *nordomanía*. En sintonía con estos intelectuales también el mejicano Rodolfo Reyes, miembro de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, apoyaba la existencia de una comunidad espiritual entre Latinoamérica y España quien había dado primitivo bronce al genio latino. No podemos olvidar en este reencuentro con la tradición hispánica a Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos. Tampoco debemos dejar de mencionar la participación en este espíritu del chileno Nicolás Palacios y el peruano Ricardo Palma.

En 1900, José Enrique Rodó publicó su *Ariel* donde abogaba a favor de valores espirituales y estéticos frente al materialismo, utilitarismo, positivismo e individualismo dentro de una comunidad de pueblos de raza común. En sintonía con Rodó, Rubén Darío entendió que la amenaza *yankee* solamente podría frenarse con una raza y una comunidad hispánica unidas. A su juicio, eran censurables el exceso de materialismo y el desmedido poder económico estadounidenses. En su obra *Cantos de Vida y esperanza* (1905) auguraba el renacimiento de una raza latina unida:

¡Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas!, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos: mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto.(865)

20 Debe precisarse que era un enfrentamiento discursivo que priorizaba al elemento racial blanco, integrante de la élite política, del cual quedarían excluidos indígenas y afro americanos. Privilegio blanco que da muestras de su dilatada pervivencia en obras como *La Raza Cósmica* (1925) de José de Vasconcelos.

Su ensayo *El triunfo de Calibán* muestra con claridad su percepción del brutal enemigo *yankee*: “No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros” (569). En su trabajo *Modernismo, Modernity and the Development of Spanish American Literature*, Cathy Jrade al analizar el poemario *Azul* de Rubén Darío ahonda en este sentido sobre la percepción del escritor del mundo material:

In the poetry, especially in its recourse to overtly sexual metaphors, Darío further asserts his intent to confront convention and to break accepted norms. These literary acts of noncompliance challenge established patterns of perception and reflect his disillusionment—which he shared with many other Spanish Americans writing at the time—with a society that both elevated the mundane and the pedestrian and tended to ignore the aesthetic and the spiritual. "El rubí" ["The Ruby"], "El sátiro sordo" ["The Deaf Satyr"], "El palacio del sol" ["The Palace of the Sun"], "El rey burgués" ["The Bourgeois King"], and, perhaps most directly, the introductory section of "En Chile" ["In Chile"] (all from *Azul* . . .) criticize the limited and limiting vision of bourgeois materialism, science, and technology. (68)

La poesía de otros representantes del modernismo también evidenciaría una similar necesidad de paz espiritual y distanciamiento de la vulgar realidad material. Si hay un país que se convirtió en el verdadero receptáculo del sentimiento anti-*yankee* y detractor del expansionismo materialista en ese momento fue Argentina. Allí las admoniciones de *Ariel* encontraron fructífero solar. Lo que era desprecio o desdén entre los señores del 80 por España, después de 1892, al sumarse a la influencia de Darío, se convierte en redescubrimiento y apelación espiritualistas. En 1901, el argentino Manuel Ugarte, defensor del concepto de “nación latinoamericana,” publicó su libro *El peligro yanqui* donde alertaba del militarismo estadounidense.²¹

21 Así comenta el editor Norberto Galasso en la introducción al libro *La nación latinoamericana* respecto de la pintura de Estados Unidos por parte de Manuel Ugarte en *El peligro yanqui*: “La política exterior de los Estados Unidos tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando primero con la acción primero con la acción de la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas” (xviii).

A lo largo de las páginas anteriores, he contextualizado la creciente corriente hispanoamericanista surgida en la Península después de 1898. No obstante debe precisarse que ciertos acontecimientos a lo largo del siglo XIX ya habían adelantado lo que será la futura ideología pan hispanista. Ejemplos de estas sintonías fueron el congreso celebrado en Lima en 1847 o la creación de la Unión Iberoamericana en 1885. Por otra parte, la celebración del IV Centenario en 1892 hizo proliferar los discursos pan hispanistas. Esta celebración para los entonces iniciadores del hispanoamericanismo fue la oportunidad de vincular las esferas oficiales de los distintos Estados en la potenciación de relaciones. Sin embargo, no fue hasta 1909 cuando este sentimiento de reencuentro trasatlántico alcanzó un verdadero carácter institucional y se materializó en intercambios culturales y embajadas. Este reverdecimiento del hispanismo también se debió a la influencia de la prensa, del desarrollo de las comunicaciones así como la intensificación del comercio. También contó con la actuación de otros agentes sociales como los diplomáticos y cónsules españoles, los intelectuales, los emigrantes y las asociaciones americanistas. Incapaz de presentarse como una potencia mercantilista o militarmente agresiva frente otros países europeos, España se mostró en este contexto como una nación superior espiritual y moralmente. Es significativo en este sentido el comentario del hispanista Fredrick Pike: “Spain’s liberals envisioned a united Spanish raza that would be spiritually and materially powerful. Spain would provide the basis for spiritual grandeur; Spanish America would contribute the basis for material greatness. This projected division of labor afforded clear indication of the supremacy that Spaniards assigned to themselves within the Spanish raza” (145). Debe precisarse que este espíritu recorrió a progresistas y conservadores peninsulares en un movimiento muy similar. El rasgo que más les diferenciaba era la inclusión o no del credo religioso. Aunque el anticlericalismo marca la frontera entre ambos grupos es evidente que compartían gran parte de los postulados que buscaban una restauración de la autoestima nacional. Ambos coincidían

en que España tenía de algún modo una posición de hegemonía, una responsabilidad espiritual respecto de América. Se veían como garantes de la espiritualidad, depositarios de la cultura y el espíritu altruista que iba a salvar a las repúblicas de Latinoamérica de las garras de un incipiente capitalismo y materialismo proveniente del enemigo del momento, los Estados Unidos pero también la influencia europea, especialmente francesa y británica. En el caso específico del hispanoamericanismo progresista, trataba básicamente de superar la decadente postración finisecular y elevar a España al nivel de los países desarrollados. Era preciso mostrar a Latinoamérica la España científica y abierta al progreso. Esta era una nación lejos del fanatismo, anacronismo y crueldad que se le habían atribuido. Se admitía la actual decadencia y se contemplaba América como una oportunidad para mejorar. Veían en los Reyes Católicos el momento de mayor esplendor de la Península que se desvaneció con el fanatismo religioso impuesto por los monarcas posteriores. Con todo, como he precisado antes tanto liberales como conservadores profesaban un nacionalismo de base cultural.

Aunque abarcó otros países fue Argentina la meta estrella de este espíritu. El intelectual Adolfo González de Posada viajó a La Plata en 1910 para dictar un curso de tres meses sobre política y gobierno. Recibió felicitaciones y peticiones para que España interviniese en Argentina espiritualmente para parar la ola de materialismo que invadía el país. Fue Rafael Altamira no obstante el intelectual liberal que canalizó y definió ese ímpetu intelectual a través de lo que él llamó la “obra americanista.” Se trataba de un intelectual que en los años anteriores se había comprometido activamente con la regeneración de España, la revitalización de los estudios históricos y la extensión de la educación entre las masas. Tras cursar estudios de derecho en Valencia, se trasladó a Madrid para estudiar su doctorado. En la capital estrechó contactos con el círculo krausista abanderado por Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate. Posteriormente conseguiría una cátedra de Derecho Español en la Universidad de Oviedo. Allí crearía el programa de Extensión Universitaria cuya meta era el

acercamiento del conocimiento por medio de cursos, conferencias, intercambios a todos los grupos sociales y también más allá de las fronteras peninsulares. En este mismo espíritu de divulgación cultural debemos entender su gira entre los meses de julio de 1909 y febrero de 1910 por Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba. Allí trataría de combatir en Latinoamérica la hispanofobia a través de la difusión, con carácter educativo de una nueva historia e imagen de la Península. Abogaría por la hermandad entre España y Latinoamérica donde la primera debía actuar como guía espiritual. Advertiría asimismo sobre el peligro que entrañaba un acercamiento a los Estados Unidos.²² Este deseo de confraternización hispanoamericana fue intensamente plasmado en sus obras *España en América* (1908) o *La huella de España en América* (1924).

Como he señalado antes la efervescencia de este hispanoamericanismo de principios del siglo XX fue posible a la afinidad espiritual entre ciertos sectores de la intelectualidad. Sin embargo, sería un error no destacar que estas embajadas no fueron recibidas con el mismo entusiasmo por todos los países. Inevitablemente debía ser en Cuba, el último país emancipado, donde la animadversión hacia la hispanofilia generara un rotundo discurso de reivindicación nacional y de rechazo ante cualquier vestigio de paternalismo intelectual. Quizás el intelectual que con más contundencia se opuso a esta reconquista espiritual fue el cubano Fernando Ortiz. En el año 1910 justo después de la estancia de Altamira en La Habana, el ensayista cubano recopila sus artículos publicados en el diario *El tiempo* y en la *Revista bimestre cubana* -ambos de La Habana- en el libro titulado significativamente *La reconquista de América*.²³ Para Ortiz, la tal llamada reconquista espiritual escondía un

22 En su texto “Nuestra política americanista” dice Altamira: “El ejemplo de los Estados Unidos es, hoy por hoy, un obstáculo temible para la solidaridad que pretendemos establecer. [...] Los hispanoamericanos conocen sin duda el peligro que hay en todo esto” (156).

23 Todos los artículos de Fernando Ortiz que se citan a continuación están incluidos en “El panhispanismo.” Se trata de una selección de artículos titulada “La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo,” publicada en París en 1911. Estos artículos han sido reproducidos en el libro *Rafael Altamira y la Reconquista espiritual de España* por su autora Eva María Valero Juan.

verdadero *neoimperialismo español*. Así define la labor que estaban realizando Altamira y otros: “Cierto es que el imperialismo adopta diversas formas, y que el nuevo sentimiento expansivo español, sin poder soñar hoy con dominaciones militares, se polariza por ahora hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en este continente, o sea, hacia una “rehispanización tranquila” o un “neoimperialismo manso” (195). Para Ortiz la identidad cubana debía forjarse únicamente en Cuba y al margen de imperialismos espirituales y económicos, representados por España y Estados Unidos. A su juicio, los intelectuales españoles incurrían en una terrible paradoja. Trataban de guiar con sus valores hispanos a las naciones latinoamericanas mientras estaban buscando las soluciones para la decadencia y futura regeneración española. Denunciaba, por otra parte, que autores como Altamira, defensores del progreso y la europeización, adoptaban en América un discurso patrioterico a favor de la preservación de la raza y el idioma por medio de una cruzada espiritual:

Los desprecios y rencores seculares se trocaron en un furor amoroso llevado hasta el ridículo y la fuerza coherente de la raza y el idioma, que jamás sirvió de freno al desgobierno español, se sacó a relucir como señora patriótica, como nuncio de victorias futuras, como imposición histórica ante la cual la América latina debía forzosamente abrazarse a España y aborrecer el resto de la América, la que no habla español, la que fue siempre a la vanguardia de las libertades republicanas y democráticas en ambos continentes.²⁴

Por otra parte, Ortiz vio con precisión meridiana el *racismo blanco* que se escondía bajo esta reconquista espiritual a todas luces excluyente de la diversidad latinoamericana.²⁵ Como una suerte de coqueteo romántico percibió el cubano Fernando Ortiz las aproximaciones hispanoamericanistas de la metrópoli. En su texto *El caballero encantado y la moza esquiva*:

24 Fernando Ortiz, Fernando, “La paradoja” (214).

25 Fernando Ortiz, “La reespañolización de América”: “Se ha llegado, vos lo habréis visto ya, Dr. Altamira, a un período de insano, febril, morboso y a veces pérfido apostolado racista, a predicarse un nuevo evangelio de odios, que con frase precisa y significativa en este momento de nuestra evolución nacional me permito llamar el racismo blanco, no menos cierto y peligroso que el racismo negro” (204).

epílogo, el personaje de América Andina (Argentina) le escribe una carta a su hermana Juanita Antilla (Cuba) contándole de la llegada de un novio español Carlitos de Tarsis (Rafael Altamira) en representación de la mamá (España) enfurruñada a causa de las lindas jovencitas:

...pero hete aquí que apenas tú te escapaste se nos presenta un recomendado de mamá, guapo joven –que majo sí lo es –rondándonos la reja, hablando nuestro lenguaje y diciéndonos palabritas más dulces que la miel. Ese es Carlitos de Tarsis, nuestro pariente, vástago último de un linaje de campanillas, con una porción de leones, castillos, barras y otros bártulos de heráldicas que nosotros no hemos manejado jamás.²⁶

Continúa su carta América Andina confesando que este galanteo de heráldicos e hispanistas requiebros no le desagrada debido a que: “es de buen ver esa corte de un hidalgo, tanto más cuanto tú bien sabes que nos criaron cerca unas del otro y que tenemos muchas cosas que decirnos de nuestros años infantiles [...] que siempre fue placentero saber de nuestra infancia y hablar de sus años idos.” Sin embargo, otros muchos extranjeros pretendientes rondan su verja: “...vienen a festejarme mocitos de muy extrañas tierras, italianos artistas, franceses espirituales, alemanes rubicundos, ingleses acaudalados.” En estas líneas y mediante el flirteo entre Argentina y el español Tarsis-Altamira, Ortiz estaba simbolizando precisamente el flujo de embajadas hispanistas como las de Altamira, Posada o la de Vicente Blasco Ibáñez con la que se abría este capítulo. Pero además estaba representando el polarizado panorama nacional argentino que recibió a Blasco. La joven república se mantenía indecisa entre diversos proyectos nacionalistas que pugnaban por ganar su corazón. Llamaban a su puerta los europeos y norteamericanos pertrechados con cuantiosas dotes, modernas costumbres y tecnológicos avances. Rivalizaban con ellos los linajudos criollos que le traían los prestigios de una raza y un espíritu superior. Y en apoyo a su criolla conquista se alineaban todos los

26 Fernando Ortiz, “El caballero encantado y la moza esquiva. Epílogo” (221-22).

Carlitos de Tarsis que como Blasco o Altamira arribaban desde España con su batería de metáforas noventayochistas e hispanoamericanismos fraternales. El valenciano llegaría precisamente a Buenos Aires cuando al calor de los fastos del Centenario le habían salido a Argentina unos vigorosos pretendientes criollos, los escritores Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. Sus textos literarios, exaltados gritos de amor patriótico e hispanista, se encargarían de denigrar a todos aquellos y a todas aquellas tendencias que pudieran amenazar el éxito de su cortejo. Este nacionalismo reaccionario, que es explorado en detalle en el próximo capítulo, es precisamente el que recibiría a Blasco en Buenos Aires y en gran medida determinaría el contenido, mensaje y posicionamientos ideológicos tanto de sus conferencias como de sus dos novelas argentinas.

CAPITULO II

ARGENTINA 1910 Y PROYECTOS DE NACION: ENTRE EL TRADICIONALISMO AUTOCTONO Y UNA MODERNIDAD EXTRANJERA

A la memoria de mis antepasados españoles; a los hijos de Hispania, que contribuyen con su trabajo a edificar la grandeza de mi patria, y a mi abuelo materno nacido en las entrañas mismas de Castilla la Vieja, consagro este libro, a modo de concreto homenaje hacia la España admirable: la España donde, todavía, perdura intensa vida espiritual; la España profunda y maravillosa; la España que es para nosotros, los argentinos, la casa solariega y blasonada que debemos amar.

—Manuel Gálvez

Durante la primera década del siglo XX ciertos intelectuales peninsulares protagonizaron embajadas culturales a Latinoamérica con el alegado fin de recuperar la presencia espiritual y cultural de la Península en América. Representaban una corriente hispanoamericanista con destacables afinidades con el espíritu de introspección y recuperación nacional forjado por los hombres del 98 así como con aquella *España inventada* que había surgido de sus plumas. Este hispanismo trasatlántico se veía alentado, por otra parte, debido a la reorientación favorable entre ciertas corrientes intelectuales latinoamericanas, particularmente criollas, hacia la metrópolis y la supuesta necesidad de una reconquista moral por parte de ésta. Pero más allá de victorias espirituales, tal corriente

encubría el interés peninsular por mantener su influencia y control sobre Latinoamérica tras una pérdida colonial no del todo bien digerida.

El país que más intensamente recibió la impronta de este hispanoamericanismo post-98 fue Argentina. Aún persistían allí ciertos resentimientos hacia España de los tiempos de la Independencia. Entonces Alberdi y los teóricos del 80, valedores del progreso industrial y la europeización, abominaban de España como un país atrasado, decadente y oscurantista.²⁷ Pero ahora estábamos en 1910, y las clases gobernantes argentinas no dudaron en invitar a destacados representantes intelectuales, varios peninsulares entre ellos, para celebrar el Centenario de su Independencia y mostrarles la prosperidad nacional. A una Buenos Aires que resplandecía con festejos, conmemoraciones y exposiciones llegaron personajes de la talla de Guillermo Ferrero, Enrico Fierri, Anatole France o Georges Clemenceau. También lo harían los españoles Ramón del Valle Inclán, Mariano Benlliure o Eduardo Zamacois. Es dentro de este contexto de embajadas y festividades del Centenario que se enmarcan las conferencias hispanistas de Vicente Blasco Ibáñez en 1909. A Joaquín V. González le dirigió una carta avisándole de su llegada a Buenos Aires en la que además elogiaba su libro *Mis montañas*. Debe señalarse que fue este intelectual el fundador y gran impulsor de la Universidad de la Plata. Este organismo desempeñó un papel crucial en el intercambio intelectual y de embajadas en los años en torno al Centenario.²⁸

Si bien la recepción de las conferencias por el colectivo criollo bonaerense fue calurosa, no en vano se trataba de su huésped, no las acogieron con el mismo agrado obreros

27 Ver Jane DeLaney en “Rediscovering Spain: the Hispanismo of Manuel Gálvez”: “In Argentina, where liberal thought established an early and tenuous foothold, the rejection of Spanish culture and institutions was particularly marked. [...] These sentiments were echoed by later leaders such as Domingo Faustino Sarmiento, who argued that Argentina’s economic backwardness and political chaos could be traced, in large part, to its Spanish heritage. Throughout the century, liberal Argentines looked toward the industrializing nations of northern Europe as models for their country to emulate. To progress, according to these individuals, Argentines must strive to adopt the civilized habits of thrift and industry that came naturally to Anglo-Saxon peoples” (72).

28 En su conferencia en Buenos Aires “La novela moderna,” Blasco lanza un profundo elogio a V. González: “Y permítame este detalle el doctor González, este recuerdo que hago en su nombre, y que lleva en su rostro, en el color y hasta en la fisonomía el sello de la raza” (1257).

y militantes de ideologías radicales en su mayoría inmigrantes. Este discrepante recibimiento, bien lejos de una simple cuestión de modas, reflejaba fielmente la escisión entre lo criollo y lo extranjero que dominaba el debate nacionalista argentino del momento. Esta era la controversia que precisamente en ese mismo año el escritor criollo Ricardo Rojas plasmaría en su ensayo *La restauración nacionalista* y la que solamente un año más tarde protagonizaría la novela de Manuel Gálvez *El diario de Gabriel Quiroga: opiniones sobre la vida argentina* (1910). Ambos documentos constituyen los textos literarios programáticos del reaccionario nacionalismo criollo que surge alrededor del primer centenario de la República Argentina. Ambas obras se encargaban de apuntar todas las supuestas influencias que habían malogrado la salud de Argentina y cuyo origen no eran otro que aquellos enemigos extranjeros que la habían profanado con sus modernas ideologías y desnacionalizado materialismo. Por otra parte, volteaban su mirada a las raíces de la argentinidad como el espacio donde restaurar la amenazada existencia de la nación.

No era extraño que para dos criollos tradicionales y acomodados de provincias como Rojas y Gálvez la consumista y cosmopolita Buenos Aires se presentara como un espacio amenazador. El liberalismo económico y fuerte industrialización en la Argentina de principios del siglo XX habían provocado el declive de cierta rancia aristocracia, conservadora, terrateniente y generalmente de origen provinciano. Por una parte, ésta había resultado progresivamente desplazada en los negocios y la política por un tipo de clase media acomodada, inmigrante y vinculada al comercio y la especulación. Por otra parte, los valores sociales y morales tradicionales que avalaban su posición jerárquica y privilegios se desmoronaban paulatinamente ante el embate de diversas ideologías subversivas.

Esa Buenos Aires, que tan perniciosa resultaba a ambos escritores, disfrutaba de una gran prosperidad económica gracias a la adopción durante los años anteriores de un modelo político basado en el capitalismo y la inmigración. El crítico Fernando Rocchi en su artículo

“La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado” nos ofrece un sucinto panorama de las causas de tal entusiasmo mercantil: “Entre 1877 y 1910, el mercado interno argentino se expandió como resultado del boom exportador. Por efecto de la inmigración masiva, su población se triplicó; de manera paralela, esa población se volvió, en promedio, dos veces y medio más rica. Como resultado el producto total se multiplicó por diez, su economía alcanzó el primer lugar en América Latina” (535). La república había completado, por otra parte, la pacificación y unificación nacional. Su capital floreciente y populosa era el claro reflejo de estos logros. Era un dinámico escenario donde bullían las corrientes culturales de Europa pero también el resentimiento de las arrinconadas oligarquías criollas. La bonanza económica era fundamentalmente la consecuencia de las directrices políticas y económicas dictadas durante la primera presidencia del general Roca. Esta se había sostenido sobre un lucrativo sistema de producción y en los beneficios del amparado imperialismo británico. El periodo había comportado por otro lado una intensa modificación de las relaciones económicas y de la estructura social así como un vertiginoso proceso de urbanización en Buenos Aires y la zona costera. Este modelo político, a pesar de los éxitos, había provocado graves fisuras y fricciones entre los grupos conservadores, la burguesía y las clases medias obreras e inmigrantes de ideologías radicales.

Al comienzo de la primera década del XX este proceso empezaba a mostrar sus consecuencias. El Centenario celebraba los triunfos pero también afloraban los descalabros de un sistema que los marginados criollos aprovecharon para criminalizar y presentar como un modelo fracasado. Bajo su mirada reaccionaria, Buenos Aires zozobraba presa del hacinamiento, el lucro, la prostitución, la criminalidad y las incesantes huelgas. Hacían su aparición peligrosas doctrinas para la república como el anarquismo, el sindicalismo o el feminismo. Cundía el concepto de moda: *llegar*. Ellos lo interpretaban como tratar de triunfar y prosperar materialmente, aunque fuera en detrimento del enriquecimiento espiritual, dentro

de una sociedad de las apariencias, el fraude y la falta de valores éticos. A su juicio, multitud de productos, ya fueran importados de Europa o fabricados de acuerdo con las modas de allí, estaban desnaturalizando Buenos Aires. Allí las desnacionalizadas clases burguesas imitaban los modos sociales del viejo continente, especialmente de París. Esta ciudad se había convertido en modelo y centro cultural para los bonaerenses, ya fuese para imitarlo o denostarlo con virulencia. Los detractores argüían que era precisamente Francia el peor de los ejemplos culturales para seguir. En su libro *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*, Mónica Quijada incluye a este escritor entre los acusadores del momento: “Abominaba de lo francés que, en su opinión, era la influencia que más había contribuido a descaracterizar lo argentino, y del espíritu de la inmigración, signado por una única meta, el afán de lucro” (29). Incluso el propio Miguel de Unamuno denunciaba la infatuación francesa que sufría argentina.²⁹ En una carta a un amigo chileno le decía: “Sí, amigo, sí. Dice usted, creo, una gran verdad. En Chile y en toda la América española en general, españolizar es chilenizar (respectivamente argentinizar, peruanizar) y más ahora frente al peligro yanqui, y en el orden intelectual frente al peligro del exclusivo afrancesamiento.”³⁰

Por otra parte, achacaba el criollo conservador al desarrollo del mercantilismo otros efectos como la relajación y secularización de las costumbres morales así como una democratización en el acceso a los bienes de consumo. Este último fenómeno conllevó una progresiva disociación entre el dinero y el abolengo lo que provocó una fuerte revulsión entre los sectores continuistas. Estos reaccionaron generando un fervoroso culto por títulos y jerarquías. En su artículo “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the

29 Ver Fredrick Pike en *Hispanismo, 1898-1936; Spanish Conservatives and Liberals and their relations* sobre la influencia italiana y francesa en Argentina: “Unamuno, who saw Simón Bolívar as the incarnation of the spirit of Quijote, continued in the days following the disaster to believe that Spanish traits and values exercised the paramount influence in Spanish America, even in Argentina with its large colony of Italian immigrants and its infatuation with French culture” (133).

30 La cita está tomada de las *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno* editadas por Sergio Fernández Larrain (386).

Immigrant and the Gaucho in Turn-Of-The-Century Argentina,” Jeane Delaney comenta lo que en efecto parecía una tendencia social: “The increasing prosperity and new consumption patterns meant that visual cues were no longer reliable means of ascertaining social status”(455). El propio Vicente Blasco Ibáñez en su novela argentina *Los Argonautas* (1913-1914) reflejaría esta fiebre nobiliaria. Las matronas argentinas de la novela sueñan con conocer un día al rey de España o descubrir su noble linaje en un antiguo pariente.

Dentro de esta apocalíptica pintura bonaerense, los criollos elegirían como principal chivo expiatorio al inmigrante a quien acusaban de tratar de romper la unidad cultural, territorial y lingüística. Aún peor, supuestamente difundía ideologías subversivas en contra del orden y la tradición. Si fuese poco, se asociaba con él un excesivo culto por el dinero.³¹ Los inmigrantes más temidos eran los italianos por sus afiliaciones a sindicatos y sus revueltas, y los británicos por el control de las empresas y dueños del capital. El escritor Ricardo Rojas apuntaba específicamente a estos dos grupos inmigrantes en su obra *La restauración nacionalista*: “Bástenos recordar que una cantidad exorbitante de brazos italianos trabaja nuestros campos, y que una cantidad extraordinaria de capitales británicos mueve nuestras empresas” (87). Tan grande era el miedo del momento a movimientos subversivos que incluso se promulgaron leyes, en algunos casos anticonstitucionales, para atajar estos problemas. Este es el caso de la ley 4144 llamada “ley de disidencia” y de la ley 7029 “de defensa social.”³²

31 Jeane Delaney en su artículo “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-Of-The-Century Argentina” incide en la relevancia de este problema: “One widely perceived problem that a number of intellectuals associated with immigration was the increasing materialism of Argentine society” (446).

32 En su artículo “La perspectiva identitaria “residual” en J. V. González,” Maria Elisa Darmanin de Chaparro incluye la siguiente información sobre estas leyes: “La actitud asumida frente a los conflictos sociales fue en contrapartida muy dura: el senador Miguel Cané tuvo la iniciativa en una ley represiva promulgada en 1902, la Ley 4144 llamada “ley de disidencia,” que será completada en 1910 con la ley 7029 “de defensa social.” Ambas leyes fueron más adelante denunciadas como anticonstitucionales [...] se argumentó que la autorización otorgada al poder ejecutivo para expulsar del país a todo extranjero que comprometiera “la seguridad nacional” o que atentara contra el orden público,” daba pie por la vaguedad de su formulación, a todo tipo de abusos” (134).

No obstante, todas estas críticas y ansiedades criollas no eran del todo nuevas. Ya anteriormente el escritor Joaquín V. González, prominente figura a caballo entre las generaciones del 80 y el 90, había denunciado la progresiva pérdida de los valores argentinos bajo la irrupción de credos y dinero foráneos. Sería la Generación del Centenario, un grupo de jóvenes periodistas, estudiantes y aspirantes a escritores reunidos alrededor de la revista *Ideas* (1903-1905), la que transformaría estas inquietudes, más allá de un asunto nacional en boga, en una verdadera causa nacionalista, tradicionalista y anti-burguesa. Entre ellos se cuentan Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Emilio Becher, Ricardo Olivera y Alberto Gerchunoff. Procedentes en su mayoría de hogares en el interior se opondrían deliberadamente a la mayoría de estudiantes de la facultad de derecho de tendencias materialistas y positivistas. Todos ellos experimentarían, en algunos casos con desazón, la profesionalización y la progresiva comercialización que del oficio del escritor se produce en los años cercanos al cambio de siglo. De entre ellos la crítica coincide en señalar a Ricardo Rojas y Manuel Gálvez como las dos figuras más relevantes.

Ricardo Rojas (1882-1957) que descendía de una familia de raigambre hispana y provincial conservó durante toda su vida algunos principios previos a la modernización. Trabajó como periodista y profesor en las universidades de La Plata y Buenos Aires. Tras algunos artículos de encendido patriotismo nacionalista, en 1909 Ricardo Rojas publica *La restauración nacionalista*. Se trataba de un ensayo a mitad de camino entre el informe educativo y el manifiesto nacionalista y fruto de su viaje a Europa para estudiar sistemas educativos. La tesis del ensayo defendía que Argentina necesitaba desarrollar una conciencia colectiva y basada en sus propias tradiciones a través de la educación pública. Particularmente la enseñanza de la historia pero también del folklore y la lengua despertarían el espíritu nacional y la conciencia patriótica. Earl T. Glauert en su artículo “Ricardo Rojas and the emergence of Argentine Cultural Nationalism” sintetiza los principales motivos

temáticos del nacionalismo de Rojas: “He played a major role in popularizing seven themes which since have been recurrent in Argentine nationalism: the necessity of nationalizing education, the rehabilitation of the Spanish and Indian heritages, the importance of the study of folklore, the importance of the provinces in the life of the nation, the cult of the gaucho, and the cult of the spirit of May”(4).

En lo que respecta a Manuel Gálvez (Paraná, 1882-Buenos Aires, 1962) procedía de una acomodada familia provinciana de rancio y conservador abolengo hispánico así como insigne tradición política. Se enorgullecía de ser descendiente de Juan de Garay y haber leído en extensión los clásicos de la literatura peninsular. Al igual que Rojas, sufrió una negativa impresión del Buenos Aires de principios del siglo XX. La denuncia de los, en su criterio, males de su tiempo unida a un mesiánico anhelo de redención en los valores católicos constituyen la columna vertebral de una producción literaria eminentemente moralizante y nacionalista. De hecho, a pesar de su juventud anarquista y algunos periodos comunistas, su pensamiento y su obra derivaron hacia un nacionalismo excluyente y purificador que se caracterizó por un acendrado hispanismo, un reaccionario catolicismo redentor y una posición política ultra conservadora. El legado literario de Manuel Gálvez es variado y extenso: veintisiete novelas, tres dramas, nueve libros de biografías, nueve tomos de ensayos, tres de poesía, dos colecciones de cuentos y cuatro tomos de sus memorias.³³ De entre su producción la crítica privilegia unánimemente su novelística.

En 1912, tal y como nos relata en sus *Memorias*, concibió un monumental ciclo de novelas que abarcarían la totalidad de la realidad argentina. Proyectaba unas veinte obras agrupadas en trilogías donde reflejaría tanto urbe como provincia en todos sus tipos y clases

33 Inició su carrera literaria con dos textos de lírica: *El enigma interior* (1909) y *Sendero de humildad* (1909). Su primera obra importante para la crítica fue *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina de 1910* y posteriormente *El solar de la raza* de 1912; luego siguió una multitud de novelas. Entre su obra novelística los estudiosos destacan las siguientes obras: *La maestra normal* (1914), *El mal metafísico* (1916), *La sombra del convento* (1917), *Nacha Regules* (1919), *Historia de un arrabal* (1922) y *Hombres en soledad* (1938).

sociales. Se puede afirmar que ejecutó casi en su totalidad este plan al final de su vida. En cuanto a la recepción de sus novelas, gozaron de cierta popularidad en las primeras décadas del siglo XX, especialmente *La maestra normal* y *Nacha Regules*. De la segunda se vendieron más de 40.000 volúmenes. A partir de 1934 y con la publicación de “Este pueblo necesita...,” recopilación de una serie de artículos aparecidos un año antes en *La nación*, evolucionaría a posiciones más radicales incluso simpatizando con el fascismo y el falangismo español. Desde 1939, Gálvez cambiaría por un tiempo la ficción por la biografía de ilustres personajes. Entre ellos destacan Juan Manuel de Rosas y Domingo Faustino Sarmiento. Sin embargo, mi estudio de la obra de Gálvez se ceñirá a la producción de las tres primeras décadas del siglo XX.

Volviendo al Centenario, sería precisamente de las plumas de estos dos provincianos de donde surgiría un grito intelectual desesperado. Sería una enérgica llamada de atención a la conciencia patriótica para restaurar y reorientar, más allá de festividades triunfalistas, el rumbo nacional hacia la esencia argentina. Esta identidad para ellos estaba primordialmente cifrada en lo criollo y lo español creando con ello una clara delimitación entre los valedores y los enemigos de la patria. Valgan las palabras de Rojas en su *Restauración nacionalista*:

El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y las humanidades. El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las riquezas más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante manipulación y la ironía canalla – cuanto define la época actual-, comprueban la necesidad de una reacción poderosa a favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles.(87)

Si bien este grito brotó como una suerte de reacción al materialismo, a los cambios sociopolíticos provocados por la modernización y a la degradación moral circundante, su

verdadero objetivo final era la articulación y construcción de un modelo nacional tradicionalista para Argentina que asentaba sus bases en el legado hispánico en aquel país. Manuel Gálvez, su principal vocero, era taxativo en el carácter de su misión como intelectual en *El solar de la raza*: “Al par que idealista, esta campaña es nacionalista. El idealismo colectivo fue en otros tiempos decoro de la patria, y representa, por esto, un valor tradicional” (13).³⁴ Era esta causa, por otra parte, un nacionalismo *volkgeist* muy en consonancia con las tendencias de Europa durante este periodo pero muy especialmente con el pensamiento de la Generación del 98. Sus basamentos eran la conservación de la lengua y las tradiciones así como el concepto de raza o carácter nacional. En el esquema nacionalista tanto de Rojas como Gálvez el criollo con hidalguía emergía como el único capacitado, por derecho y distinción, para liderar la proyectada reconquista nacional. Tal y como había ocurrido en los tiempos de la independencia, ahora al criollo se le reservaba también el desarrollo y articulación de una conciencia colectiva y un espíritu patriótico. En este sentido se expresaba Ricardo Rojas en su obra de 1910 *Blasón de plata*:

Credo tan complejo sólo puede germinar en el alma del criollo [...] Pero el criollo, al asimilar las ideas del siglo XVIII y al sentir en su propia vida la injusticia del régimen colonial, llegó, forzosamente, a un concepto de libertad americana que devolvía a sus nativos el gobierno de América y a un concepto de igualdad social que amparaba en sus beneficios a las clases serviles. (121)

Sin embargo, las reacciones al discurso de la Generación del Centenario no fueron totalmente entusiastas. El subtexto elitista, racista y xenófobo de este programa de restauración nacional era evidente para muchos que habían sido excluidos del mismo. Su patriótica causa escondía un efectivo desprecio por las clases medias enmascarado de idealismo. El intelectual Roberto

34 En un tono similar se expresaba Ricardo Rojas en su texto *La restauración nacionalista*: “Si hubiera atendido solamente a su doctrina didáctica, este libro pudo haberse llamado Las humanidades modernas; pero tales disciplinas (diversas del humanismo clásico y de las ciencias físico-naturales) habían sido estudiadas en mi obra en cuanto son resorte pedagógico de un ideal filosófico más vasto; la nacionalidad como órgano de civilización por donde el libro se desdobló ante mi espíritu, descubriendo su faz política y su intención polémica”(16). Esta nota corresponde a la edición de la obra de 1971 que contiene un proemio del autor.

Giusti fue uno de los principales detractores de *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas. A juicio de Giusti, este ensayo evidenciaba cómo la elite había criminalizado el movimiento obrero con un discurso fuertemente racista y clasista.³⁵ No totalmente descaminado iba Giusti al denunciar el *criollismo* excluyente de Rojas a juzgar por fragmentos del autor como éste perteneciente a su *Blasón de plata*: “¿A qué prender en su asta heroica y febea el trapo rojo de la reivindicación socialista? [...] El trapo rojo, en cambio, ha sido en América la enseña del crimen, del despotismo y de la barbarie. Esa blanca y azul debe ser la de nuestra justicia” (158). A mi juicio y coincidiendo con Roberto Giusti, la llamada *restauración nacionalista* del Centenario enmascaraba una revanchista reacción criolla ante su progresiva pérdida de influencia en el país. En definitiva, la *brava lucha* del Centenario no implicaba únicamente una confrontación de valores morales sino de todo un proyecto de nación. En él el criollo, ante la modernidad, el materialismo o la subversión de categorías morales, opondrá tradición, valores y espiritualidad.

35 David Viñas en su libro *Literatura argentina y política* recoge los comentarios de Roberto Giusti acerca de *La restauración nacionalista* de Rojas: “Pero entre quienes denunciaron por igual las reacciones frente a la inmigración y la visión fácilmente optimista de la Argentina de 1910, el más explícito fue Roberto Giusti en su comentario a *La restauración nacionalista* (Nosotros, Número 26, febrero de 1910): después de impugnar los planteos programáticos de Rojas, de sugerir que además de monumentos en homenaje a Dante (que Rojas admite), a Garibaldi y Mazzini (que Rojas ataca), se alcen otros dedicados a Marx, Zola o Tolstoi, y de sostener “que la nacionalidad se salvará no con imposibles restauraciones”, pregunta sin ambages: ¿Cree el por-Rojas que el gringo ha dejado de ser odiado o, cuando menos, despreciado por los buenos criollos? Y a renglón seguido, y extremando su esfuerzo por situarse en un plano de cordial sinceridad, parece acercársele familiarmente a Rojas y murmurar codeándolo: “Vamos, confíeselo, Rojas: ¿no cree que todavía el gringo continua siendo un precioso elemento de trabajo, pero en fin de cuentas un elemento que se puede explotar, aunque no apreciar? Para agregar con un tono de desabrido sarcasmo: No son, no pueden ser argentinos los socialistas y los anarquistas, ha gritado en el Congreso alguna vez un buen criollo. ¿Se da cuenta, Rojas, del significado profundo de esta frase? Se quería decir con ella que los elementos de corrupción y desorden son todos extranjeros.”

“Por consiguiente, las reacciones frente a la inmigración, de acuerdo con el comentario de Giusti, han ido pasando desde sus iniciales motivaciones de 1880 aparentemente estéticas, de buen gusto o simplemente idealistas a través de las raciales y classicistas hacia 1890, hasta llegar a las estrictamente políticas luego de 1900. Es decir, los antiguos señores, los buenos criollos, en un primer momento impugnaron al inmigrante por ridículo, por beocio a continuación, por su sangre irremisiblemente degenerada más adelante, por su soberbia con el tiempo, y finalmente, por sus designios y exigencias. En síntesis, patologización, criminalización y punición. Y de acuerdo con esto, Giusti, en cuatro líneas, explica el proceso de intranquilidad, xenofobia, sanciones, que se venía produciendo en la Argentina de 1910: “Incomodan a los criollos de pura cepa las nuevas ideas; incomoda la preponderancia que el elemento obrero, extranjero o de estirpe extranjera, pero argentino de alma, toma en la vida pública” (82-83).

A pesar de oposiciones como la de Giusti, los textos de Rojas y especialmente de Gálvez no obstante han pervivido como origen y base del primer nacionalismo étnico-conservador en Argentina. Sus respectivas obras *La restauración nacionalista* (1909) y *El diario de Gabriel Quiroga: opiniones sobre la vida argentina* (1910) lograron capturar el panorama global de la Argentina del Centenario y condensar sus principales debates desde la perspectiva criolla. A lo largo de las siguientes páginas exploraré principalmente, aunque no exclusivamente, en estas dos obras los temas estrella de esta corriente patriota. Estos pueden sintetizarse en: la peyorativa percepción de Buenos Aires; la idealización de la Pampa y sus habitantes; la exaltación del criollo como garante de la salvación nacional; la importancia del control de la educación pública y con especial relevancia y atención, la mujer como emblema y chivo expiatorio de los males sociales. La relevancia de la descripción detallada de estos temas radica en que son precisamente estos mismos los que Blasco recreó en su producción argentina al percibir el escritor la realidad del país desde la perspectiva y problemática del colectivo criollo que le sufragaba y era el público al que iban dirigidos sus textos. Son las reapropiaciones pero también el cuestionamiento de estas preocupaciones criollas las que vertebran la literatura sobre Argentina de Blasco y el hilo conductor de mi análisis de la misma en los capítulos tercero, cuarto y quinto de esta tesis.

Es imposible comprender el nacionalismo del Centenario y su idea de reconquista espiritual sin enmarcarlos en el más importante debate del *fin-de-siglo* argentino: *civilización o barbarie*. Con el fin de las guerras civiles y la lucha contra el indio el campo se ha estabilizado y el discurso *civilización o barbarie* ha sufrido una reorientación. Ahora campo y provincia se contemplan por el criollo lejos de la barbarie con la que se habían relacionado anteriormente. Con todo, es importante precisar que este proceso de transformación será prolongado y gradual. Convivirán y alternarán en un mismo marco discursivo cultural la asociación del gaucho y de la pampa tanto con la brutalidad como con la incorrupta esencia

argentina. En su artículo dedicado a la conformación del estado argentino *Imagining 'El Ser Argentino': Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina*” su autora reflexiona acerca de la percepción del campo en este momento histórico:

The belief in the existence of an essential, underlying national ser or essence with which Argentines were in danger of losing touch prompted a new interest in the rural interior among cultural nationalists [...] In turn-of-the-century Argentina, however, ruralism was given added weight by the arrival of millions of foreigners who settled primarily in the city, and by the traditional nineteenth-century view of Buenos Aires as the conduit for European, modernizing influences. Thus, for both Gálvez and Rojas, the provinces were more idealistic, less tainted by materialism and thus more authentically Argentine. (Delaney 636)

Si hay un texto que testimonia con claridad esta relectura de la controversia *urbe* versus *campo* es *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez. Se trata éste de un texto híbrido entre la ficción narrativa y la reflexión ensayística que pretende ser una reacción e interrogación a su tiempo utilizando la figura de un *alter ego*.

Gálvez-Quiroga llega como estudiante de derecho a una Buenos Aires carente por doquier de sentido ético y estético. Bohemio, intenta sobrevivir de su literatura al tiempo que se enamora de Lita, una burguesa acomodada. El fracaso amoroso y artístico, su incapacidad para enfrentar la indiferente realidad y el deterioro financiero lo conducen a la bebida y la muerte. Quiroga encarna fielmente el personaje del intelectual inadaptado *fin de siglo*, una víctima del llamado *mal metafísico*. Antecedentes de este antihéroe bohemio es posible encontrarlos en novelas como *Sin rumbo* (1843) de Eugenio Cambaceres o *El triunfo de los otros* (1907) de Roberto J. Payró. Al otro lado del Atlántico, no faltarán réplicas de este tipo finisecular en personajes como el Andrés Hurtado de *El árbol de la ciencia* (1911) de Pío Baroja o Azorín de *La voluntad* (1902) de José Martínez Ruiz “Azorín.” El propio Gálvez volvería, seis años más tarde, a encarnar este tipo en el protagonista de su novela *El mal metafísico* (1916). Gálvez-Quiroga, con un tono pesimista y sarcástico, reconstruye esa

sociedad que con tanto ahínco desea redimir. Al mismo tiempo destila un discurso nacionalista en contra de la inmigración y la corrupción moral. A pesar de extender la catástrofe ética a todo el país, el narrador defiende que Argentina ha sido capaz de mantener su genuina alma y carácter en la provincia. Allí, lejos de Buenos Aires, y exclusivamente en las linajudas familias criollas es posible encontrar la salvación de la república. En *El diario de Gabriel Quiroga* compara las viejas capitales provincianas, Salta, Catamarca, La Rioja, con una linda criollita, peinada de trenzas y vestida de percal. Es una pobre muchacha donosa, de carácter tímido y honesto, sin alhajas ni afeites, “pero con mucho ensueño en el alma y mucho sentimiento en el corazón.” La pintura de Buenos Aires no puede ser más diferente:

Ciudad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que le lleva a buscar la semejanza de Londres y París. Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse toma los prestigios ajenos sin advertir que, de tal manera, suprime su porvenir espiritual y que, en la gloria aparente de sus bellezas prestadas, ostenta su triste condición de pueblo secundario. (62)

Es necesario precisar que Manuel Gálvez no se opone al progreso industrial ni a la prosperidad. Ambos fueron alcanzados gracias a las políticas de la Generación del 80 de las cuales la familia Gálvez fue de las más tenaces promotoras. El escritor recrimina sus consecuencias nefastas en la moral. Esto es lo que pretende restañar su restauración.

Las ciudades provincianas y el campo atesoran los genuinos valores argentinos una vez superada la etapa de euforia ante la modernización y el mercantilismo. Así lo atestigua en su *El diario de Gabriel Quiroga*: “Hay en ellas un sentido profundo de nacionalidad, una honda conciencia de raza. [...] Las ciudades provincianas guardan el culto de nuestros grandes hombres; sus calles, sus paisajes vibran de historia y de patriotismo; y ellas constituyen lo único argentino que ahora nos va quedando” (146). Dentro de este proceso de

reinterpretación del campo una figura ocupa un lugar preferente: el gaucho, específicamente la figura de Facundo Quiroga. También será crucial la revalorización concedida al *Martín Fierro* de José Hernández. Beatriz Sarlo delimita con exactitud las etapas en este reajuste de mitos nacionales en su artículo “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”: “El movimiento tuvo sus episodios claves en las conferencias de Lugones sobre el *Martín Fierro*, que serían editadas pocos años después bajo el título de *El Payador*; en el discurso con que Ricardo Rojas se hizo cargo de la recién fundada cátedra de Literatura Argentina, y, finalmente, en la controversia promovida por la encuesta de *Nosotros* a propósito del poema de Hernández” (187).

En opinión de Manuel Gálvez había sido precisamente el caudillismo y personajes como Rosas los que habían preservado la verdadera identidad de la nación frente a la invasión europea. El propio escritor descendía su linaje a los caudillos y por ende, a los antiguos conquistadores españoles de quienes estos, según sus palabras, eran herederos. En aquel tiempo aunque abundaban revoluciones y no había florecido la industria había un alto y genuino sentimiento patriótico. En el universo ideológico de Gálvez, si caudillaje representaba autenticidad, incluso una democracia *sui generis*, el liberalismo y la tradición unitaria han conducido al país al estado de cosas que es preciso remediar. Así escribía en *El diario de Gabriel Quiroga*:

Los unitarios, seres artificiosos y decorativos, que eran más europeos que argentinos, no fueron nunca democráticos, aunque sí lo fueron aquellos unitarios que no tenían el espíritu del unitarismo: como Sarmiento, como Mitre. Y sí lo fueron los caudillos. Estos, los hombres más representativos de la raza, los más castizos, los más americanos, significaron una forma aborígen de democracia: democracia bárbara si se quiere, pero democracia al fin. (113)

En tal modo estima Gálvez la positiva labor del caudillaje que incluso aboga por una vuelta a las revoluciones y al militarismo de aquellos tiempos. Los concibe como un modo de recuperar la nación y unir a los argentinos en un ideal patriótico común: “La urgencia de

afianzar el sentimiento de la nación y los peligros de que el cosmopolitismo haga desaparecer a la República del mapa político, impone algunas violencias que es preciso realizar aun en delito de faltas a la Constitución y a ciertos deberes humanitarios” (68). A esta actitud militarista de un marcado tinte dictatorial se une un encendido imperialismo. Unas páginas más adelante en el texto aboga por un conflicto armado con Brasil que renovaría el sentimiento de unidad nacional:

La guerra con Brasil reuniría a los argentinos en un ideal común y despertaría en el país entero el sentimiento de la nacionalidad. El paso de los ejércitos por los pueblos, las noticias de nuestras victorias o nuestros desastres, los preparativos...reemplazarían en nuestras almas o en nuestros corazones a la tendencia utilitaria, a los sentimientos materialistas, a la indiferencia por los ideales. (77)

Si bien por convenirle a su restauración nacionalista, Gálvez no solamente indulta sino que aclama la figura del caudillo por oposición a la generación precedente, no ocurrirá lo mismo con la figura del indígena. Para el proyecto positivista y de modernización nacional de la Generación del 80 era preciso reducir y someter al indígena al hombre blanco y su progreso. Cuando Gálvez escribe el indio ya ni siquiera es un obstáculo que combatir. Sin embargo el escritor se inscribe completamente en el positivismo de sus predecesores al considerar al indio como una raza inferior al criollo. Sirvan dos fragmentos. El primero procede de *El diario de Gabriel Quiroga* y el segundo de la novela *La maestra normal* (1914):

Cuando uno oye un huanito, tocado en este instrumento por un indio, comprende toda el alma de esta raza vencida y embrutecida, de esta raza miserable, alcoholizada, rencorosa, melancólica. (128)

En la puerta de calle se amontonaba todo el *chinerío* del barrio. Eran gentes pesadas; se movían con lentitud y recostaban unos contra otros, a modo de fardos, sus cuerpos perezosos. Esparcían un fuerte olor a mugre vieja y costosa. Al ver llegar a los invitados, se apartaban humildemente. (262)

Ricardo Rojas conviene asimismo en estas consideraciones positivistas acerca del indio. En su obra *Blasón de plata* considera las tribus indígenas como algo perteneciente al pasado y extinto bajo las armas y la civilización. Para él era preciso y lógico que estas civilizaciones, inferiores en su desarrollo cultural y que se oponían al progreso del país, cayeran ante una civilización más evolucionada. Ahora el indio se ha transformado en un objeto cultural al servicio de la causa nacionalista. Su neutralización y casi total exterminio lo han convertido en un elemento atractivo y manipulable por el discurso hegemónico. Ahora se estudian sus lenguas; se le reserva un espacio en los museos y en los planes de estudio escolares. De hecho, el plan de estudios históricos diseñado por Rojas para Argentina dedicaba gran atención al estudio de las civilizaciones indígenas dentro del periodo colonial. Entre la crítica se han alzado voces denunciando la presencia de un “racismo blanco” en la obra de Rojas. Lo que sí parece cierto es que este indigenismo venía muy oportuno para contrarrestar lo que Rojas denominaba *exotismo*. Con este término se refería a la influencia ideológica y moral de la inmigración europea llegada en las décadas precedentes.

El mulato es otra de las figuras que junto con el indio no cabe en la idílica provincia de Manuel Gálvez. El campo retiene la esencia argentina pero ésta solamente se reduce al criollo. El indígena es un tipo sometido y despreciable pero el mulato es aún más pernicioso. Se trata de un advenedizo cuyas oportunidades en la ciudad lo están convirtiendo en un competidor para el criollo junto con el inmigrante. Así se expresa taxativamente en *El diario de Gabriel Quiroga*: “En nuestras democracias canallescadas y turbulentas, el papel del *doctor* es eminente. Los mulatos diplomados comparten con los maestros normales la supremacía intelectual de la provincia. Nada más irrisorio que llamar doctores a los analfabetos patentados que, año tras año, abortan nuestras facultades de derecho” (73). La invectiva contra el mulato tampoco va a faltar en sus novelas. Los mulatos son generalmente retratados como pecaminosos, nacidos de origen oscuro y muchos de ellos privados de la redención que

otros reciben. En resumen, se puede concluir que la tal renovación espiritual de Gálvez enmascaraba un diseño de nación para la República Argentina con su consiguiente reparto de poder y jerarquías sociales. Dentro de su patriótico plan de rescate, el criollo puro era el depositario del alma argentina de la que, aún emergida de la provincia, él era el único garante. Discriminaba o minimizaba con ello a otros sustratos de población ya fuera indígena, africana o europea. Incluso excluía a aquellas familias argentinas que, originadas en provincias, se habían integrado en la ciudad y, por ende, desnaturalizado, o usando un vocablo preferido de Gálvez, *desnacionalizado*. Se trataba sin ambages de una ideología xenófoba, ultra conservadora, enraizada en el catolicismo e incluso, si se precisase, anticonstitucional. Finalmente situaba en el pasado, en especial en la figura del caudillo, el emblema de la nación.

Volviendo al nacionalismo del Centenario, la ejecución de este proyecto restaurador nacionalista sin duda requería de unos instrumentos de propaganda que acercasen sus postulados a la población. Al definir en el capítulo anterior el nacionalismo de comienzos del XX destacué el papel del cuerpo intelectual en la fijación de una historia, valores y cultura por medio de los que instilar en las masas un sentimiento y conciencia nacionales. Centros de investigación, universidades y otros organismos de difusión de conocimiento se pusieron entonces al servicio de *inventar* la nación. La educación pública argentina emerge en este contexto como uno de los más eficaces mecanismos de instrucción en valores patrióticos. No es por tanto sorprendente que tanto Rojas como Gálvez concediesen gran relevancia al espíritu y contenidos de la educación pública para su causa nacionalista. Al primero se le encomendó la misión de modelar los planes de estudio de las escuelas argentinas. En cuanto a Gálvez fue nombrado en 1906 inspector de enseñanza recorriendo en su tarea gran parte del país. A partir de esa experiencia, la instrucción pública será uno de los temas más recurrentes dentro de su producción literaria.

El escritor lanzará su dardo contra la educación de cuño liberal y positivista impuesta desde las escuelas y que, a su juicio, dejaba a los individuos indefensos ante las desgracias y tentaciones de la vida. Este tipo de pedagogía denominada *normalismo* e iniciada por Sarmiento y los padres del 80 se caracterizó por la constante creación de escuelas y el cumplimiento de la máxima: “Educar al soberano;” es decir civilizar a la “barbarie.” La finalidad era alfabetizar e instruir en valores laicos al mayor número de personas. A juicio de Gálvez, el positivismo, despojado de una metafísica, impedía el acercamiento del hombre a la religión. Para Gálvez, ésta era la única capaz de dar la serie de normas éticas que se precisan para vivir honorablemente. El mismo desprecio que sentía por el mulato, se lo dispensaba al maestro *normal*. Preocupado Gálvez por las nefastas consecuencias de este tipo de educación sobre la juventud argentina y particularmente sobre la mujer, en 1914 dedicará *La maestra normal* a la denuncia de este asunto. Además recogerá en ella el consabido tema *urbe versus provincia* al revelar la degradación e invasión espiritual del campo por parte de corrientes foráneas y credos laicos.

En La Rioja, la joven maestra Raselda, provinciana ingenua, sencilla y romántica, es seducida por su idealizado Solís. Se trata éste de un maestro mulato y recién llegado de Buenos Aires. Nos precisa Gálvez que ella es hija extramatrimonial de licenciosa madre. Posee una belleza *no espiritual* y es inconscientemente sensual. Tras satisfacer sus deseos sexuales con la maestra y dejarla encinta, Solís abandonará el pueblo y la escuela a cambio de un sustancioso puesto en Buenos Aires. La maestra abortará y este escándalo provocará la muerte de su abuela. La novela concluye con el traslado laboral de Raselda a una escuela en las montañas donde se redimirá en la fe católica. La moraleja es clara. Adoctrinada en una pedagogía liberal y carente de valores espirituales, es incapaz Raselda de reprimir su libido y su romanticismo. Por lo tanto, el ejercicio femenino de la libertad sexual conduce a la culpa y la necesidad de una regeneración moral. El esquema conceptual de Gálvez evidencia su

desasosiego y temor ante una instrucción centrada en la libre voluntad del individuo y de origen europeo. Para el criollo esta educación podía amenazar las jerarquías y las reglas heredadas a través del legado hispánico y que el criollo tradicionalista había preservado tras la independencia. La existencia una metafísica garantizaba unas categorías morales y la noción de pecado y servía bien a proyectos de regulación social como lo era el nacionalismo de Gálvez o Rojas.

La maestra normal abre una larga lista de novelas cuyo protagonista o personajes secundarios más importantes son mujeres. Como mostraré en las siguientes páginas, la predilección narrativa de Gálvez por el género femenino no es insustancial y debe interpretarse en el contexto de su nacionalismo redentor de la patria. Sus novelas desarrollan intrincadas relaciones heterosexuales, de naturaleza amorosa o meramente sexual, donde el elemento femenino recibe fuerte atención narrativa. En mujeres, ya víctimas ya agentes de la corrupción y mercantilismo social del momento y específicamente en la naturaleza de su sexualidad y formación moral es precisamente donde Gálvez reconoce las transformaciones sociales del Centenario. Asimismo ensaya en ellas la viabilidad o fracaso de su proyecto nacionalista de redención. A mi juicio, el reiterado intento, fructífero o nulo, de regeneración femenina en sus novelas metaforiza el obsesivo deseo de Gálvez por reconquistar espiritualmente la nación. Según Lucia Lionetti en “Ciudadanas útiles para la patria. La educación de las “Hijas del pueblo,” es precisamente en el control de los papeles sexuales donde el Centenario intentó conjurar parte los demonios del cambio social: “En una sociedad cambiante, móvil, inasible, por la dinámica de su crecimiento, donde el trasvasamiento de las normas era un referente de desorden, se imponía con urgencia la prioridad de transmitir valores, normas, y pautas de comportamiento que definieran los rasgos de la “virilidad” y la “feminidad” (223). A la progresiva emancipación femenina asociaba Gálvez fenómenos como la infidelidad conyugal, el divorcio, los hijos ilegítimos, la ruptura familiar y, en un

lugar destacado, la prostitución. En estos descalabros sociales, que implicaban directamente a mujeres, veía un condensado microcosmos del estado argentino, sus cambios políticos y su posible ruina.

La evolución del rol femenino sintetizaba y metaforizaba por lo tanto todas las metamorfosis sociales del periodo. Francine Masiello en *Between Civilization & Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*, al hablar de la de la representación de géneros en relación con los cambios políticos escribe: “When the state finds itself in transition from one form of government to another, or from a period of traditionalism to a more modernizing program, we find an alteration in the representation of gender. A different configuration of male and female emerges” (8-9). Todas estas tensiones respecto de la figura femenina serán evidentes en la novelística de Manuel Gálvez dentro de los primeros treinta años del siglo XX. Este periodo se divide en dos etapas. *Nacha Regules* (1919) e *Historia de un arrabal* (1922) destacan dentro de la primera. Caracterizadas por su descarnada crítica social y ciertos toques naturalistas, tienen como protagonistas a dos mujeres Nacha y Rosalinda cuyo fatal destino es denunciado. Durante la segunda década del siglo XX y sin abandonar el elemento femenino y la salvación de su espíritu, abrirá Gálvez una etapa distinta. Orientará primordialmente su dardo a las clases altas burguesas con especial énfasis en el matrimonio y su problemática. En estos trabajos Gálvez castiga la supuesta liberalidad y desobediencia de los dictados patriarcales de esa *nueva mujer argentina* que emerge como emblema de la moderna sociedad urbana. De este periodo destacan: *La tragedia de un hombre fuerte* (1922), *La pampa y su pasión* (1926) y *Cautiverio* (1935.)

El hecho de que el escritor viese reflejados los cambios sociales del Centenario en la alteración del rol femenino no se trataba de una excepción autorial. Evidenciaba ciertamente una de las tendencias que marcan el pensamiento criollo del Centenario. La mujer se había

convertido para algunos sectores intelectuales, tal y como ha sucedido en otros escenarios y momentos de la historia, en chivo expiatorio de las modificaciones sociales. Francine Masiello define con claridad la situación en Argentina:

At a time when capital development tested the stability of the state and when rapid urbanization transformed the landscape of Buenos Aires, men of letters began to recast an image of the Argentine woman, alternatively positioning her as defender and adversary of the nation. While some continued to exalt the feminine presence as an example of superior values, as if to continue the project of liberals of the previous century, others invoked it to symbolize a threat to the creole elite. This "new woman" represented a failure to contain the aberrant behavior of subalterns and an inability to maintain a boundary between popular and elite traditions. I suggest that such shifts between different uses of the feminine—first in complicity with programs of the nation and then as its proclaimed opponent—are symptomatic of the conflicts experienced by the intelligentsia around issues of modernization. (139-40)

De acuerdo con los postulados de la Generación del 80, el espacio del hogar se concebía como idóneo para la reproducción y la dependiente sensibilidad femenina. Sin embargo el panorama de la mujer en la Argentina de principios del XX, particularmente la porteña, varió significativamente. El desarrollo industrial ofrecía alternativas al papel de “ama de casa” así como cierta independencia económica. La mujer ganó en derechos y relaciones más libres e igualitarias. Se educó en asuntos cruciales como su sexualidad, el derecho al divorcio o la reproducción. Por otra parte ocupó la calle al florecer los grandes almacenes o tabernas donde se la veía disfrutar libremente del tabaco o la cerveza. La mujer inmigrante del Centenario, avanzadilla de movimientos feministas y radicales y con una cierta emancipación monetaria, recibió con especial virulencia los ataques de esta ola de tradicionalismo. Ella representaba, a juicio de algunos, tal y como nos informa Lucia Lionetti, la progresiva depravación que se estaba apoderando de Buenos Aires:

La mujer inmigrante de clase baja de la Europa del sur llegó a convertirse en el símbolo del fracaso de aquel ideal civilizador. A ella se le adjudicaba la responsabilidad de los males sociales. Según lo percibían los hombres de la elite, la prostitución, la inclinación por la búsqueda de placeres y de dinero y la actividad anarco sindical de algunas atrevidas que desafiaban las buenas

costumbres, eran los signos más evidentes de la degradación de la figura femenina que deberían ser erradicados. (243)

Si había un fenómeno que el tradicionalismo contemplase con obsesiva aversión y temor era el comercio sexual. Este también fue principalmente asociado con la inmigración. En efecto, muchas recién llegadas terminaban en el prostíbulo a consecuencia de la inmisericorde vida de las fábricas o la dureza de la vida urbana: “Criticism of prostitution as a growing business mounted during these years. [...] In the first years of the century, the question of prostitution became fashionable topic among journalists. The alarming reports of the newspaper *El Tiempo* made inseparable the relationship between mass immigration and the market for sexual services” (Salvatore 13). La prostitución conllevaba, entre otras lacras, corrupción, criminalidad así como problemas de salud e higiene. Favorecía la mezcla clandestina de razas y clases con la consiguiente pérdida de aquellos linajes perpetuados en selectas uniones conyugales. Con todo el verdadero peligro que entrañaban las prostitutas para los criollos abanderados de la tradición, tal y como lo hicieran las mujeres feministas radicales, era la amenaza en su totalidad a un sistema establecido de valores y cultura: “Prostitution, an activity organized by entrepreneurs in pursuit of profit, was viewed as the negation of domestic life and normal sexuality. Gambling, prostitution, and crime pointed to social pathologies that undermined institutions and cultural traits essential for the functioning of market society, namely, work, ethic, family, and private property” (Salvatore 16).

En el caso de Gálvez el interés por el tema databa de sus años juveniles. A la trata de blancas había dedicado su tesis de licenciatura. La mujer prostituta era la mujer más necesitada de redención. Por eso, la eligió como el más idóneo fetiche y efectista icono a través del cual representar la corrupción de la patria, el trauma de su generación y la necesidad de una intervención moral de carácter nacionalista. Dos prostitutas son las protagonistas de las novelas *Nacha Regules* e *Historia de un arrabal*. Nacha es una mujer de

origen familiar dudoso que queda encinta de un estudiante. Tras perder a su hijo, entra en la prostitución para sobrevivir. Ayudada por Monsalvat, un arrepentido burgués sobre cuya conciencia pesa un hijo ilegítimo y una hermana prostituta, terminará redimida moralmente por la fe católica. En *Historia de un arrabal* se relata la vida de la obrera Rosalinda. Los bajos fondos bonaerenses son el escenario. De padre alcohólico y posiblemente ilegítima, tras fallecer su madre va a vivir con su cruel madrastra y con su brutal hermanastro. Tras ser violada por éste con el consentimiento de la madrastra, la joven será introducida en la prostitución. En el caso de Rosalinda no habrá posible salvación.

A partir de la década de los veinte, Gálvez seguirá privilegiando la denuncia de los males asociados a la mujer y seguirá canalizando a través de ella una posible rehabilitación nacional. No obstante abandonará arrabales y prostíbulos. Dirigirá su ataque a la burguesía castigando a cierta mujer acomodada a la que juzgaba condescendiente o partícipe de la supuesta degradación espiritual del país. Interpreto el ejemplarizante castigo de estas féminas como una invocación a la purificación ética de las clases burguesas argentinas. En 1924, Gálvez publicaría un contundente artículo titulado *El espíritu de la aristocracia* donde fustigaba a este grupo social. A juicio del escritor, aunque la “aristocracia” hubiera desaparecido como forma política, existía como una distinción del temperamento que se oponía diametralmente a la demagogia, egoísmo y vulgaridad burguesa. En el seno de esta clase social emergía ahora una mujer liberal, contracorriente y contestataria a la que Gálvez denominaría la *nueva mujer argentina*. Para Gálvez, ésta era aquella caprichosa que, soltera o casada, privilegiaba activamente su independencia y criterio especialmente en lo que tocaba al disfrute de los placeres materiales. Su carácter se definía por hacer, por sistema y con terquedad, todo lo contrario de lo que la tradición patriarcal le había adjudicado tradicionalmente. Se afanaba por desarrollar una personalidad, lejos de familia y hogar, basada en el intelecto, la racionalidad y el análisis de los sentimientos. Era especialmente

rebelde respecto de la institución matrimonial anteponiendo a ésta el amor romántico. Consideraba por lo tanto la infidelidad o el divorcio como legítimas opciones para ambos sexos. Ciertamente el pujante feminismo radical del periodo había influido en la percepción del matrimonio como el espacio de la subordinación femenil. El desprecio de la mujer moderna por el matrimonio implicaba no obstante para los moralistas mayores consecuencias. Vaticinaban la disolución de la institución de la familia. En concreto el escritor Ricardo Rojas en su ensayo *La restauración nacionalista* apelaba a la restauración moral de esta institución ante su corrupción presente:

En cuanto a la familia, nada puede esperarse tampoco de ella. Hasta hoy no ha hecho sino restarle fuerzas cívicas e intelectuales a la escuela, con la indiferencia del hogar criollo o la hostilidad del hogar extranjero. [...] Ignorancia y cosmopolitismo de origen en casa del obrero; ignorancia, vanidad y cosmopolitismo de gustos en casa del burgués: ni una ni otra pueden ser santuarios de civismo. (390)

Ejemplos de esta *nueva mujer argentina* abundan entre los personajes de Gálvez. Me enfocaré no obstante en tres novelas de la segunda década del XX: *La tragedia de un hombre fuerte* (1922), *La pampa y su pasión* (1926) y *Cautiverio* (1935). *La tragedia de un hombre fuerte* ofrece un sustancioso catálogo de *mujeres modernas* a través de los romances extramatrimoniales de Víctor Urgel. En la mayoría de estos amoríos las mujeres inician las insinuaciones y su culpable comportamiento es el que provoca el desequilibrio social. *Cautiverio* narra la crisis del matrimonio burgués formado por Marilén y el juez Juan Larrandy. El católico y fiel esposo decide repudiar a su moderna esposa por sus reiteradas aventuras. A pesar de amar a su esposo, el adulterio, especialmente aquel que implica sujetos zafios y peligrosos, es una moda, un burgués divertimento de la mujer moderna que Marilén sigue. En *La pampa y su pasión*, la más relevante para mi tesis por sus concordancias con *La tierra de todos* de Blasco, de nuevo orienta Gálvez su dardo a la *mujer moderna* pero en este

caso localiza las fatales consecuencias de su comportamiento en la Pampa y el universo del caballo.

En definitiva todos estos modelos dicotómicos femeninos representan en esencia modelos dicotómicos de entender la realidad nacional y su futura conformación. La redención o sumisión de este personaje femenino bajo los valores “espirituales” que se le desean imponer, o el castigo ante su rebeldía y modernidad, simbolizan un ensayo continuo. Se trata de un continuo interrogar y contrastar proyectos sociales que será un tema clave también en la novelística argentina de Blasco Ibáñez. En realidad para Gálvez el verdadero simbolismo del ejercicio de la sexualidad femenina, al margen de los códigos dictados, era su contribución a la disolución y decadencia de las rancias familias criollas y con ello, a la imposibilidad de que un proyecto nacionalista criollo fructificase. La mujer de la modernidad encarnaba todas esas ideologías y costumbres espurias que debían ser reprimidas y reorientadas.

En conclusión, a lo largo de las páginas anteriores ha quedado descrito el negativo panorama argentino, que de acuerdo con sus intereses de clase, pintaban Rojas y Gálvez en sus textos así como los temas estrella y chivos inculpatorios de su diatriba reaccionaria. Sería específicamente dentro de este contexto de crítica a la modernidad que España y su legado, especialmente el representado por la Generación del 98, surgirían para ambos escritores como el óptimo ejemplo nacional para Argentina frente a todas esas injerencias forasteras. De este modo, su reconquista moral de Argentina vendría acompañada de un ferviente hispanismo. Efectivamente, los dos encontrarían en la cultura peninsular, sus valores morales y en la herencia de la Conquista aquel imaginario patriótico según el cual debía construirse la Argentina moderna. En 1909, Vicente Blasco Ibáñez llegaría precisamente para dar a conocer los temas y protagonistas de esa misma España noventayochista a la que ambos criollos apelaban y cuyas metáforas recogían en sus textos. Pero además, esta divulgación por parte

del escritor se fusionaría con las principales preocupaciones y argumentos del nacionalismo criollo que ambos escritores representaban y que han sido descritas a lo largo de este capítulo. En consecuencia, mi tesis mostrará en los siguientes capítulos que tanto las conferencias como las novelas argentinas del valenciano constituyen un excepcional escenario discursivo donde confluyen e interactúan el hispanismo de la Generación del 98, el hispanoamericanismo peninsular de principios del siglo XX y el nacionalismo criollo del Centenario. Es en función de este diálogo trasatlántico, sus implicaciones y estrategias comunes es que mi tesis explora los textos argentinos de Blasco en los siguientes tres capítulos.

CAPITULO III

SINTONIAS TRASATLANTICAS: LAS CONFERENCIAS ARGENTINAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ Y EL HISPANISMO DE MANUEL GALVEZ Y RICARDO ROJAS

He venido a este país por el interés que él ha despertado siempre en mí y porque -¿por qué no decirlo?-, español de antigua cepa seis meses de estadía en el mismo punto me producen la imperiosa necesidad de la aventura.

—Vicente Blasco Ibáñez

Con la publicación de *Blasón de plata* (1910) y *La restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas y particularmente *El solar de la raza* (1910-1911) de Manuel Gálvez, se ponía de manifiesto que ambos escritores habían encontrado en la literatura y cultura españolas, en especial la Generación del 98, un punto clave referencial para la definición y restauración de esa Argentina que debía surgir en el siglo XX. Frente a una Buenos Aires decadente, la Península, o más bien su percepción de la misma tamizada a través de la pluma noventayochista, se les ofrecía como una herencia cultural de rancio prestigio donde sustentar, legitimar y sublimar un proyecto nacionalista. No era sin embargo este hispanismo del Centenario un suceso extemporáneo. Había tenido un insigne precursor en el escritor Enrique Larreta (1875-1961), modernista y gran entusiasta de los Siglos de Oro por cuya obra

Blasco profesaba admiración.³⁶ Sería Gálvez quien en su obra *El solar de la raza* confirmara la deuda intelectual de la Generación del Centenario con el pensamiento noventayochista:

El pequeño grupo que formamos, ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquella generación de ideólogos que surgió después del desastre. España por medio de Ganivet, Macías Picavea, Costa, Unamuno y algunos otros, se observó a sí misma y llegó a conocerse profundamente. También mi patria, por medio de sus jóvenes escritores, está observándose a sí misma y yo creo que ha empezado a conocerse. (12)

Debe precisarse que mientras Rojas optaría por un nacionalismo más democrático al evaluar la importancia de las contribuciones tanto hispánicas como indígenas, Gálvez se orientaría por un nacionalismo eminentemente hispanista que aminoraría otros aportes culturales. En el hispanismo de Gálvez dos figuras fueron especialmente influyentes: Ángel Ganivet y muy especialmente Miguel de Unamuno.

No le eran, en absoluto, desconocidos a Blasco Gálvez y Rojas. El segundo mantenía correspondencia con el valenciano, lo había visitado en Madrid antes de su partida a Buenos Aires y se contaba entre los intelectuales que le dieron la bienvenida. Por otra parte en su colección de reseñas a escritores españoles, *El alma española* (1907), había reservado un lugar para *La catedral* (1903) de Blasco. El valenciano por su lado había ensalzado la primera obra de Rojas, *La victoria del hombre*. En lo que se refiere a Gálvez, en 1905 lo había conocido Blasco en Madrid.

El solar de la raza emergió como el texto de inspiración filo-hispánica más preeminente de la corriente intelectual del Centenario. Escrito entre 1910 y 1911 contiene una colección de ensayos dedicados a diversas regiones en España. La obra, que nació como fruto de los viajes de Manuel Gálvez a la Península en 1905 y 1910, constituye una reivindicación de la raza y cultura hispánicas en tono nacionalista y católico. En su colección de ensayos, se

36 En su conferencia “El misticismo batallador” Blasco Ibáñez confesaba su afición por *La gloria de Don Ramiro*: “Para comprender bien a Santa Teresa de Jesús, hay que conocer Ávila, la ciudad en donde vivió, y que tienta a los escritores y artistas. Uno de los vuestros, Enrique Larreta, en libro notable que me complazco en admirar, ha reflejado gran parte de la vida antigua de esta ciudad legendaria” (1292).

desprecian la escultura clásica y la cultura del renacimiento. Los valores nacionalistas se alían con la acentuada espiritualidad del autor y su firme convicción hispanista para postular un modelo de identidad nacional argentina. Esta, abiertamente opuesta a esos ecos de modernidad que empezaban a llegar desde Europa, cifraba sus señas específicas --siempre según los anhelos del autor-- en la pureza tradicional de la cultura española y la religión católica. España era ese ejemplo de mística y de pervivencia del espíritu medieval donde era preciso refugiarse frente a un presente laico, materialista e impredecible. La Península encarnaba la religión veraz por oposición al protestantismo de los inmigrantes, en especial *El ejército de salvación*. A juicio de Gálvez, en su *Solar* atrás habían quedado los tiempos del positivismo y su educación patriótica hispanófoba: “Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adoptaba su hispanofobia” (34). El clima y la percepción de España habían variado significativamente en el nuevo espacio discursivo abierto por las celebraciones de 1910: “Ahora las cosas han cambiado. Distinguidos escritores argentinos han hablado de España con cariño; la literatura y la pintura españolas ejercen enorme influencia y sus prestigios crecen día a día” (35).

En cuanto a su forma *El solar de la raza* combina la tradición del ensayo de carácter meditativo con el libro de viajes. Este género remite a ciertos textos del 98 como *Los pueblos* (1905) y *Castilla* (1912) de José Martínez Ruiz “Azorín” o *Por tierras de Portugal y España* (1911) de Miguel de Unamuno. El texto se divide en cuatro grupos de ensayos. El primer y más extenso grupo se titula *La España castiza*. Dedicó ensayos a Castilla en general, Toledo, Segovia, Salamanca y Ávila. El segundo grupo titulado *La España latina* es en realidad un único ensayo dedicado a Barcelona. A *La España africana* pertenece el tercer grupo de ensayos centrados en la presencia musulmana en la Península. El último ensayo de esta sección se dedica a la Semana Santa de Sevilla. El último y cuarto grupo lleva el nombre

de *La España vascongada*. Incluye descripciones de paisajes vascos como Guernika o Roncesvalles. El último de los textos de este grupo se dedica a San Ignacio de Loyola.

Blasón de plata de Rojas se compuso en 1910 para esclarecer: “el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización” (9). Se trataba pues de dar a conocer las raíces argentinas al pueblo en la conciencia de que conocer la patria era amarla. El libro se divide en treinta y un epígrafes que recorren la historia de Argentina desde la llegada de Colón hasta la emancipación cristalizada en el Grito de Mayo. El texto reconocía la relevancia de la herencia hispánica en su país junto con el legado indígena. Por su parte, *La restauración nacionalista* (1909) surgió como resultado del viaje de Rojas a Europa para estudiar programas educativos. La tesis del texto proponía que Argentina debía desarrollar una conciencia nacional asentada en sus propias tradiciones y a través de la educación pública. Sin embargo, se destacaba que los tres más importantes pilares de la sociedad argentina: la lengua, la religión y el derecho, constituían contribuciones peninsulares. La vena hispanista de Rojas se completaría con textos como *El alma española* (1908), *Poesías de Cervantes* (1916), *Cervantes* (1935) y *Retablo español* (1938).

Si bien todos estos textos han sido estudiados en relación al escenario nacional argentino y asimismo se han señalado, aunque tibiamente, sus concordancias con el pensamiento noventayochista, lo que ha permanecido completamente ignorado hasta la fecha son sus conexiones con las conferencias en Argentina de Vicente Blasco Ibáñez. Sin embargo, Blasco sintonizó plenamente con la causa del nacionalismo criollo al divulgar un hispanismo que por otra parte hundía sus raíces en la Generación del 98 y en el hispanoamericanismo progresista post-98. De hecho, Blasco, Rojas y Gálvez seleccionarían determinados rasgos étnicos y culturales de la Península, a saber, su lengua, el paisaje nacional, el carácter o raza, la literatura y la historia sobre los que proyectarían las mismas características con las que los tres coincidentemente prestigiaban el ser hispanoamericano.

Por otra parte coincidirían en incluir en sus textos el combate a la leyenda negra de España en América y la defensa de la Conquista, uno de los basamentos clave del hispanoamericanismo post-colonial. A largo de todo este capítulo mostraré estas sintonías ideológicas que comenzarían el 20 de mayo de 1909 con la salida del escritor valenciano a bordo del trasatlántico *Cap Vilano*.

Solamente unos días antes de su partida apareció en el periódico *El pueblo* un artículo de Linares Becerra de exaltado tono hispanista que sentenciaba: “es el viaje de la lengua castellana, de la literatura española.”³⁷ Como ya documenté en el capítulo de introducción a mi estudio, el hastío de la política peninsular, el deseo de abrir su obra al opulento mercado latinoamericano y su progresivo interés por temáticas más alejadas de la denuncia social habrían impulsado primordialmente esta travesía. Todos los detalles del viaje fueron cubiertos informativamente por el diario argentino *La nación*. Ilustres intelectuales del momento como Rafael Obligado, Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Carlos Bunge, Martiniano Leguizamón, Belisario Roldán o Carlos Vega Belgrano participarían en la bienvenida al escritor valenciano.³⁸ La multitud de comisiones, conferencias, recepciones y banquetes a su llegada evidenció una gran campaña oficialista de acercamiento a la antigua metrópolis.³⁹ Fue un público criollo de clase alta y blanca el que primordialmente siguió su visita. Sin embargo, no todos acogieron con la misma satisfacción al peninsular.

A la estudiosa Ana María Martínez de Sánchez le debemos el único estudio histórico y documental dedicado en profundidad a este viaje: *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina* (1994). Si bien la autora incide en la casi unánime y fervorosa recepción al escritor en aquel

37 Esta información la recoge Ana María Martínez de Sánchez en su libro *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina* (27).

38 Rafael Obligado no pudo pronunciar el discurso de bienvenida por hallarse indisputado y fue suplido por el Dr. Agustín Álvarez. Los textos de los discursos, incluido el que había preparado el Dr. Obligado, fueron publicados en el periódico *La nación*.

39 Algunos medios estimaron la presencia en 20.000 personas y otros calcularon hasta 40.000. Y los biógrafos disienten en una franja que va entre los 10.000 hasta los 80.000.

país, algunas discrepancias merecen especial detenimiento. Documenta Martínez de Sánchez que el doctor Carlos Aldao en un artículo publicado en *La nación* el 13 de junio increpaba al valenciano en estos términos: “Lo atacaba por su posición en defensa de la obra de España en América y planteaba una explicación opuesta a la de Blasco. Consideraba Aldao, que antes que España, otros países habían dado más a América, como los Estados Unidos sus instituciones libres, Francia su pensamiento, Inglaterra sus capitales vivificadores, Italia sus brazos” (51-52). De igual modo recoge la estudiosa cómo en el transcurso de una conferencia de Blasco para las clases más populares alguien exclamó: ¡Viva la anarquía! (47). El escritor ignoraría el grito tal y como haría caso omiso durante sus conferencias en Argentina de las peticiones del colectivo obrero para que se posicionase a favor de sus causas. Solamente dirigiría una ponencia a los emigrantes compatriotas pero sin hacer mención a las huelgas e inestabilidad sindical que se vivía en Argentina. La estudiosa Pilar Tortosa incluye en su biografía del escritor valenciano una anécdota a este respecto. Escribe Tortosa que un ilustre argentino, el doctor Bonastre, le espetaría a Blasco: “Blasco, yo le suponía más arbitrariamente agarrado a sus ideas.” A lo que el valenciano replicó: “Y lo estoy, no lo dude. Pero eso lo dejo para cuando vuelva, para casa” (351).

Esta indiferencia del escritor quedaría registrada en críticas como la de Rafael Barret quien en su escrito *El terror argentino* denunciaba la superficialidad de estas embajadas culturales en medio de una ciudad señalada con graves conflictos sociales: “Brindis de protocolo, convencionalismo cordial, pero sería tonto haber esperado de ambos personajes [Anatole France y Blasco Ibáñez] algo que añadir a sus obras más baratas, ¡oh, ironía! que las plateas del Odeón, cuando estaba fresca aún la sangre derramada en la Avenida de Mayo el día de la protesta obrera.”⁴⁰ El propio valenciano sería quien se defendería de estas

40 Esta información aparece recogida por David Viñas en su estudio *Literatura argentina y política*. De Lugones a Walsh (82).

acusaciones dentro de la conferencia titulada “La leyenda negra de España”: “Con grande e inesperada extrañeza he visto la impresión provocada por mis palabras. Diríase que por el solo hecho de ser español se considerase a una persona en pugna con el pasado y con el alma del pueblo argentino, y me ha dolido que en este hermoso país, que generosamente invita a todos los demás al banquete de la vida, se considere al español en último plano” (1190). Si bien María Martínez de Sánchez no se detiene en su análisis, son específicamente estas contradicciones y dispares recepciones entre el público el punto de arranque de este capítulo. Estas comenzarían con el significativo saludo que Blasco pronunciaría nada más poner planta en Buenos Aires. En este se evidenciarían ya las conexiones con el hispanismo tradicionalista de los criollos argentinos. Ciertamente Blasco se presentaría a la muchedumbre congregada confirmando la existencia verídica de una comunidad espiritual y cultural entre España y Argentina, por extensión Latinoamérica: “Yo he puesto aquí mi planta con completa seguridad, con completa tranquilidad, como el que viene a su propia casa, a sentarse a la mesa de su familia, a comulgar en compañía de sus hermanos, en ideales que nos son comunes y amores que nos son comunes.”⁴¹

En primer lugar, la alocución del literato resumaba un sentimiento de confraternidad transoceánica al tiempo que una cierta actitud de ansiada propiedad y autoridad sobre Latinoamérica. Ambos atributos, como desarrollé en el capítulo primero, caracterizarían y representarían al hispanoamericanismo propugnado por la Península tras la pérdida colonial. El propio Blasco divulgaría en Valencia una carta para reclutar colonos donde se haría eco del problema inmigratorio y de la competencia de otros inmigrantes respecto de los españoles. Asimismo lanzaría con ello un guiño de empatía criolla al solidarizarse con las preocupaciones de este colectivo respecto de la inmigración y su progresivo arrinconamiento

41 Este fragmento de llegada de Blasco a Buenos Aires lo recupera el crítico J.L. León Roca en su biografía *Vicente Blasco Ibáñez* (381).

de los centros de poder. En esta carta publicada en *El pueblo* tras inaugurarse la colonia Cervantes Blasco afirmaba: “Procurar con una empresa seria de colonización que el elemento español se haga dueño de la tierra y no vaya cayendo en manos de italianos y alemanes como ocurre hasta ahora: gentes que borran la influencia de nuestro idioma, y de nuestra raza en este país de origen español.”⁴² En su conferencia “La leyenda negra de España” volvería a incidir en el asunto inmigratorio privilegiando el sustrato hispánico en Argentina frente a otros aportes y lanzando con ello su dardo a los detractores de su embajada hispanista:

Acerca de la inmigración, yo sé bien que su corriente se derramaría amorfa como el caudal de un río sin cauce como un metal falto de troquel. Pero aunque muchos lo duden, esa inmigración tiene su cauce y su troquel, que es la nacionalidad argentina, y por consiguiente, tiene también sus caracteres propios. [...] La inmigración es como la lluvia, que cayendo en las aguas marinas, toma el sabor de esas aguas en que ha caído. ¿Qué culpa tenemos de que este pueblo, por su tradición y por su historia sea de origen español? (1191).

Las palabras del Dr. Agustín Álvarez (1857-1914), al dar la bienvenida en el puerto a Blasco, corroboraban *de facto* el interés de cierta intelectualidad argentina por aquellos rasgos hispánicos que sustentaban una supuesta confraternidad hispano-argentina: “...sois uno de los grandes actores de la nueva grandeza española por el progreso, en que estamos sólidamente interesados, por la comunidad de raza y de lengua.”⁴³ Blasco le respondería muy oportunamente enunciando uno de los principios básicos del hispanoamericanismo post-98, a saber, la atribución a la Península del papel de madre espiritual y guía moral para las inexpertas repúblicas latinoamericanas. En su réplica se referiría en estos términos a la España que él representaba: “...y sobre todo, por ser la madre de la hermana mayor, de la más avanzada, de la República Argentina, altísima representante y depositaria del porvenir de

42 Esta cita se encuentra en la biografía de Blasco escrita por Pilar Tortosa y titulada *La mejor novela de Blasco Ibáñez, su vida* (380). La cita a su vez está tomada de Gaspar Bonastre, “El colonizador Blasco Ibáñez”, en *Todo es historia*, Buenos Aires, 1975, número 103 (53).

43 *La nación*, lunes 7/VI/1909.

la raza latina.”⁴⁴ Finalmente volviendo a la salutación de Blasco, el uso repetido de la palabra “comunes” y el énfasis en las nociones de “amor e ideal” atesoraban un significado de mayor trascendencia. Enmarcaban definitivamente su arribada en esa estrategia compartida que determinadas elites hispanoamericanas lanzarían en oposición al universo sajón.

Bien podemos entender ahora las críticas a la presencia de Blasco en Argentina documentadas por Martínez de Sánchez. En verdad, aquellos en Argentina más orientados al modelo sajón y al pensamiento europeo percibirían el hispanismo de Blasco y su hermandad ultramarina como un posible perjuicio para el país. Las clases populares se sentirían traicionadas por el antaño activista que ahora se posicionaba al lado de las oligarquías criollas más tradicionalistas. De hecho, en su texto *Verdades amargas para don Vicente Blasco Ibáñez* José Sors Cirera, uno de los más aceros detractores de la visita de Blasco, censuraría precisamente las alianzas “hermanas” que había forjado el escritor desde Madrid. Al mismo tiempo, desenmascaraba la posible empresa comercial y propaganda literaria que pretendía el valenciano en Argentina: “Por el camino siempre le atormentaba la idea de cómo sería recibido por estas playas hospitalarias, por más que le constaba que sus hermanos tenían preparado el terreno; que la propaganda había sido hecha en forma tal que podría vender los diez mil volúmenes de novelas que traía consigo. Medio barco de papel impreso; no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano” (7-8).

Al igual que Cirera, Federico Vergara Vicuña en *Blasco Ibáñez, la vuelta al mundo en 80....000 dólares* denunciaría las supuestas intenciones crematísticas del español desaprobando asimismo su oportunista uso del hispanoamericanismo y la cultura peninsular: “Blasco sueña de improviso en la comunión Hispano-Americana y se ofrece como orador propagandista para una gira que, empezando en el Odeón de Buenos Aires, llevará la palabra

44 La nación, lunes 7/VI/1909.

del genio español a sus hijas emancipadas. He aquí un vicio explotado por los oportunistas que empobrece la opinión sentimental de la América con respecto a la España” (31). Sin embargo y en lo que respecta a los intereses económicos del escritor, amén de vitriólicas y personales denuncias, es necesario contextualizarlos y considerarlos desde una perspectiva crítica más integradora y compleja. En realidad Blasco percibía su apertura literaria a América como un recurso para afrontar la necesaria profesionalización a la que se enfrenta el artista finisecular. Además de esto, el valenciano vislumbraba la comunidad intelectual latinoamericana como un espacio de inquietudes comunes desde donde enfrentar la modernidad así como compartir diversas estrategias y perspectivas ante las transformaciones del oficio de escritor.⁴⁵ Blasco fue un escritor que vislumbró con certera claridad la importancia del público, en especial el público de masas, en el escenario que abría la modernidad y los nuevos medios de comunicación. Asimismo fue precursor en su labor como propagandista y comerciante de su propia obra literaria. Años más tarde y desde Estados Unidos cuando arreciaban las críticas sobre su fulgurante enriquecimiento, volvería a insistir en la relevancia del público:

No lo niego. Recibo dinero de los Estados Unidos, y, además de Inglaterra, de Francia y hasta de la misma España, siendo algunos años estas remuneraciones verdaderamente considerables, como yo no las pude soñar nunca de joven. Pero el que me paga en todos los países es un personaje llamado público, el cual se muestra tan bondadoso, que no me retira su subvención, a pesar de que más de una vez le critico y escribo contra sus gustos.⁴⁶

Es dentro del marco discursivo descrito en las páginas anteriores que debe integrarse

45 No iba demasiado descaminado Cirera a juzgar por la carta que Blasco Ibáñez había dirigido a J. Vicente González hablándole de sus planes. En ella contemplaba Latinoamérica como un potencial e inmenso mercado literario: “Todos los que escribimos en español debemos ser conocidos igualmente en todos los países de habla española, y nuestros libros figurar por igual en las librerías. Desde Tejas al Cabo de Hornos, formando un gran triángulo cuyo vértice llegue a España, debemos todos construir una gran familia literaria con iguales derechos y deberes y de la misma gloria.” En Vicente Blasco Ibáñez, “Cartas de Vicente Blasco Ibáñez a Joaquín V. González” (155-157).

46 Esta nota aparece recogida por Ramiro Reig en su biografía sobre Vicente Blasco Ibáñez (141).

el ciclo de conferencias para el que el empresario Faustino da Costa contrataría a Blasco Ibáñez. Ciertamente en el contexto de las celebraciones del Centenario, la conferencia junto con la prensa de masas fue uno de los vehículos de propaganda a través de los cuales la clase letrada argentina divulgó modelos para formular la nación y articular las fricciones sociales del momento. Así pues este incipiente hispanismo de sus saludos y agradecimientos encontraría su máxima expresión en las conferencias que el valenciano pronunciaría en el Teatro Odeón de Buenos Aires entre los meses de junio y julio. En su primera conferencia “La Argentina vista desde España” exponía el escritor las materias que iba a incluir en las venideras. El hispanoamericanismo de carácter patriótico es incuestionable:

Expondré ante vosotros, nietos de España, ya que no hijos, sangre de sangre, carne de carne, nervio de nervio de España, lo que fue y será la madre patria. Quiero hablaros de la leyenda negra de España, surgida como una consecuencia de opiniones falsas vertidas en varios siglos de propaganda antipatriótica de la magnífica epopeya desarrollada durante los siete siglos de la reconquista que hizo de nuestra patria un hervidero de razas y preparó al advenimiento de la otra epopeya: la del descubrimiento del Nuevo Mundo. Hablaré igualmente del periodo de nuestra historia en el que a dos mujeres sublimes, doña Isabel la Católica y doña Juana la Loca, se asocia la figura de color del visionario. Hablaré de Cervantes, el ingenioso padre del ingenioso Hidalgo de la Mancha; del teatro español, Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón; de los místicos y Santa Teresa de Jesús; de Quevedo, de Goya, de Velázquez y Castelar.⁴⁷

De los once discursos que el escritor pronunció, siete se centrarían en la historia y cultura peninsulares, mientras los restantes se dedicarían al género novelístico, particularmente al naturalismo y realismo franceses. Algunos de los títulos de sus conferencias fueron: “La leyenda negra de España,” “Las grandes figuras del descubrimiento,” “La novela moderna / Cervantes,” “La Madre Patria frente al futuro,” “El misticismo batallador de los españoles” o “Zuloaga y Sorolla (la pintura española).” Blasco se presentó en Buenos Aires con una serie

47 Todas las conferencias citadas en este trabajo se encuentran recogidas en el tomo IV de las *Obras completas* de Vicente Blasco Ibáñez, Madrid: Aguilar, 1977. Se trata de las conferencias que el escritor valenciano pronunció en Argentina en 1909. Este fragmento pertenece a la conferencia “La Argentina vista desde España” (1183-4).

de disertaciones que constituían en sí mismas un fidelísimo reflejo del problemático hispanoamericanismo de molde progresista que se irradiaba desde España en ese momento.⁴⁸ Sus discursos testimoniarían la paradoja de aquella corriente entre exportar a América una Península de glorificado pasado cultural e histórico o aquella que tímidamente participaba de la estela del progreso industrial y tecnológico europeo.

Este hispanoamericanismo, con Rafael Altamira a la cabeza, optaría por una difícil simbiosis entre tradición y modernidad que llevaría por ejemplo a divulgar la bonhomía de las *Leyes de Indias* al tiempo que las investigaciones de Santiago Ramón y Cajal. Ciertos dardos latinoamericanos no tardarían en tildar de oportunismo hipócrita el hecho por parte de España de publicitar un cientifismo del que, a su juicio, carecía y/o alardear de un pasado eminentemente imperialista y belicista respecto del continente americano. Amén de críticas y desde un enfoque más amplio, resulta evidente que tanto el *problema de las dos Españas* como la crisis de proyectos nacionalistas del *fin de siglo* habían influido sobre un paradójico hispanoamericanismo del que Blasco Ibáñez daría cumplido ejemplo en sus pláticas argentinas. Sirvan de botón de muestra los siguientes ejemplos. Si por una parte el valenciano achacaría a un genuino y espiritualista individualismo español la heroica gesta de la Conquista o las Cruzadas, por otra parte en la sociedad moderna lo contemplaba como una lacra y un lastre frente otras prósperas “sociedades colectivistas” contemporáneas. Si bien criticaría con ferocidad a la monarquía contemporánea, al tiempo encontraba en Isabel La Católica un espíritu visionario y aguerrido. Es dentro de estos contrastivos parámetros que debemos entender y contextualizar un ciclo de conferencias donde Blasco alternaría entre sublimar el pasado o el presente, la tradición o la modernidad nacional.

48 Blasco conocía la labor de divulgación del hispanoamericanismo que estaba llevando a cabo el catedrático Rafael Altamira como el propio escritor lo afirma en una de su conferencia “La revolución de septiembre”: “Hoy tenemos catedráticos como el ilustre señor Altamira que acaba de llegar a estas playas” (1287).

Sus dos conferencias tituladas “La Revolución de Septiembre” y “La madre patria frente al futuro” supondrían un concienzudo esfuerzo por rescatar y divulgar acontecimientos y figuras de la tradición liberal y progresista española con la que Blasco se identificaba. Así mediante el levantamiento revolucionario de “La Gloriosa” (1868) o personajes como el comunero Juan de Padilla, el conde de Aranda o Juan Álvarez Mendizábal, Blasco trataba de ofrecer una alternativa a una leyenda negra peninsular que había arraigado en América a causa, entre otros factores, de la Inquisición, los golpes militares o decadentes monarquías. Dentro de este mismo celo vindicativo, también podemos situar su defensa de la ciencia española que compartiría asimismo con otros americanistas del momento. Afirmaría en su conferencia “La leyenda negra de España: “¡Sí! Ha habido una ciencia española; no hay sino que estudiar la Historia y recoger sus datos para evidenciar cuánto fue y cuánto influyó en la Península y todas las universidades de Europa [...] Bastarían los nombres de Luis Vives y de Miguel Servet” (1194). Posteriormente ofrecería en su ponencia un extenso catálogo de hombres de ciencia españoles (1195). Concluiría con una afirmación que pone de manifiesto la patriótica y apremiante necesidad de devolver a España al concierto europeo tras el desastre colonial: “Tenemos nuestras industrias, nuestros adelantos agrícolas, y representamos y valemos algo en Europa” (1191). A pesar de que esta apología de la ciencia se realizaba en 1910, es imposible no vincularla con uno de los debates quintaesencia del siglo XIX peninsular, *la polémica de la ciencia española*. En 1876, el intelectual krausista y próximo a la Institución Libre de Enseñanza, Gumersindo de Azcárate declararía que la Inquisición había frenado el desarrollo de una ciencia y una filosofía españolas. Marcelino Menéndez Pelayo con su texto *La ciencia española* (1876) se erigiría como adalid del nacionalismo tradicionalista que defendería lo opuesto. Dentro de las contradicciones que como ya he señalado marcan el hispanoamericanismo progresista post-98, tanto Rafael

Altamira, declarado krausista, como Blasco adoptarían en América una posición apologética respecto a la ciencia y su existencia cercana a la del tradicionalismo de Pelayo.

Efectivamente y como veremos a lo largo de este capítulo, la ciencia, la religión y otras manifestaciones culturales, lejos de internos debates peninsulares u orientaciones políticas, se convertirían para el hispanoamericanismo en elementos al servicio de la propaganda nacionalista donde las discrepancias se obviaban. Es precisamente esta circunstancia la que asimismo explica el hecho de que un antaño revolucionario radical, Blasco Ibáñez, compareciese en sus conferencias argentinas como un idealista neo conquistador entregado a una reconquista del alma y perdidos afectos de las antiguas colonias. Identificándose con Don Quijote, a su juicio, icono representativo de la hispanidad, se presentó con un discurso patriotero y populista como embajador de una raza, carácter y cultura compartidos con las nacientes repúblicas. Como mostraré a lo largo de las siguientes páginas, Blasco, Gálvez y Rojas sintonizarían en gran parte de los rasgos culturales atribuidos a esa “hispanidad” de alcances trasatlánticos.

Las conexiones entre estos autores comienzan significativamente con aquel postulado que precisamente permitía avalar la realidad de una comunidad hispanoamericana: la argüida existencia de una identidad imaginada común. Tal percepción es el *leit motive* programático que vertebra tanto *El solar de la raza* como el ciclo de conferencias argentinas de Blasco. En el caso de éste, sirva como ejemplo el hecho de que percibiría las repúblicas latinoamericanas como esas “dieciocho Españas” cuya juventud y pujanza manifestaban la pervivencia multiplicada del genuino espíritu español. En este mismo sentido Gálvez llegará a afirmar: “Y es que nosotros, a pesar de las aparentes diferencias, somos en el fondo españoles” (15). En el contexto específico del Centenario, las palabras del escritor implicaban la clara deslegitimación de otras influencias y nacionalidades en Argentina.

Además de la constatación de esta consanguinidad transoceánica, los dos escritores coincidirían asimismo al internacionalizarla dentro del pensamiento *arielista* y frente a la amenaza norteamericana pero también de la cada vez más expansionista Europa. El valenciano vislumbraba en su discurso “La Argentina vista desde España” una América Latina, en la que él mismo se inscribía, abrazada a los ideales del pensamiento *arielista*. Al reflexionar el valenciano acerca de la inevitable batalla que habrían de librar la lengua inglesa y la española, su veredicto es contundente:

Yo no dudo sobre el triunfo. Será nuestro. El mundo latino alcanzará la victoria, porque vosotros, y con vosotros América hispana, pueblos fundentes al abrir los brazos a todas las banderas y a los hombres de todos los climas, moldeáis las generaciones que en vuestro enorme crisol se vierten, y en cada hijo que nace en estos suelos de democracia, de libertad, ponéis el alma soñadora y atrevida de América. (1189)

Por su parte, Manuel Gálvez en su *Solar* argüía: “Brava lucha es la nuestra. Tenemos que pelear lindamente contra los calibanescos intereses creados que son los hábitos materialistas” (13). La diatriba de Gálvez, más allá del anhelo de una comunidad supranacional, arremetía enconadamente oponiendo la “armoniosa energía” (60) latina a la energía antagonista del enemigo *yankee*: “bárbara y automática” (60). En estrecha sintonía con el texto de Rodó calificaría este ímpetu latino como inteligente, elegante y poseedor de ensueños. La coincidencia entre Blasco y Gálvez en la noción de “sueño” evidencia uno de los grandes recelos de la comunidad intelectual del momento: el temor de que el pragmatismo y el mecanicismo pudieran acabar con la fantasía y la espiritualidad humana. En realidad, las raíces de este malestar materialista del Centenario no pueden desvincularse de otros movimientos como el *arielismo* o el Modernismo. En este sentido, coincido con la opinión de Cathy Jrade en su libro *Modernismo, Modernity, and the Development of Spanish American Literature*:

Just as romanticism challenged the hegemony of the scientific and economic in modern life, Spanish American *modernismo* protested the technological,

materialistic, and ideological impact of positivism that swept Spanish America as it entered the world economy during the nineteenth century. [...] The *modernistas*, like the romantics before them, favored an alternative that was primarily “spiritualist,” predicated on changes in consciousness and values. (3-4)

Por ejemplo, la novela modernista *La gloria de don Ramiro*, escrita solamente dos años antes del Centenario, ya participaba del mismo espíritu contestatario que los trabajos de Gálvez. El texto recupera aquella España de los Siglos de Oro donde el misticismo y la santidad deciden el destino final de su protagonista Ramiro. Este desenlace espiritual bien podría alertar las superficiales vidas bonaerenses como lo hacían los artículos periodísticos de Gálvez y en especial su *Solar de la raza*.

A juicio de Blasco y otros divulgadores del hispanoamericanismo, en esta imaginada comunidad de naciones España debía ejercer el papel de maestra en valores morales. Esta actitud educativa debe sin duda vincularse con la corriente filosófica del krausismo de gran popularidad entre la intelectualidad peninsular finisecular.⁴⁹ Este pensamiento otorgaba a la elite una posición privilegiada como educadora y guía espiritual dentro de la sociedad. Fredrick Pike en su texto *Hispanismo, 1898-1936; Spanish Conservatives and Liberals and their relations* sintetiza este prurito intelectual: “Only a few men, Krause declared, could master their profession and in addition comprehend its full relationship to the world of scientific, artistic, aesthetic, and creative human undertakings. Such men were clearly those whom Krause viewed as the directing elite that should preside at the very top of an organically structured society” (113). La publicación del *Ariel* supuso la confirmación para cierta intelectualidad progresista de que en efecto Latinoamérica necesitaba una suerte de clase educada que pudiese encauzar a las masas a través de los procesos de gestación de las

49 La principal tarea de difusión del krausismo se la debemos Giner de los Ríos (1840-1915) quien tras estudiar en Alemania la filosofía de Krause la insertó en el pensamiento filosófico español.

modernas naciones latinoamericanas.⁵⁰ No considero una coincidencia insustancial que el personaje de Próspero sea un maestro y que la admonición acerca del futuro de América se haga en el contexto de una lección magistral a jóvenes alumnos.

Debe señalarse no obstante que bajo esta actitud instructiva, aún disfrazada con la máscara krausista de la bonhomía entre naciones, el hispanoamericanismo amparaba la idea de la inmadurez latinoamericana. Esta misma actitud paternalista fue la que, junto con otros motivos, justificó durante la Conquista la difusión del catolicismo. Tras los procesos de independencia serían criollos como Gálvez o Rojas quienes a expensas de otros grupos sociales sustituirían al colonizador en el papel de libertadores, rectores y padres de la patria. Jeane DeLaney en su artículo “Rediscovering Spain: The Hispanismo of Manuel Gálvez” escribe en este sentido: “Gálvez believed that the project of hispanización was one that must be guided by individuals of special talents and sensibilities. Only artists, intellectuals, and writers, he claimed, had the ability to diagnose the ills of Argentine society and to lead the nation back to spiritual well being” (74). Gálvez había conocido el pensamiento krausista en la escuela de derecho donde éste se oponía como doctrina al positivismo en boga. El siguiente fragmento dentro de *El solar de la raza* debe interpretarse en conexión con aquella corriente y el papel otorgado por la misma a la educación del pueblo en valores patrióticos: “Nosotros debemos tomar las enseñanzas espiritualistas de España como un simple punto de partida, como un germen que, trasplantado al clima moral de nuestra patria, arraigará en ella con vigor nuevo y forma propia” (16).

Y serían específicamente un carácter, una tradición cultural, una lengua e historia

50 “At the turn of the century liberals such as the writer Leopoldo Alas, the educator Giner de los Ríos, and the historian Altamira had hailed the appearance of Ariel, a book in which the Uruguayan writer José Enrique Rodó gave considerable indication of Krausist leanings. To them the book revealed that Spanish Americans were beginning to recognize the need for a broad, humanistic education for the masses, as well as for constant fraternal contact between the elite and the multitude, in order to combat the leveling forces of materialism and utilitarianism” (Pike 40).

comunes aquellos elementos que, a juicio de Blasco pero también de los dos escritores criollos, legitimaban a España como educadora de América y como modelo nacional didáctico para la moderna república Argentina. Esto prueba inequívocamente que todos ellos participaban de un hispanismo que no era sino un supra-nacionalismo de carácter étnico-cultural sustentado en la supuesta existencia de unos atributos identitarios excluyentes que funcionaban como mecanismo de cohesión hispánica. En este contexto y en sintonía con Benedict Anderson la identidad se concibió como un artefacto cultural imaginado en sus fronteras, en sus capacidades de soberanía y en su conciencia de comunidad que por lo tanto podía ser trasplantado a otros escenarios (6). Dentro de estos atributos de esa figurada idiosincrasia hispanoamericana los tres intelectuales concurrirían al considerar la lengua como el más privilegiado rasgo patriótico. De igual manera para figuras como Miguel de Unamuno o Rafael Altamira, el idioma español atesoraba el verdadero espíritu del pueblo hispánico y era prioritario luchar por el mantenimiento de su pureza en Latinoamérica. El primero fundamentaba la unión de los pueblos español y americano en la existencia de una lengua compartida. Diría Unamuno: “La identidad ‘hispánica’ se forma basándose en la lengua española por medio de un movimiento abierto, inclusivo de todos los habitantes de las naciones hispanohablantes, cuya identidad está delimitada por su pertenencia a la gran familia de dichas naciones” (Santos Rivero 106-07).

Esta predilección por el idioma en la difusión de un modelo de nación remitía en su protagonismo a la misma evangelización de América. Ahora en 1910 la lengua era ese mismo vehículo educativo de instilación nacionalista. En opinión de Ricardo Rojas en su *Restauración nacionalista* el patriotismo debía divulgarse a través de las escuelas mediante la enseñanza del castellano y la historia nacional: “La escuela primaria necesita dar una sólida preparación de Castellano, por ser ésta una de las materias que el maestro tendrá que defenderla de la corrupción cosmopolita. Tiene un alto valor político el idioma, no sólo como

signo de nacionalidad, sino como instrumento de sus tradiciones” (367). Por otra parte, la relevancia de un idioma común radicaba en el hecho de constituir el manantial del resto de afinidades hispanoamericanas en elementos como el arte, la historia o las tradiciones. En esto, el pensamiento de estos tres escritores no era dispar del resto de nacionalismos étnicos finiseculares. Vicente Blasco Ibáñez en su conferencia “La Argentina vista desde España” enaltecería la lengua como ese lazo de unión irrompible que cohesionaba la comunidad hispanoamericana de naciones:

¿Qué es entonces lo que constituye la patria? Es algo ideal, algo alado, algo que siempre flota en el ambiente y nunca se condensa de modo definitivo. Y para vosotros y nosotros, aquellos hombres nos dieron una patria común, nos dieron ese algo alado con la lengua, el idioma más rico de cuántos se conocen, nos dieron con ese algo que no se rompe jamás, que hermana a americanos y españoles y que hasta el fin de los siglos nos recordará un hogar común y nos ata a un mismo y grande destino. (1187)

La idea del idioma como la ligazón indestructible y eterna se une en el caso de Gálvez al concepto de exclusividad. La lengua es el rasgo definitivo e inviolable para definir un pueblo. En su *Solar* identificará a argentinos con españoles por el hecho primordial de compartir la lengua española (15). Con ello indirectamente se desmarcaba de aquellas latinidades que excluían a la Península frente a culturas como la francesa. Ambas opiniones por otra parte sustentan dos de las premisas que vengo enfatizando a lo largo del capítulo: de parte del hispanoamericanismo de Blasco un sentimiento de pervivencia colonial, de parte de Gálvez la invalidación y exclusión de cualquier elemento argentino no ibérico.

Dentro de este conjunto de características definatorias Blasco y Gálvez convergerán en profesar un continuo interés por esa elusiva etiqueta llamada *carácter hispanoamericano*. La envergadura de este supuestamente inalienable rasgo radica en ambos autores en que les permite avalar la singularidad en espíritu de un cierto grupo humano y con ello la excepcionalidad de sus logros históricos. Así lo verían también los grandes nacionalismos totalitarios de principios del siglo XX para quienes la *superioridad racial* se enarboló como

estandarte. La *raza* o *carácter* se concibe dentro del patriotismo étnico, empapado de determinismo, como principio estructurador de todos los demás trazos que particularizan una nacionalidad. Respecto del ser español sentenciará Manuel Gálvez en *El solar de la raza*: “Es único por su raigambre, único por su gesto, por sus procedimientos, por su espíritu” (30). A la afirmación de esa entraña constitutiva se entregaría con semejante fruición la Generación del 98. Ángel Ganivet, entre otros miembros del 98, predicaría la existencia en su *Idearium* de unos trazos ibéricos ingénitos: “La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros. Como hay continentes, penínsulas e islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares e insulares” (32). En esta misma sintonía determinista y telúrica deben comprenderse las afirmaciones del fervoroso hispanoamericanista Fernando de Ojeda en la novela de Blasco *Los argonautas*. Allí en medio de una de sus apologías de la Conquista achaca al clima africano de la Península y a sus mesetas de frío glacial el hecho de haber dado a luz “una raza preparada para la colonización de un mundo tan grande y diverso” (657). Este conjunto de características raciales convertido por el hispanoamericanismo intelectual en una supuesta identidad nacional se habría preservado y procreado a lo largo de los siglos en Latinoamérica.

Pero más allá de su conexión con el nacionalismo étnico, la trascendencia otorgada por ambos escritores a la idiosincrasia hispánica requiere de más honda consideración. Con certeza en el marco particular del nacionalismo finisecular hispanoamericano no es posible interpretar la noción de *raza* sin enraizarla en la dialéctica *latino* frente a *sajón*. Es precisamente por oposición al genio sajón y en el marco del antagonismo finisecular de imaginarios nacionales que tanto Blasco como Gálvez concordarán en otorgarle a la esencia ibérica similares rasgos definitorios. Ambos coincidirían en combatir la influencia sajona presentando una civilización latina espiritualmente privilegiada. Ambos ensalzarán en el

talante hispánico una cierta austeridad frente a los bienes y placeres materiales al tiempo que una cultura y espiritualidad superiores. Por otra parte, le otorgarán un individualismo, una voluntad de afirmación de la personalidad frente la medianía materialista que atribuyen al universo sajón. Como veremos, la lengua, la historia, las glorias culturales serán ensalzadas y presentadas por estos autores en función de estos atribuidos rasgos raciales en los que su hispanismo encontraba el prestigio.

Así en el *Solar de la raza*, se opondrá a la sobriedad ibérica otras sociedades caracterizadas por una sensualidad y un materialismo que han pervertido sus costumbres: “Los españoles, mejor dicho los castellanos, tienen un concepto de la vida que no es de nuestra época. Todo el fundamento de las modernas sociedades industriales se sintetiza en estas palabras: vivir para ganar dinero y para gozar los placeres sensuales de la vida. [...] El castellano, es el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales” (28). En un sentido similar, en “La Argentina vista desde España” de Blasco, se cimentaría el legado hispánico sobre un espíritu caracterizado por la virtud y por una espiritualidad que se eleva más allá del universo material: “Os dimos un territorio que regáramos con sangre, que llenáramos con heroísmos; en ese territorio os construimos la casa solariega, altiva, nobiliaria, donde es señor por derecho propio ese espíritu que jamás se inclina y que siempre asciende buscando culminarse en perfecciones”(1186). La atribución de estos rasgos a la *raza hispánica* no era en absoluto gratuita. Constituía una táctica para desprestigiar y neutralizar una de las más terribles amenazas que las oligarquías criollas y otros grupos hasta ahora privilegiados veían en el mundo sajón: su pujanza industrial y económica. Productos de esta incriminación intelectual del materialismo sajón serían, entre otros, la oposición entre el pedestre y vulgar *Calibán* y *Ariel* o las caricaturas del *Tío Sam* en la España post-98. La monstruosidad o bajeza de estos personajes constituía de algún modo un recurso catártico por medio del que la esfera hispanoamericana intentaba expiar un cierto complejo de inferioridad,

al percibirse incapaz de competir con Estados Unidos o Europa en el escenario creado por la modernidad. El pensamiento pragmático y positivista sajón de la época propugnaría una sociedad horizontal prioritariamente mesocrática y democrática en el acceso a los bienes de consumo. En ella, las jerarquías de clase y tradición cedían ante un capitalismo donde todos los individuos se concebían iguales como consumidores y partes del sistema de producción. Los detractores desde el ala hispanoamericana de este modelo lo censuraban como la vulgaridad en la mediocridad moral.

Por oposición al mismo, aquellos que veían zozobrar sus heredados privilegios e intereses reaccionarían presentando un modelo cultural de sociedad alternativa. En ella se concebía al individuo como un receptáculo de cultura y tradiciones cuyo rasgo más distintivo era la exclusividad de su alma y sus ideales. La supremacía concedida al espíritu frente a la materia suponía una sociedad verticalizada donde la estratificación no la determinaba el utilitarismo y el capitalismo sino otras variables más subjetivas y metafísicas. En conclusión y de acuerdo con este esquema conceptual, la intelectualidad hispanoamericana enarbolaría figuras caracterizadas por la supuesta excepcionalidad de su espíritu y moral así como su lucha contra o desdén por los objetivos materiales. Dentro de este paradigma encajarían a la perfección figuras como *Ariel*. Es en medio de este contexto, que debemos englobar y entender también la predilección compartida por Blasco y Gálvez por figuras tan aparentemente diversas como Santa Teresa, Don Quijote o San Ignacio de Loyola.

En la veneración por el hidalgo castellano coincidiría el escritor valenciano no solamente con el autor argentino sino también con la Generación del 98. Esta glorificación se ha dado en llamar por la crítica la tercera salida de Don Quijote. José Luis Abellán en su trabajo *Sociología del 98* analiza la fuerza icónica de la figura quijotesca tras el 98 como emblema de toda la nación: “Otros de los grandes mitos a cuya elaboración e interpretación dedicaron parte de sus esfuerzos los del 98 es el de Don Quijote, al que se ha aludido bajo el

nombre de “la tercera salida de Don Quijote” que es como si dijéramos: el nuevo papel de España y el replanteamiento de su misión y actuación en el mundo” (41). Don Quijote, será sin fisuras, el valedor y representante de los valores morales y la raza en la reconquista espiritual protagonizada por Blasco Ibáñez. En una de sus múltiples referencias al personaje diría: “La obra que constituye la biblia de nuestra raza. [...] Sí. *Don Quijote* es el libro representativo del espíritu español y del espíritu de toda la Humanidad” (1260). A Cervantes le dedicaría múltiples páginas dentro de su conferencia titulada “La novela moderna.” Por su parte, Gálvez y Rojas encontrarían en la figura de Cervantes y su obra un referente moral frente al salvaje utilitarismo que denunciaban en la sociedad del Centenario. En el caso del segundo su interés por Cervantes se estamparía en la recopilación de poemas del mismo que recopiló y prologó en 1916 así como en 1935 con el ensayo titulado *Cervantes*. Para todas estas corrientes de afirmación de la identidad hispana, don Quijote atesoraría rasgos afines. Representaría una metafísica transgresora y libertaria frente a los convencionalismos y servidumbres del mundo material y la pragmática. Sería el icono metafórico de la heroica lucha caballerescas frente a una sociedad imparable del progreso industrial y el mercantilismo. Junto con esto, el hidalgo encarnaría un rabioso individualismo frente a un modelo sajón el cual se suponía alentaba la homogeneidad social. Debe precisarse, no obstante, que no todo fueron parabienes para el caballero convertido en emblema de la fraternidad entre la antigua metrópolis y sus territorios. De un modo categórico arremetía el cubano Fernando Ortiz contra las ínfulas *quijotescas* de Rafael Altamira: “Y cuando habléis de Cuba a vuestros compañeros de cátedra y a nuestros hermanos de la *España nueva*, decidles [...] que en Cuba no soñamos con iberismos quijotescos aún cuando estos, y precisamente por ser tales, fueran desinteresados; que si no queremos ver absorbida nuestra personalidad por los

norteamericanos tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles.”⁵¹

Muchas de estas características arriba descritas para Don Quijote podían ser aplicadas a la figura del místico. Y sería el propio Gálvez quien en su *Solar* señalaría esta coincidencia al fundir la caballería y la mística como integrantes del ser ibérico: “Misticismo y caballería se unieron mezclándose y compenetrándose totalmente. La guerra vino a ser el misticismo de la acción; y el misticismo, *caballería a lo divino*” (89). En las catedrales españolas encontraría el escritor la emblemática fusión del iberismo guerrero y religioso. Como el caballero andante, el místico simboliza la espiritualidad llevada a su clímax y el triunfo del ideal. Su extremo desprendimiento de la materia e incorruptible singularidad de criterio les hacía óptimos y titánicos emblemas de una identidad que debía oponerse al gigante *Calibán*. De acuerdo con esta percepción, el escritor argentino depositaría en las figuras de los santos la grandeza de la raza. En su *Solar* se lee: “¿Hay acaso alguna faz de aquella alma que no la revelen las vidas de Santa Teresa de Jesús, de Santo Domingo de Guzmán, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Borja y de San Ignacio de Loyola? Ellos sintieron el alma de la raza, en sus transportes se unieron con ella y la encarnaron en sus vidas prodigiosas” (162). Conceptos como senequismo, espiritualismo o misticismo igualmente habían gravitado en torno a la eterna pregunta y respuesta noventayochista: ¿qué es España? En su *Idearium español*, Ángel Ganivet defendería la religión y el arte como pilares básicos del talante ibérico. Para el escritor la esencia del arte español sería ese misticismo concebido como sentimiento religioso en grado excelso y al cual el escritor sumaría el valor, la pasión y la caballería peninsulares (67). De igual modo el misticismo representaría para Blasco una de las genuinas manifestaciones del alma española. De hecho, en su conferencia “El misticismo batallador de los españoles” explicaría el indómito individualismo de los

51 Esta es la despedida a Rafael Altamira en la obra de Fernando Ortiz en su recopilación de artículos *La reconquista de América*. El texto ha sido recogido por Eva María Valero en su trabajo *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América* (97).

españoles como manifestación de un alma esencialmente mística (1289). Asaz genuino español debía considerar el misticismo Blasco como para honrarlo en exclusiva con esta conferencia a sabiendas de que esto iba a suscitar gran polémica. Aquellos que conocían su pasado anticlerical no desaprovecharon la ocasión para recriminarle. El escritor se defendería aduciendo que le interesaban personajes como Santa Teresa o San Juan de la Cruz no por su santidad sino por su faceta humana:

Hablaré de altos personajes históricos que son santos, dejando a un lado mi juicio sobre la santidad, para hablar solamente de sus características humanas y del ambiente en que actuaron. Otra parte del público pudiera preguntarme por qué he elegido este tema en que hablaré de personas que no se ajustan a las doctrinas de que he sido siempre sostenedor. Respondo: porque esta conferencia era imprescindible entre las que he venido dando acerca de España, pues hablaré en general del misticismo, una de las genuinas manifestaciones del alma española. (1288)

Más allá de la anécdota o la exculpación estrictamente personal, el argumento defensivo de Blasco reflejaba relevantes implicaciones. En realidad, probaba cómo los nacionalismos de corte étnico-cultural dentro del periodo se habían extendido e influenciado otras disciplinas o manifestaciones culturales como la religión poniéndolas a su servicio y metas. Para Blasco en Argentina la propagación del fenómeno místico no implicaba convicción religiosa sino exhibición patriótica.

Gálvez y Blasco volverían a coincidir al encomiar la figura de San Ignacio de Loyola. A juicio de Blasco Ibáñez, atesoraba la esencia nacional por su espíritu ascético e idealista que lo equiparaba a los conquistadores de América. En lo que respecta a Gálvez, unas pocas palabras nos revelan su afición por Loyola: “Es el espíritu más representativo de su raza vascongada y es también uno de los hombres más castizos que produjo España. Tenía el alma de los caballeros andantes, y así han acertado quienes le compararon con Don Quijote” (162). Cierta desconcierto debió provocar la loa a Loyola por parte de Blasco entre aquellos que conocían su novela *El intruso*. Publicada en 1904, en ella el autor demonizaba la Compañía

de Jesús y clamaba por su total extinción. Sin embargo y tal como detallé respecto de los místicos, Blasco se situaba ahora en un plano supranacional que separaba los logros humanos del personaje frente a su filiación religiosa. Abogaba por una supra realidad hispanoamericana donde la Compañía de Jesús como localismo no era relevante pero sí lo era como parte de una estrategia espiritualista conjunta. En este mismo sentido debemos interpretar este fragmento perteneciente a la novela *Los argonautas* que a simple vista pudiera parecer desconcertante considerando el furibundo anticlericalismo de su creador. El protagonista Fernando de Ojeda y *alter ego* del autor comenta anticipando su llegada a Buenos Aires: “Créame Maltrana. Al llegar allá enfunde su burla y procure no hablar de religión [...] La impiedad no puede ser para nosotros artículo de exportación. Las creencias tradicionales resultan obra de *nuestra vieja*, y si las atacamos, hágase cuenta que estamos dando con un pico en la casa materna” (670). Dentro de estas líneas, la religión católica ha pasado a convertirse en un elemento integrante de la tradición. Se concibe como una metafísica social en oposición a la sociedad laica y materialista asociada con el proyecto sajón.

De la misma manera que la religión se había adaptado a la propaganda nacionalista, esto ocurriría con la literatura nacional que será concebida como maestra de la patria y enarbolada por los nacionalismos modernos como blasón de un territorio y sus habitantes. Intelectuales y escritores implicados en la tarea de idear la nación participarían en la manipulación, selección y divulgación de determinados autores, periodos, escuelas u obras que se ajustaban al modelo de nación amparada o imaginada. Anthony J. Cascardi en su artículo “Beyond Castro and Maravall: Interpellation, Mimesis and the Hegemony of Spanish Culture” enfatiza el uso del patrimonio cultural por la intelectualidad peninsular tras la pérdida del imperio colonial:

Even twentieth century Spanish writers and intellectuals sought to reinforce images of Spain’s cultural hegemony by strenuously defending against notions

of decline. Often that defense took the form of efforts to separate and preserve a core of things purely “Spanish” from those not. Vigorous attempts to resolve the “problem of Spain” often masked a much deeper traditionalism whose key points of reference were the Middle Ages and the Golden Age. Little wonder that Menéndez Pidal devoted massive efforts to a historical reconstruction of the Spain of the Cid [...] or that both Miguel de Unamuno and José Ortega y Gasset produced major philosophical works oriented around Don Quijote. (139)

Hitos textuales como *El poema del Mío Cid*, *El libro de buen amor*, *El romancero*, *La Celestina* o *Lazarillo de Tormes* se recuperarían en el contexto del 98 como una herencia consagrada y castiza que podía corroborar una supremacía ibérica sobre otras potencias orientadas al futuro y la tecnología. Por otra parte, estas obras ejemplificaban la excepcionalidad y exclusividad artística hispánica frente al arte comercial y de masas propio de sociedades industrializadas. Coincidentemente serían las “principales obras de la literatura española,” entre las que se encontraban *El romancero*, *El poema del Cid*, *La Celestina* y por supuesto *Don Quijote*, aquellas que Ricardo Rojas privilegiaría dentro del proyecto educativo para la nación que le había sido encomendado por el gobierno y cuya plasmación sería la obra *La restauración nacionalista*. En lo que respecta a Blasco, su ciclo de conferencias constituiría en sí mismo un concienzudo ejemplo de labor de divulgación y acreditación de las letras hispánicas de las cuales él mismo se declararía ejemplo viviente. Así en su conferencia “La Argentina vista desde España,” la cual el propio escritor denomina como “prólogo a las otras” (1183), declara su intención de disertar sobre las grandes figuras de la literatura peninsular: “Hablaré de Cervantes, el ingenioso padre del ingenioso Hidalgo de la Mancha; del teatro español, Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón; de los místicos y Santa Teresa de Jesús; de Quevedo” (1183-4). Del mismo modo y en “La revolución de septiembre,” ensalzará la calidad de la literatura que emerge al calor la revolución de 1868 y entre cuyas figuras el escritor destaca a: Benito Pérez Galdós, Pedro Antonio de Alarcón, José María de Pereda, Armando Palacio Valdés o Emilia Pardo Bazán (1285-7). Por lo que

respecta a Gálvez, incluso más allá de reconocer sus hitos, encontraría en las glorias literarias de la Península un espejo de espiritualidad y alteza, precisamente los mismos atributos con los que singularizaba a la familia hispanoamericana. Afirmaría dentro de su *Solar*: “También pretendo que mis conciudadanos comprendan y amen la literatura española, y sobre todo el arte español: aquel arte maravilloso en cuyas cumbres de belleza anidan las águilas de espiritualismo” (16). No sería Gálvez el único intelectual latinoamericano en hallar inspiración en el arte español. Frente una similar ansiedad ante el positivismo materialista, Rubén Darío en su ensayo *El triunfo de Calibán* invocaba a los grandes artistas peninsulares: “Y usted ¿no ha atacado siempre a España? Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el *dómine* infeliz, desdeñoso de la América que no conoce, la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza, se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez, se llama el Cid, Loyola, Isabel” (575).

Junto con la literatura, los nacionalismos de la era moderna encontrarían en el arte pictórico el gran poder didáctico de la imagen para la divulgación de valores patrióticos. La Península del fin imperial no sería una excepción en esta tendencia. Por ejemplo, las imágenes castellanas de Ignacio Zuloaga trasladarían al lienzo la preocupación por la postración nacional tras la derrota de Cuba. Mención debe hacerse también a la escuela de los pintores paisajistas quienes acompañarían a algunos de los miembros de la Generación del 98 en sus excursiones por Castilla. El hispanoamericanismo por su parte recurriría a la pintura como una de las genuinas manifestaciones del carácter y alma hispanas que debían ser propaladas en Latinoamérica. Y es dentro de este escenario que debemos interpretar la conferencia de Blasco titulada “Zuloaga y Sorolla” pero que sin embargo se centraría en las biografías de El Greco, Velázquez y Goya. En ella ponderaría a los tres artistas como insignes retratistas de la esencia española y poseedores de una admirable singularidad de espíritu. En el caso de Gálvez, aquellas “águilas de espiritualismo” que confesaba hallar en el

arte español tendrían egregios representantes en artistas como Zurbarán, Valdés Leal, El Greco o Zuloaga. Al igual que el 98, el argentino admiraría en Zuloaga su capacidad para retratar el alma castellana considerándolo el más relevante de los pintores españoles de su tiempo. Es sin embargo el Greco el pintor más venerado por Gálvez en el *Solar*. Reconoce su arte como la cumbre de la representación de la belleza espiritual y su admiración es rotunda: “Hoy los más nobles artistas opinan que jamás hubo pintor más inquietante, más humano, más profundo que el Greco. Por mi parte creo que ningún cuadro contiene tanta belleza moral como *El entierro del Conde Orgaz*” (24). En este mismo sentido, despreciará el *Apolo de Belvedere* como emblemática representación renacentista elogiando el arte “naturalista, humano y místico” (22) de un cristo de Montañés. No era excepcional el argentino en destacar la fuerza espiritual del Greco. La Generación del 98 reconocería su arte como la más verídica representación de la espiritualidad de los Siglos de Oro. Manuel B. Cossío, krausista pedagogo e historiador del arte, en 1908 publicó el primer catálogo completo de las obras del Greco. En su libro titulado *El Greco* incluía una las siguientes conclusiones acerca de la figura del artista:

La adusta y agria Castilla fue para él benigna, porque lo hizo libre. Solitario en ella, olvida reglas y abandona maestros, se acoge a sí propio, intima con el espíritu y la grandeza regionales, derrámase en ellos liberalmente, a la vez que se deja penetrar por los mismos; se apodera al fin del genio de la tierra y del alma española; traduce fielmente de ellas lo que vibra al unísono con su singular temperamento –la violencia, la dignidad, la exaltación, la tristeza, el misticismo, la intimidad realista, la cenicienta y carminosa monocromía- y tras rápido, ineludible tanteo, llega a hacer obra original y eterna, y encuentra un camino que puede llamar *suyo*. (539)

Después de lo afirmado en páginas anteriores, no resulta en absoluto sorprendente que Cossío recupere los conceptos de individualismo, espiritualidad o demente utopía en este bosquejo del artista. Como ya comenté, a don Quijote, Santa Teresa o el Greco, en cuanto atribuidos representantes de una raza hispana se les presentaría como poseedores en grado excelso de aquellos rasgos otorgados a la misma.

Amén de la estatura de su alma, se reconocería igualmente en el Greco su capacidad para capturar el alma española en los colores, texturas y espirituales trazos de sus paisajes castellanos. Efectivamente, junto con la literatura o las artes plásticas, el paisaje es el elemento alegórico más vigoroso e inmediato para sintetizar la imagen de una nación. De esto, se apercibirían los nacionalismos modernos que amparados en los presupuestos del determinismo postularían la idea de que el carácter nacional está condicionado por el espacio ocupado por sus habitantes. La identificación hombre/paisaje y la simbiosis con el terruño constituye de igual manera uno de los principios vertebrales noventayochistas. Como nacionalismo de regeneración patriótica, el noventayochismo, no sin disensiones y renunciaciones, idearía una Castilla como lugar mental, depósito de la tradición nacional y punto de partida para comprender y superar la actual decadencia. Asimismo contemplaría estas tierras desnudas y ásperas como reflejo de la imaginada austeridad y personalísima idiosincrasia del hombre ibérico. Finalmente, Castilla se concebiría como el germen nacional con la unificación de los Reyes Católicos así como cuna del inigualable arte de los Siglos de Oro. Sin duda, este retórico castellano-centrismo de raíz burguesa e intelectual, si bien crearía un concepto de España todavía hoy vigente y exportado, suponía el olvido de otras nacionalidades periféricas al tiempo que los conflictos sociales de una España quebrada en regionalismos.

En su gira hispanista, Blasco propalaría la singularidad de la meseta castellana en diversos aspectos. Por una parte, la concebía como madre de los conquistadores de América, a su juicio, sacrificados, adustos y místicos como el territorio. Por otra parte, la labor de la Reina Isabel “La católica” en la unificación nacional sería acontecimiento valorado y desarrollado en su ciclo de conferencias. La defensa de la unidad peninsular pudiera bien parecer un contrasentido en un hombre que había sido aguerrido defensor del federalismo y pintor excepcional de la personalidad valenciana. No obstante y como señalé para el caso de

la religión, dentro de la embajada propagandista de Blasco el paisaje, desprovisto de tensiones localistas, se ha convertido en un espacio de proezas nacionales programado fundamentalmente en función de un nacionalismo homogeneizador. En el caso de Manuel Gálvez exclusivamente a la región de Castilla le concedería las reflexiones y descripciones de la primera mitad de *El solar de la raza*. No en vano la consideraba como metonimia total de España y fuente de los principios espirituales con los que se debía instruir a Argentina: “Lo castizo, o sea lo hondamente español, es lo castellano, de tal modo que bien pudiera decirse que Castilla está moralmente en toda España” (39). Y con ello, al igual que la Generación del 98 o el Blasco en Argentina, ampararía una idea oficialista de España al margen de su pluralidad territorial e ideológica. No obstante, el fervor de Gálvez por las mesetas castellanas implicaba consideraciones más allá de lo local. Dirá el autor en su *Solar de la raza*:

Las tierras de Castilla muestran al viajero, con esa evidencia de las cosas que se sienten: la pequeñez del vivir y la vanidad de los halagos sensuales, la superioridad de las inquietudes del espíritu sobre las preocupaciones del bienestar y del progreso, el valor del estoicismo, la eficacia de la pobreza y del dolor como maestros de pueblos viriles y profundos [...] Las tierras de Castilla sugieren al viajero la esperanza de que aquella raza, fuerte, noble y profunda, en otro clima y otro suelo –los de nuestra Argentina- hará renacer en el porvenir las viejas glorias de la estirpe. (52)

Con este breve fragmento, el escritor verbalizaba las esperanzas puestas en la Península por el nacionalismo criollo en pro de una re-hispanización de Argentina gracias a la que su grupo podría prevalecer. Pero además, aglutinaba y engastaba sobre el sustrato metafórico del paisaje las diferencias cruciales de carácter que el hispanoamericanismo se arrogaba frente al sajónismo. Pero Gálvez encontraría más rentabilidades nacionalistas en el uso del paisaje español. En su *Solar* afirmaría que las ciudades de Castilla superaban en alma a las industrializadas ciudades alemanas o inglesas. Concluiría que estos centros urbanos habían nacido fruto de una estética mesocrática y carente de espiritualidad (19). Esta censura estaba

en primer lugar estrechamente dirigida contra esas burguesías europeas que paulatinamente iban arrinconando al criollo aristocrático en Buenos Aires. Pero muy especialmente, se relacionaba con la oposición *campo* versus *urbe* de plena vigencia en el contexto del Centenario. En sus conferencias, Blasco respaldaría la reinterpretación del debate *campo* versus *ciudad* propugnada por el nacionalismo criollo. El valenciano constataría la progresiva falta de espiritualidad que había percibido en Buenos Aires por contraposición a La Plata. Como Gálvez, encontraba en la provincia, lejos de Buenos Aires, la verdadera la espiritualidad y alma del hombre argentino. Así se refería en su conferencia “La novela moderna” a La Plata: “Porque hay en vuestra ciudad algo más que la hermosura de vuestras calles y paseos, que la hermosura de vuestra edificación y que la prontitud con que la habéis construido; porque en vosotros no solo hay una envoltura material, sino porque tenéis un alma, un alma espléndida, un alma poeta y el ideal del progreso intelectual” (1257). Frente a esta ciudad, a pesar de que encomiaba la pujanza industrial y material de la capital, Blasco se refería a Buenos Aires como perteneciente a otra categoría urbana: “ciudades-músculo, ciudades que se dedican al trabajo, a la actividad, a la producción” (1257).

Pero por otra parte y volviendo los conceptos de hermandad hispanoamericana y paisajismo, para Blasco la presencia de la Península en Latinoamérica estaba representada en todos y cada uno de los aspectos materiales de aquel continente. En su conferencia “La novela moderna” describía de este modo la ciudad de La Plata: “Pensaba en aquella Salamanca, madre de la ciencia, madre de las letras, que cumplió su misión enseñando a sus hijos, como la madre que educa a la prole, que está regocijada ante los progresos de los hijos que ha dado a la Humanidad” (1257). Aunque los embajadores del hispanoamericanismo, como Blasco, insertarían repetidamente su causa en el plano inmaterial, no obstante es imposible no ver en esta proyección de Salamanca una de las estrategias predatorias propias del colonizador. Las dinámicas colonizadoras transmutan el espacio del “otro” en una

continuación de la metrópolis. En algunos casos, incluso el colonizado adopta las estrategias del colonizador al reconocerse en el espacio ajeno. Esto ocurre por ejemplo en la percepción que de Sevilla ofrece el criollo Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*: “Allí se borra, para el viajero americano, la sensación del destierro. Siéntese la ilusión de la patria, por esa arquitectura que nosotros llamamos colonial siendo sevillana; por la alegría meridional de sus gentes y de su cielo” (427). El criollo hispanista, que se asimila y equipara al español americanista, acepta y ensalza los discursos de la metrópolis como suyos. Al igual que sus congéneres españoles, el criollo del Centenario realiza otra conquista y limpieza de América. Esta vez los indígenas son reemplazados por italianos, británicos o judíos. El criollo recurre entonces a las estrategias de imposición más cercanas. Aquellas precisamente mediante las que fue colonizado. En este sentido debemos entender el conservadurismo castellanista de Gálvez en el *Solar* que le llevará a degradar el legado musulmán en la Península a una cuestión de leyendas: “La España castiza, aunque vieja y ruinoso, la llevamos dentro; la España africana está muy lejos de nosotros. Es una poética leyenda, casi un cuento de *Las mil y una noches*” (116). En un juego de interesantes espejos Gálvez imaginará España como el país uniforme y excluyente que su nacionalismo tradicionalista deseaba para Argentina y ello mediante un patriotismo allanador y unificador que resucitaba el espíritu de las Cruzadas. Los nacionalismos tanto entonces como hoy instrumentalizan la producción intelectual y la cultura nacional iluminando o ensombreciendo aquellos hitos que satisfacen su proyecto totalizador.

Con todo, los emisarios del hispanoamericanismo, entre ellos Blasco, eran conscientes de que la divulgación y reivindicación de una conspicua hermandad de carácter, arte, paisaje o espíritu eran insuficientes. Imposible era construir una ligazón futura sin restañar antes los rencores y posibles malentendidos del pasado. Por lo tanto, junto con la literatura y otras manifestaciones culturales, la historia fue decisiva para el nacionalismo y la creación de

identidades nacionales. En el caso de la historiografía fue crucial la influencia del krausismo en la medida en la que la nación tenía una cierta conciencia y unas ciertas características adquiridas a lo largo de la historia.⁵² El historiador Rafael Altamira en su libro *La enseñanza de la historia* (1872) insistía en la necesidad de estudiar, junto con la historia política, los otros aspectos de la actividad humana, tales como el arte, la religión o las costumbres. Argumentaba que eran estos, perpetuados a lo largo de los siglos, los que definían el espíritu de un pueblo. Ciertamente el hispanoamericanismo peninsular de la época haría un gran esfuerzo porque la historia colonial fuera comprendida. Entre otras tareas, este movimiento proyectaba un gran inventario de textos que permitiera ofrecer una versión alternativa del descubrimiento y la divulgación de un pasado restaurado. Uno de sus más fervientes abogados fue Altamira. Eva María Valero en su trabajo *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América* comenta el discurso del alicantino en la apertura del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo:

En primer lugar era preciso restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades innatas. [...] Las antiguas colonias españolas del continente americano son para Rafael Altamira parte fundamental de esa historia y de esa raza o genio nacional, de ahí que el escritor insista en el citado discurso en la necesidad de establecer una política pedagógica que sea útil para recuperar, sobre la base de un sustrato étnico y cultural común, los lazos entre España y las antiguas colonias. (13)

Altamira, además de su oratoria y labor docente, consagraría gran parte de sus esfuerzos como escritor a la reivindicación de la Conquista. En su trabajo *La huella de España en América* calificaba el descubrimiento de América como una obra útil y civilizadora para

52 Al hablar sobre el krausismo comenta Inman Fox en su libro *Spain as Castile: The Invention of a National Culture* remarca: “As we study the development of Spanish historiography in the latter half of the nineteenth century, we cannot overlook the pervasive influence of Giner de los Rios’s philosophy of history, derived from Krausism [...] This new historiography was to be founded not only on the concept of the formation of the Spanish nation and the reasons for its decadence; but also on the definition of a national spirit or consciousness, with distinguishing characteristics, which is revealed through the expression of the people’s “fantasy” and which subsists throughout history” (30).

aquellos pueblos tanto en lo material como espiritual (125). Defendía que se había producido en Latinoamérica una reorientación positiva en la recepción popular de la colonización española. En su artículo “Novedades y rectificaciones en el estudio de la colonización española en América” argüía un cambio favorable incluso dentro de la propia historiografía: “Los historiadores ya no condenan ese sistema de forma absoluta. Por el contrario, empiezan a reconocer que la labor social y política de nuestra Madre Patria en el Nuevo Mundo merece ser aplaudida...” (181). Por otra parte, si bien el alicantino reconocía los errores perpetrados por la conquista, no obstante realizaba sus beneficios. En *La huella de España en América* privilegiaba la Conquista de América frente otras empresas expansionistas europeas argumentando: “...sino una [colonización] de las que más alto han tenido el derecho de los pueblos inferiores y más servicios han prestado a la obra universal de la ciencia y la civilización” (71). Por un lado, la conquista se había ejecutado por intereses espirituales y evangelizadores más allá del puro lucro material. Por otra parte, las *Leyes de Indias* habían mantenido la jerarquía y paz entre clases.

En consonancia con este discurso actuaría Blasco Ibáñez al desarrollar extensamente a lo largo de sus conferencias el discurso apologético de la Conquista y el combate de la leyenda negra. A sus interpretaciones le dedicaría íntegramente una conferencia titulada “La leyenda negra de España” donde desenmascararía el nacimiento y desarrollo de la misma: “Hemos sido los españoles objeto de odios concitados, y no han faltado pueblos que durante siglos se han dedicado con empeño a hablar mal de España y a mentir acerca de ella” (1192). Sus discursos y especialmente sus novelas, estudiadas en próximos capítulos, manifiestan una recurrente obsesión restauradora de los personajes y las hazañas en América.

En la otra orilla del Atlántico, el criollo Ricardo Rojas, primer historiador nacionalista argentino, percibiría que el proyecto nacional criollo no podría subsistir frente la influencia ideológica de los inmigrantes sin una recuperación de las raíces de la argentinidad. Entre ellas

el escritor incluía y valoraba la herencia española, especialmente el legado y hechos de la Conquista. Al trazar en su *La restauración nacionalista* los futuros planes de estudio para la juventud argentina, reservaba extensos apartados didácticos para la Conquista y el periodo colonial. Algunos de los títulos concedidos a estos apartados fueron: “El descubrimiento;” “La conquista española en el Sud: Cortés, Pizarro, Almagro.” Aún más, en su obra *Blasón de plata* Rojas justificaría la Conquista como una hazaña heroica por medio de la cual pueblos inferiores sucumbieron ante otro más desarrollado. Como mostraré a continuación, este indulto se identificaría plenamente en temas y justificaciones con la imagen de la misma proyectada por Blasco. De un mismo espíritu de respeto y admiración por la historia compartida participaba Manuel Gálvez. En *El solar de la raza* apostillaba: “Quiero, asimismo, que conozcamos la historia española, que es la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de valor, de idealidad, que haya existido en el mundo” (16). Como vemos y tal como había ocurrido con las otras manifestaciones culturales, el escritor argentino leía la historia enfatizando los valores con los que distinguía al carácter hispanoamericano.

Con especial virulencia atacará Blasco aquella tradición libresca, a su juicio de origen protestante y no con demasiadas simpatías por el imperio español, que había desvirtuado intencionalmente los hechos de la Conquista. Por otra parte, afirmará que fueron impresores holandeses quienes tradujeron e incluyeron grabados a la obra de Las Casas, hecho que sin duda influyó en la recepción de la realidad americana. De nuevo en este aspecto encontraremos una afinidad con el Centenario. Gálvez en el *Solar de la raza* arremete específicamente contra la implicación del protestantismo inglés en la leyenda negra al haber, a su juicio, falsificado la historia por motivos de raza y credo. Según el argentino, poca simpatía protestante era esperable hacia una nación latina y católica (31). En esta afirmación, por una parte el escritor se solidarizaba con las justificaciones vindicativas que la metrópolis

a lo largo de siglos había acumulado respecto a América y que el criollismo, directo producto de esa gesta, debía asimismo defender en apoyo a su causa nacionalista. No obstante, esta inculcación a los ingleses respondía también a cuestiones más contemporáneas. Sin duda, Gálvez estaba canalizando el rechazo que producían a su colectivo esos inmigrantes británicos que se estaban haciendo con el capital, los bancos y las compañías en Argentina. Por otro lado, el profundo catolicismo de Gálvez le haría abominar del pujante protestantismo. Sentía especial desprecio por el *Ejército de salvación* y su influencia social.

En este contexto de lucha contra la leyenda negra, cobraría intensa relevancia el propalado maltrato a los indígenas. Opondrá Blasco a esto las bondades y modernidad ideológica de las *Leyes de Indias*. Algo que también haría Altamira en su didáctica misión por América. Así lo recoge Rafael Asín en su introducción a la obra *Psicología del pueblo español*:

Una de las reivindicaciones de las que más orgulloso se sentía Altamira era del reconocimiento y respeto de los derechos humanos de los pueblos colonizados. Las Leyes de Indias--era el máximo especialista en Derecho Indiano--constituían para él «el más alto ejemplo de legislación amparadora y tutelar de los humildes e incultos». [...] Este aspecto de los derechos humanos unido a la forma en la que la corona aborda la conquista y la colonización interesaba vivamente a Altamira porque lo consideraba un ejemplo pionero y singular de colonización, más avanzada y metódica que ninguna precedente y capaz de resistir la comparación con cualquiera de los modelos de las potencias coloniales y de salir vencedor de la misma. (29-30)

Esta es una apología que también en *Blasón de plata* estará presente. A juicio de Rojas la legislación colonial española fue avanzada en lo que respetaba a la protección de los súbditos. Las leyes de Burgos (1512) amparaban al indio a modo de tutor mientras que las de Valladolid (1513) incluían especiales cuidados para la mujer (85). En cuanto a la esclavitud, también en palabras de Rojas, en el caso de Argentina no se produjeron atropellos en demasía porque la conquista no fue motivada por las riquezas. En su conferencia “La leyenda negra de España” Blasco Ibáñez asimismo exonerará de este cargo a los españoles. La esclavitud fue

fenómeno común a otras empresas colonizadoras y una ideología aceptada en su tiempo. El escritor se apoyará en uno de los argumentos que parte de la crítica moderna maneja, esto es, la no existencia de derechos humanos en la época: “Ni existía el respeto o la consideración a la vida ajena ni a la propiedad de otros, y en todo el mundo estaba en completa boga el concepto aristotélico de las esclavitud con su rara filosofía, según la cual los seres inferiores nacían y debían ser conservados esclavos o sujetos a la voluntad de sus dueños, y según el cual la esclavitud era un mal necesario” (1196). Al mismo tiempo hará mención en su disertación al documento del *Testamento de Isabel La Católica*. Allí se especificaban las intenciones no de “sojuzgar” sino de educar e instruir en las buenas costumbres a los indígenas. Pueda sorprender quizá la apología monárquica por parte de un republicano. No obstante, debe precisarse que el hispanoamericanismo progresista post-98 defendería el modelo de parlamentarismo y municipalidades avalados por los Reyes Católicos y cuya labor se vio ensombrecida, a su juicio, por posteriores monarcas de la dinastía Austria. En cuanto a las denuncias de Bartolomé de Las Casas, el principal caballo de batalla en el debate sobre de la leyenda negra, argüía Blasco Ibáñez que: “era simple y bueno, andaluz, y además de andaluz, sevillano. Cuando tenía que atacar no reparaba en cifras” (1197).

Otro de los argumentos apologéticos utilizados por el valenciano en sus discursos sería la dulcificación de la colonización peninsular frente otras potencias imperialistas. Sirviéndose de la misma estrategia la indultaría Altamira quien insistía en que la Conquista ya no se reputaba en América entre las peores de aquellos siglos o del propio siglo XX. Entre los aspectos más favorables Blasco alabaría el mestizaje propugnado por la Conquista española a diferencia de otros imperios colonizadores. Justificaría también en parte a España insistiendo en el número de hombres, de energías que se invirtieron y perdieron en estas tierras. Estos hechos fueron la causa del subsiguiente período de postración y decadencia española. En su conferencia “La leyenda negra de España” el valenciano sería categórico

respecto de otras potencias imperialistas: “No hablaré de la civilización del Congo, que produce escándalo y protesta en los sentimientos de las gentes humanitarias; ni de la colonización francesa porque en Francia hay hombres eminentes que protestan de los procedimientos en práctica” (1192). De acuerdo con este juicio se posicionaba también un hombre del Centenario. Manuel Gálvez *El solar de la raza* sentenciaba: “La barbarie de algunas guerras modernas ha sobrepujado, como es notorio, la tan mentada barbarie de la conquista de América” (31).

La comparación de la actitud colonizadora de España con otras potencias europeas fue crucial en el contexto del Centenario. En verdad, el hispanoamericanismo espiritual no podía concebirse ni enaltecerse sin un modelo antagónico y pujante como el materialismo. Era ese materialismo la razón de ser para que España ejecutase una conquista moral de Argentina en el cambio de siglo. Lujos franceses y compañías británicas invadían Buenos Aires. Frente a este presente amenazador y vano, Blasco presentará infatigablemente la Conquista histórica de 1492 como un hecho esencialmente espiritual y desinteresado. Así lo afirmaba en su conferencia de Buenos Aires “Las grandes figuras del descubrimiento”:

Y esta epopeya han querido empequeñecerla los que, rastreando móviles, la consideran como producto de una sed desmedida de riquezas. Nada más incierto. Los que tal dicen desconocen el carácter romántico de nuestra raza. España ha sido desinteresada. Ha venido a estas tierras por sus propios impulsos, en cumplimiento de sus ideales [...] Pudo en parte decirse que algunos españoles vinieron por oro y en busca de oro. Pero en aquel empuje de la conquista había por mucho la fe religiosa y el entusiasmo militar. (1206)

Asimismo incidía en esta idea en su conferencia inaugural “La Argentina vista desde España” donde él mismo se insertaba en la tradición mística y guerrera. Esta percepción no era exclusiva del escritor español. Rojas en *Blasón de plata* desvinculaba del capital las fuerzas que motivaron primordialmente la empresa española y la fusión de pueblos. Estas pulsiones fueron el amor, la religión y la muerte. El colonizador para el escritor argentino fue, antes que buscador de botines, adalid del mestizaje, evangelizador y paladín de gestas (82). Las propias

palabras de Rojas en esta obra sintetizan su percepción de la Conquista como un periodo indiscutiblemente crucial y enriquecedor para la fundación de Argentina:

La obra de los conquistadores ha sobrevivido para nosotros en tres elementos fundamentales de nuestra constitución espiritual: el honor, que es el régimen de nuestra moral doméstica y sólida base de nuestra familia; el cristianismo, que es la norma sentimental de nuestra vida pública y base de nuestra instituciones democráticas; el castellano, que es el idioma de nuestros pensamientos y el signo intelectual de nuestras nacionalidades. (135)

En efecto, Rojas contemplaba la conquista, a pesar de reconocer sus errores, como una gesta eminentemente heroica. María Elisa Darmanin en su artículo “Ricardo Rojas: del Nacionalismo Tradicionalista hacia el Nacionalismo Democrático” incide en esta idea: “Aunque no deja de hacer referencia a la brutalidad de la conquista y la avidez de los conquistadores, ese análisis ocupa muchas menos líneas que las destinadas a cantar la *epopeya de España*, una vez producida la *fausta* llegada de los hombres del mar” (181).

También en términos de epopeya se concebía la Conquista de América por parte de Blasco quien escribirá: “Es la epopeya más grandiosa, que aún no ha habido un Homero que dignamente la cantara” (1206). La mención al poeta griego y el género épico, más allá de un recurso descriptivo recurrente, en el contexto histórico que nos ocupa merece especial atención. Ambos escritores estaban enfatizando con ello la relevancia del intelectual en la transmisión de la historia y en la educación del pueblo en los hechos de la misma. Tal ha sido específicamente la misión de la épica. Al igual que el aedo ciego, Blasco y Rojas se sentían educadores y partícipes de los procesos nacionalistas que se desarrollaban en la modernidad. Dirá Blasco que el conquistador ansiaba conquistar nuevas tierras: “a fin de dar nuevas páginas de gloria a las páginas de la historia patria” (1184). Él mismo como conquistador de espíritus nos dejaría innumerables páginas tanto de conferencias como novelas donde volvía a cantar y educar a América en las glorias y prestigios de España.

Sin embargo, la propagación de la Conquista en términos epopéyicos requería sin duda de unos héroes magnificados. El conquistador emergerá por lo tanto en los textos argentinos de Blasco como un guerrero letrado y místico embarcado en una misión providencial. Así lo describía en su conferencia “La Argentina vista desde España”: “Un nuevo mundo, lleno de impaciencias, semejaba adelantarse para recibir en su seno a aquellos esforzados campeones que, con una cruz y una espada, iban a incorporar a la Humanidad la mitad de la Tierra” (1187). Aunque el escritor reconocerá que se produjeron atropellos, sin embargo, a su juicio, estos fueron minoritarios si se comparan con la pintura global de una conquista asentada sobre el heroísmo y los ideales. De un modo similar, *Blasón de plata* se refiere al conquistador en las mismas coordenadas temáticas: “Bélico o místico, fue a las veces cantor de sus propias hazañas: héroe y poeta, santo y hagiógrafo--todo en uno--iluso de fortunas imaginarias, merecía que el azar se las hubiese rendido sólo por el arrojito que gastó en buscarlas” (89). Esta cita cobra gran significación cuando este libro era pretendido manual de historia patria para las generaciones futuras de Argentina. A pesar de reconocer la muerte de indios y civilizaciones arrasadas, prevalece a lo largo de todo el texto la glorificación de la Conquista y sus ejecutores como imagen de un proyecto nacional digno de imitarse.

Regresando a Blasco Ibáñez, concebiría al conquistador como un paladín medieval versado en la tradición de las caballerías que hacía la justicia en tierras pobladas de mitos. El conquistador, además de místico, es un lector de libros, hecho que permite dulcificar las expediciones conquistadoras en el escenario de la ficción y el idealismo. Así se observa en su conferencia “La novela moderna”: “Resultaban libros admirables para ese pueblo español que, como dice Michelet, era el pueblo novelista por excelencia, que ponía en acción y llevaba al triunfo verdaderas novelas heroicas, como la conquista de Méjico y del Perú [...] Sí, novelas en acción fueron todas las proezas realizadas por España en aquella época” (1268). En esta labor no es sorprendente que le secunde un hombre del Centenario, Ricardo

Rojas. En su *Blasón de plata* también establece un vínculo entre la llegada de los españoles y los libros de caballerías: “Ínsulas improbables, antes holladas sólo por Cífares y Palmerines, se hicieron reales bajo la planta de Gonzalos y Hernandos. Los tres reinos de los libros legendarios dieron aquí su flor tangible en el oro de las minas encantadas, en las hierbas que producían un sueño dulcísimo, y en la piedra bezoar, cuyas virtudes describiera Monardes, y Carlos V aprovechara”(16). Al fusionar la literatura y la colonización de nuevas tierras nuevamente ambos escritores reconocían la relevancia del discurso literario y el poder del escritor no sólo en iniciación y desarrollo de proyectos expansionistas sino en la categorización y definición del espacio conquistado. Bien lo sabía Blasco que salpicó todos y cada uno de sus textos argentinos con digresiones, citas de crónicas y menciones a los grandes hitos de la literatura peninsular. Junto con la literatura, insertada y perpetuada en la tradición caballeresca les llegó también a aquellos navegantes y conquistadores toda una tradición mitológica.⁵³ Como mostraré no sería una simple licencia estilística que Blasco recuperase este caudal mítico. Todas las fantasías que se habían proyectado sobre Asia estaban ahí preparadas para ser proyectadas sobre América, la cual para Colón nunca fue un continente independiente. Los conquistadores hicieron de América un continente vacío sobre el que debían proyectar sus mitos y lo renombraron con su lengua. El descubrimiento de América fue el de la gran falsificación de su identidad. Tampoco a esta percepción estaba ajeno Rojas quien al hablar de la llegada de los españoles a América argumenta en *Blasón de plata*: “y al pasar a las Indias recién descubiertas, no hubo ficción antigua que aquí no apareciese probable, ni patraña nueva que resultase imposible a la mente exaltada del paladín” (14). El mismo escritor reconoce que ciertos mitos han preservado en Argentina el

53 Beatriz Pastor Bodmer describe este procedimiento: “El significado central de descubrir como desvelar y dar a conocer se ve desvirtuado en la concepción y las acciones de Colón, quien, en su constante afán por identificar las nuevas tierras descubiertas con toda una serie de fuentes y modelos previos, llevo a cabo una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento” (5).

prestigio que tuvieron con los conquistadores. Entre estos mitos incluye el valle de Jauja, la ciudad de los Césares, o el imperio de las Amazonas.

En conclusión, desde la mitificación del espacio americano, hasta la manipulación de la cultura peninsular pasando por la instrumentalización del paisaje castellano o la centralidad del Quijote, a lo largo de este capítulo han quedado probadas las profundas convergencias entre el hispanismo de Rojas y Gálvez con el hispanoamericanismo de Blasco. En el contexto del Centenario argentino todos vienen a converger en estrategias y temas como corrientes nacionalistas hispanoamericanas insertas en el marco común de la controversia supranacional *latino* versus *sajón* que preside el *fin de siglo*. No podemos concluir este capítulo sin dejar de mencionar el profundo rechazo que generaron estos nacionalismos tradicionalistas entre ciertas minorías y grupos excluidos. Es dentro de esta animadversión que es preciso contextualizar los reproches que determinados grupos dispensaron a Blasco a su llegada a Buenos Aires y con los que se abrió el presente capítulo. Aquellos obreros que censuraron su indiferencia, aquellos que repudiaron su paternalista hispanismo estaban definitivamente oponiéndose a un discurso que simpatizaba y dialogaba con el excluyente nacionalismo criollo. El concepto de comunidad hispánica que vislumbraba este criollismo se asentaba sobre un modelo tradicionalista y homogeneizador de sociedad donde los privilegios se medían en función de subjetivas superioridades morales y espirituales. Estas jerarquías implicaban un inmovilismo social que conllevaba repudiar un pensamiento positivista o materialista que pudiera suponer la ruptura de prebendas inveteradas. Pero además su privilegio del pasado y el espíritu implicaba una cierta omisión del progreso científico e industrial así como la invalidación de otros grupos étnicos emergentes dentro de la modernidad hispanoamericana.

Si bien, las páginas anteriores prueban estas estrechas conexiones, afortunadamente la producción de Blasco Ibáñez no se redujo al género oratorio. Años más tarde e inspiradas en

su viaje a Argentina, publicaría dos novelas: *Los argonautas* (1913-1914) y *La tierra de todos* (1922). Como ocurriera en sus ponencias, volvería en su novelística a usar su arte como un espacio de publicidad hispanoamericanista usando similares argumentos y estrategias. Sin embargo y a diferencia de la oratoria, remunerada y unilateral, en su ficción Blasco se permitiría cuestionar los postulados y objetivos de su propaganda hispanoamericanista desvelando las inseguridades de su propio divulgador y defensor. Con ello, se reencontraría con su yo más abierto a las transformaciones de la modernidad y crítico con las jerarquías tradicionalistas. Sus novelas acogerían otros proyectos de entender la sociedad y la nación asentados no en el ideal, la espiritualidad o en la tradición cultural sino en otros valores como el progreso tecnológico, el pragmatismo, o la renovación de los valores morales y estéticos heredados pero muy especialmente el materialismo como motor y principio social.

CAPITULO IV

LOS ARGONAUTAS: UN TRASATLANTICO PARA LA REFLEXION DE CONTROVERSIAS Y PROYECTOS NACIONALISTAS

En 1914 se publicó la novela *Los argonautas*, una “resurrección literaria” en palabras de su autor.⁵⁴ Llevaba Vicente Blasco Ibáñez seis años sin publicar. Este período había transcurrido para él como “gaucho en las soledades de la Patagonia” (489). En *Los argonautas* narraría, no sin resonancias autobiográficas, la travesía de un barco trasatlántico, el *Goethe*, en los años previos a la Primera Guerra Mundial y en su ruta desde España hasta Buenos Aires. El texto da cuenta de las diversas actitudes y expectativas de los pasajeros, variopintos en clases sociales y nacionalidades, respecto del encuentro con el continente americano. Específicamente la Argentina de los años alrededor del Centenario adonde se dirigen la mayoría de ellos.

De entre estos pasajeros destacan dos *argonautas* españoles: el burgués y poeta Fernando de Ojeda; Isidro Maltrana, pragmático y materialista. Ellos son los personajes principales y foco discursivo central de la narración. Sus conversaciones, peripecias amorosas y descripciones de la vida a bordo constituyen el único hilo conductor de una novela donde, a primera vista, las páginas fluyen sin un claro propósito o una definida estructura. El protagonista Fernando de Ojeda, tras haber prometido fidelidad a su amante Teri, deja Madrid identificándose como un Quijote de los Siglos de Oro con el propósito de imitar a sus admirados Conquistadores. El joven define su emigración como una idealista aventura

54 Todas las citas de la novela *Los argonautas* han sido tomadas de las *Obras completas* de Vicente Blasco Ibáñez, Madrid: Aguilar, 1961.

continuadora de aquellos esforzados paladines. Frente a modernos y materialistas europeos y *yankees*, confraternizará a bordo con dos tradicionalistas criollos argentinos de raza blanca e hispánica cuna: Doña Zobeida y el doctor Zurita. Dentro del microcosmos flotante, ella se presenta como ilustre espejo de la herencia colonial y él como un aguerrido hispanista.

Sin embargo, en el barco vive una realidad contrapuesta que al margen de los utópicos idealismos y el tradicionalismo de Ojeda celebra el dinero, la carnalidad y las transformaciones sociales propiciadas por la modernidad. En contraste con su pregonado altruismo, el joven Ojeda en realidad va a Argentina para hacer dinero. Pero además, sus espirituales propósitos se verán incesantemente retados por Maltrana, un antagonista *Sancho Panza* pragmático y materialista. Este con un discurso discrepante ensalzará el dinero y dinamismo modernos recordándole a Ojeda su hipocresía y doble moral, propias a su juicio, de intelectuales acomodados. Al mismo tiempo en clave histórica denunciará la falsedad de la supuesta filantropía de la Conquista y su perjuicio financiero para América. Con todo, también el propio Ojeda se encargará de probar por sí mismo su fluctuante espiritualismo. Será subyugado por el materialismo de carne y moneda así como por la actitud contestataria de dos pasajeras: una norteamericana y una alemano-italiana. No contento con esto, mancillará con el placer carnal el amor casto, clásico y espiritual de la ex diva wagneriana Mina.

A la luz de una mirada superficial, pudiera parecer esta novela un texto insustancial. Hay diversos elementos no obstante que merecen detenimiento crítico y que nos dan indicios de que el texto dista mucho de ser irrelevante aunque así haya pasado para la crítica. En primer lugar, la novela se compuso al comienzo de la primera década del siglo XX, precisamente cuando las embajadas hispanoamericanistas a Latinoamérica, abanderadas por intelectuales progresistas españoles, estaban en su punto álgido. El título *Los argonautas* no es en absoluto baladí. De hecho, presenta importantes sintonías con las metáforas usadas por

la corriente vindicativa y ensalzadora de la Conquista de América del periodo. En 1916, el periodista e historiador Charles Fletcher Lummis publicaría su trabajo *Los exploradores españoles del siglo XVI: vindicación de la acción colonizadora española en América*. El autor del prólogo a la obra no era otro que el adalid del hispanoamericanismo Rafael Altamira. En este prólogo destacaba la labor que libros como estos estaban haciendo en defensa de la Conquista española y por ende al hispanoamericanismo peninsular:

Todavía cabe señalar, en la masa de escritores a que venimos refiriéndonos, un grupo particularísimo formado por los que se muestran francamente admiradores de la conquista española, la ensalzan en conjunto o en alguno de sus principales órdenes de acción y encuentran excusa, y aún motivo de elogio, en los puntos más difíciles de excusar o que más chocan con nuestras ideas actuales. (16)

En la sección del libro titulada *Caminantes de América*, Lummis dedicaría el capítulo IX al vellocino de oro. Aquí comparaba a los conquistadores españoles con *Jasones*. Disculpaba posteriormente a estos soldados aduciendo que los ingleses hubiesen hecho lo mismo de encontrar ellos el oro de América. Además ensalzaba los peligros que arrostraron:

Ahora bien, en nuestro propio Nuevo Mundo hemos tenido un vellocino de oro más deslumbrador que aquel que trató de ganar el mitológico pupilo de Quirón, pero que nadie llegó a capturar, no obstante haberlo probado hombres más valientes que Jasón. Realmente hubo centenares de Jasones que lucharon más bravamente y que sufrieron mucho mayores contrariedades, y que, sin embargo, nunca llegaron a conseguir el premio. [...] era un monstruo mayor que toda la tierra en que vivían los argonautas, y que todos los países en que viajaron. (212)

Así este texto de resabios hispanistas integraba en el mismo universo temático a los conquistadores de América y al mito de los Argonautas. No considero una simple coincidencia que Isidro Maltrana y Fernando de Ojeda se definan a sí mismos como herederos de aquellos argonautas exploradores y, por lo tanto, embarcados en la misma tarea que ellos tres siglos después. Así lo señalan las palabras de Maltrana: “Acuérdese de los primeros navegantes que rastrearon los misterios del mar: de nuestros respetables abuelos los

argonautas. Ellos realizaron hace docenas siglos lo que usted y yo buscamos ahora” (599). El propio Blasco al escribir esta novela se lanzaba a una conquista del continente americano usando su escritura como vehículo de exploración. En el prólogo el autor nos informa de que proyectó *Los argonautas* como texto apertura a un ciclo de novelas en las que pretendía estudiar la América de origen español y la “gran epopeya de los pueblos americanos de habla española.”⁵⁵ La extensión y abundancia de la información contenida en *Los argonautas*, única columna de aquel ambicioso proyecto novelístico, nos permiten adivinar la magnificencia del mismo. Así Blasco, *argonauta* también aunque de pluma, pretendía mediante un colosal plan letrado ejecutar la utopía del proyecto americanista: reconquistar de nuevo espiritual y culturalmente el continente por medio del discurso.

Todos estos factores no sólo permiten probar que en *Los argonautas* subyace algo más que el relato de una travesía. Ofrecen al lector la clave ideológica esencial en la que es preciso contextualizar y desde la que interpretaré *Los argonautas*. Esta es el hispanoamericanismo peninsular y la vindicación de la Conquista surgidos en los años posteriores a 1898 y sus conexiones con la Argentina del tiempo del Centenario.

Tal y como hiciera en sus conferencias, Blasco integraría y desarrollaría en su novela *Los argonautas* los principales postulados del hispanoamericanismo. En primer lugar, los propagaría al encarnarlos en su escritor y burgués protagonista, el español Fernando de Ojeda. Pero por otra parte los internacionalizaría ficcionalmente al ponerlos en boca del criollo argentino Zurita. Finalmente Blasco simpatizaría y canalizaría en *Los argonautas* las más importantes preocupaciones del nacionalismo criollo del Centenario. Toda esta labor de divulgación ideológica será analizada en la primera de las dos partes en las que he dividido este capítulo. Sin embargo, como desarrollaré en la segunda parte, *Los argonautas* le

55 “Dejé este libro sin terminar, voluntariamente, porque deseaba que fuese el prólogo de una serie de novelas, el atrio que debía atravesar el lector para ir penetrando en una sucesión de salones, o, más claramente dicho, en otras novelas, basadas en la vida de los pueblos americanos de origen español”(489).

permitiría a Blasco un escenario donde explorar y contrastar sus inseguridades respecto de sus posicionamientos tradicionalistas en Argentina. Asimismo le posibilitaría reencontrarse a través de ciertos personajes ficcionales con las ideas contestatarias y radicales que habían definido su trayectoria antes de la salida a Argentina. Es en definitiva la introducción de todos estos modelos contradictorios lo que hace de *Los argonautas* una obra críticamente valiosa y relevante como representación ficcional de los múltiples debates y controversias que atraviesan el fin de siglo hispanoamericano. Esto es lo que probaré a lo largo de las siguientes páginas comenzando por el análisis de su protagonista y *alter ego* del autor Fernando de Ojeda.

Los argonautas se abre en un café con el primer plano del poeta Ojeda. En el proceso de escribir una carta, espera la inminente salida del trasatlántico *Goethe* hacia Buenos Aires. Vástago de acomodada familia, sabemos que tras frecuentar el *Ateneo* y las redacciones de los periódicos entró en la carrera diplomática. Más tarde, inadaptado, abandonó un rutilante futuro profesional por la poesía. Las notas de Richard Wagner reverberan en medio de una exquisita atmósfera decadentista. Con exaltado resabio romántico se despide de su amada Teri: “¡Ay! ¡Quién me devolverá tus ojos amados de reflejos de oro, tus brazos suaves de blancura de hostia, tu voz ceceante de infantil arrullo, tu boca de lacre!”(495). Ojeda vislumbra su travesía como un acto heroico en honor de su damisela y similar a los de aquellos paladines medievales a los que él mismo ya había retratado en un drama caballeresco. Aún cuando las deudas acechan a Ojeda y busca en su viaje un modo de sufragar la caprichosa vida que lleva con su amante, no obstante se justificará y vinculará su viaje a Argentina con el concepto de esperanza: “Era la esperanza, la ciega esperanza que con el avance de su torso le señalaba al Sur” (527). América será imaginada por el joven como ese espacio intacto donde pervive la misma utopía que en otras épocas se asoció a ensueños como el *Grial* o los escenarios de *Las mil y una noches*. Asimismo su periplo se le presenta

como una continuación de aquella memorable Conquista de América que le había inspirado en su juventud una: “epopeya de los conquistadores en las Indias vírgenes, con estrofas sonoras en las que vibraba un tintineo de espadas y corazas” (505). Su fervor americanista lo prueba también el hecho de admirar y llevar el apellido de uno de los más famosos exploradores españoles, Alonso de Ojeda.⁵⁶ Debe precisarse que este navegante, protagonista de la biografía novelada *El caballero de la Virgen* (1929), es una de las figuras fetiche dentro del imaginario americano de Vicente Blasco Ibáñez. Como veremos más adelante, en *Los argonautas* se le dedicará al conquistador una de las más importantes digresiones hagiográficas.

La carta de despedida de Ojeda se completa con una sentida evocación del Madrid de los Siglos de Oro y sus grandes literatos. Ese era el marco que había presidido sus amores con Teri. Los amantes rondaban las antiguas casas y calles de Lope de Vega, Quevedo o Pedro Calderón de la Barca. Ojeda había tomado allí una casa porque es esos lugares habían vivido: “los hombres más célebres de la literatura castellana” (496). Del mismo modo, habían sido las altiplanicies de Castilla otro de los decorados predilectos de su pasión. Es inevitable no sentir bajo estas líneas de Blasco los ecos de un Unamuno o Azorín: “una visión de llanuras de rastros con hilos de agua bordeados de álamos; cubos de fortaleza sosteniéndose erguidos entre montones de ruinas; pueblos de color pardo; torres de iglesias con nidos de cigüeñas en el remate” (496). Por otra parte, el joven se reconocía a sí mismo como un paseante de ruinas: “El respeto del viajero por las ruinas donde ha ocurrido algo sentíalo Ojeda al pasar por esas calles angostas” (496). En este apego patriótico percibimos el recuerdo de aquellas excursiones históricas de los intelectuales del 98. De una pasión semejante por el vagabundeo sufriría el escritor del Centenario Manuel Gálvez. En su obra

⁵⁶ Nacido en 1468 fue destacado navegante, gobernador y conquistador. Recorrió entre otras las costas de Guyana, Venezuela o Trinidad entre otras. Otorgó el nombre Venezuela a la región que exploró en sus dos primeros viajes y descubrió el lago de Maracaibo.

hispanista de 1912 *El solar de la raza* leemos: “Emprendí mi vagar por las calles. Es un encanto inenarrable, éste de andar sin rumbo, al acaso; éste de andar reposada y ensoñadoramente” (119).

Sin embargo, era particularmente el espíritu de Miguel de Cervantes, a través de la cercana campana del monasterio donde estaba enterrado, el que había medido el tiempo del romance de Ojeda. La pareja era feliz: “injiriendo en sus ocultos amores el recuerdo del famoso hidalgo” (496). Con todo, la relevancia de Cervantes en *Los argonautas* no se reduce a las evocaciones amorosas expuestas. Las figuras de Don Quijote y Sancho Panza constituirán un destacado referente simbólico dentro de la obra. Ojeda se auto-identificará con el hidalgo manchego nada más comenzar su periplo, identificación cuya significación emblemática desarrollaré en detalle a lo largo del capítulo.

Finalmente para completar la descripción del protagonista, es preciso señalar su conexión con la corriente artística del Romanticismo. En su pensamiento los conquistadores españoles protagonizaron una gesta, en espíritu y propósito, propia de paladines del Medioevo cuya mejor evocación Ojeda encuentra en las óperas de Richard Wagner, específicamente *El anillo del nibelungo* (1869-1874). El conocimiento y alusiones por parte de Blasco a la obra de Wagner no se trataban de un hecho aislado en la España de principios del siglo XX. Por el contrario, dentro de este periodo la literatura se ve impregnada por la música. Específicamente la de Wagner se percibe como ejemplo de la fusión entre distintos artes. La investigadora Paloma Ortiz de Urbina y Sobrino en su artículo “El interés por la cultura germánica en España durante los primeros quince años del siglo XX: orígenes y consecuencias” señala:

Por otra parte, la música germana irrumpe con fuerza en España, particularmente a través de la obra de Richard Wagner. La recepción de su obra se caracterizará por una fuerte incidencia social. El interés multidisciplinar que provoca no sólo su música, sino sobre todo su particular estética del arte, se manifestará en España a través de un amplio abanico de

manifestaciones culturales, que van desde la estética del arte hasta las artes plásticas o la literatura. (229)

Urbino destaca a Blasco, junto con Benito Pérez Galdós o Pío Baroja, como uno de los escritores cuya obra muestra más influencia de la obra wagneriana. Sabemos además que el valenciano tradujo obras del autor y era asiduo de sus representaciones en los teatros de Valencia.⁵⁷ Pero más allá de coincidencias vitales, la obra wagneriana constituye un destacado componente del propio imaginario blasquista. La crítica Aida Trau en su libro *Arte y música en las novelas de Blasco Ibáñez* defiende que la novela *Entre naranjos* (1900) constituye una recreación del poema nibelúngico: “En la obra de Blasco Ibáñez el desenvolvimiento temático de la *Tetralogía* surge de los personajes y de la trama de la novela” (144). No es por lo tanto inusitado que el protagonista Fernando de Ojeda establezca en *Los argonautas* una identificación entre la ópera wagneriana y la Conquista de América: “Tal vez--se dijo mentalmente-- porque esos conquistadores fueron héroes de epopeya, héroes en plena Naturaleza, como los del poema nibelúngico” (666). Y su imaginación le llevará a comparar aquel primer encuentro entre el Conquistador español y América con el de Brunilda y Sigfrido:

Igual a Brunilda, la virgen morena, había dormido, no años, sino siglos, guardada en su letargo por la azul extensión de los Océanos, más insalvable que las barreras de llamas. Sólo un héroe de corazón fuerte podía despertarla... y al oír los pasos férreos del conquistador, los ojos de la india virgen parpadearon, extendió los brazos, como extasiada, y sus pechos vinieron a aplastarse sobre el peto de una armadura. Era el héroe prometido; el amor que despierta bajo la caricia del guantelete metálico; el brazo fecundador acompañado de sus temblores por un tintineo de armas. (666-67)

No sería Blasco Ibáñez el único escritor que en el mismo espacio cronológico representaría la Conquista de América como el acto de voluntaria entrega sexual por parte de una mujer morena a un héroe de excelsa nobleza y ardiente vehemencia. El escritor hispanista Ricardo

⁵⁷ Ver en la biografía de Vicente Blasco escrita por J. L. Roca (136).

Rojas en su *Blasón de plata* al recapitular los hechos de la historia argentina se servía de la misma metáfora: “Toda la tierra de Indias, como una hembra morena y ardiente, se estremeció a su llegada. A la presencia del predestinado, sintió que su misteriosa hermosura se transfiguraba en leyenda. Por eso, la tierra no se acordaba de hombre alguno que se hubiese aventurado a poseerla con tan mágica fuerza en los ademanes, con ensueño más alto en el propósito, con avidez mayor en el deseo” (90). Así pues, por medio de un enmascaramiento letrado en ambos autores un acto de vejación y un expolio material se transformaba en un regalo amoroso gratamente aceptado.

En conclusión, a partir de la suma de todos estos trazos podemos sintetizar que el protagonista Fernando de Ojeda es presentado en la novela como un idealista intelectual español en cuyo espíritu se funden la tradición de los Siglos de Oro, una idealizada Conquista y el romanticismo wagneriano. Pertrechado con esta vestimenta cultural y movido, según sus palabras, por la esperanza y la utopía, no el interés material, se dirige al encuentro de Argentina siguiendo los pasos de los Conquistadores e identificándose con Don Quijote. Tal conjunción de rasgos en este personaje no es una simple coincidencia de ninguna manera. Muy por el contrario, Blasco Ibáñez estaba condensando, encarnando y divulgando a través del intelectual Ojeda el catálogo de los mismos presupuestos americanistas que ya había diseminado en sus conferencias y que a su vez recorrían los textos hispanistas del Centenario. En efecto, el hispanoamericanismo post-98 fue un producto cultural por el que el cuerpo intelectual, a semejanza de Ojeda, amparado en la tradición histórica, se arrogaba la tarea de reconquistar el amor de las posesiones americanas perdidas con la esperanza, según su discurso, no de beneficios económicos para la metrópolis, sino del reencuentro. Para ello recurriría a ciertos tropos de la identidad nacional imaginada por la Generación del 98 convertidos ya en convenciones nacionalistas. Asimismo esta recuperación de la tradición cultural nacional se fundamentaba sobre un nacionalismo de carácter étnico cuyas raíces se

extendían hasta el romanticismo alemán y a conceptos como *espíritu del pueblo* o el *sujeto colectivo*.⁵⁸ Pero además, este espíritu de fraternidad entre las dos orillas se singularizaba en don Quijote, el emblema insigne del genio español que debía proyectarse sobre América. Junto con esto, este hispanoamericanismo cifraba primordialmente su éxito en la relectura e indulto de la Conquista como un acto motivado por el altruismo. De acuerdo con esta corriente, España se había perpetuado al mezclar con América su semilla fecundadora en un acto de entrega mutua, muy diferente de lo que habían realizado otras potencias imperialistas anglosajonas. Si volvemos ahora nuestra mirada sobre la descripción inicial de Fernando de Ojeda, es bastante plausible reconocer en él la fusión de muchas de las aspiraciones y bases teóricas que conformaban el ideario del hispanoamericanismo de la época en la Península y la encarnación del propio Blasco como americanista en Argentina.

Mas en *Los argonautas* no reduciría Blasco Ibáñez su labor propagandística del hispanoamericanismo a su personificación en Fernando de Ojeda. Consciente de que la exaltación, reinterpretación y reeducación en los hechos y personajes de la Conquista era condición *sine qua non* para el triunfo de la causa americanista, incluiría en su novela todos y cada uno de los argumentos de la misma contra la leyenda negra. En su estudio *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Isidro Sepúlveda recoge estas argumentaciones:

Los temas preferidos fueron la reivindicación de la nacionalidad española de Colón, el respeto natural que se tuvo con los indios, la labor evangelizadora de

58 En su artículo "Imagining El ser Argentino: Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina" Jean H. Delaney comenta la conexión del nacionalismo étnico con el romanticismo alemán: "As will be argued below, animating the cultural nationalists' attack on cosmopolitanism and their call for authenticity was a particular way of understanding nationhood, one we commonly associate with early nineteenth-century German Romanticism. Briefly, within the German Romantic tradition the nation is seen as an organic entity emerging naturally from the depths of history and possessing a unique personality or character. Members of the nation, according to this view, constitute a distinctive people or Volk, sharing particular mental and emotional traits, and are bound together by language, religion and common descent. This understanding of nationality also entails a particular view of historical development that celebrates national uniqueness. In contrast to the Enlightenment notion of universal values and the belief that all civilizations develop along a single historical continuum, Romanticism promotes the idea of world history as a process of increasing differentiation" (629).

los conquistadores y los colonizadores, la expansión de la cultura en tierras americanas, el desarrollo del ordenamiento administrativo, el crecimiento de la producción americana o la hagiografía de personajes, tanto gobernadores o conquistadores españoles como figuras destacadas de la sociedad criolla. (230-31)

En total sintonía con este espíritu, Blasco dedicaría varias páginas de *Los argonautas* a contraatacar denodadamente por medio de Ojeda y otros personajes las, a su juicio, venenosas mentiras vertidas contra España por la leyenda negra. En especial combatirá las de Teodoro de Bry: “Era Teodoro de Bry, impresor en Lieja, que de 1570 a 1602 estuvo publicando libros y estampas para alimentar en Europa la curiosidad por los sucesos de las Indias y el odio a España, dominadora del viejo mundo en aquel entonces. El buen flamenco hizo obra patriótica, desacreditando por todos los medios a los españoles que gobernaban su país” (661).

Junto con la refutación de los textos de la leyenda negra, adicionalmente Blasco poblará *Los argonautas* de didácticas digresiones históricas. Como ya lo hiciera en algunas de sus conferencias, en ellas los hechos de la Conquista emergerán significativamente magnificados y glorificados. Los viajes de exploración de América antes del almirante genovés, las hazañas de Alonso de Ojeda y Diego Méndez y el descubrimiento del Río de la Plata protagonizan las más importantes. No obstante, será a la figura de Colón a la que mayor entusiasmo reivindicativo dedique Blasco en su novela tal y como se ve en este fragmento:

Pero yo admiro al almirante, fuera de la sangre que fuera, como un soñador enérgico, que no descansó hasta levantar una punta del misterio que envolvía el mundo. [...] Es el último gran hombre de la Edad Media, el nieto de los alquimistas, de los viajeros maravillosos, de los sabios rabínicos, de los navegantes árabes, de los iluminados cristianos, que abre a la vida moderna la mitad del planeta para que se ensanche. (547)

En una larguísima conversación Ojeda y Maltrana coincidirán en que, a pesar de las diferentes propuestas sobre el nacimiento de Colón, en realidad era español por escribir y hablar en el idioma español. Además era ejemplo del singular sincretismo de razas propio de

la España medieval (538-39). No es preciso recordar la trascendencia de la lengua española como maridaje trasatlántico tanto para el hispanoamericanismo como para el nacionalismo argentino del Centenario.

En general, estas digresiones proyectan una enaltecida imagen de los conquistadores y sus hechos que se superpone como una mítica época, digna de nostalgia y recuperación, al presente falto de heroísmo dentro del trasatlántico *Goethe*. Frente a los vulgares millonarios y banqueros, alentados únicamente por el dinero, la ostentación y la carnalidad, se rememoran las gestas y los peligros arrojados por los primeros exploradores. Dentro de sus digresiones, Blasco recurrirá a una larga tradición de justificaciones con las que durante siglos la Península suavizó la barbarie de la Conquista. De igual manera el hispanoamericanismo las haría suyas en su misión de reconquista espiritual. Uno de los más socorridos alegatos dentro de esta tradición apologética fue la conversión del conquistador en un pío y sacrificado mártir. Dentro del proceso histórico textual de enaltecimiento del conquistador, si en un principio figuras como Colón o Cortés fueron glorificadas por sus logros expedicionarios y botín, posteriormente va emergiendo un *discurso del infortunio* que ensalza el sufrimiento del conquistador. En este sentido escribe Beatriz Pastor en su libro *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*: “Pero, frente a ese discurso de la conquista mitificador de realidades, acciones y personajes, se desarrollaría otro de carácter muy diferente. Este se articulaba sobre el fracaso y reivindicaba el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento” (191).

Este discurso permite por una parte colocar al agresor e invasor en víctima y con ello indultar una acción de agresión territorial y cultural dentro del combate a la leyenda negra. Por otra parte, la recuperación de esta justificación en el específico contexto del hispanoamericanismo post-98 sintonizaba con una dolida metrópolis que sus embajadores presentaban ante Latinoamérica reconociendo sus errores pero también con una gran

austeridad, espiritualidad y capacidad de sacrificio. Esto la diferenciaba de las potencias sajonas y por tanto la privilegiaba como guía moral de las futuras repúblicas. En *Los argonautas* Blasco se haría ampliamente eco de esta relectura del conquistador: “Habían de luchar con la maraña de la vegetación, la inmensidad del pantano, la ponzoña de insectos y reptiles y la maldad de los hombres [...] La conquista de una laguna o de un bosque era tan mortífera como la toma de un reducto artillado” (763). Del mismo modo, en la digresión dedicada por su tocayo Fernando de Ojeda al explorador Alonso de Ojeda Blasco haría generoso uso de este recurso expiatorio. El joven poeta encumbra y contrasta a Alonso, devoto de la virgen y casi taumaturgo, con esos “héroes del dinero moderno.” Estos se caracterizan por la falta de religiosidad y la vida regalada en el trasatlántico. Dice de la expedición del capitán español: “En los míseros bohíos del pueblo gemían los conquistadores malheridos, hambrientos, temblando de la calentura; y Ojeda, al frente de unos cuantos, salía diariamente a combatir por la comida” (646).

Junto con el indulto del conquistador, esta tradición vindicatoria asimismo trató de dulcificar la Conquista presentándola como una gesta de paladines. En ella Amadises, Palmerines y Tirantes viajaban a América para conquistar reinos perdidos. Dice la estudiosa Beatriz Pastor en este sentido: “Es indudable que los relatos de caballería dieron forma concreta a la imaginación de los españoles de la época, y que estos identificaron con frecuencia lo desconocido con elementos fantásticos que aquellas historias presentaban de manera más o menos convincente” (172). Blasco participará de igual manera de esta estrategia justificadora admitiendo el valor y presencia de la literatura en las empresas conquistadoras, en especial en la Conquista de América. Al hacerlo, sin duda estaba indirectamente reconociendo la relevancia que escritores como él y la difusión de sus textos en Latinoamérica atesoraban en la reconquista espiritual del continente que se había propuesto el hispanoamericanismo tras la pérdida colonial. Por otro lado, la rememoración de

textos como Don Quijote o los libros de caballerías reforzaba la idea de una comunidad cultural que había pervivido a través de los siglos y de la que el intelectual se sentía hacedor. Finalmente esto confirmaba el relevante papel asumido por los intelectuales finiseculares en la creación o recuperación de imaginarios nacionalistas.

En este sentido, Ojeda en *Los argonautas* sentenciará: “La literatura--dijo Ojeda-- influyó más de lo que creen en la empresa de la conquista” (663). Añadirá el joven poeta que los conquistadores no solamente habían sido excelsos soldados sino también hombres de letras que verían materializadas en América las fantasías de sus lecturas:

En las selvas de América, nunca exploradas vieron hipogrifos, unicornios y grifos iguales a los de los amados libros; las mordeduras de serpiente no eran mortales si se les aplicaba una amatista; la piedra beozar sanaba todas las dolencias, y el mismo Carlos Quinto pedía para las suyas este remedio encantado de los conquistadores. [...] Hombres razonables y equilibrados no hubieran seguido adelante. Una visión ordinaria de la realidad los habría impulsado a retroceder o tenderse en el suelo, desalentados. Pero la ilusión, sirena encantadora, coleaba en el aire junto a estos locos heroicos en sus horas de desfallecimiento. (664-65)

Concluye Ojeda que el rey Carlos Quinto prohibió los libros de caballerías en América cuando: “Los aventureros de espíritu caballeresco afligidos por los abusos de los gobernadores, ejercían la justicia por su mano, lo mismo que el hidalgo manchego” (665). Sin embargo, no solamente las ediciones de Don Quijote seguirían llegando a América, sino que el hidalgo manchego todavía no habría alcanzado la que sería su mayor proyección en el continente: aquella realizada por el hispanoamericanismo. Efectivamente, esta corriente confirmaría que las imposturas literarias seguían siendo un recurso vigente con el que la metrópolis disfrazaba sus intentos de influencia ideológica a lo largo de los siglos.

Finalmente también a través de estas digresiones, Blasco recuperaba aquel caudal de mitos grecolatinos que, antes proyectados sobre Asia, tanto la Conquista como el hispanoamericanismo post-98 volcarían de nuevo sobre América. En la digresión dedicada a Cristóbal Colón el escritor valenciano insertaría varios de los mitos fundamentales del

imaginario americano como *La fuente de la eterna juventud*, *La mesa del sol*, *Las Amazonas* o *La tierra de Jauja*. Como mostré en el capítulo anterior, al establecer Ricardo Rojas en su *Blasón de plata* de 1910 los fundamentos de la historia argentina, recogería en una estrategia similar también todos y cada uno los mitos presentes en *Los argonautas*.

No obstante, en su novela no se limitaría Blasco a insertar con sus digresiones un divulgativo catálogo del hispanoamericanismo. El valenciano daría un paso más. Internacionalizaría y enriquecería sus argumentos al fusionar en boca de un personaje argentino, criollo y entusiasta hispanoamericanista, la defensa de España y su necesaria presencia en América junto con su propia causa nacionalista. Con ello convertiría su novela en un espacio transatlántico donde el hispanoamericanismo alcanzaba repercusiones internacionales al ser defendido y argumentado por el propio colonizado. Blasco insertaría en su novela al doctor Zurita, un provinciano que había participado en las expediciones de pacificación en el desierto y que, en palabras de otro personaje de la ficción, era: “un buen caballero, cristiano y serio” (608). Se trataba de uno de tantos criollos, como los de la Generación del Centenario, que habiendo participado en las labores de pacificación e industrialización iniciadas por la Generación del 80 se sentían arrumbados y amenazados por la arribada de inmigrantes europeos. Sus propias palabras describen este fenómeno: “...ya tienen el dinero: ahora les falta el lustre social... Y empujan hacia arriba con su audacia de antiguos emigrantes que no conocen la vergüenza ni el ridículo” (616). Dentro de *Los argonautas* se incluye una extensa conversación entre Fernando de Ojeda, Isidro Maltrana y Zurita. El último reconoce a ambos españoles dentro del buque como *los gallegos*. Lo hace con un afecto y fraternidad especiales frente a *los gringos*. Esta hermandad trasatlántica debe entenderse sintonía con los anhelos del hispanoamericanismo. Las siguientes palabras de Zurita no solamente muestran su total adhesión a esta corriente sino que también por ellas transpira fusionado el conservador nacionalismo de los criollos del Centenario argentino:

Desde las fronteras de Tejas a los hielos de Magallanes, vivía España y viviría luengos siglos [...] Podía un cataclismo continental hundir la Península Ibérica bajo las aguas; y si con esto desaparecía la España nación, no por ello iba a morir la España pueblo, la España verbo, el alma española [...] Ochenta millones de seres hablaban el castellano y pensaban en él. El catolicismo, firme y dominador en unas naciones de América, débil y transigente en otras, era también una fuerza tradicional que mantenía viviente el pasado, común a todas ellas. (657)

Dentro de este inmortal legado, Zurita se identifica y emparenta con el colonizador y su notable herencia: “¡Qué hombres corajudos! ¡Cosa bárbara!Yo siento orgullo al hablar de ellos. Al fin todos somos de la misma sangre” (644). Y en consecuencia Zurita arremeterá contra las campañas educativas de la Generación del 80 que se afanaron por difundir oscureciendo a la ex metrópolis unos valores nacionales sostenidos en la europeización, el progreso industrial y el positivismo: “Cuando yo iba a la escuela... [...] España era una madrastra cruel y los españoles unos *gallegos* brutos, que solamente habían sabido esclavizarnos y explotarnos....Y esto nos los enseñaban en idioma español, y, además el maestro y los discípulos todos llevábamos apellidos españoles” (658).

Ojeda saldrá asimismo en defensa de los españoles insertando en la conversación otro de los argumentos contra la leyenda negra: la equiparación de la actuación española en América con las de otras potencias contemporáneas a la Conquista. En este sentido afirma: “Eran gente dura, violenta--dijo Ojeda--, y hasta entre ellos dirimían con sangre sus cuestiones. Pero no eran mejores ni peores que los hombres de espada que en los mismos años hacían la guerra en Europa” (661). Para concluir esta argumentación a favor de España, Maltrana sacará a colación otro de los temas estrella en la lucha reivindicativa: el abuso al indígena. Comentará respecto a este asunto: “Igualmente son ridículas--dijo Maltrana--las lamentaciones por el trabajo de los indios en las minas. Cualquiera creará que sólo trabajaban ellos. [...] Pero con el indio trabajaban obreros españoles, mineros enviados de la Península, que sufrían tanto o más que ellos. Siempre tendrá la Humanidad que realizar, para vivir,

pesados trabajos, abrumadoras funciones” (661). Ambos argumentos fueron analizados en el capítulo anterior en el contexto de las conferencias de Blasco en Buenos Aires.

Pero volviendo de nuevo al doctor Zurita, su reaccionaria exaltación de la metrópolis le llevará incluso a basar el presente progreso argentino en la Conquista española conjurando con ello el temor ante la ominosa y presente influencia europea: “Nuestros ascendientes fundaron los núcleos de las ciudades que ahora tenemos, crearon las primeras ganaderías, adaptaron a nuestro suelo los productos del viejo mundo, lo prepararon todo para que los europeos que llegasen después no se murieran de hambre” (658). Aún les agradece el doctor Zurita un hecho más a sus antepasados españoles: la labor de exterminio del indio y el blanqueamiento de la población que iniciaron los españoles y continuaron los propios criollos después de la Independencia: “¿Cómo civilizar una tierra sin barrer antes la gente que la ocupa, si es que se opone a esa civilización?” (659). Si bien esta afirmación de Zurita pareciera azuzar el fuego de la leyenda negra más que aplacarlo, sus racistas afirmaciones deben contextualizarse dentro del pensamiento de la Generación del 80. Para un hombre como Zurita que había participado en las campañas de exterminio indígena avaladas por presidentes como Julio A. Roca, el perjuicio español a la población indígena lejos de ser una lacra había sido una ayuda para Argentina. Es necesario notar que para este momento el criollismo tradicionalista de raíz positivista carecía de una conciencia de respeto al indígena que el hispanoamericanismo, cuales fueren sus intereses y objetivos, había empezado tímidamente a desarrollar. A lo largo de la conversación y, debe enfatizarse, con la aquiescencia de sus dos contertulios peninsulares, el doctor argentino ejecutará una virulenta, clasista y racista apología de la supremacía blanca. En el pensamiento criollo del Centenario, él es la raza destinada a regir los destinos argentinos. En la urbe lo será frente a los europeos o salientes mestizos, en la provincia frente a gauchos e indios.

Este racismo criollo argentino de las primeras décadas del siglo XX se asentaba sobre una larga tradición positivista de desprestigio por el mestizaje. Los ensayos *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883) de Domingo Faustino Sarmiento, de Carlos Octavio Bunge *Nuestra América* (1903) o de José Ingenieros *Sociología argentina* (1910) son solamente algunos ejemplos de esta tendencia. En *Nuestra América* Bunge al comparar a los hispanoamericanos de pura raza blanca y europea con otros grupos dirá que: “frente a la piedad europea” estas razas comparten como rasgo común “la falta de sentido moral” (28). Es precisamente en sintonía con esta corriente que debemos interpretar las observaciones de Zurita dentro de *Los argonautas*: “En la antigua América española, los pueblos más adelantados son ahora aquellos que tienen menos indios” (660). Reprochará Zurita a España el hecho de haber “malgastado la semilla” (660) en el mestizaje. El indio al ser una raza inferior tendría que haber sido suplantado por la raza blanca. E incluso Zurita sale en defensa de los españoles censurando la supuesta hipocresía de los padres de la Independencia. Estos luego de blandir contra España libros como el *Atala* (1801) de François-René de Chateaubriand, pasaron a cuchillo al indígena tras la emancipación. Con ello Zurita fustigaba el uso que el romanticismo francés, insuflado en este caso de apología cristiana, había hecho del mito del *buen salvaje* amparándose en una tradición que emanaba desde las crónicas de Cristóbal Colón o la obra de Las Casas. Se completa la pintura del indio de Zurita con una justificación del maltrato: “Más de una vez he envidiado a los conquistadores, que, con arreglo a las costumbres de su época, podían dirigir palo en mano unas gentes incapaces de un trabajo serio y continuo” (661). Los españoles Maltrana y Ojeda, interlocutores en la conversación, no contradicen en ningún momento al doctor Zurita.

Sin embargo, en el discurso de Zurita sin duda el elemento racial más denostado es el mestizo. Sirva de prueba este fragmento: “Cuando veo por todas partes caras cobrizas y pelos de cerda, tuerzo el gesto. Malo; estos sólo pueden dar de sí enredos, politiqueos, una vanidad

ridícula, revoluciones para ocupar el poder, bailes, músicas y versos, muchos versos” (660-61). En realidad, este grupo no gozaba de muy buen crédito en Argentina desde tiempos de la Independencia. Figuras del positivismo racial como Bunge e Ingenieros darían buena prueba de ello. José Ingenieros en *Sociología argentina* arguye sobre las razas de color que:

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies, tiende a extinguir las razas de color, toda vez que se encuentran frente a frente con la blanca en las regiones habitables por ésta. Algunos sociológicos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones a esa realidad. (35)

Este racismo de Zurita es bien comprensible cuando el mayor afán de las élites del Centenario era diferenciar a la república del Plata como país estable, fundamentalmente blanco y políticamente pacificado frente a otras áreas más sediciosas y mestizas. Tales reticencias encuentran ciertas afinidades dentro de *Los argonautas* en las palabras de Isidro Maltrana. Al referirse al Señor Pérez, pasajero mestizo, recrimina su “acento meloso” y acendrada pasión por Inglaterra:

Ese que habla es Pérez...Pérez de no sé qué republiquita de las que dan de cara al Pacífico. Me han dicho que en su país para ser algo hay que probar que se descende de ocho abuelos indios y media docena de negros. El blanco queda abajo. Desde la bendita independencia no han podido rascarse con tranquilidad. Todos los años corren a un presidente, y de cuando en cuando fusilan al que alcanzan y queman el cadáver para que no deje semilla. (525-26)

Además acusará Maltrana a Pérez de promover la hispanofobia: “Ese hace responsable a la madre patria de todo lo de América: de la sequedad o del exceso de lluvias, de la pereza de los indios, hasta de la escasez de ferrocarriles” (659). Donald F. Fogelquist en su trabajo *Espanoles de América y Americanos de España* comenta que en este contexto cronológico el rechazo por la metrópolis al que se refiere Maltrana era una definida corriente de pensamiento:

Al comenzar el siglo XX, el *indianismo* no había surgido todavía con carácter definitivo en la literatura hispanoamericana. [...] Sin embargo, cuando se

quería vapulear al español, por razones patrióticas o de otra naturaleza, no era infrecuente que se invocara a Huayna Capac, a Moctezuma u otros héroes indígenas. [...] Además, la reivindicación social del indio, que comenzaba a insinuarse como tema literario y político hacia fines del siglo XIX, casi siempre tenía su acompañamiento de antiespañolismo. (411)

Finalmente y en otra ocasión, Maltrana lo asemejará con otro pasajero alemán ya que los dos comparten: “un amor por los gobiernos fuertes y la necesidad de fusilar a todos los enemigos de la autoridad” (734). Debe precisarse que un sentimiento de aversión al tiempo que pavor respecto del surgente imperialismo alemán recorre *Los argonautas*. Estos incipientes temores de Blasco Ibáñez serían canalizados años más tarde en la que sería la novela por antonomasia anti-germana de la Primera Guerra Mundial, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Pero si había otro espacio en Argentina dónde los criollos como Zurita necesitaban especialmente el influjo del hispanoamericanismo era el campo argentino. Allí, como en el capítulo anterior, la nostalgia por los tiempos y costumbres españolas era más significativa ante la amenaza de la invasión cultural europea y norteamericana así como el materialismo de la urbe. Para el criollo nacionalista, era su homónimo de la Pampa el que perpetuaba y auténticamente encarnaba la verdadera esencia del ser español, por ende argentino, que se debía preservar. Y si Blasco había retratado en Zurita la causa del criollo hispanista urbano, con doña Zobeida presentaría la de su homólogo pampeano. Se trata ésta de una devota y linajuda viuda criolla de ascendencia española que vuelve en el *Goethe* de un viaje por Europa a su originaria Salta. En ella ambos Maltrana y Ojeda verán el prestigio y la nobleza de un añejo legado y carácter español prontos a extinguirse. Este abolengo cede frente a la vulgaridad, no únicamente de los pasajeros europeos y norteamericanos del barco, sino también de los nuevos ricos argentinos:

En esta Vargas del Solar, encontraba Isidro en toda su persona una rancia distinción española, un aire de dama acostumbrada al respeto desde su nacimiento, y que segura de su valía, puede atreverse a ser familiar en el trato y sencilla en sus gustos [...] Es una señora de Burgos, que luego de vigilar las compras de su criada en el mercado, entra en una librería para pedir un

devocionario, bien cumplido; una gran dama de Cuenca o de Teruel que por la tarde recibe su tertulia de canónigos y abogados viejos y toman juntos el chocolate, hablando de la corrupción del mundo. (604)

Esta señora anda en pleitos contra abogados de Buenos Aires: esas “aves negras porteñas,” que quieren despojarle de su herencia colonial, regalo del rey de España. Y de nuevo Blasco se hacía eco de una de las múltiples vertientes del conflicto entre urbe y provincia en los tiempos del Centenario. Los grandes proyectos industriales extranjeros, particularmente las compañías británicas de ferrocarril, con la connivencia del gobierno en Buenos Aires, mantenían innumerables litigios con los hacenderos por el control de los terrenos. Asimismo el conflicto “ganadería” versus “agricultura” surgía al enfrentarse el criollo de tradición ganadera con el *gringo* fomentador del cultivo. Como genuina criolla del Centenario, Zobeida defenderá su causa apoyándose en prestigios de raza y abolengo: “Los porteños, ahora tan orgullosos, datan de ayer; son en su mayor parte, hijos de gringos emigrantes. Nosotros somos nobles [...] tenemos en España muchos parientes condes y duques” (604). Asimismo y mediante Zobeida, transmitía Blasco las nostalgias de muchos criollos al ser conscientes de que los *gringos* prevalecían y su grupo declinaba: “Pero ay de mis nietos, mis pobrecitos, condenados a vivir en esa tierra de *gringos*” (607). Con melancolía por los extintos esplendores del rancio criollismo, la dama recuerda los gloriosos tiempos de la casona familiar con una prosa exquisita y arcaizante. En sus palabras es imposible no recordar los sonidos de la narrativa modernista hispanoamericana, particularmente *La gloria de don Ramiro* (1908) de Enrique Larreta, admirada obra del valenciano, o *Sangre patricia* (1902) del venezolano M. Díaz Rodríguez:

A la hora de misa, hidalgos viniendo de lejos se hacían los distraídos en la puerta de la iglesia para contemplar la mayor celebridad del país que llegaba envuelta en su manto negro de seda, por debajo del cual asomaba la recamada falda blanca o rosa. El alferez iba al lado con todo el señorío de su rango [...] El nobilísimo caserón de los Vargas, con sus ventrudas rejas y su escudo de piedra en el portal, sólo admitía las visitas de unos cuantos notables del país. (607)

Es esta casa ornada con escudo la que todavía hoy permite recordar que ellos fueron marqueses. Como para Zobeida, el caserón también sintetiza para el criollo Tulio, protagonista de *Sangre patricia*, el emblema del prestigio de una clase social amenazaba por las transformaciones de la modernidad:

Tulio, como sus antepasados, la respetó, no haciéndole nunca sino las reparaciones más precisas. Ni una sola vez pensó en dejarse guiar de la moda, de voluble tiranía extranjera. Porque de una parte la moda y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformando los nobles caserones antiguos en viviendas comunes [...] Poco a poco, una sonrisa de afeminados disfrazaba, como una máscara impúdica, las augustas reliquias de la antigua fuerza. (25)

Así pues en las páginas anteriores he indicado cómo por medio de ciertos personajes, a la vez que con la técnica narrativa de la digresión, Blasco hizo de su novela *Los argonautas* un espacio de divulgación de muchos de los presupuestos del hispanoamericanismo. No obstante, había un postulado de esta corriente que atesoraba una especial consideración: el combate y cuestionamiento del materialismo, el positivismo y el utilitarismo. En esa Argentina de 1910 a la que se dirigía el *Goethe*, para el criollo la influencia del mercantilismo europeo, especialmente sajón, se evidenciaba principalmente en el control del comercio y el capital por parte británica. La apertura en Buenos Aires en 1912 del único centro *Harrods* fuera de Londres prueba por sí mismo este fenómeno. Blasco en *Los argonautas* testimoniaría esta influencia al incluir voraces banqueros europeos que vislumbraban hacerse con “cientos de pesos y leguas de terreno” al llegar a Argentina. Sus ricas esposas ostentaban grotescas perlas sobre orondas carnes mientras ellos fundaban bancos y jugaban sus fortunas en medio de opíparas comidas y pródigas fiestas. Así censura a este grupo Fernando de Ojeda dentro de la novela: “Dentro de pocos años, si le dejan, se habrá comido San Pablo y todos los otros santos que encuentre a la mano, las plantaciones de café y hasta el último de los negros. Estos conquistadores europeos son de un estómago insaciable” (613).

Sin embargo, en la República del Plata y en lo que tocaba a la moda y las costumbres la influencia francesa ocupaba el lugar más señalado. Este fenómeno también ocurría en el vecino Chile tal y como lo describe Francisco Javier González Errázuriz en su artículo titulado “La influencia francesa en la vida social de Chile en la segunda mitad del siglo XIX”:

Las manifestaciones de la cultura francesa en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX no solo abarcaron el ámbito intelectual. También el diario vivir, con sus costumbres, modas, construcciones, formas de sociabilidad, etc., fue cántaro donde se depositó el influjo que venía del país europeo. Y por lo mismo que en los estilos de vida se tiende a la imitación, este influjo francés en lo cotidiano no solo afectó a la clase alta nacional, sino que, además, en distinta medida y de diversa maneras, también abarcó a una clase media urbana y a las elites regionales. (1)

Ciertos criollos tradicionalistas en los tiempos del Centenario asociarían la cultura francesa con el utilitarismo. Rubén Darío en su opúsculo *El triunfo de Calibán* al referirse a los norteamericanos argüía cómo París se había convertido en la ciudad meta de su materialismo económico y carnal: “París es el guignol de esos enormes niños salvajes. Allá van a divertirse y a dejar los cheques; pues entre ellos, la alegría misma es dura y la hembra, aunque bellísima, de goma elástica” (570). En sintonía con esta percepción de Darío, en *Los argonautas* París es representado como la ciudad decadente a donde van a derrochar sus fortunas y entregarse a sofisticados placeres, a imagen de los *yankees*, los desnacionalizados millonarios latinoamericanos.

Si existía un elemento en Buenos Aires que encarnaba para el tradicionalismo criollo el peligro parisino era la prostitución. Esta se asociaba principalmente con mujeres extranjeras, especialmente francesas. Blasco Ibáñez no solamente embarcaría en el *Goethe* un nutrido grupo de *cocottes* sino que insertaría los pensamientos del criollo Zurita respecto de lo que se percibía como una pandemia carnal: “Se acordó de las innobles industrias establecidas con profusión en la gran urbe inmigratoria por extranjeros ávidos de ganancia; de la trata de mujeres, que extendía desde allí su reclutamiento a diversos países de Europa”

(772). Tres eran las principales recriminaciones que en la época se lanzaban a estas mujeres: su feroz mercantilismo, su influencia en la sociedad y finalmente las enfermedades y vicios que arrastraban. Estos tres asuntos serían recogidos por Blasco en *Los argonautas*. Respecto a los vicios, el valenciano asociaría con ellas el consumo de morfina, cocaína, opio y éter. De hecho, es la propia madama francesa que viaja en el *Goethe* con sus aprendices la que especifica: “Ignoraba la policía tales vicios. Como las gentes del país no gustan de ellos, no constituían un peligro nacional. Eso era para las *gringas* nada más” (777). En lo que toca al imputado mercantilismo con el que estas mujeres ejercían su oficio, Blasco ofrecerá diversos comentarios. Dice el texto que, aunque coqueteaban con muchos en el barco, preparaban su “cosecha” y no se entregaban para no perder su valor en Buenos Aires. Dentro de este grupo de mujeres se destaca por su egoísmo y frialdad la llamada Marcela quien: “administraba su sexo con el mismo tino de un comerciante que sabe ofrecer o retirar el género a tiempo para mantener el valor” (611). Sirva como colofón y prueba del supuesto pragmatismo rapaz de estas mujeres la escena que Blasco incluye en la novela a pocas horas de la arribada a Buenos Aires. La madama Ernestina asesora a sus pupilas instándolas a huir del sentimentalismo: “Lo primero que debes hacer es dejar el corazón en el barco y bajar a tierra sin él. Aquí no venimos a enamorarnos; venimos a hacer plata. [...] Todos los sábados irás al Banco Francés para depositar tus ahorros. O mejor aún, los giras directamente a Francia. [...] Toma siempre dinero; no aceptes acciones ni papelitos de ninguna clase” (777).

Sin embargo, lo peor de este comercio carnal eran las consecuencias que podía tener en la posible alteración de la moral y las jerarquías de clase. La prostitución con su carga de matrimonios rotos, hijos ilegítimos y mixtura de sangres ponía en riesgo todo un proyecto nacionalista y su justificación. Como Francine Masiello recoge en su trabajo *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina* ya la novelística argentina de finales del siglo XIX daba testimonio de esta cuestión social: “Thus,

in the novels of Eugenio Cambaceres (*Potpourri*, 1882; *Sin rumbo*, 1885), Julián Martel (*La bolsa*, 1891), and Francisco Sicardi (*Libro extraño*, 1894–1902), the prostitute or adulterous woman signified textual disorder (and, hence, the very source of textual productivity) as she also became the object of the paranoid fantasies of a ruling class threatened by subversion” (116). En *Los argonautas*, las acomodadas matronas argentinas del *Goethe* agarran fuertemente a sus esposos en cubierta ante las numerosas y desafiantes prostitutas a quienes consideran una amenaza no solamente para sus esposos sino también para sus hijos. De hecho, en la época del Centenario era muy popular entre las clases acomodadas la costumbre de la “garçonnière.” Por medio de ésta, un hombre casado mantenía en exclusiva a una prostituta costeándole un apartamento. La española Conchita viaja a Argentina en el *Goethe* en busca de esta “discreta” posibilidad. Su recato es opuesto en la novela a las escandalosas *cocottes* francesas. Así pues también en el asunto de la prostitución destilaría Blasco su gota de hispanoamericanismo. Presentaría a la Península como un ejemplo de superioridad moral para Argentina incluso en asuntos de lenocinio.

Junto con la prostitución, otro de los peligros que el criollo era la proliferación en Argentina de ideas y costumbres importadas. Estos novedosos aires estaban alterando prácticas tradicionales como la religión y promoviendo el laicismo. Este sentimiento aparece vivamente expresado en *La restauración nacionalista* por Ricardo Rojas:

En nuestro país, la Iglesia Católica, que fue baluarte de la Patria, fortaleza de la Revolución y Hogar del heroísmo, ha descendido tanto, sin el estímulo de otras Iglesias rivales, que agrava a nuestros ojos el peligro de su doctrina universalista y de su gobierno internacional, con la desaparición del viejo clero patricio que contó entre sus nombres el de Oro y de Lavoisier, para substituirlo por un clero abigarrado y aventurero, de inmigración en su mayoría, clero bigardo cuya estulticia suele andar pareja con su sensualidad. Es desde luego una Iglesia digna del momento que atravesamos, y no podemos dejarle a ella la dirección moral de la juventud. (390)

Rojas imputa al clero inmigrante la perversión de la fe tradicional del mismo modo que lo haría Blasco Ibáñez. En el *Goethe* viaja un abate francés que alimenta el espíritu de las

millonarias latinoamericanas con mediocres lecturas, poesías e interpretaciones musicales. De nuevo Blasco, en este afán de privilegiar la espiritualidad ibérica le colocará al abate francés un antagonista español, el sacerdote José Fernández que trata de distinguirse de aquél diciendo:

Pero yo pienso -don Fernando- que nosotros en América somos algo. Tal vez no sabemos tanto o somos menos atrevidos que ese parlanchín de las barbas; pero somos más serios, más sencillos. Nuestro catolicismo es para América más... ¿cómo me explicaré? [...] Más clásico, más con arreglo al país, y por eso, las personas buenas y sencillas que no se curan de modas, deben recibirnos mejor a nosotros que a esos sacerdotes extranjeros que parecen gente de teatro. (627)

Digna de detenimiento es la expresión del cura español “somos algo” por la cual transpira la ansiedad de una conciencia peninsular necesitada del reconocimiento latinoamericano. El sacerdote sustenta ese “algo” en una suerte de catolicismo clasicista, sencillo y tradicionalista que se supone ingénito a esos latinoamericanos que “no se curan de modas.” Pero asimismo es posible también deducir de las palabras del sacerdote la esperanza de encontrar un apoyo en esas “personas buenas y sencillas” que no son sino aquellos sectores tradicionalistas que recibían estos sacerdotes católicos y la religión católica como parte de la imaginaria de su ideario nacionalista del momento.

Con la religión, la cultura es otra realidad que el Centenario denunciaba mercantilizada en Argentina. Blasco se haría eco de esto incluyendo entre los pasajeros del *Goethe* a un profesor italiano contratado para impartir un ciclo de conferencias en Argentina. Por medio de este intelectual, Blasco ejecutaría un ejercicio de autocensura de sus intenciones lucrativas y permitiría en su novela los argumentos de aquellos que desaprobaban estas visitas. En realidad, ya algunos contemporáneos a la visita de Blasco habían criticado sus conferencias. José Sors Cirera en Argentina no perdería tiempo en criticar estas actividades. En su texto de 1910 *Verdades amargas para don Vicente Blasco Ibáñez* arremetía duramente contra la banalidad del visitante:

De un tiempo a esta parte nos ha caído, por desgracia, una lluvia copiosa de sabios y semisabios, literatos y semiliteratos, para enseñarnos con sus conferencias cuántos pelos tenía el primer gato que apareció sobre la superficie de la tierra y otras cosas que hacía mucho tiempo que las teníamos metidas en el cacumen. Vinieron de esas lejanas tierras con el santo propósito de ilustrarnos por arriba y por abajo, por delante y por detrás, en cambio de algunos pesos moneda nacional; pero lo que más interesó a ese ejército de intelectuales, salvo honrosas excepciones, fue el dinero que recogieron en esas giras provechosas, donde sacaron la tripa de mal año. (17)

En *Los argonautas* Fernando de Ojeda comenta acerca del profesor italiano que ofrecerá en sus sesiones: “dos horas de aburrimiento y vulgaridades” (621). Además, el joven reprueba el carácter burdamente lucrativo de sus intenciones: “El conferenciante, al llegar a su país, olvida con la distancia los arañazos de los remotos *doctores*, y sólo ve el cheque que guarda en la cartera” (621). Finalmente, en la novela se desenmascara la estrategia propagandista del gobierno argentino con estas invitaciones a intelectuales: “El conferenciante considera como un deber escribir un libro que demuestre su agradecimiento, un libro concebido a través de gratos recuerdos, y que resulta ampuloso y glorificador como una oda de encargo oficial” (621). Bien sabía esto el escritor valenciano quien con su ensayo *Argentina y sus grandezas* (1910) había cumplido sobradamente con todos estos requisitos. No sería sin embargo el único. Jules Huret haría lo propio con su obra *De Buenos Aires al Gran Chaco* (1911) y Georges Clemenceau con *Notes de voyage dans l’Amérique du sud. Argentina, Uruguay, Brésil* (1911).

Sin embargo, la crítica al materialismo no se reduciría en *Los argonautas* a las fronteras argentinas. El enfrentamiento *materialismo* versus *espiritualismo* era una cuestión que implicaba globalmente a ambos lados del Atlántico. Para el hispanoamericanismo peninsular la corriente *arielista* testificaba precisamente la apelación latinoamericana a una intervención espiritual por parte de la metrópolis. La afinidad entre los más altos valedores de estos dos movimientos, Rafael Altamira y José Enrique Rodó, testimonia la sintonía ideológica entre ambas corrientes. Diría Altamira en el prólogo al *Ariel*: “Ese Ariel que Rodó

señala como tutor y guía de la juventud de su patria, oponiéndolo al utilitarismo sajón, es el nuestro. [...] A la juventud española importa, pues, tanto como a la de América, leer y meditar el libro de Rodó” (10). Y quizás no podía haber elegido Blasco un mejor espacio que un barco en 1910 cargado con una multinacional y multirracial masa de pasajeros para poner en escena el enfrentamiento *latino versus sajón*. Así se describe en la novela *Los argonautas* una escena diaria en la cubierta del trasatlántico *Goethe*: “Y a continuación, iba cada uno a ocupar el territorio propio, empujando su sillón, para que quedase bien marcado el vacío fronterizo, la separación insalvable entre unas naciones y otras. Las potencias hostiles manteníanse alineadas a lo largo de la pared con una corrección militar, cuidando de no obstruir el paseo, para que todos apreciaran la diferencia entre unas gentes y otras” (616). Ciertamente esta pintura condensa a la perfección un momento histórico en el que el nacionalismo impregnó las jerarquías sociales, los valores morales, la cultura, los papeles de género e incluso la manera de interpretar simples procederes de la vida. Esto es precisamente lo que sucede en *Los argonautas* cuando los contertulios Ojeda y Maltrana ven aproximarse a los hijos del criollo Zurita. Presentados como amables, bellos y esbeltos, es mediante la *rodoniana* descripción de sus pies que Blasco de nuevo insufla a su texto una dosis de hispanoamericanismo: “Los *latinos* somos bellamente ligeros, más *alados* que esas gentes del norte. Se ve la influencia aristocrática de los conquistadores andaluces en los pies breves y graciosos de las sudamericanas” (556). Por oposición se describen a continuación las extremidades de “esa gente del Norte,” cargados de ostentosos adornos de oro: “Tras ellos subían enormes zapatos de hombre, embetunados y de fuerte morro, que dejaban en la alfombra una huella de pesadez” (556). Sentenciará Ojeda esta conversación sintonizando con el temor de muchos intelectuales y élites latinoamericanas de la época ante el creciente imperialismo de las potencias sajonas:

¡Pero quién sabe si el mundo no está destinado a ser una presa de los pies grandes! Fíjese con qué autoridad insolente y ruidosa van avanzando esos

navíos de cuero y cartón. Allí donde se detienen se incrustan, y la pesada voluntad que los habita tiene que hacer un esfuerzo para cambiarlos de lugar. Marchan sin gracia y con lentitud; pero lo que ellos cubren es suyo y no lo abandonan. Nuestros pies son más graciosos, tienen algo de salto de pájaro, pero dejan poca huella. (556)

Las palabras de Ojeda reflejan con fidelidad el pavor así como también el desprecio de cierta élite intelectual y política del fin de siglo a ambos lados del Atlántico. Conscientes de lo efímero y fugaz de un *arielismo* aristocrático incapaz de frenar una realidad aplastante, a pesar de ello privilegiarán en la libertad que ofrece el discurso su modelo frente una dominación sajona concebida como pedestre, arbitraria y ruda, si bien firme e imparable. De hecho, la metáfora de la apisonadora bota norteamericana ya hacía su aparición en las líneas introductorias del ensayo *Nuestra América* de José Martí publicado en Nueva York en 1891. Reflexionaba el escritor acerca de aquel vanidoso aldeano que no se percataba de: "... los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos."⁵⁹ Años más tarde, otro apóstol anti-*yankee*, Rubén Darío, volvería a alertar sobre la amenaza del asfixiante peso norteamericano. En su *Triunfo de Calibán* de 1898 escribía: "Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes" (569).

Amén de materialistas e insolentes, en *Los argonautas* los pasajeros norteamericanos destacan del mismo modo por su vulgaridad, patriotismo y despilfarro. Así los describe Maltrana:

Gente buena, pero escandalosa –continuó–; *cow-boys* en traje de domingo, que van a estudiar la ganadería de las Pampas, comisionistas de Nueva York que

59 El ensayo fue publicado en La Revista Ilustrada, Nueva York, 1891.

sacan a puñados los billetes de Banco de los bolsillos del pantalón y necesitan cantar a cada momento para que se fijen en ellos...Ya se han bebido seis botellas y roto dos. Ahora con el entusiasmo del champaña, se llevan a los labios las banderitas que tienen ante los platos y ponen los ojos en blanco gritando: *Americain! Americain!* (553-54)

En esta descripción Blasco revisita algunos de los rasgos que el antiamericanismo surgido tras la intervención en Cuba atribuiría al “gigante” del norte. Frente a esa superioridad de cultura y espíritu de la *raza latina* que internacionalizaría el *Ariel* de Rodó, al norteamericano se le censuraría por su simpleza chabacana, fanfarronería materialista y carencia de elevación moral. A pesar de once años de diferencia, las similitudes entre Blasco y Rubén Darío en lo que respecta a la percepción del norteamericano son reseñables. En *El triunfo de Calibán* el escritor nicaragüense señalaba: “El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones. Cantan ¡Home, sweet home! y su hogar es una cuenta corriente, un banjo, un negro y una pipa” (569). Merece atención la coincidencia de ambos intelectuales en atribuir al norteamericano la ingesta de grandes cantidades de alcohol. A mi juicio, esto se puede relacionar con los conceptos de dominio e irresponsabilidad. El exceso de poder les hace ebrios y en su embriaguez pueden ser líderes inconscientes y peligrosos para el resto de las naciones. Además su glotonería y su vulgaridad simbolizan un imperialismo voraz sustentando en una suficiencia ignorante, pueril y carente de medida.

En el trasatlántico *Goethe* y por encima de la amenaza *yankee*, Blasco denunciaría de igual modo la negra sombra del imperialismo alemán que él mismo habría de atacar. Al igual que Darío, Blasco distinguiría dos Alemanias: la idealista, la de la poesía y la filosofía, la de Goethe, Heine y Wagner versus aquel burdo y bárbaro militarismo que estaba emergiendo. En *Los argonautas*, los pasajeros alemanes se destacan por su prepotencia y patriotismo de marcados acentos racistas. En fuerte oposición al embate materialista sajón y al pragmatismo utilitarista que marca el ritmo de la vida en el trasatlántico, Fernando de Ojeda se alzaría

reivindicando la riqueza del espíritu frente al dinero. Irá emergiendo como una figura de *arielistas* y quijotescos acentos por contraposición al proyecto *sajón*:

Y el amor, Maltrana, y otros sentimientos, valen más que un tesoro. Yo soy pobre y marchó en busca de dinero porque veo en él una garantía de seguridad y de reposo para ocuparme tranquilamente en otras empresas de mi gusto. Pero si alguien me hiciese ver que la riqueza debía pagarla con la renuncia del amor, le juro que saltaba a tierra en el primer puerto para volverme a Europa. (591)

En una intervención posterior el poeta denigrará categóricamente el dinero: “envilece y achica al hombre” (598). Tal arranque de idealismo y filantropía de Fernando de Ojeda no es en absoluto sorprendente si recordamos que nada más iniciar su travesía hacia América se identificaba junto con Isidro Maltrana con la más renombrada pareja cervantina: “Hace unas sesenta horas que estamos juntos, y no parece sino que hemos andado apareados toda la vida. El dice que quiere ser mi secretario, o más bien escudero, en esta aventura estupenda que acabo de emprender” (494).

Pero en *Los argonautas* aún de mayor interés que las avenencias quijotescas con las élites criollas y la instilación de presupuestos hispanoamericanistas, es la reconciliación con el antiguo Blasco progresista y contestatario que se desvela la segunda parte de este capítulo. En verdad, el valenciano haría también de esta obra un escenario polifónico y contradictorio donde cuestionaría y censuraría a esa burguesía emergida del Antiguo Régimen y sus proyectos nacionalistas, entre ellos el hispanoamericanismo. Estos con el asentimiento de sus condescendientes intelectuales, él mismo entre ellos, y amparándose en ciertas ínfulas idealistas contrastaban con los movimientos contestatarios obreros, políticos y sociales que bullían a ambas orillas del Atlántico. No considero una coincidencia irrelevante el hecho de que Blasco eligiese el nombre de *Goethe* para el trasatlántico de la novela. El crucero supone una constante búsqueda de respuestas, una necesidad de expresar las contradicciones y conflictos que Fausto sublimemente supo encarnar como ningún otro.

Blasco daría voz en *Los argonautas* a dos de los colectivos sociales que, entre otros, suponían una amenaza para el *statu quo* del colectivo criollo y conservador de la República Argentina del 1910 pero también para la de la Restauración: mujeres retadoras de los papeles femeninos tradicionales; el obrero materialista y contestatario. Blasco abría un espacio en su obra a dos grupos emergentes en ambos continentes que luchaban por las libertades individuales, la movilidad de clases y, especialmente, contra las inmovilistas oligarquías. Ambos grupos compartían también el hecho de no sentirse en absoluto representados por las confraternidades y regeneracionismos hispanoamericanos que estas clases acomodadas amparaban tanto en Argentina como en la Península. Ambos, a diferencia de un espacio para la regeneración de la autoestima patria, contemplarían América como un lugar económicamente próspero donde hacer dinero, cambiar los papeles sociales y un llevar a cabo las revoluciones sociales y políticas imposibles en Europa.

En sus *Argonautas*, Blasco Ibáñez permitiría los argumentos del pensamiento más materialista al recuperar para esta novela uno de los personajes de su novela de 1905 *La horda*. Esta fue escrita mientras Blasco ejercía como diputado a Cortes en Madrid.⁶⁰ *La horda*, ejemplo de la conjunción de las corrientes finiseculares del realismo y el naturalismo, relata los infructuosos empeños de Isidro Maltrana por escapar un destino marcado por la degradación social, el determinismo económico y la abulia existencial. El hampa de los traperos, las cárceles, los cazadores furtivos junto con la vergonzante corrupción de las clases altas conforman un Madrid apocalíptico cuya tiniebla cree Maltrana poder escapar al conocer a su novia Feli. Al final de la novela, la muerte de ella y la paternidad tornarán el desaliento intelectual del Maltrana en un vitalismo pragmático y materialista que clausura el texto: “Adiós, ideas, fe, entusiasmos... Ilusiones, todo ilusiones. Despreciaba su cultura, pero pensaba aprovecharla para hacerse pagar mejor. El dinero y el poder tendrían un siervo más”

60 Todas las citas de *La horda* pertenecen a la edición de Prometeo en Valencia, 1905.

(369). Es todavía con el aliento de estas palabras que volveremos a encontrar a Isidro Maltrana en *Los argonautas*. Viaja rumbo a Argentina donde espera encontrar estructuras sociales y económicas más flexibles y justas para prosperar: “No me interesa esta tierra [Canarias], que es como el rabo de un mundo que dejamos atrás. Deseo cuanto antes verme en el otro hemisferio, a ver cómo pinta por allá la suerte” (516). Su caso no sería excepcional. En la República Argentina, que ya desde 1869 había iniciado un proceso sostenido de crecimiento gracias a la inmigración extranjera, desde 1880 los españoles eran el segundo grupo inmigratorio más grande. Esto a pesar de que el gobierno y las élites peninsulares habían tratado de frenar este proceso argumentando la pérdida de brazos y mentes para la nación. Esto no impidió una emigración masiva de españoles tras la crisis nacional de 1898. Este fenómeno es estudiado en el trabajo *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina* por Ana María Martínez de Sánchez:

Los países europeos, especialmente España e Italia, llevaban por entonces, un riguroso control de sus emigrantes dictando leyes que intentaban controlar la sangría de mano de obra que se venía produciendo desde fines del siglo XIX. [...] En España se tomaron medidas concretas para desalentar la emigración. Se controló la actividad de los agentes reclutadores que, en muchos casos, engañaban a personas que entusiasmadas por encontrar nuevos horizontes, creían en quienes les prometían trabajo. (94)

La mayoría fueron hombres adultos y alfabetizados que salieron costeando su propio pasaje y principalmente por motivaciones económicas. Tal era el caso de Isidro Maltrana. Pero volviendo a *Los argonautas*, a este *Sancho Panza-Maltrana*, materialista y pragmático, Blasco le opondrá dialécticamente Fernando de Ojeda, un supuesto *quijote* hispanista. En realidad el poeta va a Buenos Aires para *hacer las Américas* tras dilapidar su fortuna en el juego y algunos fallidos proyectos empresariales. Pretende así pagar los materialistas caprichos de su adorada Teri. La tal *Dulcinea* no es por otra parte sino una “caza fortunas” de pasado incierto. En el capítulo segundo y cuando ambos españoles acaban de recorrer por primera vez el trasatlántico *Goethe* se sientan las bases de esta dicotomía. Maltrana le

confiesa a Ojeda sin ambages su intención de hacerse rico en América: “Yo hago este viaje por ganar dinero, por el ansia de saber qué es eso de la riqueza” (526). A continuación, le atribuirá asimismo a Ojeda un interés pecuniario por América: “Usted también va allá por el ansia de dinero” (526). Sin embargo el joven poeta, aún admitiendo las palabras de Maltrana, envolverá su travesía en otros anhelos más elevados: “Yo--dijo Fernando con perplejidad--, sí... por el dinero como usted... Y ¡quién sabe! Tal vez por algo que no es la riqueza; por otros deseos menos explicables” (526). A partir de este momento, Ojeda tratará de explicar todo lo relacionado con su viaje en función del idealismo humano. Si Maltrana será el fascinado cronista de los proyectos industriales que se forjan a bordo y cuya legitimidad empresarial y actitud positivista enérgicamente defiende, por contraposición Ojeda denigrará a los hombres de negocios y banqueros que viajan en el trasatlántico. Respecto de uno de ellos dirá el poeta: “Estos conquistadores europeos son de un estómago insaciable” (613). Bien diferente es la pintura de estos conquistadores de la que había esbozado el mismo Ojeda en sus digresiones históricas sobre la Conquista. Por su parte, Maltrana responderá con estas palabras: “Ese hombre se comerá lo que quiera, y hará muy bien si es que le dejan, tales son las leyes de la vida; pero va a prestar a la civilización un gran servicio. Hombres como él son los que han hecho la América que nos atrae y los que la harán todavía más grande” (613). Del mismo modo que Maltrana respeta el celo mercantil de los banqueros lo hará con las industriosas prostitutas a bordo. Incluso está haciendo contactos en el *Goethe*, gracias a su picaresca charlatanería y donaire, para crear un banco en Buenos Aires.

No obstante es en el capítulo quinto de la novela cuando la disparidad de pareceres entre los dos españoles se convierte en un verdadero duelo ideológico. Tras una visita a los pasajeros de tercera clase, se enzarzan en una discusión sobre la riqueza y las utopías de la humanidad. En ella Maltrana sistemáticamente se encargará de recordar a Ojeda que en América donde él proyecta molinos de poesía y esperanza, en realidad están los gigantes del

capitalismo y el dinero moderno. La conversación da inicio cuando Ojeda está reflexionando sobre el significado de América, particularmente para los pasajeros más pobres:

La Humanidad vive de ilusión, Maltrana. Necesitamos poner nuestro deseo lejos, en tierras desconocidas, pues la distancia borra la duda y da certeza a lo más inverosímil. Para los europeos, el lugar de las maravillas fue Bagdad, la de *Las mil y una noches* [...] Al soñar Wagner el castillo de Monsalvat, coloca la mansión del Santo Graal en los Pirineos españoles y da un palacio árabe a Klingsor el encantador. (590)

Así pues son las fuerzas del ideal y la utopía sostenidas y perpetuadas en una tradición cultural heredada las que marcan el rumbo del ser humano. Sin embargo, Maltrana le va a responder con un credo filosófico rupturista y antagonista fundamentado en el materialismo y el positivismo: “Así es Fernando. Pero la esperanza humana que en otras épocas fue puramente mística, y por eso también miraba a Oriente, es ahora positiva, cifra sus anhelos en el bienestar material” (590). Y sentencia Maltrana: “Créame, Ojeda, el dinero es el móvil de las grandes acciones, el compañero de los ensueños sublimes, la última finalidad de los mayores idealismos” (600). Estas dos intervenciones ilustran sintéticamente la penetración del positivismo y el capitalismo en el pensamiento español en el cambio de siglo. Si Ojeda representa un discurso romántico, Maltrana contraataca con un materialismo que con la progresiva superación del krausismo, la introducción hacia 1875 de la filosofía positivista y la emergencia del realismo y naturalismo literarios se venía introduciendo entre la intelectualidad peninsular en el último tercio del siglo XIX.

Frente a una concepción de la humanidad basada en la metafísica y en una herencia cultural, Maltrana ofrece un modelo basado en el materialismo y en la rotura de la tradición. Así habla de la subversión de Panteón helénico producida por la modernidad: “Los antiguos dioses se declaran vencidos por él, y lo adulan y temen. El despreciado Pluto, cornudo y triste en otros tiempos como Macho cabrío, ocupa ahora el trono del noble Zeus” (597). Para

completar su invectiva arguye que han sido la religión y especialmente la literatura las que en España han situado amor y dinero como fuerzas antitéticas:

La literatura es la culpable de ese desprecio que muestran por el dinero todos los que son incapaces de conquistarlo. Quiere educar al vulgo, y emplea para ello ideas viejas, patrones que se cortaron hace siglos [...] Los banqueros tienen asegurado en las obras literarias un éxito de odio y rechifla. Los personajes simpáticos son pobres, y dicen cosas muy hermosas sobre las infamias del *vil metal* y la necesidad de idealizar la vida. (598)

Pero además acusa a los literatos como Ojeda de ir detrás del vil metal: “Me da rabia la hipocresía de los *sacerdotes del ideal*, que maldicen el dinero en público pero luego corren tras él como un cobrador del Banco” (599). Para finalizar la diatriba Maltrana alude al fenómeno de la mercantilización de la cultura del que asimismo participan los intelectuales: “Antes de escribir se consulta el gusto vulgar para que la tirada del libro sea grande o la sala de espectáculos esté repleta muchas noches” (599).

Es preciso enmarcar esta afirmación en el contexto del desarrollo a lo largo del siglo XIX de la prensa masiva y la emergencia de la burguesía como público que sustenta al intelectual y, por tanto, impone sus gustos. En el cambio de siglo, distintos grupos de escritores compartirían una desazón común: la disyuntiva entre preservar la independencia de su arte o, forzados por la necesidad económica, dedicarse a otras tareas más lucrativas como el periodismo, la traducción o la edición de libros. En las palabras de Maltrana se puede atisbar el propio desasosiego de Blasco Ibáñez respecto a la ineludible y costosa profesionalización de su oficio. Hasta el gran boom de su obra en Estados Unidos, el valenciano había luchado con denuedo contra la penuria literaria encontrando en las colaboraciones en prensa y el mundo editorial intermitentes respiros monetarios. Sirva como prueba esta carta a su colaborador editorial Sempere. En ella le previene de actuar con premura ante las posibilidades lucrativas de la difusión de la obra del filósofo Hippolyte Taine: “Hay que dar también todas las obras de H. Taine, antes de que las largue otro editor.

Es un autor famosísimo en toda España y que sin embargo está sin explotar” (62). En el prólogo a *Los argonautas* se observa con claridad el conocimiento que Blasco atesoraba para 1910 del funcionamiento de la promoción editorial y la naturaleza del gusto burgués:

En los primeros meses de su vida, *Los argonautas*, al pasar por los escaparates de las librerías, consiguió llamar la atención de algunos compradores, pero casi nadie habló del libro en letras de molde. Este silencio nada tuvo de excepcional. Los periódicos y las gentes sólo se preocupaban entonces de una gran novela de acción, interesantísima, con cinco millones de protagonistas más o menos oscuros, a la que ha dado después la Historia el título definitivo de “La primera batalla del Marne.” ¡Quién iba a prestar atención en tales momentos a una novela sobre la América de habla española! (489)

Pero volviendo a Maltrana y su apología del dinero, ésta tomará un perfil asimismo nacionalista cuando trate la problemática relación que el español ha mantenido con la búsqueda de la riqueza. La necesidad de encubrirla, incluso despreciarla, y en general someterla ante otros valores como la caballerosidad o la honra ha tenido, a juicio del español, nefastas consecuencias. Esta actitud ha afectado particularmente al que constituye el más importante acontecimiento en la España moderna: la Conquista de América. Le espetará Maltrana a Ojeda: “...y me irrito cuando en España y otros países que llaman, no sé por qué *caballerescos e idealistas*, oigo decir a las gentes con orgullo: “Yo que soy pobre pero honrado” (591). Bajo este tipo de aseveraciones afirma Maltrana que se esconde la falaz excusa de gentes que no han podido enriquecerse. Además, a su juicio, lejos de honra la escasez monetaria evidencia atraso e incapacidad. Posteriormente en la conversación, volverá al tema de la excusa crematística al hablar de la Conquista de América. Según Maltrana, lo que en realidad impulsó por igual a los caballeros de las Cruzadas y a los Conquistadores de América no fue el heroísmo sino “la conquista del Vellochino de Oro” (599). Con esta frase, a pesar de haber defendido en otro momento de la novela la actuación peninsular en América, se pone ahora de parte de uno de los principales argumentos de la leyenda negra contra España: su sed de oro. Las contradicciones de Maltrana no concluyen aquí. Si bien aduce que

España ha aportado a América la figura del misionero, el cristianismo y un alto sentido del honor, no obstante: “Los pueblos hispanoamericanos dormitan en la época colonial produciendo lo estrictamente necesario para su mantenimiento, y luego de su independencia dormitan igualmente bajo el pie de valerosos déspotas que reemplazan con una tiranía inmediata y tangible la mansurrona y perezosa de la metrópoli” (595). Continuará argumentando que solamente estos países han prosperado con la llegada del dinero y progreso modernos encarnados en la locomotora o el buque de vapor. Estos han sido posibilitados por “esos magos que se ocultan en un despacho austero de la City de Londres, en un piso vigésimo de Nueva York o en cualquier avenida de París o Berlín” (595).

Frente a estas afirmaciones, Ojeda tratará de abogar por la madre patria argumentando que España produjo inmensas cantidades de dinero en América como prueba Potosí. Sin embargo, su contertulio refutará estos razonamientos arguyendo que el dinero de la Colonia fue inmóvil, estancado, asfixiado por la voracidad improductiva de mercaderes, usureros y judíos. Por contraposición el “alado” dinero moderno fluye en la luz abierto a todo el que quiera acceder a él. Así lo describe junto con sus apóstoles:

Desde hace ochenta años ha venido a la Tierra un bueno dios: el dinero. Y este dios tiene sus apóstoles: el centenar de grandes millonarios y capitanes de industria esparcidos por el mundo, ministros de un poder misterioso, que permanecen en la sombra como si la grandeza de su misión les impusiese el incógnito. [...] La actividad de los hombres corre canalizada sobre la costra del globo en el mismo punto que se dignan señalar ellos con un dedo. Soberanos de miles y miles de kilómetros de vías férreas o de flotas, como jamás las tuvo Imperio alguno, les basta una orden telefónica para cambiar el curso del progreso humano. (594)

Ante tal exaltación del logro sajón en Latinoamérica, otorgándole la verdadera modernización y avance del continente, se puede concluir que de alguna manera Blasco estaba interrogando la supuesta necesidad y pertinencia de la reconquista espiritual de Latinoamérica argumentada por parte del hispanoamericanismo peninsular. En contraposición la narración

del mismo modo evidencia una incipiente inquietud ante el poder omnímodo de estos nuevos reyes del mundo y la incapacidad de controlar sus poderosos movimientos.

La conversación finalmente concluye sin que ninguno de los interlocutores ceda. No obstante los consistentes argumentos de Maltrana y su fuerza discursiva a favor del materialismo y capitalismo modernos producen en el lector la sensación de que la cruzada espiritualista del caballero romántico Fernando de Ojeda, incapaz de contra-argumentar, zozobra. Ciertamente podemos ver a lo largo de la novela que no únicamente en el personaje Maltrana-Sancho se ha producido una creciente ratificación de su materialismo sino que este proceso también se da en Ojeda. Ojeda sufre una progresiva *maltranzación*. El caballero idealista finalmente sucumbirá a la tentación material cuando dos mujeres entren en escena. Si Blasco había arremetido contra el proyecto conservador que representa Ojeda al enfrentarle discursivamente un contertuliano materialista, este ataque no acabará aquí. En *Los argonautas* se dará presencia a otro sujeto en esencia radical: la mujer contestataria, rupturista y feminista.

Esta es precisamente aquella mujer que Blasco había apoyado años atrás y desde su periódico *El pueblo* como modelo femenino alternativo al tradicionalista. Luz Sanfeliu en su libro *Republicanas: identidades de género en el blasquismo (1895-1910)* al analizar la construcción de la diferencia sexual durante los siglos XVIII y XIX detalla así la representación femenina dentro de la cultura patriarcal: “Se acabó consolidando una representación de las mujeres como centro de la domesticidad, cercanas a la naturaleza por sus funciones reproductivas, abnegadas, afectuosas y exclusivamente dedicadas a las necesidades de sus hijos y de su círculo familiar” (25). Sin embargo, la misma Sanfeliu argumenta que:

En este proceso, a finales del siglo XIX en España, como igualmente sucedió en otros países de Europa, se desarrollaron diferentes movimientos sociales, como fue el caso del movimiento que se agrupó en torno al republicanismo blasquista, que a través de críticas y demandas morales, fueron conformando

un nuevo estado de opinión: se reclamaban prácticas políticas más democráticas y derechos sociales más igualitarios para los sujetos excluidos de ese poder liberal en el fondo enormemente restrictivo. (26)

La mujer encontraría en el blasquismo un espacio de afirmación y libertad. Desde los órganos de propaganda de este partido se potenciaba, entre otros avances, un ocio que reunía a ambos sexos. Se amparaba un concepto de pareja que se basaba en la autenticidad de los sentimientos y la libertad para elegir frente a constricciones materiales o sociales. Por otra parte en el modelo de familia republicana la mujer tenía roles más allá de la función doméstica y reproductiva.⁶¹ Y eran precisamente estas mismas libertades sexuales y sociales aquellas que estarían reclamando años más tarde con virulenta oposición del criollismo reaccionario ciertos colectivos radicales femeninos en la Argentina de 1910. Francine Masiello en su trabajo *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina* describe aquella situación en estos términos:

From the final decades of the nineteenth century through the nationalist festivities of 1910, commemorating one hundred years of independence from Spain, Argentina saw an evolution in the representation of women, emerging from an exacerbated conflict between leaders of state and the large number of female voices decidedly struggling to be heard in public. Given the growing mass movement among anarchist and socialist workers and the demands by middle- and upper-class women for rights of suffrage and divorce, the masculine imagination identified women with subversion. (7)

Y si bien, como ya sabemos, el valenciano protagonizó en la República Argentina una Cruzada hispano americanista al servicio de nostalgias hispanistas más bien conservadoras, sin embargo en *Los argonautas* permitiría la presencia discordante, no exactamente de estas mismas mujeres militantes, pero sí de otras que también suponían un ataque al ordenamiento femenino patriarcal. Y no solamente esto. Adicionalmente profanaría en la novela la hogareña castidad de una intachable y doméstica fémina tradicional. A lo largo de la travesía

61 En esto quiero indicar mi deuda para con el trabajo de Luz Sanfeliu *Republicanas: identidades de género en el blasquismo (1895-1910)*, (25-30).

Ojeda seducirá a tres mujeres: la norteamericana Miss Power, la alemano-argentina Nélida y la alemana Mina. Estas aventuras servirán para revelar la contradicción entre las acciones del poeta respecto de su discurso. En su relación con Miss Power y Nélida, Ojeda traicionará su idealismo y prometida castidad al sucumbir al materialismo, ya sea del voluptuoso cuerpo y/o del peculio, así como ante el talante subversivo y moderno de ambas mujeres. Por otro lado, la relación con Mina desenmascarará a un Ojeda corruptor del idealismo de la pianista alemana, imagen de la domesticidad, el recato y el espíritu caballeresco. Haciendo uso de su elocuencia e incluso de su acomodada posición en el trasatlántico forzará a la tradicional Mina a que se le entregue sexualmente.

Estas peripecias se inician con la norteamericana Miss Power. Acaudalada y sensualmente varonil, maneja los negocios de su marido con la misma voracidad y gélido pragmatismo que su sexo. Como indica su nombre su implacable carácter se define por su independencia e impetuosidad. Hará mofa de cualquier manifestación espiritualista, estética o sentimental por parte de Ojeda: “Usted es poeta, lo sé, y yo nada tengo de *poetical*, se lo advierto....Mi padre sí; mi padre era alemán y muy dado a las cosas del sentimentalismo. Yo he nacido para los negocios, y ayudo a mi marido” (561). En su relación con Ojeda ella ejerce un agresivo control y poder sobre él aunado a un implacable utilitarismo. Su voluptuoso cuerpo, mimado por la cuidada alimentación y los costosos avances de la estética, suscitará los románticos requiebros del español. Sin embargo, inmune a la poesía o al afecto, usará al poeta para satisfacer su competitivo apetito sexual ignorándolo después hasta tal punto de amenazarlo con llamar a la policía si persiste en su cortejo. Ojeda culminará la aventura dolido, *toreado* según sus propias palabras, e incapaz de comprender el despego y frialdad de la norteamericana.

Sin embargo volverá de nuevo Ojeda a comprometer los votos de lealtad a su prometida y su idealismo. Esta vez será con Nélida, una *señorita educada a la moderna*, en

propias palabras del autor. Hija de alemán y argentina, es una joven procaz, temeraria y caprichosa que divide su travesía entre el *flirt* y el reto a las reglas sociales. Nélide constituye un prototipo palpable de esa mujer moderna y transgresora que emergía en la Argentina del Centenario y a la cual hacían los criollos chivo expiatorio de las calamidades de su tiempo. En la propia novela retrata Blasco esta animadversión criolla por medio del personaje de Doña Zobeida: “¡Esa niña que parece una cómica y fuma, y no respeta a su madre! ¡Y ese padre que no la reta y se ríe de sus travesuras! Que viva cada uno a su gusto; pero yo no quiero tratos con *gringos* de tal clase” (608). Asimismo Nélide expresa su repulsa por esta clase tradicionalista cuando rechaza de plano al hombre criollo: “Un criollo, no, porque todos en aquel país (Argentina) eran a la antigua, celosos, feroces, intratables en sus preocupaciones” (714).

En realidad, como ya examiné en el capítulo segundo de este trabajo, este tipo de mujer moderna era el que generosamente había retratado el novelista del Centenario Manuel Gálvez. Leonard E. Stevens en su tesis titulada *Feminine Protagonists in Manuel Gálvez Novels* sintetiza así este caso femenino.⁶² En sus propias palabras:

The rebellion was so complete that she was unwilling to recognize any authority, any code of behavior, or to submit to any restrictions. Violence of character seemed to be replacing the submissiveness of yore. Vengeance took the place of quiet suffering and irrationality that of patience and understanding. Willingness to gamble away all their security seemed to be one of the main characteristics of these women. (275)

62 Leonard E. Stevens al hablar en su tesis específicamente de las novelas de Gálvez nos da la definición de esta mujer argentina: “This was a woman of what the author called La nueva argentina, one unwilling to submit to the European system of domineering men and submissive women [...] Willingness to gamble away all their security seemed to be one of the main characteristics of these women. Unwillingness to accept the responsibility for having made their life what it turned out to be was another. Albertina was preceded by Susana, and she in turn by Marta, Aurelia, Lucy, Clota and others. All were more interested in rebellion than they were in freeing themselves from the century-old restrictions and in acquiring something resembling equality in society. Each insisted more upon independence than upon the improvement of her position with regard to men. All preferred the excitement of their liberation to the security of their new position. Each insisted upon her right to live her own life without considering the responsibility of making it a good life and a segment of a productive society” (275-76).

El relato de Gálvez titulado *Una mujer muy moderna*, incluye una precisa definición de este novedoso tipo femenino en el personaje de Quica: “Quica realizaba el perfecto tipo de la joven moderna. El programa máximo de su grupo no tenía un solo dogma que Quica no hubiese cumplido devotamente. Fumaba, bailaba apretada al compañero, hablaba por teléfono con amigos, vestía de tal modo que se le transparentaban las formas, leía libros escabrosos, tenía ideas avanzadas en moral, sabía cuentos verdes y gustaba referirlos” (7). Es imposible no conectar a esta Quica con el personaje de Nélidea en *Los argonautas* a quien Isidro Maltrana describe como un atípico modelo femenino: “Es esa muchacha que usted ha visto en el paseo, siempre acompañada de hombres, muy alta, esbelta, con la falda corta, tan ceñida que no puede dar un paso sin que la tela moldee todo su cuerpo. Lleva el pelo cortado como una melena de paje, lo mismo que las cupletistas. Yo no he conocido hasta ahora pájaros de esta especie” (524). A lo largo del viaje Nélidea se burlará de la institución matrimonial que tanto le prescribe su madre, enseñará a otras jovencitas a bailar el tango y desobedecerá a su padre. Este es uno de los pasajeros más vilipendiados por su condescendencia con los escándalos de la joven. Tal es su afán de rebeldía que bajará a la cubierta de tercera clase para coquetear con los rudos pasajeros y con ello desintegrará los clasismos tan observados por su criolla madre. Provocará asimismo un duelo entre dos jóvenes que rivalizan en su conquista. Pero a través de ella además recuperaría de nuevo Blasco el asunto del comercio sexual, tema clave entre las obsesiones del Centenario. Nélidea encarna un tipo de flirteo a la burguesa que en medio del champaña y los cabarets porteños caía entre las fronteras borrosas del coqueteo, la subversión, e incluso el favor sexual a cambio de lujos. Así se describen en *Los argonautas* las aventuras nocturnas de la joven en Berlín las cuales pretende repetir en Buenos Aires: “Eran señoritas, con un encanto superior al de las otras mujeres. Sabían mantener sus aventuras en un término prudente, con más

bullicio y atrevimiento que las profesionales, pero sin permitir nunca el atentado irreparable” (730).

De nuevo y gracias también a Nélide, Blasco volvería a tocar el binomio *pampa versus urbe* y la actualización que esta controversia había sufrido en los tiempos del Centenario. Si el criollo veía la Pampa como ese lugar intacto que debía preservarse del materialismo y las corrupciones urbanas, Nélide expresaría la opinión desde el otro lado: desde la perspectiva de los que anatematizaban el campo por su atraso. Así frente a esa libre modernidad de la vida urbana de París y Berlín que Nélide adora se opone una descripción del campo: “Por toda diversión una plaza en la que toca una música algunas noches. Las niñas se pasean por un lado como manadas de pavos, y los hombres, por otro, sin hablarse, dirigiéndose miradas, lo que allá llaman *afilar*, y sin atreverse a un saludo. Luego, el encierro en casa todo el día..., la conversación con las amigas de mamá. No. ¡Prefiero morir!” (730). Será ante la irrefrenable sensualidad, casi felina, de esta mujer que Fernando de Ojeda se rendirá.

Con todo esta capitulación ante lo material de Ojeda cobrará más profundas dimensiones en el caso de la conquista de Mina. En esta aventura no solamente Ojeda volverá a sucumbir ante los placeres de la carne sino que él mismo será el corruptor del idealismo poético de Mina. Ella es una pianista alemana, decadente diva de las óperas wagnerianas. Sumisamente vive limitada dentro del espacio familiar que forman su alcohólico esposo y su hijo. Frente a la voluptuosa carnalidad de Miss Power o Nélide, Mina representa un modelo opuesto, casi asexuado: “Era alta, y su enfermiza delgadez estaba disimulada en parte por lo recio del esqueleto. Las caderas marcaban su ósea firmeza bajo una falda de dril claro” (589). Dice el texto que era una flor marchita como: “ciertos muebles antiguos de dorados borrosos y nácares opacos.” Mina ofrece a Ojeda un amor casto basado en el idealismo y el sentimentalismo. Mientras las otras dos mujeres aman la modernidad, fuman, conducen

coches, en esta mujer encontraba Ojeda un encuentro con el pasado, algo que iba desapareciendo. Y así dice Ojeda: “Vio algo que había sido y al no ser, guardaba en su ruina los muertos esplendores del pasado” (636). Adicionalmente, si Miss Power y Nélida manejan un discurso basado en lo monetario y lo sexual, esta mujer vive inmersa en una contemplación del mundo filtrada por la música de Wagner y la poesía de romanticismo alemán. Para Mina, una puesta de sol en el *Goethe*: “Eran ángeles, ángeles grandes, ángeles blancos que marchaban sobre un camino azul por un paisaje de oro” (709). Es particularmente a través de Mina que percibimos a lo largo de *Los argonautas* una progresiva *maltranzación* de Ojeda. Abandonando sus posturas más idealistas va incluso convirtiéndose en un agente del materialismo. En primer lugar, desprecia burlesco el sentimentalismo de Mina: “acepta sus avances con una sensiblería de romanza y acepta el amor como si estuviese en los quince años” (705). Pero además considera que este espiritualista afecto le está apartando de su verdadero propósito: “¡Qué gusto de complicarse la vida! ¡Qué cordura en un hombre que marchaba a la conquista de la riqueza!”(705). Cree el poeta ahora que frente al amor debe adoptar la practicidad de Maltrana: “Había que creer en la filosofía de Maltrana. La cuestión era ... ¡pasar el rato!” (706). Este pasar el rato supone disfrutar al máximo de los placeres que ofrece la materia y la sexualidad tal y como Maltrana lo entiende. La culminación de la transformación en Ojeda se alcanza en el último encuentro con Mina. Rechazados sus avances por la pianista, el joven abandonará la utopía y los requiebros poéticos y tratará de comprar la claudicación de la alemana: “Ven....Hablaba de la hermosura de su *cabina*, en el último piso de los camarotes de lujo [...] Pretendía deslumbrar con estas comodidades del tugurio flotante a la pobre amiga, que iba instalada en las cámaras más profundas y oscuras, cerca de la línea de flotación” (705). Al fracasar en su intento, finalmente forzará la puerta del camarote de la alemana al tiempo que, pervirtiendo el valor de la poesía, le jura la bondad de sus intenciones: “Te lo juro...¡por Wagner! Te lo

juro... ¡por Víctor Hugo!” Una vez consumado el sexo, el joven exclamará: “¡Pobre Wagner! ¡Pobre Víctor!”(712). Ojeda tendrá un breve momento de espiritualista culpabilidad hasta cuando se le aparezca Nélide para hacerle olvidar sus cacareadas noblezas poéticas. Y de nuevo debemos hacer mención al simbólico nombre del trasatlántico. Ojeda es transformado por la pasión sexual y arrastrado por ella. Finalmente pierde la esencia de su alma y sucumbe al embrujo físico de estas mujeres.

La novela finalizará con un Ojeda desorientado. Por un lado, concluirá la novela con su quijotesco discurso desenmascarado. Por otra parte, será incapaz de entregarse, como Maltrana, al sueño de prosperidad material que parece prometer Argentina. Ni le satisface el amor sentimental de Mina ni tampoco puede disfrutar la pasión moderna y rebelde de Miss Power o Nélide. Quedará finalmente perdido entre modelos, en crisis, confuso entre propuestas. A modo de conclusión, Ojeda-Maltrana en realidad ejemplifican la irresuelta disyuntiva que supuso para Blasco Ibáñez su experiencia en Argentina. Generoso propalador en *Los argonautas* de una causa peninsular hispano americanista de acuñación liberal, y cuyas nostalgias hispanistas conectarían con la causa criollista argentina, al mismo tiempo Blasco convertiría esta novela en un espacio donde encontrarse y dar expresión a sus ideales progresistas.

Solamente unos años más tarde e instalado ya en su casa cercana a Montecarlo, Blasco escribiría en 1922 la segunda y última novela fruto de sus experiencias en Argentina. Otra vez volvería a encarnar su fervor hispanista en un burgués ingeniero español. Igualmente se presentaría como aval de la conservadora y burguesa causa criolla argentina. Y permitiría en este texto de nuevo la presencia de colectivos opuestos a esta causa tales como emigrantes italianos o una inconformista *moderna* mujer. Sin embargo para 1922 la fama editorial y la holgura económica habían sonreído a Blasco. Si en *Los argonautas* el protagonista alternaba irresuelto entre controversias y modelos, muy por el contrario *La tierra de todos* consentiría

la presencia de personajes anti-traditionalistas pero privilegiando claramente el modelo hispanista y espiritualista.

CAPITULO V

LA TIERRA DE TODOS: UNA CONTRIBUCION PENINSULAR AL ENFRENTAMIENTO DE PROYECTOS NACIONALES EN LA PAMPA CRIOLLA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

En 1914 un Vicente Blasco Ibáñez arruinado y extenuado abandonaba sus dos aventuras de colonización, y con ellas definitivamente Argentina. Archivada entre sus notas quedaba también su novela en proyecto *La tierra de todos*.⁶³ Ahora la Primera Guerra Mundial imponía sus argumentos y el escritor se centraría en el que sería su mayor éxito internacional: *Los cuatro jinetes del apocalipsis* (1916). No sería hasta 1922 cuando escribiese *La tierra de todos*. Esta, con bastantes elementos autobiográficos, iba a ser la segunda y última novela sobre sus experiencias en la república latinoamericana. A pesar de los años pasados Blasco contaba sin embargo con una ingente base documental para la misma: su tratado *Argentina y sus grandezas* (1910). Esta obra, a caballo entre el ensayo y el libro de viajes, había constituido un encomiástico y sesudo recorrido por la historia, economía, geografía y etnografía de Argentina. Su publicación había respondido a dos objetivos: pagar la generosidad del gobierno argentino al invitarle y al tiempo atraer colonos para sus tierras en Río Negro y Corrientes.⁶⁴ Así pues echando mano de todo aquel material y

63 Todas las citas de *La tierra de todos* pertenecen a la edición de la obra contenida en el tomo III de las *Obras Completas* de Vicente Blasco Ibáñez, Madrid: Aguilar, 1961.

64 Ana María Martínez de Sánchez es la estudiosa que más extensamente ha estudiado las estancias de Blasco en Argentina. En su trabajo *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina* se refiere en estos términos al texto *Argentina y sus grandezas*: “La admiración por la naturaleza y las obras del hombre sobre ella, son la parte fundamental de *Argentina y sus grandezas*. Logró una magnífica descripción de los territorios que había recorrido, en la que transmite entusiasmo y curiosidad” (87). Sin embargo, la obra no fue recibida con unánime entusiasmo. Uno de sus más acendrados críticos en Argentina, Federico Vergara Vicuña, en su texto *Blasco Ibáñez, la vuelta al mundo en 80...000 dólares* diría acerca del libro: “Lo había vendido al Gobierno de la República” (33). Y califica la obra como “trabajo de propaganda que rinde merecido homenaje al país que le pagaba con munificencia” (33). Esta munificencia supuestamente recibida por Blasco es incluso explicitada en la obra: “En

retirado en Francia, Blasco materializaría finalmente *La tierra de todos* tras casi una década de prórrogas. Ofrezco a continuación un sucinto resumen de la misma.

Al París de las primeras décadas del siglo XX y desde Argentina ha llegado el ingeniero español y protagonista Manuel Robledo para visitar a su antiguo amigo el italiano Federico Torrebianca. Casado éste con Elena, bellísima y transgresora mujer, se ve acuciado por las deudas causadas por los excesos consumistas de su esposa en su afición por lujos y modas francesas. Robledo llega a tiempo para descubrir la bancarrota de su amigo y las infidelidades de ella, fémica por otra parte de moral y linaje dudosos. Amparados por el español, la pareja escapa a la región del Río Negro donde Robledo dirige la construcción de una presa. Allí vive el hacendero criollo Carlos Rojas y su hija Celinda. El viejo terrateniente sufre las continuas incursiones en su ganado del gaucho Manos Duras y su *malón*. Los obreros indígenas, los capataces europeos y el boliche del español Antonio González completan el paisaje de la novela.

La llegada de Elena a la provincia sembrará la discordia entre los hombres más relevantes del rústico campamento, a excepción del español Robledo. Alterará por otra parte las jerarquías raciales y sociales que rigen la comunidad. El contratista Pirovani, el ingeniero Canterac, el oficinista Timoteo Moreno y el gaucho Manos Duras competirán denodadamente por conquistar a la europea junto con el ingeniero norteamericano Ricardo Watson, enamorado a la sazón de Celinda. Robledo es el único que permanecerá indemne a la extranjera. Su defensa serán su nobleza y fortaleza espiritual. En este escenario, la progresiva radicalización de las rivalidades entre los hombres desembocará en distintas tragedias y la paralización de las obras. Solamente gracias al esfuerzo final de Rojas y Robledo el gaucho muere, el campamento se estabiliza y las obras se concluyen. Doce años más tarde la novela

pago de *Argentina y sus grandezas* Blasco recibió también tres leguas cuadradas de tierras en la gobernación de Río Negro” (34).

finaliza en París. Acompañados de Robledo, los esposos Celinda y Fernando Watson visitan la ciudad. Es allí donde Robledo se encuentra con Elena ahora convertida en una alcohólica y decrépita prostituta que vaga por los burdeles de la ciudad.

Ante tal profusión de aventura y peripecia amorosa no resulta sorprendente que la crítica, generalmente lectora superficial de la producción argentina de Blasco, haya condenado y desestimado esta novela a la categoría de intrascendente romance de aventuras tal como hiciera con *Los argonautas*. A ello pueda haber contribuido parcialmente la adaptación cinematográfica titulada *The Temptress* realizada por Fred Niblo en 1926. En ella se fundían una exuberante Greta Garbo como *femme fatale* y el exotismo del paisaje y tipo masculino latinos.⁶⁵

Sin embargo a lo largo de este capítulo me encargaré de probar que en esta obra, contrariamente al arrinconamiento dispensado por la crítica, Blasco volvería a escenificar y explorar muchas de las controversias supranacionales que rodearon el nacimiento de la nación moderna hispanoamericana. Así lo había hecho ya antes en *Los argonautas*. Por otra parte, en ella interactuarían multitud de corrientes entre las que se cuentan el positivismo, el idealismo, el romanticismo, el colonialismo o el costumbrismo. Finalmente, Blasco sintonizaría en ella con el discurso criollo particularmente en lo que respecta a la preservación del legado hispánico en la provincia. Junto con esto mi estudio revelará que al elegir una mujer europea, materialista, transgresora, antagonista de la figura criolla como emblema de los miedos y seducciones que vivía el campo argentino respecto de la inmigración y modernización urbanas, Blasco ejecutaría con *La tierra de todos* una original contribución peninsular al llamado *drama del criollo*. Se trata éste de un tema narrativo

65 En lo que respecta a la relación de Blasco con el cine es imprescindible el libro de Rafael T. Corbalán *Vicente Blasco Ibáñez y la nueva novela cinematográfica* (1998), único estudio riguroso de este tema. Fue precisamente a partir de dos previas adaptaciones cinematográficas de Blasco, *Blood and Sand* (1922) y *The Four Horsemen of Apocalypse* (1921), que emergería el productivo personaje del latin lover en la figura de Rodolfo Valentino.

pampeano que emerge en las primeras décadas del siglo XX argentino. Todas estas revelaciones serán desarrolladas a lo largo de las páginas siguientes.

En el París de los años alrededor de la Primera Guerra Mundial se abre *La tierra de todos*. Allí llega Manuel Robledo para rescatar a su amigo Torrebianca de la ruina y la cárcel llevándoselo al campo argentino. Y ya desde la apertura de la obra se revela al lector uno de los principales debates que la recorren de principio a fin: la ciudad París/Buenos Aires como perdición *versus* el agro como salvación. Si por un lado este enfrentamiento se inscribe dentro de la dialéctica supranacional *campo frente a urbe moderna e industrializada* que caracteriza el periodo finisecular, por otra parte se enmarca específicamente dentro de la inversión discursiva ejecutada por el criollo del Centenario de la consigna paterna del 80. Por ésta era la civilización metropolitana europea la que salvaba a Argentina de la barbarie provincial. Ahora esa cultura urbana, identificada, entre otros espacios, con la ciudad del Sena, no sólo no se percibía beneficiosa sino como la raíz de los problemas de Buenos Aires. Ya desde algunos años antes, varios escritores de la Generación del 80, a pesar del exultante optimismo que recorría la floreciente y modernizada Buenos Aires, también llamada “El París de Suramérica,” expresaban sus recelos y desilusión respecto de esta emergente sociedad afrancesada, cosmopolita y de una burguesía materialista. En *La gran aldea: costumbres bonaerenses* (1884) el escritor Lucio V. López narraba a través del paso a la madurez de su joven protagonista Julio de qué manera el culto por el dinero y la superficialidad estaban aniquilando valores tradicionales. Este pasaje describe la vida del joven en casa de su tío y de su joven esposa Blanca, un ejemplo claro de la moderna mujer argentina:

Blanca con un tren de lujo extraordinario, vivía en el mundo, en los teatros, en los bailes, en todas las fiestas y paseos más concurridos. [...] Montifiori le había traído a todos sus camaradas del gran mundo; dos o tres diplomáticos, aves de paso, chismosos y murmuradores, como todas las mediocridades del género: uno o dos banqueros; no faltaba nunca algún personaje político de más o menos importancia, ni un grupo de muchachos alegres y calaveras que solían

comer allí y alegrar la tertulia de Blanca. [...] Por la noche se tocaba, se cantaba, se saboreaban los escándalos sociales, se criticaba, se mordía en grande y se jugaba...se jugaba grueso. (134-35)

Del mismo modo en 1891 expresaría su nostalgia y desilusión el escritor criollo Santiago Calzadilla en su texto *Las beldades de mi tiempo*:

En nuestra sociedad tranquila e imbuida de sus costumbres, cuando aún no habían invadido los gustos y las mil exigencias de la vida fastuosa de la Europa, aquello tenía sus encantos, a lo que contribuía no poco la sencillez de las mismas costumbres. Todos se conocían y respetaban sin preocuparse ni poco ni mucho de las formas, y menos aún de saber de qué pie cojeaba el vecino. (135)

En otro momento de la narración afirma el narrador: “De esto y muchos más encantos positivos de una existencia tranquila y honorable, se gozaba aquí en los barrios del sud ¡No había bancos, esta carcoma que nos ha liquidado a todos!” (36). Igualmente la novela costumbrista argentina de fines del siglo XIX encontraría en la censura de los *cracks* bursátiles, los despiadados especuladores y la corrupción social un succulento filón del que saldrían exitosas novelas como *La bolsa* (1891) de Julián Martel: “Costumbrista literature added a new dimension to the critique of market society: it presented Buenos Aires as a space contaminated with fraud, falsification, and deceit. Fraud was present in the products offered on the market, in the promises made to incoming workers and investors, and in the “arrangements” of the voting system” (Salvatore 14).

No se trata por tanto de un hecho intrascendente que Blasco abriese su novela en París. No es fortuito tampoco que en los cuatro primeros capítulos Blasco dibuje una peyorativa pintura de la ciudad cuyos rasgos presentan relevantes coincidencias con los del Buenos Aires retratado tanto en la literatura argentina costumbrista del cambio de siglo como también en textos emblema del Centenario como *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez. Debe precisarse que, si bien el valenciano admiraría públicamente el progreso urbano de Buenos Aires, no obstante y de acuerdo con el hispanismo universalista de su misión en

Argentina se sumaría al criollo en la defensa de la provincia donde el legado hispánico pervivía más vigorosamente.

Una de las grandes críticas que el criollo tradicionalista lanzaba al Buenos Aires de su tiempo era la vulgarización y empobrecimiento de la cultura. Esto era la culpa, a su juicio, tanto del influjo francés como sajón. Más allá de las fronteras argentinas, la preocupación por la conversión de la producción artística en un artículo de consumo y mercadeo era por otra parte una de las grandes polémicas generales de la modernidad. Blasco se haría eco de estos fenómenos en sus dos novelas argentinas. En *Los argonautas* había censurado la banalización de la cultura mediante el frívolo personaje del abate francés. En *La tierra de todos* haría lo propio mediante el salón literario de la condesa Titonius, también apodada *Cien kilos de poesía* y cuya descripción ocupa el capítulo tercero. En verdad, la proliferación de tertulias literarias imitando el gusto y moda parisinos en Buenos Aires era sin duda una tendencia en auge en la época y ampliamente denostada. Blasco aportaría su parte de censura con la introducción de esta tertulia a la que asistirá Robledo durante su breve estancia en París. Es un ateneo de falsos intelectuales donde a cambio de adular las infumables poesías de la dama reciben refrigerios.

Pero esta Titonius, amén de vulgar poeta, es también dudosa condesa. La novela presenta una capital francesa donde entre las clases altas abundan los nacimientos y títulos nobiliarios oscuros y la verdadera cuna es difícil de discernir. Considero que esta crítica encubre importantes conexiones con el panorama porteño de principios del siglo XX. En verdad, unida a la desnacionalización cultural el criollismo reaccionario temía sobremanera la pérdida de las oligarquías hereditarias. El episodio de la Titonius se cierra cuando la condesa con una carnalidad grotesca y arrogante intenta seducir al español Robledo y es rechazada. Este inicial desprecio por el placer material que ofrece este personaje, encarnación de todos los supuestos males de la cultura urbana francesa, conlleva un significativo efecto dramático.

Sin duda es una premonición y reduplicación del castigo que al final de la novela Robledo ejecutará sobre este modelo a través del personaje de Elena.

La adversa estampa de París se amplía en el capítulo cuarto con el suicidio del personaje Fontenoy. Es banquero, amante de Elena y ejemplo de las fatales consecuencias de la especulación monetaria y los derrumbes bursátiles. La inclusión de este episodio no juzgo tampoco que se trate de una simple elección temática de Blasco. Tras el dramático *crack* de la Bolsa porteña en 1890 los suicidios y las bancarrotas se convirtieron en un tema narrativo que llenaría las páginas de la novela costumbrista del momento. El llamado “el ciclo de la bolsa” contaría con títulos como *La bolsa* (1891) de Julián Martel, *Horas de fiebre* (1891) de Segundo Villafañe o *Quilito* (1891) de Carlos María Ocantos. En la última se relata la historia de un humilde joven que, seducido por los lujos, decide probar suerte con su dinero en la bolsa. Tras perderlo y ante el miedo a los prestamistas se suicida.

Ante tal pintura desaprobadora de París, debe precisarse no obstante que, si bien Blasco se muestra crítico en esta novela con la futilidad, vulgaridad y el culto al dinero de ciertas corrientes y grupos sociales dentro del París de principios del XX, sería hasta su muerte un profundo admirador de la gran novelística francesa así como de los ideales de la Revolución Francesa y del papel de este país en la Primera Guerra Mundial. Asimismo debe puntualizarse que la crítica a cierta nobleza decadente y dudosa había sido tema clave de otras novelas como los *Enemigos de la mujer* (1919). Aquí la crítica a desocupados y banales aristócratas en Montecarlo se inscribiría en una apasionada defensa de la causa aliada.

Finalmente la pintura de París en *La tierra de todos* se completa con Elena. Ella va a ser la principal figura femenina y antagonista de Robledo así como también de sus aliados criollos en la presa. Es una mujer de liberales costumbres europeas. Frente al recato y la fidelidad conyugal, exhibe afirmación y libertad; frente a la dependencia económica del esposo, ella maneja las deudas y usa su cuerpo para pagar los caprichos a los que su furor

materialista lleva. Elena es sin duda una antítesis del modelo femenino que el nacionalismo reaccionario argentino había diseñado y que ya Blasco había recreado en el contestatario personaje de Nélidea en *Los argonautas*.

En primer lugar, el sospechoso origen de su nacimiento y la práctica de la prostitución, si bien de alto caché, sin duda conectan a este personaje con el temor criollo a la pérdida de linajes que señalé anteriormente. En el capítulo segundo comenta un personaje a Robledo: “¿Rusa?... ¿Cree usted verdaderamente que es rusa? ...Eso lo cuenta ella, así como las otras fábulas de su primer marido, gran Mariscal de la Corte, y toda su noble parentela. Son muchos los que creen que no ha habido jamás tal marido” (17). Por otra parte, su consumismo feroz la identifica con otro de los temores criollos de la época: la pérdida de haciendas y tradicionales fortunas que esta nueva sociedad urbana de los lujos, la diversión y la especulación había generado. Muchas familias conservadoras recriminaban a unos hijos que dilapidaban el capital familiar en las tentaciones y sofisticaciones de la vida urbana moderna. Cuando Robledo llega a París encuentra precisamente a su amigo Torreblanca leyendo una carta de su madre donde se describe el forzoso desmantelamiento del palacio familiar provocado por el voraz gasto de Elena: “Mientras iba leyendo, vio con su imaginación el antiguo palacio de los Torreblanca, allá en Toscana. [...] Los salones, con pavimento de mármol multicolor y techos mitológicos pintados al fresco, tenían las paredes desnudas, marcándose en su polvorienta palidez la huella de los cuadros célebres que las adornaban en otra época, hasta que fueron vendidos a los anticuarios de Florencia” (8). El fragmento es asaz significativo desde múltiples perspectivas. Dentro de un contexto finisecular supranacional, evidencia la progresiva decadencia de la nobleza europea incapaz de frenar el desmoronamiento de sus fortunas y propiedades ante el embate de la modernidad con sus nuevos emblemas de prestigio y nuevas clases sociales. Ante esta situación y con el fin de sobrevivir tendría que buscar cauces de convivencia y coalición con la burguesía y la

ciudad. Por otra parte, frente al valor inimitable del *arte*, Elena rechaza el palacio y elige como símbolo de prestigio la adquisición de *producción en masa* como el automóvil o los modernos productos de *toilette*. Esto evidencia una de las importantes controversias de un *fin de siglo* escindido entre modos heredados para mostrar la categoría social o aquellos nuevos creados por la industrialización. En América, los herederos en cierto modo de la cosmovisión de la nobleza europea son los criollos. Son ellos de una manera semejante los que ven cómo sus grandes haciendas son compradas por el dinero burgués, sacrificadas en aras del progreso e industrialización, o dilapidadas por los hijos que han emigrado a la ciudad. Este sentimiento ya lo había recogido Blasco en *Los argonautas* con el personaje doña Zobeida y los pleitos por su latifundio.

En conclusión, se pueden inferir las siguientes conclusiones a partir de los cuatro primeros capítulos de *La tierra de todos*. Blasco Ibáñez ejecuta en ellos una adversa pintura de París/Buenos Aires como una estrategia narrativa de un gran efectismo dramático. En primer lugar, el lector llegará al campo argentino con una imagen mental negativa de la urbe moderna, mercantilizada y corrupta. Este hecho provocará que la sublimación de la campiña y el criollo se vea más acentuada y con ello el evidente didactismo de la novela. París/Buenos Aires quedará duramente denigrado en el texto frente a la heroica epopeya de lucha contra la naturaleza y las influencias foráneas que va a protagonizar Robledo en el Río Negro. Esta se culminará con la salvación de la presa, representación metafórica de Argentina.

Como señalé en capítulos anteriores, la afinidad de Blasco dentro de su producción argentina con el criollismo nacionalista del Centenario debe ponerse en relación con el reverdecimiento del hispanoamericanismo en la Península tras la pérdida de las últimas colonias. En *La tierra de todos*, tal y como hiciese años antes en *Los argonautas*, Blasco recrearía algunos de soportes ideológicos del hispanoamericanismo post-98. Además en ambas novelas lo haría a través de un protagonista español con ciertos rasgos autobiográficos.

Si en la primera sería el joven poeta Fernando de Ojeda en la segunda será el ingeniero Manuel Robledo. De hecho en la página cuarenta y siete de la novela Robledo declarará su objetivo final al construir la presa en Argentina: ver la zona convertida en una *huerta valenciana* exuberante de agua y frutas. Así pues, el ingeniero anhela, y lo verá consumado al final de la novela, nada más ni menos que el postulado básico del hispanoamericanismo. Este era el rencuentro de la metrópolis y sus ex-colonias mediante la ejecución de una reconquista de los antaño territorios posibilitada por el reconocimiento de la existencia de una cultura y cosmovisión común a ambos lados del Atlántico.

Los ecos del hispanoamericanismo en Robledo comienzan sin embargo mucho antes con el contraste entre su descripción con la de los decrepitos y crápulas personajes que pueblan París. La voz narrativa destaca al español como “un verdadero hombre” cuyos rasgos más característicos son su integridad moral y estatura espiritual. Sabemos de él que tuvo una juventud lírica y romántica madurando despreocupado del atesoramiento de riqueza. La propia Elena se sorprende del desinterés crematístico de Robledo: “Usted parece que da poca importancia a la riqueza, y si la busca, es por satisfacer su deseo de acción, por dar empleo a sus energías” (15). La conjunción de estas características pudiese parecer fortuita. No lo es. Encaja con esa necesidad hispanoamericanista de presentar la Península y a sus habitantes como un modelo socio-nacional de valores espirituales superiores. La Península trataría de recuperar su antiguo prestigio ante Latinoamérica ejecutando una relectura y reparación de la historia de la Conquista al mostrarla como un acto que tuvo altas dosis de altruismo, vocación espiritual y aventura más allá de la búsqueda del oro. Como de Ojeda en *Los argonautas*, el texto dice de Robledo que eran la acción y el deseo de transformar para la civilización una tierra estéril lo que le había impulsado a Argentina: “Robledo llevaba muchos años vagando por la América del Sur, como ingeniero, pero plegándose a las más extraordinarias transformaciones, como si reviviesen en él, por ser español, las inquietudes aventureras de los

antiguos conquistadores” (10). La mención a los conquistadores merece detenimiento. Aun aceptando los errores, el hispanoamericanismo subrayaría de estos hombres su arrojo y su deseo de *civilizar* la naturaleza y pueblos americanos. Dentro de este marco discursivo interpreto las siguientes líneas en *La tierra de todos*: “Robledo, a caballo, con casco blanco y poncho, varios mestizos colocaban piquetes con banderolas en una llanura de aspecto salvaje, que por primera vez iba a sentir las huellas de la civilización material” (11). Es difícil no asociar esta pintura de autoridad con la primera llegada de los conquistadores a América. De acuerdo con esta apología y como ya fue señalado para *Los argonautas*, el conquistador había librado una ardua lucha combatiendo como un mártir en pro de la civilización y frente a una naturaleza harto hostil. Si *Los argonautas* mostraba reminiscencias de este discurso en la pintura dramática de los trabajos de los exploradores Ojeda o Díaz de Solís, *La tierra de todos* no recurre a otras figuras. Es su propio protagonista Robledo y sus compañeros ingenieros quienes arrostran los infortunios:

Y se habían visto obligados a seguir avanzando a través de una llanura siempre inmensa, siempre igual, guiándose por la brújula y sufriendo una sed de naufragos que los hacía marchar con la boca jadeante, los ojos desorbitados y una expresión de locura en ellos. (50)

Inmensa llanura barrida en invierno por huracanes fríos que levantan columnas de polvo, y sin más habitantes naturales que las bandas de avestruces y el puma vagabundo, que, cuando siente hambre, osa atacar al hombre solitario. (14)

La descripción de la tez del ingeniero “oscurecida por la doble causticidad del sol y del frío” (12) enfatiza la naturaleza sufriente de su causa.

Pero si algo caracteriza y aumenta el valor crítico de la producción argentina de Blasco, es el entrelazamiento y riqueza discursiva que esconde su prosa. El valenciano, entre otras cosas, fue tardío naturalista, realista, espiritualista, vanguardista en sus relaciones con el cine e incluso, en sus últimos textos, hispanista historiador. El personaje de Robledo es un ejemplo palpable de esta amalgama de herencias. Si por una parte he desvelado ciertos rasgos

de su carácter en función de la propaganda hispanista, otros se pueden retrotraer hasta las justificaciones de la Conquista y el idealismo romántico. Así Robledo, en una sugestiva dualidad, es por un lado el heroico conquistador en la descripción de sus andanzas en el continente pero también el *buen salvaje* que reside en una América edénica a la cual invita a su amigo Torrebianca. Efectivamente los adjetivos que describen al ingeniero en su presentación son los que tradicionalmente rodean al *buen salvaje*: armonía con la naturaleza, generosidad, inocencia, autenticidad, robustez física y rechazo del lujo y la sofisticación. Hay dos momentos en que se confiere literalmente a Robledo el apelativo de *salvaje*. Especial atención merece este ejemplo en el que se enfrentan el universo parisino de Elena frente al agreste de Robledo. Exclama ella: “¡Oh París, no hay más que un París! ¿Qué dice usted de esto Robledo?” El texto continúa: “Pero como Robledo era un salvaje sonrió con una indiferencia verdaderamente insolente” (18).

La visión de América como un paraíso virginal retrocede hasta sus primeros exploradores. Mucho antes de que emergiera como un medio enemigo. Más tarde con la proyección del pensamiento romántico, particularmente las ideas del filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), América surge como el espacio vital del *buen salvaje*. Este vive siguiendo sus instintos y apoyado en su vigor físico sin estar sujeto a las complejas regulaciones que ha creado la sociedad civil. Es en cierta conexión con la corriente del romanticismo que debemos entender las palabras de Robledo al intentar convencer a Torrebianca de que lo acompañe al campamento lejos de la urbe:

Allá, la vida es dura, y sólo se conocen muy de lejos las comodidades de la civilización. Pero el desierto parece dar un baño de energía, que purifica y transforma a los hombres fugitivos del viejo mundo, preparándolos para una nueva existencia. Encontrarás en aquel país náufragos de todas las catástrofes, que han llegado lo mismo que los que se salvan nadando, hasta poner el pie en una isla bienaventurada. Todas las diferencias de nacionalidad, de casta y de nacimiento desaparecen. Allá sólo hay hombres. La tierra donde yo vivo es....la tierra de todos. (32)

Bajo las palabras del español subyacen significativas implicaciones. En principio es imposible no percibir en este fragmento ciertos ecos de los ideales de la Revolución Francesa a los que Blasco siempre apelaría. De hecho el título de la novela, *La tierra de todos*, no es sino el anhelo de igualdad y la posibilidad de un lugar para la utopía. Debe observarse que, como veremos más adelante, esa igualdad que predica Robledo será para criollos y europeos que gozan de un estatus similar. Esta no se extenderá al gaucho o al indio. A ellos no se les reconocerá ninguna de las características del *buen salvaje* pero sí las propias de un contexto positivista que justifica su sometimiento. Pero además las palabras del protagonista nos conducen a la propia experiencia vital de Blasco. Hastiado de intrigas políticas y la burocracia ineficiente viajaría a América, entre otros motivos, imaginando un continente donde quimeras idealistas y sociedades igualitarias eran posibles. El mismo lo intentaría con sus frustradas colonias agrícolas que pretendían ser un proyecto de gestión autosuficiente y justa frente a los abusos que sufrían los inmigrantes al llegar a Argentina. No obstante, no debemos quedarnos en el análisis superficial e incauto de este título. La *Tierra de todos* se escribió bajo la influencia del hispanoamericanismo el cual era esencialmente una revisión en clave intelectual y afectiva del papel colonialista de la metrópolis. Por lo tanto el título puede entenderse complementariamente desde este punto de vista como un lugar abierto al expolio y una tierra de Jauja, de inagotable riqueza donde todos pueden tener su parte de éxito y enriquecimiento. No podemos obviar que Blasco partió para Argentina con el propósito claro de mejorar su situación económica y vender sus libros.

Así pues, es a esa *Tierra de todos*, en concreto a esa presa/Argentina donde van a estar representadas todas las fuerzas activas de conformación nacional, donde llegan Torrebianca y Elena con Robledo. Esto supone el comienzo efectivo de la trama novelesca tras unos capítulos introductorios de censura parisina y presentación de los principales personajes. Ahora es cuando cabe hacerse la pregunta: ¿Por qué elegiría Blasco esta llegada y

sus consecuencias como argumento central de su novela? ¿Por qué un escenario en la provincia argentina? ¿Por qué una mujer extranjera como destacado, si no principal, personaje? Ninguna de estas circunstancias es intrascendente. En primer lugar la masiva emigración a Argentina en las primeras décadas del siglo XX, primordialmente desde el continente europeo, era sin duda uno de los temas centrales del debate nacional argentino. Por otra parte, si el impacto negativo de este flujo en Buenos Aires se había señalado desde fines del siglo XIX, con la dispersión de los emigrantes a la provincia y su participación en la modernización de la misma y sus recursos, las tensiones entre lo nativo y lo foráneo cobrarían especial auge en el escenario rural hacia principios del siglo XX. Los conflictos entre la tradición rural y los nuevos usos sociales de los inmigrantes se convertirían en un productivo argumento dentro de la producción literaria del Río de la Plata. Uno de los más importantes cronistas del tensionado ámbito sería el criollo Benito Lynch (1885-1951) cuya novelística ocupa las tres primeras décadas del siglo XX. En su artículo “El extranjero en las novelas de Benito Lynch,” Gerald L. Head analiza la figura del forastero en obras como *Los caranchos de la Florida* (1916) o *El inglés de los güesos* (1924). Head argumenta que: “...a pesar de sus momentos ligeros y divertidos, [el extranjero] es objeto de un profundo resentimiento de parte del paisano” (91). A partir de los textos de Lynch, Head articula un perfil del extranjero en el que destaca su ignorancia de la realidad rústica e ineptitud para aprender la lengua. No obstante, los trazos más negativamente destacados son su avaricia y una febril diligencia en la introducción de técnicas de trabajo modernas que lo hacen un competidor para el nativo.

También esencial será el tipo del forastero en la obra teatral del gran dramaturgo rioplatense Florencio Sánchez (1875-1910). Dentro de su producción, que se extiende a lo largo de la primera década del siglo XX, destacan tres textos de ambiente rural: *M'hijo el doctor* (1903), *La gringa* (1904) y *Barranca abajo* (1905). Las tres piezas que abordan el denominado “drama del criollo” coinciden en tener como protagonistas a criollos viejos y

conservadores, Olegario, Cantalicio y Zoilo respectivamente, en pugna con las costumbres introducidas en el ambiente provinciano por extranjeros o nativos extranjerizados. *Barranca Abajo* narra la decadencia y suicidio de Zoilo tras la desintegración perpetrada por abogados y especuladores urbanos de su latifundio y poder patriarcal. En *M'hijo el doctor* se relatan las tirantes relaciones entre el anticuado Olegario y su urbanita hijo de liberal educación e ideas progresistas. Mención especial merece la última de estas obras, *La gringa*, para el análisis de *La tierra de todos*. La pieza aborda las disputas entre el criollo Cantalicio y su vecino italiano Nicola por cuestiones de deudas y terrenos. La obra concluye con la reconciliación de ambas partes gracias al enlace criollo/*gringo* entre Próspero, hijo de Cantalicio y Victoria, hija de Nicola. La inteligencia y bondad de Victoria tendrán un papel esencial en la pacificación y sutura de las rencillas. Como se mostrará al final de este capítulo, de igual manera en *La tierra de todos* los conflictos se coronarán con la boda entre la criolla Celinda y el *gringo* Watson. No obstante, la solución matrimonial no siempre sería la triunfante en el agro argentino. En su artículo “The Limits of the Melting Pot in Urban Argentina: Marriage and Integration in Córdoba, 1869-1909” Mark D. Szuchman estudia, entre otros aspectos, las preferencias de los hombres criollos respecto de las mujeres extranjeras y concluye: “Creole men, however, were extremely reticent to marry non-Argentine women: only 1 in 100 creoles married a European woman while nearly 99 percent chose Argentine brides” (29).

Sin embargo, tanto el personaje de Victoria con su respeto y confianza ganada ante el tipo criollo así como las múltiples *gringas* rechazadas por el mismo, evidencian que en ambos casos la figura extranjera femenina en este contexto sociológico había alcanzado un protagonismo y simbolismo central respecto de la superación o agudización de las tensiones nativo/foráneo en el campo argentino de la época. Esto justificaría la elección por parte de Florencio Sánchez del título *La gringa* en una obra donde las tensiones son desencadenadas y protagonizadas por figuras masculinas. Esto también explicaría el hecho de que el binomio

mujer tradicional/nativa frente a mujer moderna/extranjera o nativa barbarizada y las consecuencias de la presencia de la segunda en el espacio campestre protagonizasen dos de las más importantes novelas de los años cercanos al Centenario. Sus autores no serían otros que dos de los más reputados escritores criollos del momento: Manuel Gálvez y Enrique Larreta. Estas novelas son *Zogoibi* y *La pampa y su pasión*.⁶⁶

De familia pudiente, Larreta ejerció como diplomático al tiempo que poeta, novelista, dramaturgo y ensayista. Si bien en su juventud Larreta se había caracterizado por la defensa del progreso industrial y su admiración por la cultura francesa, posteriormente prevalecería una vena criollista manifestada en su interés por la cultura peninsular y la pérdida de los valores castizos en la mecanizada provincia. En 1908 escribiría *La gloria de don Ramiro*, novela histórica emblemática de la prosa latinoamericana modernista pero también del hispanismo argentino donde ejecutaría una recreación preciosista de la España del siglo XVI. En 1926 con su segunda novela, *Zogoibi*, Larreta contaría la historia del criollo Federico, último vástago del linaje de los Ahumada. Este se suicidará incapaz de superar con éxito el enfrentamiento entre dos mundos encarnados en dos mujeres: rural o urbano, Lucía o Zita. En su libro *Enrique Larreta: el hombre y el escritor*, Hebe N. Campanella describe este conflicto en los siguientes términos:

La lucha interior de Federico, que terminará en tragedia, es la representación del itinerario doloroso y agónico de la provincia. Y del hombre que la habita, tironeado por un doble llamado: el de la estirpe española, que se prolonga en la sangre y en la lengua, antecedente inmediato de su criollismo; y el del medio en que ha nacido, contagiado, a través del aluvión inmigratorio finisecular, de ideas avanzadas, progresistas unas veces, puramente materialistas otras, no siempre conciliables con los viejos ideales hispánicos. (157)

66 Todas las notas de la obra de Enrique Larreta *Zogoibi* pertenecen a la edición de 1961 en Buenos Aires publicada por la Editorial Claridad. Para *La pampa y su pasión* manejo la edición de 1958 de la Editorial Losada en Buenos Aires.

En lo que respecta a Manuel Gálvez, cuya figura y producción fue ampliamente analizada en previos capítulos, sería en *La pampa y su pasión* donde recrearía el tema de la pérdida de la esencia argentina enmarcada en el contexto del *turf* argentino. El caballo, privilegiado emblema de la argentinidad, se mimetiza en esta novela con el genuino e incorruptible *criollo de ley* Fermín Contreras. Sus valores tradicionales entrarán en pugna por una parte con dos *nuevas mujeres argentinas* Albertina e Indiana Reyes, materialistas y europeizadas. Por otra parte se enfrentarán al playboy porteño Federico Wilkinson. La tensión culminará en la destrucción personal de Fermín, la ruina del establo y la ruptura de Federico con su prometida María de Jesús. Ella es la flor de la aristocracia nativa y nieta de Don Nicasio Ortiz, estanciero principal y criollo de hispánica cepa.

Retomando ahora *La tierra de todos*, resulta evidente que la temática elegida para esta novela presenta una estrecha relación con la novelística pampeana de la época. Las afinidades con la pintura de los personajes y el nudo argumental nos permiten defender que Blasco aumentaría con esta novela el tema novelístico del *drama del criollo* del campo ante la modernidad. Años más tarde volvería a recrear Blasco estos conflictos en el guión de la película *Argentine love* producida por Paramount Pictures. Allí se cuentan los amores de la nativa Consuelo Alcorta y el extranjero Philip Sears. Se representan las tensiones entre el derecho de la mujer a elegir su esposo y a la pasión amorosa frente a las conveniencias familiares y el designio patriarcal.

Si bien, ciertas resonancias entre *La tierra de todos* y *La pampa y su pasión* existen, sus afinidades con *Zogobi* son bastante más reseñables. Tal y como ocurre en *La tierra de todos*, una extranjera de oscuro origen, Zita Wilburns, llega a la provincia con su esposo interesado en desarrollar proyectos industriales.⁶⁷ Esta mujer muestra rasgos marcadamente

⁶⁷ Si bien escrita después de *La tierra de todos*, la acción de este texto tiene lugar en la primera década del siglo XX. Así lo confirma Hebe N. Campanella en su libro *Enrique Larreta: el hombre y el escritor* al comentar la novela: “Sin embargo, por el tiempo en que ocurren los hechos en *Zogobi*, inmediatamente antes de la primera

semejantes a Elena.⁶⁸ A semejanza del texto de Blasco, sus devaneos y caprichos materialistas perjudican el desarrollo empresarial. Si en *La tierra de todos*, el criollismo está representado por el hacendero Rojas y su hija Celinda, en la obra de Larreta lo encarnan los Ahumada con Federico a su cabeza y la familia de Lucía. En ambas novelas se presentan dos modelos antagónicos de mujer asaz similares: Elena y Zita, son rubias, seductoras gracias a artificios modernos, sofisticadamente consumistas y devotas de París. Por el contrario Celinda y Lucía son paradigmas de una belleza virginal y agreste así como de una integridad moral y llaneza campesina incorruptibles. Para concluir en ambos textos tanto Zita como Elena escapan a la ciudad con sujetos de dudosa integridad y gustos metropolitanos. A lo largo de este análisis haré puntuales referencias a las concordancias entre ambos textos.

Una vez delimitadas las motivaciones temáticas de *La tierra de todos* y enmarcada en el contexto literario argentino del periodo, es preciso ahora adentrarse en su argumento donde también van a emerger significativas revelaciones desde el punto de vista crítico. La trama de la novela se empieza a desenvolver cuando Robledo introduce en este remoto escenario campestre a Torrebianca y su esposa. La llegada de la extranjera viene enmarcada en el mito. Robledo afirma al pie del carruaje: “¡Quién sabe si acabaremos matándonos por su culpa!! Quién sabe si esta Elena será igual a la Helena de Troya!” (53). Estas palabras sin duda constituyen un prelude de lo que acontecerá al final de la novela y un aviso al lector de los peligros que puede entrañar la elección de un modelo social y nacional equivocado. Recordemos que el nacionalismo criollo había nacido como un modo de testimoniar y alertar sobre ciertos cambios en la nación y educar sobre el modelo por el que se debería optar. La

guerra mundial -1913-1914-, la ciudad imponía ya a la campaña su estructura política, sus instituciones y avances técnicos, sus gustos cosmopolitas” (155).

68 En *Zogoibi* leemos: “¡Pero qué persona tan extraña Mrs. Wilburns! ¿Sería austríaca, rumana, rusa? Francesa no lo era, inglesa tampoco. ¿Por qué no quería decir su origen? Siempre que él le insinuaba alguna pregunta en ese sentido, ella contestaba palabras tortuosas y con la sonrisa de la mujer explica cada vez de un modo diferente su perfume predilecto y secreto” (68).

alusión mitológica no considero que sea fortuita. Coincidentemente al cierre del escenario de la presa Elena será identificada con otro mito, en este caso indígena: el *Gualicho, el diablo pampero*. De un modo semejante, en *Zogoibi* se ofrece la identificación de Zita con una fuerza demoníaca. Así se refiere uno de los personajes a la situación de Federico: “Me está pareciendo que ya metió el Diablo su rabo. (Santiguóse) ¿No le habrá embrujado a usted la polaca esa de La Fábrica, la Wilburns?” (27). Al insertar a Elena en el espacio mítico, Blasco trasciende los límites de la provincia argentina y del tiempo. La convierte en un modelo trasplantable y que se articula bien con el marcado, incluso extremo, final didáctico de la ficción. Esta concluye con la dramática derrota de Elena y su modelo urbano-materialista frente al triunfo del tradicionalismo criollo. De esta moraleja final, aunque en un sentido inverso, participarán tanto *La pampa y su pasión* como *Zogoibi* al coincidir en el desafortunado final de sus criollos protagonistas.

A la arribada de Elena en el campamento prevalece un determinado *statu quo* social. Este no es sino el reflejo y consecuencia de las políticas propiciadas por la Generación del 80 con sus campañas de pacificación y urbanización de los núcleos rurales. Así la oligarquía criolla, representada por Rojas, mantiene sometido al *gaucho* en un equilibrio precario donde el *salvaje* realiza frecuentes incursiones y roturas a la *civilización*. El indígena se presenta prácticamente sojuzgado al servicio del patrón criollo. Los extranjeros, franceses, italianos y el norteamericano Watson colaboran en la construcción de la presa junto con el porteño Moreno. La obra, paradigma del progreso industrial argentino, se halla bajo la supervisión de un español y la rancia autoridad del patrón criollo. Rojas es el capataz y posee un papel regulador en la presa. Controla los movimientos del gaucho *Manos duras* y vigila el orden entre mestizos e indios. En términos positivos se describe a Rojas como una figura de autoridad: “Sus maneras delataban a la persona nacida en un ambiente social muy superior al que ahora lo rodeaba. Como decían en el inmediato pueblo de la Presa, era un hombre que,

vistiese como vistiese, tenía aire de señor. Llevaba casi siempre botas altas, gran chambergo y poncho. Pendiente de su diestra se balanceaba continuamente el pequeño látigo de cuero llamado rebenque (35)” Diana Sorensen en su artículo “Mitos nacionales del Centenario” al consignar los mitos nacionales que modeló el clima intelectual del Centenario destaca la relevancia de la figura del patrón criollo: “En el espacio cedido por el gaucho se esboza el germen de otro mito de gran peso político en el futuro de la Argentina: el del patrón criollo, “blanco puro”, en quien los gauchos reconocen “una especie de poder dinástico que residía en su capacidad urbana para el gobierno”(161).

Aliados a la figura del patrón aparecen su hija Celinda y su pretendiente norteamericano Watson. Celinda, también llamada *Flor del Río Negro*, se ofrece como el modelo antagónico de Elena. Experta amazona y dotada de una belleza sin artificio encarna la Pampa agreste pero incontaminada. Es una flor nacida a imagen y semejanza de la tierra y su tradición. Nada lejos de esta Celinda se presenta la Lucía de la novela *Zogoibi* también amazona. No es necesario insistir en la fuerza metafórica del caballo en el imaginario nacionalista argentino. La joven Celinda se somete a los dictados de su padre y es feliz con su destino de perpetuar, como madre y esposa, el linaje criollo. Su joven e inmaduro pretendiente es Watson, amigo de Robledo. Este a menudo ejerce de padre para él. Opuesto al materialismo de Elena, aunque zozobre en algún momento de la novela, apoya el progreso industrial pero enmarcado en los valores espirituales y tradicionales que dicta su jefe español Robledo y su novia.

A este grupo se oponen todos los personajes que se ven influidos y caen bajo la seducción de Elena. Entre ellos se encuentra el gaucho, antagonista de la cultura sedentaria y personaje relevante de esta novela. Efectivamente *La tierra de todos* testimonia con fidelidad la violenta lucha de poder entre hacendero y gaucho rebelde, *civilización y barbarie*, que va a marcar la provincia argentina a lo largo del siglo XIX e inicios del XX. En la cosmología

argentina que dibuja el *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento dos términos sesgan, no sin intersecciones y contactos, el país: la barbarie del caudillo rural frente a la civilización representada por la urbe Buenos Aires. En su artículo “Sarmiento y su teoría de *Civilización y barbarie*,” Enrique de Gandía sintetiza esta irreconciliable dicotomía: “La grandeza de Buenos Aires la había hecho la configuración geográfica. Su desgracia la hacían la barbarie del interior y el despotismo de Rosas. Esta es la tesis de *Civilización y barbarie*. La civilización es la ciudad; la barbarie es el desierto que engendra los despotismos. Facundo es un ejemplo, es un resultado” (69).

La tierra de todos participará plenamente de la concepción sarmentina del gaucho. Sabemos que Blasco Ibáñez conocía bien la obra de Sarmiento y las resonancias y préstamos de este autor son palpables tanto en la novela que tratamos así como en el tratado *Argentina y sus grandezas*. En su conferencia *Artistas del siglo XIX* pronunciada en Argentina Blasco Ibáñez dedicaría un sentido homenaje al escritor. Esta es la descripción del gaucho Juan Facundo Quiroga que Sarmiento nos ofrece en su obra. Tras haberlo asemejado con un tigre, en su físico y en su fiereza, se detiene en la pintura de los ojos: “Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes, alguna vez, llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisin” (138). Es imposible no reconocer las sintonías plásticas con la descripción de *Manos duras* que aparece en *La tierra de todos*: “Este hombre cuya edad no parecía más allá de los treinta años, podía ser tenido por hermoso, pero su rostro se contraía algunas veces con un gesto repelente, y sus grandes ojos oscuros brillaban con una expresión imperiosa y cruel [...] Pero *Manos Duras* había nacido para ser “gaucho malo”, ladrón de reses y matón” (43). Más allá de la apariencia, las maneras y actividades de *Manos Duras* lo relacionan directamente con el

gaucho sarmentino. *Manos duras* hace incursiones para robar tanto reses como mujeres al tiempo que ejecuta un comercio enemigo del modelo de civilización amparado por el progreso blanco. Aunque como he señalado anteriormente muchos son los encuentros entre *Zogoibi* y *La tierra de todos*, el gaucho será un elemento excepcional. En la novela de Larreta el gaucho Herrera, a diferencia de *Manos duras*, se trata ya de ese gaucho post-positivista sometido al proceso civilizatorio. Con “una tristeza de león enjaulado” (63) se ha bajado del caballo y ahora es peón. La nostalgia se mezcla aquí con el lirismo para describir una figura heroica irrecuperable.

Por lo que respecta a *Argentina y sus grandezas*, texto que sirvió de base a la escritura de *La tierra de todos*, se describe al *gaucho malo* en sintonía también con la pintura positivista de Sarmiento: “La vida tranquila del hogar estable, la tierra escriturada y defendida por la ley, no eran para estos vagabundos, amantes del derecho sustentado con el facón, y partidarios de un comunismo gobernado por los más fuertes” (236). El conocimiento del escritor argentino llega incluso a la cita literal de la categorización sarmentina del gaucho: el *rastreador*, el *baqueano* y el *gaucho malo*. Sin embargo, la representación del gaucho en el ensayo *Argentina y sus grandezas* merece detenimiento al presentar complejas ambivalencias. Uno de los hechos que hacen a la producción argentina de Blasco excepcional es, entre otros factores, el hecho de ser un inexplorado punto de encuentro de discursos, tendencias y movimientos en transición. La representación del gaucho dentro de este tratado es un ejemplo reseñable de esta riqueza. Como ya comenté en anteriores capítulos, la llegada de Blasco a Argentina se produce en un momento clave en el que se está desarrollando una relectura intelectual del imaginario nacional debido básicamente a la modernización del país y la masiva llegada de inmigrantes. En este contexto, el elemento gauchesco sufre un importante proceso de redefinición y sublimación. Diana Sorensen lo describe en estos términos: “Se le construye como mito telúrico, prelapsario, anterior a la mancha inmigratoria,

y queda abierto a una activa producción semiológica de naturaleza literaria, artística, musical cuyo poder aglomera operaciones de rescate.” (151) La revalorización del poema *Martín Fierro* y las conferencias pronunciadas en 1913 por Leopoldo Lugones quedan como hitos capitales de este reajuste que catapultará definitivamente al gaucho como indiscutible emblema de la identidad patria.⁶⁹ Ahora será la víctima, no el verdugo, de la civilización. La producción argentina de Blasco evidencia este momento de ambivalencias respecto de la figura del gaucho. Mientras el *Manos Duras* de *La tierra de todos* se mantiene fundamentalmente en los parámetros positivistas de la *Generación del 80* y Sarmiento, en *Argentina y sus grandezas* se filtra la progresiva exculpación e idealización del gaucho en la literatura. Aquí el valenciano se convierte en un continuador peninsular de la *gauchesca* al citar y comentar en su ensayo el texto *Santos Vega* de Rafael Obligado, específicamente el encuentro entre *Santos Vega* y el diablo *Juan sin ropa*: “De donde viene todo lo que es impiamente poderoso, todo lo que acaba con lo antiguo: de la ciudad, de la lejana ciudad, que se extiende avasalladora hasta suprimir el gaucho y dominar la llanura.....todos los poderes y refinamientos de la civilización que vencen al gaucho ...y el gaucho noble, reconociendo su inferioridad, se aleja derrotado para morir oscuramente” (249). Además de esto, en *Argentina y sus grandezas* Blasco ejecutará una estrategia discursiva que supone no solamente la reivindicación del gaucho como figura nacional sino de su origen español. En esta maniobra letrada España emerge como la base y fuente de la nacionalidad argentina, sin duda la base fundacional para establecer esa hermandad trasatlántica que el hispanoamericanismo peninsular amparaba:

España dio la vihuela al gaucho. Le dio también su música popular, de un marcado carácter oriental, con sus notas prolongadas, casi iguales al grito con

69 No obstante, debe precisarse que la evolución del gaucho no se trató de un hecho inesperado o puntual. En realidad, era un proceso que se había ido fraguando al mismo tiempo que la consolidación del género literario gauchesco. Ya en 1850 y con el texto *Santos Vega o los mellizos de la flor*, Hilario Ascasubi inicia la larga transmutación operada en la figura del gaucho a lo largo del siglo XIX. Uno de sus más afamados continuadores será Rafael Obligado, fundador de la Academia de Ciencias y Letras. Su reconocida aportación a la *gauchesca* es la obra *Santos Vega*, reformulada en varias ediciones desde 1881.

que el muecín saluda desde el balcón del minarete al nacimiento y la puesta de sol La música árabe, trasplantada a las risueñas ciudades de Andalucía, pasó luego el océano y se esparció por las llanuras platenses, para conservarse tal vez más pura que en la península, por la vida de aislamiento que llevaba el gaucho. (246)

Regresando de nuevo al campamento de *La tierra de todos*, otra figura que va a integrar Blasco en este espacio es la figura del indio. A diferencia del gaucho, la percepción del indígena es similar en *La tierra de todos* y en *Argentina y sus grandezas*. Ambas obras testimonian los ecos del discurso positivista enmarcado en las doctrinas europeístas de la *Generación del 80*. Por éstas el nativo era considerado un ser étnicamente inferior y por ende debía ser sometido/civilizado. En su artículo “Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography,” E. Bradford Burns reflexiona acerca de la influencia de Spencer, Darwin y Comte en la representación del negro y el indígena en la historiografía y el pensamiento filosófico argentino del siglo XIX: “Clearly those intellectual mentors satisfied the longing of the Latin American elites to replicate European civilization in their hemisphere, which to their thinking evinced all too many ‘barbarie’ African and Indian traits” (414). El propio Robledo confiesa en *La tierra de todos* cuáles eran los verdaderos motivos que le habían llevado a elegir Argentina: “Trabajaba en la República Argentina, hastiado de aventuras en países de continuo sacudimiento revolucionario” (11). En esta actitud se observa una empatía con las elites gobernantes argentinas durante el siglo XIX quienes argüían que Argentina atesoraba una estabilidad social a semejanza de Europa y se distinguía de otras tumultuosas repúblicas americanas: “As Sáenz Peña put it, the Argentine must not be mistaken for one of the volatile Central American Republics –“exuberancias tropicales.” And in effect, elite’s informal institutions, its socialization, style, and recruitment processes examined here, were a palpable reflection of, and a crucial element in, that stability and that accomplishment” (Needell 564).

En *Argentina y sus grandezas* Blasco ofrece una simplificadora categorización del indígena: “Todos los indígenas de la Argentina primitiva pueden ser comprendidos en dos grupos, haciendo caso omiso de tribus y razas: el indio de a pie y el indio de a caballo” (77). El indio a pie, de acuerdo con el valenciano, fue sometido al trabajo blanco sin mayores altercados. Sin embargo se muestra contundente respecto del indio a caballo. No le quedaba al hombre blanco en aras del progreso otra opción que reducir a esta especie: “Era forzoso para la república morir o matar al indio de a caballo. [...] La verdadera gloria del país argentino empieza el día en que acabó para siempre con el indio de a caballo” (29). Por otra parte, el escritor retrotrae la tarea de extinción del indígena a los tiempos de los virreyes españoles: “Los adelantados y virreyes españoles, faltos de combatientes y de dinero, hicieron cuanto pudieron para cortar el paso a esta calamidad” (79). Según su perspectiva esta labor fue continuada por el tirano Rosas y culminada por la campaña del general Roca. Finalmente, la pintura se completa con un retrato indígena de evidentes trazos positivistas. En cuanto a los hombres son inclinados a pependencias si no están controlados por el hombre blanco; de las mujeres se ofrece la siguiente descripción: “Las hembras de las distintas tribus ofrecen también grandes diferencias. Unas son de horrible fealdad e insoportable hediondez; otras presentan alguna gracia, dentro de su decadencia física y guardan por tradición ciertas costumbres de higiene” (82).

Con los mismos ecos del racismo positivista son descritas las mestizas que pueblan el campamento en *La tierra de todos*: “Mestizas de tez de canela y ojos de brasa, con cabelleras duras de color de tinta y dientes de hermosa blancura; unas, exageradamente gordas; otras, absurdamente flacas, como si acabasen de salir de una población sitiada por hambre o como si una llama interior devorase sus jugos” (40). Los mestizos que aparecen en *La tierra de todos* por su parte pueden integrarse en aquel grupo que Blasco denominaba en *Argentina y sus grandezas*: pacificado y atado a las estructuras impuestas por el progreso blanco. Ambos

textos, fruto de una misma tradición determinista, también coinciden en señalar que ante el menor signo de descontrol estos mismos se entregan al alcohol y las peleas en el boliche.

Pero volviendo ahora a la llegada de Elena, ésta será el acontecimiento capital que hará tambalearse toda esta estructura criolla post-colonial que acabo de describir. Elena introducirá en la presa todo tipo de desestabilizaciones y transformaciones. Con ella llegan productos y hábitos consumistas franceses desconocidos hasta el momento en el lugar. Se introducen los perfumes, los jabones costosos y el excesivo uso de agua. Las antaño sencillas comidas en el campamento se transforman en sofisticadas fiestas donde suenan los acordes del piano. Dotada de una belleza fría y sensual, Elena introduce en el tradicional medio rural un atrevido y sofisticado comportamiento sexual. Por ejemplo, en la descripción de la extranjera rubia se destacan sus seductores movimientos felinos y una voraz boca que evoca el órgano sexual femenino. Así se describe uno de los besos de Elena:

Quando se imaginaba haber poseído por entero aquella boca, los labios se entreabrían con un bostezo de fiera, dejándole avanzar para revelarle inéditos contactos de estremecedora voluptuosidad. Creía ya agotadas todas las sensaciones ocultas entre aquellas dos valvas carnosas, suaves y húmedas, y nuevos escalofríos de placer bajaban verticalmente por el dorso de su cuerpo. (94)

La comparación de estas mujeres subversivas e impetuosas con felinos era un recurso que Blasco ya había integrado en *Los argonautas* a través de los personajes de Nérida y Miss Power. Coincidentemente, al retratar Enrique Larreta al personaje de Zita en *Zogoibi* se sirve de la misma imagen: “Por fin, sin apartar la mano estiróse en la silla con un hondo movimiento felino, cual si estuviera en su cuarto, en su lecho y respirase la frescura sensual que entraba ahora en el aire, por el balcón de la noche” (44). Larreta y Blasco volverán a coincidir al destacar la intensidad y exotismo del perfume de estas féminas como armas distintivas y perniciosas. En *Zogoibi* la voz narradora describe los movimientos de Zita en estos términos: “Respirábase en el vestíbulo un olor raro y delicioso, que hizo pensar a

Federico en los aromas del Antiguo Testamento. Así debió ser el enigmático cinamomo” (41).

Cuando Elena llega a la provincia los personajes femeninos están divididos en categorías definidas de acuerdo con un sistema patriarcal tradicional. Las mujeres mestizas e indígenas aparecen sometidas como sirvientas o prostitutas del boliche. La presencia de la extranjera va a desdibujar esas fronteras de género por medio de su atractivo y su posición económica. Una tradicionalista voz narradora la representa en estos términos: “mujer hermosa de cuerpo y enrevesada y maligna de espíritu que tienta a los hombres, los saca del camino del honor y perturba la paz dulce y monótona de todo hombre que debe fundar una familia” (82). Ciertamente la rubia atentará contra la institución matrimonial al burlar a su esposo con diversos amantes. Por otro lado, romperá las estructuras al permitir al gaucho disfrutar de favores sexuales reservados al hombre blanco. Pero aún más importante, va a quebrar el existente equilibrio post-colonial de poder en la presa al poner en jaque a las dos figuras superiores en la pirámide social en la presa: Robledo, Rojas y sus personajes aliados. La disrupción de este *statu quo* da comienzo cuando el francés Canterac, el italiano Pirovani y el porteño Moreno, cuya proclividad por la cultura francesa es significativa, empiezan a luchar por hacerse con las atenciones de Elena. En los tres sujetos, si bien presentados al inicio de la novela como padres y esposos responsables, la perniciosa influencia de Elena despertará un fatídico furor consumista y rivalidad económica. Esto ocurre ante un pasivo marido europeo que ve condescendiente las atenciones de estos hombres. Mientras Robledo con una inquebrantable entereza frente al influjo de esta mujer vaticina la catástrofe en el campamento.

Las jerarquías y costumbres que regían el campamento empiezan a desmoronarse y la acción empieza a precipitarse hacia diferentes sucesos trágicos. Canterac, Pirovani y Moreno han dejado de enviar dinero a sus esposas e hijos para costear los lujos de Elena. Pero

también sus coqueteos con Watson, aunque abortados, ponen en jaque su futuro casamiento con Celinda. En ambos casos, su comportamiento supone un atentado a la institución matrimonial que con tanto ahínco defendía el tradicionalismo del momento. Pero la llegada de la *gringa* ha alterado adicionales aspectos en la comunidad. La mestiza Sebastiana, subyugada por su brillo y atractivo, ha abandonado el trabajo como sirvienta de Rojas. Retando su autoridad, ha abandonado la hacienda para servir a Elena en un intento de mejorar su posición económica. Y de nuevo reaparece el factor del materialismo y la ascensión social como amenaza a la tradición que constituye un persistente tema dentro de la novela. Las rivalidades entre el contratista Pirovani y el jefe de obras Canterac se recrudecen y se descuidan las obras. Los mestizos, aprovechando el vacío de poder, empiezan a ausentarse del trabajo y mostrarse levantiscos. Las peleas entre jornaleros desocupados y borrachos se incrementan en el boliche y Robledo es el único que a duras penas puede frenar estos altercados. Recordemos que, aunque por motivos distintos, era la misma fuerza materialista la que causaba conflictos entre los trabajadores de la fábrica Wilburns en la obra *Zogoibi*.

En esta situación, la posición del gaucho experimenta una transformación. Al cruzarse con Elena, ella regala al gaucho *Manos duras* un seductor saludo. Este hecho no sólo supone la concesión de un homenaje que desestabiliza la escalera social que rige la presa, sino el nacimiento en el personaje de una irrefrenable pasión sexual de tintes positivistas: “La miraba el gaucho con ojos ardientes de adoración y deseo, y ella sonrió, satisfecha del bárbaro homenaje” (68). Si hasta ahora las prepotencias del gaucho con el estanciero Rojas se habían sofocado, el coqueteo de la marquesa ha embravecido la arrogancia del salvaje ladrón. Los propios protagonistas perciben esta creciente soberbia cuando Pirovani comenta: “Aquí todos nos creemos iguales, porque vivimos juntos en el desierto –dijo escandalizado-. Cualquier día ese gaucho cuatrero pretenderá ir por la noche a las reuniones de la marquesa, lo mismo

que uno de nosotros. ¡Cosa bárbara!” (69). El uso de la palabra *bárbara* hace mención explícita a lo foráneo, lo que viene de fuera.

La imparable desestabilización de la convivencia y la competencia entre los tres pretendientes alcanza un punto álgido con la construcción de un jardín artificial para Elena en parte de los terrenos reservados al dique. Canterac ha desviado a este artificio urbano parte del dinero destinado a la presa. El jardín es clímax y metáfora de un proceso de sofisticación que no solamente ha corrompido la comunidad sino falsificado la propia naturaleza con imposturas urbanas. Nada tiene de extraño esta urbanización cuando en la época la construcción de parques y jardines a imitación del estilo francés se habían convertido en un símbolo de prestigio social. En su artículo “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-Of-The-Century Argentina,” Jeane Delaney, al describir cómo había cambiado la apariencia de Buenos Aires con el cambio de siglo dice: “Life on the street changed as well. The construction of new Parisian-styled parks and fashionable boulevards with widened sidewalks created new social spaces in which the traditional elite and newly prosperous mingled for the first time” (454). Es precisamente en un recoleto jardín de estilo francés donde la exuberante Zita de *Zogoibi* recibe por primera vez a Federico. Los siguientes pensamientos del joven evidencian la influencia de los paisajes y jardines parisinos en el imaginario de las clases altas argentinas del *fin de siglo*: “Había leído en las novelas francesas tantas descripciones del bosque de Boloña en París y de las comidas al aire libre, bajo los anchos follajes iluminados y el fondo negro del cielo que, cuando se hubo sentado a la mesa, al pie del gran olmo, frente a la señora Wilburns [...] parecióle estar viviendo un capítulo de sus libros predilectos” (46). La desnaturalización rural en *La tierra de todos* se extiende también a la comida y el vestir. Durante la inauguración del jardín los comensales disfrutaban enlatadas mercancías importadas de Francia. Por otra parte, todo el mundo ha abandonado el trabajo a causa de la fiesta. Los jornaleros se han vestido

con las prendas regaladas por Elena como burgueses contaminándose de los emergentes usos urbanos. Jeanne Delaney señala cómo el acceso de los obreros a los bienes de consumo había causado que estos empezaran a usar corbatas y atuendos más elegantes: “Quick to adopt the fashions and habits of the elite, many members of the urban middle class began to dress more elegantly and to live in more comfortable homes. The lower class also got a taste of upward mobility, and many spent much of their incomes on the appearance of prosperity”(454). Así pues aquel campo purificador y restaurador de energías que describía Robledo al comienzo de la novela se está transformando precisamente en una imitación del París con el que se abría la novela.

Es precisamente en el momento de la apertura del bosque cuando Blasco Ibáñez decide de un modo contrastivo y estratégico insertar una de sus digresiones históricas acerca de la Conquista de América. Ya en el análisis de *Los argonautas* subrayé el poder táctico de este recurso narrativo. No solamente permite combatir la leyenda negra de España sino privilegiar a la Península dentro de la ficción por encima de otras nacionalidades y proyectos de nación. Es el español Antonio, dueño del boliche y amigo admirador de Robledo, el personaje que narra esta digresión aunque es el ingeniero quien le ha transmitido estas historias a Antonio. La digresión en cuestión se dedica a la primera exploración del Río Negro protagonizada por el alférez español Villarino. El texto califica al explorador como: “el último representante del heroísmo descubridor de los españoles” (87). El recuento de los hechos incide significativamente en el discurso del infortunio que examiné en páginas anteriores y que Robledo aplicaba a sus propias aventuras en Argentina. Esta digresión vuelve a confirmar la tendencia en Blasco Ibáñez por la sublimación del dolor del conquistador:

Con cuatro barcas pesadísimas e inadecuadas para tal viaje, había salido de Carmen de Patagones, en la costa atlántica, llevando por tripulación unos sesenta hombres. Este puñado de marineros se internaba en un país totalmente inexplorado, en el que vivían los indios más irreducibles y feroces. De las

márgenes del río Negro partían las invasiones indígenas contra las tierras civilizadas del virreinato de la Plata: los *malones* de jinetes cobrizos ansiosos de robar ganados a los estancieros de Buenos Aires. Los cuatro barcos de uno o dos palos iban a navegar centenares de leguas entre orillas donde los esperaban en acecho los Aucas, tenidos por los indios más sanguinarios e indomables. (87)

La pintura no podía quedar completa sin la adición dramática de una naturaleza hostil. Varios huracanes se encargaron de romper las embarcaciones de aquellos aventureros. Muy oportunamente, nos encontramos ante una incontrolable natura fuertemente opuesta al domesticado jardín al que se entregan las fuerzas de los hombres europeos del presente. Antonio finaliza su historia precisamente minusvalorando al hombre de su tiempo: “Ninguno de los exploradores actuales, aún contando con las embarcaciones modernas ha querido repetir el viaje del alférez Villarino hace siglo y medio” (87). Interpreto este comentario final como un guiño denigrativo a las potencias europeas. En ese momento colonizaban Argentina con sus compañías y adelantos tecnológicos y competían con la influencia de España.

Pero las significaciones e implicaciones de la inserción de este excursio son múltiples. En primer lugar, contrastan la estatura de Antonio y los exploradores protagonistas del episodio narrado no sólo con los ociosos parroquianos subyugados por muelles bebidas y comidas extranjeras, sino con la vanidad y ridiculez de Canterac y Pirovani. Por otro lado, los heroicos trabajos que los españoles y sus descendientes criollos han venido desarrollando en la zona por siglos resultan sublimados en comparación con el falsificado bosque que se les ha superpuesto. Debemos recordar que Robledo se reconoce un continuador de los antiguos conquistadores a través de los trabajos que realiza en el Río Negro.

La construcción del jardín tiene inminentes consecuencias. Como un tótem de la modernidad, irradia una fuerza destructiva que concluye en un duelo entre Pirovani y Canterac. El primero muere y el segundo huye. Privada de lisonjas, Elena entrega sus empeños a la conquista de Watson. Guiado por los consejos y ejemplo de Robledo, Watson

se resiste. En venganza, la europea decide entonces vender al gaucho *Manos duras* sus favores sexuales a cambio del rapto y asesinato de Celinda. Este hecho culmina la subversión de las categorías sociales. El pacto sexual entre Elena y el gaucho aunado con la construcción del bosque confluyen para iniciar el desenlace de la novela. El rapto de Celinda consuma las tentativas de asalto a la propiedad de Rojas por parte del gaucho. El plan de éste es matar a la joven tras violarla. Así pues la subversión emerge más efectista cuando hay un deseo de mancillar esas familias y linajes que los criollos querían proteger a toda costa. El ataque del gaucho supone por otra parte un reto directo al avance de un proyecto modernizador para el campamento.

Es en estas circunstancias cuando Rojas y Robledo, unidos por el linaje de los primeros conquistadores, se alían en batalla contra el gaucho. A ellos se une Watson. Los tres hombres confluyen en el rancho donde un grupo de compinches de *Manos Duras* retiene Celinda. Frente a la brutalidad de sus perros “babeando de rabia y con los colmillos amenazantes” (123) y superioridad de su número, estos tres hombres se enfrentan al grupo. La descarnada brutalidad con que estos cuatrerros esperan la violación de la joven enfatiza la ruindad del comportamiento de Elena y dramatiza los efectos que puede tener la adopción en la Pampa de elementos extranjeros. Sin embargo la joven criolla no es la única víctima en el campamento. Aquellos mismos mestizos que habían festejado a la extranjera reciben ahora los efectos de su comportamiento: “También estaba muerto. Era un peón de Rojas, un mestizo al que creía haber visto algunas veces, a pesar de que su rostro estaba ahora destrozado a balazos. Una de sus órbitas había quedado vacía, colgando de este orificio del cráneo algunas piltrafas de la masa cerebral. En torno a él, la tierra bebía sangre ávidamente, cubriéndose de moscas” (117-18). Los resultados de apoyar las modernidades europeas se resaltan en una novela donde el componente didáctico va intensificándose a medida que nos acercamos al final del texto. Finalmente Watson y Robledo consiguen reducir a los gauchos y

liberar a Celinda. Mención aparte merece aquí la actuación del norteamericano. Cuando *Manos duras* yace herido, es Watson quien lo inmoviliza maniobrando el lazo al uso de los nativos argentinos. Cabe decir que durante toda la novela el joven era incapaz de servirse del lazo apropiadamente. Además se caracterizaba por su inmadurez e impericia en los asuntos de la vida. La novela testimonia todo el proceso de educación y guía espiritual que Robledo ejerce sobre el joven. El resultado es un joven norteamericano que enarbolando el arma emblema de la nacionalidad argentina apoya al hacendero y lo asiste en la lucha contra la barbarie. La metáfora es clara. La modernización y civilización de Argentina debe hacerse con el apoyo extranjero mientras sea el nativo criollo quien controle esa fuerza.

El disparo final que acaba con la vida del gaucho se reserva a Rojas. Con esto queda restituida su autoridad en la comunidad. La fortaleza espiritual de Robledo lo eleva como co-héroe indiscutible de los acontecimientos. Este era precisamente el rasgo central que con el que el hispanoamericanismo prestigiaba a la Península sobre otras nacionalidades. La estabilidad vuelve al campamento. La mestiza Sebastiana vuelve al servicio de Rojas habiendo colaborado previamente en la salvación de Celinda. Aquellos mestizos que otrora vitoreaban el bosque artificial se dirigen a la casa de Elena para cobrar venganza. Sin embargo el intento se frustra al haber escapado Elena a Buenos Aires con Moreno, el urbanita. Con Pirovani muerto y Canterac fugado, Robledo deviene el depositario de la salvación última del dique/Argentina. En esta tarea de traer el progreso y estabilidad al espacio, un francés, un italiano y un porteño afrancesado han fracasado seducidos por el materialismo. Solamente un Robledo heredero y continuador de la herencia hispánica en Argentina resta para hacerlo con el apoyo de un criollo y un norteamericano.

En los meses subsiguientes Robledo realmente vivirá en la presa como un conquistador rodeado de infortunios. Al igual que aquel explorador Villarino recordado en la digresión de Antonio, tendrá que luchar con la naturaleza cruel de la zona para salvar la

construcción: “Sufrió el tormento de largas y angustiosas inquietudes al permanecer días enteros en la orilla del río, viendo con una indignación impotente cómo aumentaba el peligro” (137-38). Al final de la novela, el hilo narrativo sufre ahora un salto temporal y al cabo de algunos años sabemos que el tesón español triunfó. La presa fue construida y éste es el próspero y pacificado aspecto que presenta ahora la comunidad:

Colonia Celinda y los campos regados, fértiles y alegres, propiedad de los dos ingenieros, con árboles todavía no muy altos, pues los más antiguos sólo contaban nueve años de existencia. Vieron también la gran plaza de la colonia con sus edificios nuevos, y en ella a don Carlos Rojas, que parecía haberse empequeñecido con la edad, ofreciendo su rostro un perfil cada vez más aquilino y autoritario y bondadoso de los antiguos patriarcas al escuchar a hombres y mujeres.” (141)

No se trata en absoluto de una intrascendente urbanización. En primer lugar, el uso de la palabra *colonia* y la mención a la *gran plaza* no deja lugar a dudas del sentimiento de continuidad urbanística con la Conquista. Recordemos que éste era el anhelo que había declarado pretender Robledo en sus andanzas por América. Al inicio de la novela quería crear allí una *huerta valenciana*. Pero aún más, de alguna manera constituye una ejecución del deseo de influencia en América que impulsaba el hispanoamericanismo del momento. La imagen del antiguo patriarca criollo socializando en la plaza pinta una vívida imagen de un revivido legado español. El sentimiento hispanoamericanista que recorre *La tierra de todos* cobra una mayor intensidad cuando el texto explicita la identificación de la arquitectura en la presa con la antigua metrópolis: “Las casuchas de adobes, derruidas en el periodo de soledad y miseria, eran reemplazadas por edificios de ladrillo extensos y bajos, con un patio interior, imitando la arquitectura española de época colonial” (139). El fragmento es relevante en la medida en que supone una actualización ficcional de esa reconquista cultural de América que propugnaba el hispanoamericanismo.

El escenario en la presa se cierra definitivamente con la presencia fantasmal de Elena, la *Cara pintada*. Si en el comienzo de la novela Elena se identificó con Helena de Troya,

después con el *Gualicho, el diablo pampero*, observamos que al final de la novela se ha consumado el proceso de progresiva demonización de Elena. Ahora ha quedado eternamente convertida en un fantasma intemporal inserto en la imaginería indígena que metaforiza los males de la civilización europea:

Hasta los habitantes más antiguos de la Presa que permanecieron fieles al terruño, negándose a abandonar el pueblo arruinado, habían transmitido a los nuevos vecinos de la colonia Celinda la tradición de una mujer venida del otro lado del mar, hermosa y de poder fatídico, originadora de ruinas y muertes. Los que no alcanzaron a conocerla se la imaginaban como una especie de bruja, apodándola *Cara Pintada* y atribuyéndole toda clase de maldades prodigiosas. Hasta afirmaban que surgía a veces en los lugares más solitarios del río, como un fantasma hermoso y fatal, peinándose los rubios cabellos o pintándose el rostro; y esta aparición era terrible para los que la veían, pues significaba un anuncio de próxima muerte. (143)

La Pampa ha convertido a Elena en una leyenda más allá de una mujer común condicionada por los conflictos de la modernidad. Borrando las barreras cronológicas pervive como una maldición, un ejemplo paradigmático del materialismo y la desnacionalización como trágicas fuerzas subversivas y corruptoras. Imposible no conectar esta figura con el diablo *Juan sin ropa* dentro del poema de Rafael Obligado *Santos Vega*. Blasco conocía este texto por el que admitió repetidamente su admiración. En la parte final el diablo venido de Europa llega para acabar con la voz y el alma del gaucho:

Como en mágico espejismo,
al compás de ese concierto,
mil ciudades el desierto
levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
una edad se desmorona,
al conjuro, en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan Sin Ropa
era la ciencia en persona. (25)

No obstante, la Elena real reservará una victoria más para el español. Para el combate final entre las fuerzas del espíritu y la materia, Blasco nos desplaza a París, primer escenario de la

novela. La localización de esta derrota en la capital europea, paradigma del modelo castigado, magnifica extraordinariamente los valores y el triunfo de los valores hispánicos. Tras un lapso de doce años Robledo y el clan Rojas visitan París de vacaciones. La situación en Argentina es inmejorable y el anciano Rojas se ha quedado manteniendo el orden en los terrenos bien prósperos. El amor de Celinda y Watson enmarcado en el matrimonio y una gran familia de burgueses ha triunfado. Doris Sommer en su libro *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America* establece una relación entre patria y romance al defender que es en la unión matrimonial donde se garantiza el futuro de la nación frente a conflictos y tensiones:

My own suggestion constitutes the second concern here. It is to locate an erotics of politics, to show how a variety of novel national ideals are all ostensibly grounded in “natural” hetero-sexual love and in the marriages that provided a figure for apparently nonviolent consolidation during internecine conflicts at mid-century. Romantic passion, on my reading, gave a rhetoric for the hegemonic projects in Gramsci’s sense of conquering the antagonist through mutual interest, or “love,” rather than through coercion. And the amorous overtones of “conquest” are quite appropriate, because it was civil society that had to be wooed and domesticated after the creoles had won their independence. (6)

Con el enlace *gringo* y criolla lejos han quedado aquellos días cuando una europea amenazaba la estabilidad de esta institución. En París, Robledo tropieza con una prostituta decrepita y alcohólica. Es Elena. El español le recuerda los acontecimientos de la presa mientras ella se muestra hostil y sin arrepentimiento o recuerdo para aquellos perjudicados o indirectamente muertos por sus efectos. La moraleja es clara: el materialismo es una fuerza anónima, inmovible y destructiva. El final funesto de esta mujer contracorriente y de gustos modernos sería compartido por otras féminas de las novelas de Blasco como lo atestigua su biógrafo Ramiro Reig:

Pero aún estas mujeres que hacen gala de su de su independencia y la pasean por el mundo, entre la admiración de los hombres, aparentemente inasequibles, son, mujeres al fin y a la postre vulnerables. Cuando les falta el hombre al que conquistar acaban derrotadas, una fusilada por traición (*Mare*

nostrum), otra perdida en la calle (*La tierra de todos*), la tercera llorando su soledad (*La reina Calafia*), o, en el mejor de los casos, entretenidas en conquistas superficiales (*La maja desnuda*), o acogiéndose a la protección de un esposo insustancial (*La voluntad de vivir*). (136)

Si bien Blasco abriría sus novelas a mujeres que se oponen al orden patriarcal y reclaman una sexualidad, la exposición de modelos alternativos no elimina la tradición patriarcal y machista de la que Blasco era sin duda heredero y que el castigo sin paliativos para Elena testifica.

Por oposición a esta mujer la novela se cierra y, a mi juicio no podía ser de otra manera, ratificando y sublimando los valores de Robledo. Las turbulencias pasadas no han conseguido alterar el desprendimiento material y rectitud moral con los que inició la novela:

Ni siquiera le gustaban las molicies inocentes que hacen más grata la vejez. Le había visitado la riqueza demasiado tarde, cuando no le quedaba tiempo para aprender a ser rico. Como había pasado la mayor parte de la existencia simplificando su vida y prescindiendo de superfluas comodidades, ya no necesitaba de éstas. [...] El español sólo en casos de urgencia se acordaba de tomar un automóvil de alquiler. Prefería marchar a pie o emplear los mismos modos de locomoción de la gente poco adinerada. (142)

En su conclusión *La tierra de todos* deja al lector con una moraleja simple pero contundente. Esta supone la validación del modelo español frente a otras potencias y su encumbramiento como el único modelo que puede garantizar la prosperidad de la Pampa/Argentina y mantener su esencia espiritual. La lección es clara. El materialismo, las costumbres importadas conllevan desenfreno sexual, ruptura de jerarquías, paralización del progreso y sublevación de gauchos e indios. Por consiguiente, América se debe regir con la protección y guía de los valores espirituales de España que se asientan sobre el trabajo y sacrificio de los conquistadores continuado por sus descendientes criollos.

A modo de cierre de este capítulo, es preciso hacer una reflexión final sobre las dos novelas que Blasco escribió sobre sus experiencias en Argentina. Como ya expuse en el capítulo anterior, *Los argonautas* era una novela de expectativas e interrogaciones acerca del

encuentro con Argentina. Siguiendo mi lectura, a través de la refutación e incluso de la ridiculización del protagonista Fernando de Ojeda, la novela cuestionaba la honestidad y viabilidad de la causa del hispanoamericanismo propalada por su propio autor. La expresión de las ventajas del materialismo moderno es permitida en el texto frente al modelo de comportamiento de Ojeda que privilegia el espíritu como principio vital. En *La tierra de todos*, Robledo, como ocurriera con Ojeda, va a ser enfrentado a un materialismo vestido de mujer de devastadoras consecuencias. Sin embargo, frente al pusilánime Ojeda, la personalidad de Manuel Robledo ejecutará una contundente validación y consolidación de los valores criollos e hispánicos. Quizá esto pueda responder parcialmente a la evolución personal de un escritor que en sus últimos años optaría por un hispanismo universalista que le llevaría a dedicar su talento a la novela histórica de reconocimiento patriótico. No es incomprensible. Para la segunda década del siglo XX, habían quedado más lejos para el valenciano los ideales revolucionarios del blasquismo. En España había triunfado la dictadura de Primo de Rivera y él pasaba sus días escribiendo encomiásticas novelas históricas acerca de Colón, Alonso de Ojeda o clanes como los Borgia. En cualquier caso la excepcionalidad de ambas novelas radica en su originalidad al incluir con mayor didactismo y/o parcialidad diversos modelos de entender la modernidad y testificar el espíritu de un periodo finisecular indefectiblemente marcado por la contradicción y la ruptura.

CONCLUSIONES

Suele suceder en los apartados de conclusiones al uso que frecuentemente se repiten ideas ya mencionadas con más o menos creatividad. En una tesis donde se analiza la intersección entre el discurso literario de un autor/es y los discursos histórico-sociales que rodean/determinan su producción, esto se presenta como una factible alternativa. Intentaré que este no sea el caso en las páginas siguientes. Mi tesis ha estudiado con particular énfasis y profundidad el diálogo entre la obra de Blasco en Argentina con discursos contemporáneos como el hispanoamericanismo, la Generación del 98, el hispanismo criollo o el debate *latino versus sajón*. En el capítulo primero de este estudio ya ofrecí un pormenorizado informe de las aportaciones críticas de mi trabajo al cual me remito. Sin embargo, junto con los hallazgos críticos opino que la consecución de una tesis debe abrir un espacio de discusión más complejo. El final de una investigación debería abrir/suscitar una nueva serie de interrogaciones así como una inédita ventana para la mejor comprensión de nuestro presente y su deuda con los discursos del pasado. Esto será el propósito de mis conclusiones finales.

Esta tesis se cierra ocho años después de mi primer encuentro real con la obra literaria de Vicente Blasco Ibáñez. Sorprendentemente no fue en España sino en Estados Unidos. Para esa fecha, atrás habían quedado diversos cursos sobre literatura peninsular como parte de mis estudios universitarios en Madrid. Coincidentemente en ninguno de ellos la lectura de la obra del autor valenciano formaba parte de programa. La etiqueta naturalista en el amplio contexto de lecciones monográficas sobre siglo XIX peninsular bastaba. Si había un poco más de interés surgían algunas especificaciones menos laxas: “valencianismo,” “regionalismo” o “determinismo regional.” Esto se completaba con manuales de literatura española donde se repetían los mismos tópicos y latiguillos sobre el escritor antaño pergeñados. Gloria del regionalismo naturalista valenciano, Blasco había sucumbido literariamente después de la

tetralogía social y bajo una producción posterior prescindible. Pocas cosas han cambiado después de más de diez años. La obra de Blasco sigue en el ostracismo del canon universitario y el análisis crítico de su obra sigue sin desempolvarse ni definitivamente lustrarse con el rigor académico. Si bien mi tesis no nació con el fin de reparar estas carencias, en este momento de reflexiones finales creo que antes de nada una reivindicación se hace precisa.

En aquel tiempo universitario madrileño no recuerdo haber discutido la invisibilidad de Blasco en ninguno de los cenáculos estudiantiles ni docentes. No era ni un clásico ni autor de moda; el silencio se imponía. Cuatro años de acercamiento a la figura de Blasco, me han desvelado que bajo su olvido hay intrincados vericuetos. Un rabioso individualismo de criterio y una poderosa idiosincrasia vital ha llevado a Blasco a los primeros puestos entre los autores españoles “incómodos.” Hoy sigue siendo y será el autor imposible de encorsetar, desmesurado en todas sus facetas. Silenciado por la dictadura, pero no totalmente indultado en la democracia. El tremendismo de su verbo más agitador asusta a una política institucional que hace malabares con la eterna vertebración de España. Los nacionalismos periféricos no festejan ni indultan su obra en español. Escritor de la lengua de Cervantes, su ideología y algaradas lo apartan del hispanismo literario bien pensante. Para los modernos no está de moda. Y el Blasco posterior a las laureadas novelas valencianas se reduce en multitud de ámbitos intelectuales al regusto panfletario, el erudito didactismo y un pintoresquismo fuera de nuestro tiempo. Desde mi tesis reivindico que es preciso abandonar las etiquetas, profundizar con objetividad en la obra de Blasco y renunciar para siempre a las categorías. Creo debemos aprender a leer a Blasco desde la “incomodidad” que nos pueda producir. Creo que es el derecho de todo texto y autor.

Volviendo a 2001 fue entonces cuando tuve un acercamiento a la obra de Blasco en el ámbito de la docencia. Como asistente de un curso avanzado de lengua española destinado a

estudiantes universitarios norteamericanos se me asignó la tarea de discutir con ellos una versión adaptada de *Sangre y arena*. Una lectura superficial y rápida del texto original me llegó a indignar por los estridentes estereotipos culturales que explotaba. Quizás debido a esta propia primera impresión he podido entender las superficiales acusaciones críticas que minimizan a Blasco como figura de la *España de pandereta* o *Mister dólar*. Sin embargo, la discusión del texto entre los estudiantes norteamericanos me reservaba una sorpresa. Generó un intenso cuestionamiento e interrogación sobre las señas de identidad peninsular y hasta qué punto los Estados Unidos están mediatizados en su percepción del mundo latino. En mi caso, la reacción estudiantil desató una serie de ansiedades y preguntas en un momento en que mi identidad como española desplazada entraba en un fructífero periodo de crisis e introspección. ¿Qué nos define como nación? ¿Cómo nos ven? ¿Cómo nos proyectamos? ¿Qué discursos culturales nos definen en el exterior? El hallazgo de las versiones filmicas de la obra y una breve investigación sobre la popularidad y difusión de las mismas provocó en mí un incipiente interés que está sin duda en la base del estudio que ahora concluyo.

En ese momento me planteé que la difusión nacionalista de Blasco encubría una inexplorada complejidad de discursos que quizás había pasado desapercibida a una crítica de mirada etnocéntrica. Definitivamente Blasco debía ser leído desde la periferia. Ahora sé que los más rigurosos y reveladores recientes estudios sobre Blasco han abandonado la etapa valenciana/política y se han hecho fuera de España. Entre mis reflexiones finales, reivindicó no sólo el respeto crítico a la “incomodidad” de Blasco sino la profundización en su uso de la propaganda nacionalista. Espero que mi tesis ayude a iniciar un necesario proceso de relectura e indulto del Blasco post-regionalista a través de una mirada desde fuera de los parámetros de la cultura nacional.

Con certeza, Blasco fue uno de los escritores de su tiempo que más se situó en el margen. Dentro de la península, se apartó/protestó contra los discursos imperantes para

retratar en sus novelas los espacios marginales. En sus novelas valencianas sería capaz de explotar magistralmente un determinismo periférico que subrayaba las marcas de una identidad mediterránea. Al salir a América, se posicionó fuera de la cultura nacional; en Argentina fue capaz de absorber los discursos del otro sobre la antigua metrópolis; en Norteamérica vendió comercialmente un determinado españolismo. Pero más allá de esto, Blasco es un intelectual que consiguió, desde una perspectiva exocéntrica y adelantada respecto de otros intelectuales peninsulares, abordar los grandes temas del *fin de siglo* hispanoamericano y del advenimiento de la modernidad. Su experiencia trasatlántica le permitió explorar/contrastar modelos de nación alternativos a la Península que como los Estados Unidos se han convertido indiscutible paradigma para las sociedades industrializadas del siglo XX. Ciertamente, sus textos trasatlánticos anticipaban muchos de los conflictos que en aquel momento ya barajaban estas sociedades y que España tardaría años en integrar en su imaginario discursivo. Elementos tales como la ideología feminista en el contexto de la industrialización, el nuevo rol del intelectual ante la emergencia de los medios de masas o los debates nacionalistas trasatlánticos fueron abordados por Blasco cuando la mayor parte de intelectuales peninsulares mantenía intramuros su foco de conciencia.

Blasco percibió que la reflexión autocompasiva, el sentimiento de culpa, la sensación de pérdida propugnados por la Generación del 98 y su dolor por Castilla no nos sacaban de la ostra ibérica sino que nos sumían más en ella. Blasco inició en Argentina, un nacionalismo peninsular, lejos del meditativo noventayochismo, mucho menos profundo, pero más efectista, triunfalista y más orientado al mundo comercial. Podremos estar de acuerdo o no, pero es este tipo de nacionalismo el que definitivamente se explota hoy desde España. Sirvan como ejemplo los montajes olímpicos. Blasco miró hacia la modernidad y sus cambios desde un punto de vista más optimista y utilitarista sin que por ello dejase de transmitir sus miedos e inseguridades ante los trascendentales cambios que llegaban con el nuevo siglo. Esta

circunstancia permite releer el desastre colonial al cuestionar el modo unilateral marcado por la sacralizada generación del 98 en el modo que se afrontó intelectualmente el problema nacional. Frente a la reflexión, quizás un ancla endogámica, Blasco ofreció la acción, ciertas dosis de pragmatismo y la posibilidad de mejorar en la interacción con otros modelos. En definitiva, esta es la aproximación para la proyección peninsular por la que han optado el actual mundo empresarial y comercial.

Del mismo modo, Blasco en América encarnó al tiempo que socavó mediante su persona y obra toda una serie de valores que se han constituido como hitos o iconos tradicionales de la identidad española. Su crítica al sobredimensionado espiritualismo peninsular y esa incomodidad con las industrias meramente materialistas suponen una ventana a una autocrítica nacional que hoy se tiene en muchos aspectos asumida. Por otro lado, Blasco entendió plenamente la identidad peninsular como una posibilidad de estrategia compartida en el marco de una supranacionalidad latinoamericana. Particularmente percibió y rentabilizó un momento en que los tropos de la identidad peninsular y argentina volvían a hacerse coincidir en virtud de los intereses de unas oligarquías criollas. Hoy como entonces en 1910 mi tesis prueba que las políticas nacionalistas pueden articularse en estrategias grupales imaginadas en un cierto momento y espacio y coincidentes en sus objetivos y programas. Esto es evidente ahora con la vertiginosa conexión que nos permiten los medios de comunicación. Véase hoy entre ciertos países de Latinoamérica la recuperación y actualización del icono bolivariano o del Che Guevara.

En el caso finisecular fue la creación de una imaginada pertenencia a aquello denominado “lo latino” la estrategia a la que se sumó gran parte de la comunidad latinoamericana post-independencia como recurso para definirse/distinguirse nacionalmente y tratar de evitar las incursiones de “lo sajón.” Hoy en un concierto mundial presidido por la globalización y macro estructuras internacionales como la U.E., O.T.A.N. u O.E.A., no

obstante esta controversia sigue vigente y con muchos de los tropos metafóricos que usaría Blasco. Ciertamente si el español es azuzado y cuestionado, atacará de nuevo arguyendo su señera idiosincrasia frente a unos sajones incapaces para la diversión, más materialistas, obsesionados por la productividad y faltos de pasión. Esta pugna que Blasco bien recogió sigue asimismo de plena actualidad en Latinoamérica donde el intervencionismo *yankee* no ha perdido en absoluto su presencia. Sin embargo, se ha desarrollado un escenario de pugna *latino/sajón* que Blasco no pudo imaginar. Los inmigrantes latinos de hoy están librando la gran batalla cultural al enemigo sajón dentro de suelo norteamericano creándose con ello una nueva escenificación del eterno problema sin resolver.

Por otro lado, la globalización ha puesto sin duda en crisis algunos discursos. La recuperación de las grandes culturas latinoamericanas y los movimientos de prestigio indigenista han cambiado la orientación y legitimidad de ciertos enfoques de carácter paternalistas desde la antigua metrópolis. Las figuras de Ariel o Don Quijote tampoco dicen mucho a unas sociedades latinoamericanas que ven en otros valores traídos por la modernidad el futuro de estos países y en su mayoría se han olvidado de hermandades espirituales e hispanoamericanismos.

Por su parte, España sabe que Latinoamérica ha avanzado significativamente en la percepción de sí misma y en los discursos de reconquista que está dispuesta a aceptar desde la metrópolis. Ni siquiera esas élites criollas que por propio interés adoptaron el discurso hispanista de Blasco hoy por hoy lo harían ante la pujanza y la fuerza de otros discursos no blancos en el continente. En el mundo contemporáneo en realidad no existe un enemigo tan común y tan distinguible que una al ámbito latinoamericano con España en una estrategia compartida. El mundo se ha hecho más complejo y las relaciones han cedido a ese capital moderno que como ya decía Blasco fluía desde un anónimo edificio en la quinta avenida de Nueva York. El capital y no tanto las alianzas hermanas son las que han triunfado en una

sociedad más pragmática y capitalista. Hoy estamos unidos trasatlánticamente pero por una lengua cuya explotación aporta pingües beneficios y donde es igualmente apropiado enseñar a Santa teresa que literatura chicana. En definitiva, de algún modo se ha llegado al ideal de Blasco de un mercado cultural hispánico abierto.

Blasco fue rabiosamente visionario en lo que sería el papel del intelectual del siglo XX respecto de los nacionalismos y en la conexión de los mismos con la producción cultural y el poder político. El valenciano en Argentina se puso al servicio de un estado moderno que demandaba la propaganda de determinadas señas de identidad. En su faceta en Argentina puso las bases de un nuevo escritor, de un nuevo intelectual que aprende las leyes del mercado para su producción. Estos elementos hoy forman parte de la rutina de la propaganda intelectual. Esta conexión entre poder, nación y cultura de alcances incipientes en la embajada americanista de Blasco ha alcanzado en nuestro tiempo una sofisticación globalizada.

En conclusión, más de 100 años han pasado desde el brote del nacionalismo moderno en Europa, Latinoamérica y específicamente en España después del 1898. Sin embargo, nuestro tiempo como continente y como país sigue siendo indefectiblemente heredero de las tensiones nacionalistas que brotaron en ese momento. Muchas de las controversias exploradas por Blasco siguen vigorosamente despiertas. Estas sinuosamente reptan por Europa erupcionando salvajemente o agazapadas en una latencia amenazadora. Europeos, latinoamericanos y españoles viven pensando dónde saltará la próxima chispa de un furor nacionalista que surgió al calor de una intelectualidad cómplice, la misma que se da hoy. Hoy mucho más que cuando Blasco llegó a Argentina, el avance tecnológico es imparable y la apelación al espiritualismo o la tradición han sido fuertemente neutralizadas, no obstante la controversia modernidad/tradición que vertebra la obra americana de Blasco sigue de plena actualidad en nuestros días. En definitiva, la sociedad postmoderna siente un vértigo y una

necesidad hacia una cierta inmanencia bastante semejantes a los protagonistas de las novelas de Blasco en Argentina.

BIBLIOGRAFIA

- Abellán, José Luis. *El 98 iberoamericano*. Madrid: Ed. Pablo Iglesias, 1998.
- . *Sociología del 98*. Barcelona: Ediciones Península, 1973.
- . *Visión de España en la Generación del 98. Antología*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1968.
- Alós, Vicente. *Blasco Ibáñez. Biografía política*. Valencia: Intitució Alfons el Magnanim, 1999.
- Altamira, Rafael. *España en América*. Valencia: F. Sempere y Compañía, 1908.
- . *La enseñanza de la historia*. Ed. Rafael Asín Vergara. Madrid: Akal, 1997.
- . *La huella de España en América*. Madrid: Reus, 1924.
- . *La política de España en América*. Valencia: Editorial Edeta, 1921.
- . "Novedades y rectificaciones en el estudio de la colonización española en América" *Altamira y la reconquista espiritual de América*. Ed. Eva María Valero Juan. Alicante: Universidad de Alicante, 2003.
- . "Nuestra política americanista" *Altamira y la reconquista espiritual de América*. Ed. Eva María Valero Juan. España: Universidad de Alicante, 2003.
- . *Psicología del pueblo español*. Ed. Rafael Asín. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London; New York: Verso, 1991
- Ascasubi, Hilario. *Santos Vega o los mellizos de la flor*. Buenos Aires: Stockcero, 2004.
- Baroja, Pío. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial, 1976.
- Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. México; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *Argentina y sus grandezas*. Madrid: Editorial Española Americana, 1910.
- . *Obras Completas. Vicente Blasco Ibáñez*. 6 vols. Madrid: Aguilar, 1961-1977.
- . "Cartas de Vicente Blasco Ibáñez a Joaquín V. González" *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 29 (1949): 155-57.
- . *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez, Francisco Sempere (1901-1917)*. Ed. Miguel

- Herráez. Valencia: Generalitat Valenciana, Consell Valencià de Cultura, 1999.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América: Ensayo de psicología social*. Barcelona: Henrich, 1908.
- Burns, E. Bradford. "Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography." *The Hispanic American Historical Review* 58.3 (1978): 409-31.
- Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1996.
- Cambaceres, Eugenio. *Sin rumbo*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Campanella, Hebe N. *Enrique Larreta: el hombre y el escritor*. Buenos Aires: Ediciones Marymar, 1987.
- Cascardi, Anthony J. "Beyond Castro and Maravall: Interpellation, Mimesis and the Hegemony of Spanish Culture." *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005. 138-59.
- Clemenceau, Georges. *Notes de voyage dans l'Amérique du sud. Argentina, Uruguay, Brésil*. Paris: Hachette, 1911.
- Clive, J. Christie. *Race and Nation*. London: Tauris Co Ltd, 1998.
- Corbalán Torres, Rafael. *Vicente Blasco Ibáñez y la nueva novela cinematográfica*. Valencia: Filmoteca de la Generalitat Valenciana, 1998.
- Cossío, Manuel B. *El Greco*. Madrid: Victoriano Suárez, 1908.
- Costa y Martínez, Joaquín. *Oligarquía y caciquismo, Colectivismo agrario y otros escritos*. Madrid: Alianza, 1969.
- Chateaubriand, François-René de. *Atala*. Genève: Droz, 1973.
- Chaves, J. César. *Unamuno y América*. Madrid: Cultura Hispánica, 1970.
- Darío, Rubén. "El triunfo de Calibán" (1898). *Obras completas*. Vol.4. Madrid: A. Aguado, 1950-1955. 569-76.
- . *Cantos de vida y esperanza* (1905). *Obras completas*. Vol.5. Madrid: A. Aguado, 1950-1955. 859-94.
- Darmanin de Chaparro, Maria Elisa. "La perspectiva identitaria "residual" en J. V. González." *Argentina 1910-1930: Discurso e Identidad*. Ed. Nilda M. Flawiá de Fernández. San Miguel de Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.T.: Magna Publicaciones, 1999. 123-63.
- . "Ricardo Rojas: del nacionalismo tradicionalista hacia el nacionalismo democrático." Ed.

- Nilda M. Flawiá de Fernández. San Miguel de Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.T.: Magna Publicaciones, 1999. 163-207.
- De Laney, Jeane Hunter. "Imagining 'El Ser Argentino': Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina." *Journal of Latin American Studies* 34.3 (2002):625-58.
- . "Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-of-the-Century Argentina." *Comparative Studies in Society and History* 38.3 (1996): 434-59.
- . "Rediscovering Spain: the Hispanismo of Manuel Gálvez." *Bridging the Atlantic*. Albany: State University of New York Press, 1996. 71-82.
- Díaz, J. A. "La paradoja romántica del discurso regeneracionista." Ed. Yves Lissorgues, Gonzalo Sobejano. *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo y espiritualismo*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1998. 295-310.
- Díaz Rodríguez, Manuel. *Sangre patricia*. Caracas: Ediciones Nueva Cádiz, 1955.
- Fogelquist, Donald F. "Dualismo modernista: hispanismo y americanismo" *Cuadernos Hispanoamericanos* 212-13 (1967): 410-27.
- Gálvez, Manuel. *Cautiverio*. Buenos Aires; Montevideo: Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, 1935.
- . *El diario de Gabriel Quiroga: Opiniones sobre la vida argentina*. Buenos Aires: A. Moen & Hno., 1910.
- . *El enigma interior*. Buenos Aires: [s.p.i.], 1907.
- . *El espíritu de la aristocracia y otros ensayos*. Buenos Aires: Agencia general de librerías y publicaciones, 1924
- . *El mal metafísico*. Buenos Aires: Nosotros, 1916.
- . *El solar de la raza*. Madrid: Biblioteca Calleja, 1920.
- . *Este pueblo necesita*. Buenos Aires: A. García Santos, 1934.
- . *Historia de un arrabal*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones, 1922
- . *Hombres en soledad*. Buenos Aires: Club del Libro, 1938.
- . *La ciudad pintada de rojo*. Buenos Aires: Ediciones Dictio, 1981.
- . *La inseguridad de la vida obrera: informe sobre el paro forzoso*. Buenos Aires: Impr. Alsina, 1913.

---*La maestra normal*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones, 1918.

---*La pampa y su pasión*. Buenos Aires: Losada: 1958;

---*La sombra del convento*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones, 1917.

---*La tragedia de un hombre fuerte*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1922.

---*Memorias de la vida literaria argentina*. Ed. María Angélica Scotti. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1977.

---*Nacha Regules*. Buenos Aires: Pax, 1919.

---*Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires: Hachette, 1961-1965.

---*Sendero de humildad*. Buenos Aires: Moen, 1909.

---*Una mujer muy moderna, novelas cortas y cuentos*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1927.

Gandía, Enrique de. "Sarmiento y su teoría de civilización y barbarie." *Journal of Inter-American Studies* 4.1 (1962): 67-87.

Ganivet, A. *Idearium español y El porvenir de España*. Argentina: Espasa Calpe argentina, 1943.

Gascó Contell, Emilio. *Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*. Valencia: Fundación Cañada Blanch, 1996.

Glauert, Earl T. "Ricardo Rojas and the emergence of Argentine Cultural Nationalism." *The Hispanic American Historical Review* 43. 1 (1963): 1-13.

González, Joaquín Víctor. *Mis montañas*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1944.

González Errázuriz, Francisco Javier. "La influencia francesa en la vida social de Chile en la segunda mitad del siglo XIX." *Boletín Magister y Diplomado en Humanidades Universidad Adolfo Ibáñez* < http://www.uai.cl/p3_humanidades/site/edic/20030530094405/pags/20030428191759.html#>.

Head, Gerald L. "El extranjero en las obras de Benito Lynch" *Hispania* 54.1 (1971): 91-97.

Hernández, José. *El gaucho Martín Fierro*. Albany: State University of New York Press, 1967.

Historia de la literatura española. Vol. 3, siglo XX. Planeada y coordinada por José María Diez Borque. Madrid: Taurus, 1988.

Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*.

- Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- Huret, Jules. *De Buenos Aires al Gran Chaco*. París: E. Fasquelle, 1913.
- Ingenieros, José. *Sociología argentina*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1946.
- Inman Fox, E. *La invención de España: nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, 1997.
- . "Spain as Castile: The Invention of a National Culture" *The Cambridge Companion to Modern Spanish Culture*. Ed. David Thatcher Gies. Cambridge: Cambridge University Press, 1999: 21-37.
- Isern, Damián. *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid: Imp. de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos., 1899.
- Jrade, Cathy. *Modernismo, Modernity, and the Development of Spanish American Literature*. Austin: University of Texas Press, 1998.
- Larreta Rodríguez, Enrique. *Dos novelas ejemplares: Zogoibi y El Gerardo*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1961.
- . *La gloria de don Ramiro. Una vida en tiempos de Felipe II*. Buenos Aires: Grandes Librerías Anaconda, 1933.
- León Roca, J.L. *Vicente Blasco Ibáñez*. Valencia: Ediciones Prometeo, 1967.
- Lionetti, Lucia. "Ciudadanas útiles para la patria. La educación de las "Hijas del pueblo" Argentina (1884-1916)." *The Americas*. 58.2. (2001): 221-60.
- López, Lucio V. *La gran aldea: costumbres bonaerenses*. Buenos Aires: Editorial Sopena, 1941.
- Lummis, Charles F., *Los exploradores españoles del siglo XVI: vindicación de la acción colonizadora española en América*. Barcelona: Ramón de S.N. Araluce, 1916.
- Lynch, Benito. *El inglés de los güesos*. México: El Libro Popular, 1955.
- . *Los caranchos de La Florida*. Buenos Aires Ediciones Troquel, 1958.
- Maeztu, Ramiro de. *Hacia otra España*. Madrid, España: Biblioteca Nueva, 1997.
- Mainer, José Carlos. *Modernismo y 98*. Barcelona: Editorial Crítica, 1980.
- Mallada, Lucas. *Los males de la patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos*. Madrid: Alianza Editorial, 1969.
- Martel, Julián. *La bolsa*. Buenos Aires: G. Kraft, 1959.
- Martí, José. *Nuestra América*. México: El Partido Liberal, 1891.

- Martínez de Sánchez, A. M. *Blasco Ibáñez y la Argentina*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, 1994.
- Martínez Ruiz, José. *Castilla*. Buenos Aires: Losada, 1939.
- . *El alma castellana*. Alicante: Diputación de Alicante, 1995.
- . *La ruta de Don Quijote*. Manchester: Manchester U.P., 1966.
- . *La voluntad*. Madrid: Editorial Castalia, 1968.
- . *Los pueblos: ensayos sobre la vida provinciana*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1977.
- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: Nebraska U.P., 1992.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *La ciencia española: polémicas, indicaciones y proyectos*. Madrid: Imprenta Central a Cargo de Víctor Saiz, 1879.
- Needell, Jeffrey D. "Optimism and Melancholy: Elite Response to the Fin de Siècle Bonaerense." *Journal of Latin American Studies*. 31.3 (1999): 551-88.
- Obligado, Rafael. *Santos Vega*. Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.
- Ocantos, Carlos María. *Quilito*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Ortiz de Urbina y Sobrino, Paloma. "El interés por la cultura germánica en España durante los primeros quince años del siglo XX: orígenes y consecuencias" *Estudios Filológicos Alemanes*. 9 (2005): 229-40.
- Pastor Bodmer, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista. Mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte, 1988.
- Payró, Roberto Jorge. *El triunfo de los otros. Comedia dramática en 3 actos*. Buenos Aires: Casa Editora é Impresora de M. Rodríguez Giles, 1907.
- Philip Yale Nicholson. *Who do We Think We are?: Race and Nation in the Modern World*. Armonk: M.E. Sharpe, 1999.
- Picavea, Macías. *El problema nacional*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1972.
- Pike, Fredrick B. *Hispanismo, 1898-1936; Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971.
- Pinedo, Javier "Ser otro sin dejar de ser uno mismo: España, identidad y modernidad en la Generación del 98." *Revista Universum Universidad de Talca* 13 (1998): 165-92.
- Pino, José M. de. "La tradición permanente: apuntes sobre casticismo y europeísmo en los

- fin de siglo.” *Nuevas perspectivas sobre el 98*. Ed. John P. Gabriele. Madrid: Iberoamericana, 1999. 161-71.
- Quijada, Mónica. *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.
- . “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX.” *Imaginar la Nación*. Ed. Xavier Guerra, Mónica Quijada. *Cuadernos de Historia Latinoamericana* de AHILA 2 (1994): 15-51.
- Reig, Ramiro. *Vicente Blasco Ibáñez*. Madrid: Espasa Calpe, 2002.
- Rocchi, Fernando. “Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado.” *Desarrollo Económico* 37 (1998): 533-558.
- Rodó, J. Enrique. *Ariel*. Prólogo de Rafael Altamira. Barcelona: Cervantes, 1926.
- Rojas, Ricardo. *Blasón de plata*. Buenos Aires: Losada, 1946.
- . *Cervantes*. Buenos Aires: Martín García, 1912.
- . *El alma española, ensayo sobre la moderna literatura castellana*. Valencia: F. Sempere, 1907.
- . *La restauración nacionalista*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909.
- . *La victoria del hombre y otros cantos*. Buenos Aires: Losada, 1951.
- . *Poesías de Cervantes*. Buenos Aires: Coni Hermanos, 1916.
- Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América: eso que descubrió Colón*. Editorial Universidad de Costa Rica, 1991.
- Said, Edward W. *Culture and Imperialism*. New York: Vintage, 1994.
- Salinas, Pedro. *Literatura española del siglo XX*. Madrid: Alianza, 1970.
- Salvatore, Ricardo D. “The Normalization of Economic Life. Representation of the Economy In Golden Age Buenos Aires, 1890-1913.” *Hispanic American Historical Review* 81.1 (2001): 1-44.
- Sánchez, Florencio. *Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Schapiro, 1968.
- Sanfeliu, Luz. *Republicanas: identidades de género en el blasquismo (1895-1910)*. Valencia: Universitat de València, 2005.
- Santos Rivero, Virginia. *Unamuno y el sueño colonial*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt Am Main: Vervuert, 2005.

- Sarlo Beatriz. "La Argentina del Centenario: campos intelectual, vida literaria y temas ideológicos." *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*. Ed. Carlos Atamirano, Beatriz Sarlo. Buenos Aires: Ariel, 1997. 161-99.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.
- . *Vida de Juan Facundo Quiroga*. Ed. Luis Ortega Galindo. Madrid: Editora Nacional, 1975.
- Sepúlveda, Isidro. *El sueño de la Madre Patria: Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Sorensen Goodrich, Diana. "La construcción de los mitos nacionales en la Argentina del Centenario" *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 47 (1998): 147-66.
- Sors Cirera, José. *Verdades Amargas para don Vicente Blasco Ibáñez*. Argentina: Est. Tip. Vapor "El Paraná", J. Sors, 1910.
- Stevens, Leonard E. "Feminine protagonists in Manuel Gálvez novels." Diss. Indiana U, 1964.
- Szuchman, Mark D. "The Limits of the Melting Pot in Urban Argentina: Marriage and Integration in Córdoba, 1869-1909." *The Hispanic American Historical Review* 57.1 (1977): 24-50.
- Tortosa, P. *La mejor novela Vicente Blasco Ibáñez: su vida*. Valencia: Prometeo, 1977.
- Trau, Aida. *Arte y música en las novelas de Blasco Ibáñez*. Potomac, Md., U.S.A.: Scripta Humanistica, 1994.
- Turda, Marius. *The idea of National Superiority in Central Europe, 1880-1918*. Lewiston: Edwin Mellen Press, 2004.
- Ugarte, Manuel. "El peligro yanqui" *La nación Latinoamericana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978. 65-70.
- Unamuno, Miguel de. *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Ed. Sergio Fernández Larraín. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965.
- . *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- . *Por tierras de Portugal y de España*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1944.
- Valero Juan, Eva María. *Altamira y la reconquista espiritual de América*. España: Universidad de Alicante, 2003.

Vasconcelos, José de. *La raza cósmica*. México: Austral, 1999.

Vergara Vicuña, Federico, *Blasco Ibáñez: la vuelta al mundo en 80...000 dólares*. Paris: Imprimerie Tancrede, 1924.

Viñas, David. *Literatura argentina y política*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.

Villafañe, Segundo. *Horas de fiebre*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1960.